

LIBERTARIO
EN
30 DÍAS

Recopilación de:
ROBERT WENZEL

La siguiente lista de artículos no te convertirá en un erudito en Libertarianismo o un experto en Economía Austriaca. Está diseñada para explicar a una persona muy ocupada la esencia del Libertarianismo. La lista consta de 30 artículos. Si uno lee un artículo por día, lenta y cuidadosamente, al término de los 30 días uno debe tener un conocimiento muy sólido de los principios libertarios y una comprensión básica de Economía Austriaca. La lista contiene artículos sobre una variedad de temas, pero no cubre todos los temas libertarios posibles. Proporciona una visión general de cómo el Libertarianismo y libertarios piensan acerca de los problemas de hoy. Completar los 30 días de lectura no debe ser considerado el punto final, sino más bien el comienzo de un estudio más detallado.

CONTENIDO

1	La Tarea que Espera a los Libertarios	
	<i>Henry Hazlitt</i>	4
2	La Amenaza Fascista	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	19
3	Economía Libre y Orden Social	
	<i>Wilhelm Röpke</i>	41
4	La Posición Peculiar y Única de la Economía	
	<i>Ludwig von Mises</i>	49
5	Lo que nos Enseña la Medicina Soviética	
	<i>Yuri N. Maltsev</i>	52
6	Depresiones Económicas: Su Causa y Remedio	
	<i>Murray Rothbard</i>	60
7	¿Es un Peligro una Mayor productividad?	
	<i>David Gordon</i>	80
8	El Impuesto al Consumo: Una crítica	
	<i>Murray Rothbard</i>	83
9	La Economía de Hitler	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	103
10	¿Por qué la Gente no Entiende?	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	108
11	La Cumbre de las Sandías	
	<i>Thomas J. DiLorenzo</i>	114
12	Sobre Igualdad y Desigualdad	
	<i>Ludwing von Mises</i>	118

13	Praxeología: La Metodología de la Economía Austriaca	
	<i>Murray Rothbard</i>	133
14	Los Principios Diabólicos del Hillarycare	
	<i>Murray Rothbard</i>	155
15	Los Vicios No son Delitos: Una Reivindicación de la Moral	
	<i>Prólogo, M. Rothbard</i>	163
	<i>Lysander Spooner (1875)</i>	171
16	Repudiando la Deuda Nacional	
	<i>Murray Rothbard</i>	205
17	La Falacia del “Sector Público”	
	<i>Murray Rothbard</i>	219
18	La Vía al Totalitarismo	
	<i>Henry Hazlitt</i>	230
19	Los Muchos Colapsos del Keynesianismo	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	247
20	La Naturaleza Catastrófica de las Leyes de Salario Mínimo	
	<i>Murray Rothbard</i>	252
21	¿Quién es el Dueño del Agua?	
	<i>Murray Rothbard</i>	256
22	Defendiendo al Arrendador Inescrupuloso	
	<i>Walter Block</i>	261
23	Libertad de Asociación	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	269
24	Carta Abierta a la International Justice Mission	
	<i>Walter Block</i>	274
25	Todo lo que Amas se lo Debes al Capitalismo	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	279

26	¿Hay un Derecho a Sindicalizar?	
	<i>Walter Block</i>	293
27	¿Qué Pasaría si se Abolieran las Escuelas Públicas?	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	297
28	¿Por qué ser Austriaco?	
	<i>Robert Higgs</i>	302
29	Economía y Coraje Moral	
	<i>Llewellyn Rockwell</i>	313
30	¿Odiáis el Estado?	
	<i>Murray Rothbard</i>	329
	Notas.....	335
	Los Autores	346

1

La Tarea que Espera a los Libertarios

Henry Hazlitt

Introducción

De cuando en cuando en los últimos treinta años, después de que he escrito o dado charlas acerca de alguna nueva restricción de la libertad humana en el campo económico o algún nuevo ataque a la empresa privada, me han preguntado personalmente o por medio de cartas «¿Qué puedo hacer *yo*?» para combatir la moda inflacionista o socialista? Otros escritores o conferenciantes, me parece, han recibido la misma pregunta.

La respuesta casi nunca es sencilla, pues depende de las circunstancias y habilidad del que pregunta —que puede ser un hombre de negocios, un ama de casa, un estudiante, informado o no, inteligente o no, que se expresa bien o no. Y la respuesta puede variar de acuerdo con las circunstancias que se presumen.

Una respuesta general es más fácil que una respuesta particular. Así que quiero escribir aquí acerca de la tarea que nos espera a los libertarios considerados colectivamente.

La tarea se ha vuelto tremenda, y parece que es más grande cada día. Unas pocas naciones que ya fueron completamente comunistas, como la Unión Soviética y sus satélites, como resultado de la triste experiencia, intentan

apartarse un poco de la centralización completa, y experimentar con una o dos técnicas semi—capitalistas. Pero la tendencia mundial que prevalece en más de cien de las aproximadamente ciento once naciones y mini—naciones que son ahora miembros del FMI, es en la dirección de un creciente colectivismo y controles.

La tarea de combatir esta deriva colectivista parece un caso perdido para la pequeña minoría. La guerra debe librarse en cientos de frentes y los verdaderos libertarios están en franca minoría en todos ellos. En cientos de campos los partidarios del estado del bienestar, los estatistas, socialistas e intervencionistas continuamente llevan a más restricciones a la libertad individual y los libertarios deben combatirlos. Pero pocos de nosotros individualmente tenemos tiempo, la energía y los conocimientos especiales en algo más que un puñado de temas para ser capaces de hacer esto.

Uno de nuestros problemas más graves es que nos encontramos frente a ejércitos de burócratas que ya nos controlan y que tienen un gran interés en mantener y expandir los controles para cuyo refuerzo han sido contratados.

Burocracia Creciente

El gobierno federal abarca ahora unas 2.500 agencias, comisiones, departamentos y divisiones distintas. Los empleados civiles federales a tiempo completo se estimaban en 2.693.508 en el 30 de Junio de 1970.

Y sabemos que, para dar unos pocos ejemplos específicos, de estos burócratas unos 16.800 administran los programas del Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano; 106.700 el programa del Departamento de Salud, Educación y Bienestar, que incluye la Seguridad Social, y 152.300 los programas de la Administración de Veteranos.

Si miramos a la tasa a la que han crecido parte de estas burocracias, nos referiremos otra vez al Depto. de Agricultura. En 1929, antes de que el gobierno de los EE.UU.

empezara los controles de cosechas y las ayudas a los precios a una escala extensiva, había 24.000 empleados en el Departamento. Actualmente, contando con trabajadores a tiempo parcial, hay 120.000, cinco veces más, todos ellos con un interés económico vital —es decir, sus propios empleos— en probar que los controles para cuya formulación y realización fueron contratados, deberían continuar y expandirse.

¿Qué oportunidades tendrá un emprendedor privado, un ocasional profesor de economía desinteresado, un columnista o periodista editorial para argumentar contra las políticas y acciones de este ejército de 120.000 soldados aunque tenga tiempo de aprender los hechos detallados de un asunto particular? Sus críticas o serán ignoradas o se ahogarán en los bien organizados argumentos contrarios.

Este es un ejemplo entre mil. Algunos de nosotros sospechamos que existe mucho gasto loco o injustificado en el programa de la seguridad social de los EE.UU. o que las deudas en que el programa ya ha incurrido (una autoridad las estima en una cantidad que excede el trillón de dólares) pueden resultar impagos sin una grave inflación monetaria. Un puñado de nosotros podría sospechar que el mismo principio del seguro obligatorio de avanzada edad y supervivientes del gobierno está sujeto a cuestionamiento. Pero existen unos cien mil empleados a tiempo completo en el Depto. de Salud, Educación y Bienestar que desdeñarían estos temores como locuras, e insistirían en que no estamos haciendo todavía lo suficiente a favor de nuestros ciudadanos de la tercera edad, los enfermos, nuestros huérfanos y viudas.

Y todavía existen los millones de quienes se encuentran en el extremo receptor de estos pagos que los consideran como un derecho adquirido, que encontrarían inadecuado el argumento o que se sentirían ultrajados por la más ligera sugerencia de examen crítico del asunto. La presión política por una constante extensión e incremento de estos beneficios es casi irresistible.

Y aunque no existieran ejércitos de economistas, estadísticos y administradores del gobierno que respondieran, el crítico solitario y desinteresado que espera que su crítica sea escuchada y respetada por personas desinteresadas y racionales, se encuentra obligado a continuar con apabullantes montañas de detalles.

Demasiados Casos Particulares

La Comisión Nacional de Relaciones Laborales, por ejemplo, toma cada año cientos de decisiones acerca de prácticas laborales “injustas”. En el año fiscal de 1967 examinó 803 casos “de acuerdo con la ley y los hechos”. La mayoría de estas decisiones están fuertemente inclinadas a favor de los sindicatos; muchas de ellas pervierten la intención del Acta de Taft—Hartley que supuestamente deben hacer cumplir; y en algunos casos, la comisión se arroga poderes que van mucho más allá de lo que está garantizado por el Acta. Los textos de muchas de tales decisiones son muy extensos en su exposición de los hechos y en las conclusiones e la comisión. ¿Cómo va el economista individual o el editorialista a abrirse paso y comentar de una manera informada e inteligente en aquellos casos que comportan un importante principio o un interés público?

O bien miremos a agencias importantes tales como la Comisión Federal de Comercio; la Comisión de Seguros y Cambio; la Administración de Alimentación y Drogas; la Comisión Federal de Comunicaciones. Estas agencias a menudo combinan las funciones de legisladores, fiscales, jueces, jurados y administradores.

Y así, ¿cómo puede el economista individual, el estudiante de gobernanza, el periodista o cualquiera interesado en defender o preservar la libertad, esperar mantenerse a flote en este Niágara de decisiones, regulaciones y leyes administrativas? Puede considerarse afortunado de dominar al cabo de muchos meses los hechos que conciernen a una sola de estas decisiones.

El profesor Sylvester Petro de la Universidad de Nueva York ha escrito todo un libro dedicado a la huelga de Kohler y otro sobre la huelga de Kingsport y todas las lecciones públicas que puede aprenderse de ellas. El profesor Martin Anderson se ha especializado en las extravagancias de los programas de renovación urbana. Pero ¿cuántos de los que nos llamamos libertarios desean o tienen el tiempo de llevar a cabo este trabajo de investigación especializado y microscópico, pero indispensable?

En Julio de 1967 la Comisión federal de Comunicaciones pasó una extremadamente peligrosa decisión ordenando que la American Telephone y la Telegraph Company bajaran sus tasas interestatales —que ya eran casi un 20% más bajas que en 1940, aunque el nivel general de precios desde entonces ha subido un 163%. A fin de escribir un simple editorial o columna acerca de esto —y para confiar en que había comprendido bien los hechos— un periodista concienzudo tuvo que estudiar, entre otros materiales, el texto de la decisión. Esta consistía en 114 páginas de texto a un solo espacio escrito a máquina.

... y los Planes de Reforma

Los libertarios tenemos el trabajo cortado a medida.

A fin de indicar mejor las dimensiones de dicho trabajo, no es solamente a la burocracia organizada lo que los libertarios tienen que responder, sino también a los “zelotes” individuales. No pasa un día sin que algún ardiente reformador o grupo de reformadores sugiera alguna nueva intervención del gobierno, algún nuevo plan del estado que colme alguna supuesta “necesidad” o socorra algún supuesto problema. Estos acompañan sus programas con elaboradas estadísticas que al parecer prueban la necesidad o el problema que quieren que solucionen los que pagan impuestos. Así que resulta que los acreditados expertos en ayuda, seguros de desempleo, Seguridad Social, Medicare, subvenciones a la vivienda,

ayuda al exterior y cosas así son precisamente la gente que pide más ayuda, seguros de desempleo, Seguridad Social, Medicare, subvenciones a la vivienda, ayuda exterior y todo lo demás.

Veamos algunas de las lecciones que podemos extraer de esto.

Especialistas de Defensa

Los libertarios no podemos conformarnos solamente con repetir generalidades piadosas acerca de la libertad, el libre comercio y el gobierno limitado. Afirmar y repetir estos principios generales es absolutamente necesario, desde luego, ya sea como prólogo o como conclusión. Pero si esperamos ser efectivos como individuos o colectivo, debemos dominar individualmente una gran cantidad de conocimiento detallado y hacernos especialistas en una o dos líneas de trabajo, de forma que podamos mostrar como nuestros principios libertarios se aplican en campos específicos, de manera que podamos discutir convincentemente a los que proponen planes estatales para vivienda pública, subsidios agrícolas, incremento en la ayuda, más beneficios de la seguridad social, mayor “Medicare”, sueldos garantizados, mayor gasto público, mayores impuestos —sobre todo los impuestos progresivos— mayores tarifas o cuotas de importación, restricciones o multas contra el comercio exterior y el viaje al extranjero, controles de precios, controles de renta, controles de la tasa de interés, leyes denominadas “de protección al consumidor” y estrechas regulaciones y restricciones a los negocios en todos lados.

Esto significa, entre otras cosas, que los libertarios debemos formar y mantener organizaciones que no solo promuevan los principios básicos —como hacen por ejemplo la Foundation for Economic Education en Irvington-on-Hudson, Nueva York, el American Institute for Economic Research de Great Barrington, Massachusetts, y el American Economic Foundation de la ciudad de Nueva

York— sino promover los principios en campos específicos. Pienso, por ejemplo, en organizaciones tan excelentes que ya existen como el Comité de Citizens Foreign Aid, el Comité Nacional de Economistas sobre Política Monetaria, la Tax Foundation y así.

No hay que temer que muchas de estas organizaciones privadas se formen. El peligro real es justamente lo opuesto: las organizaciones privadas liberales en los Estados Unidos se encuentran en inferioridad numérica quizá del uno al diez por las organizaciones comunistas, socialistas, estatistas y otras de la izquierda, que han mostrado ser demasiado efectivas.

Me apena decir que casi ninguna de las asociaciones de negocios establecidas de antiguo, con las que estoy familiarizado, es tan efectiva como solían serlo antes. No es ya que han sido timoratas o permanecido en silencio cuando deberían haber hablado claro, sino que a veces se han comprometido imprudentemente. Recientemente, por miedo a ser llamadas “ultraconservadoras” o “reaccionarias”, han apoyado medidas dañinas para los propios intereses para cuya protección se formaron. Algunas, por ejemplo, salieron a favor del incremento de impuestos sobre las corporaciones que llevó a cabo la administración de Johnson en 1968, ya que tenían miedo de decir que dicha Administración más bien debería haber cortado de un tajo su despilfarrador gasto en asistencia social.

El triste hecho es que hoy la mayoría de las direcciones de grandes negocios de Estados Unidos se han quedado tan confundidas o intimidadas que además de darle argumentos al enemigo, fracasan en defenderse adecuadamente cuando son atacadas. La industria farmacéutica, sujeta desde 1962 a una ley discriminatoria que aplica principios legales cuestionables y peligrosos que el gobierno no se ha atrevido a aplicar en otros campos, ha sido demasiado tímida al recurrir su caso de una manera efectiva. Los fabricantes de automóviles, atacados por un simple “zelote” por producir coches “no seguros a cualquier velocidad” manejaron el asunto con una increíble combinación de negligencia e ineptitud que acarreó sobre sus

cabezas una legislación no son dañina para su industria, sino para los propios conductores.

La Timidez del Hombre de Negocios

Es imposible predecir hoy donde golpeará otra vez el sentimiento anti—emprendedor de Washington unido a los que rabian por más control gubernamental. En 1967 el Congreso se permitió el caer en estampida en una dudosa extensión del poder federal sobre las ventas de carne entre los estados. En 1968 sacó una ley de transparencia en el préstamo que forzaba a los prestatarios a calcular y establecer los intereses de la manera en que los burócratas federales quieren que se calcule y se establezca. Cuando en enero de 1968 el Presidente Johnson anunció repentinamente que iba a prohibir que las empresas Norteamericanas hicieran más inversiones directas en Europa y que iba a restringirlas en otros sitios, la mayoría de los periódicos y los hombres de negocios en vez de lanzar una riada de protestas contra estas invasiones sin precedentes de nuestra libertad, deploraron el que fueran “necesarias” y dijeron que esperaban fuesen “temporales”.

La existencia de esta timidez en los negocios, que permite que pasen estas cosas, es la evidencia de que los controles del gobierno y del poder ya son excesivos. ¿Por qué las direcciones de los grandes negocios en Norteamérica son tan timoratas? Es una larga historia, pero sugiero unas pocas razones:

1. Puede que estén dependiendo mucho o por completo en los contratos de guerra del gobierno
2. Nunca saben cuándo o sobre qué argumentos se les podrá declarar culpables de violar las leyes anti—trust
3. Nunca saben cuándo o sobre qué argumentos el Comité Nacional de Relaciones Laborales les declarará culpables de prácticas laborales injustas.
4. Nunca saben cuándo van a ser hostilmente examinadas sus devoluciones de impuestos personales y

ciertamente no tienen confianza en que tal examen —y lo que encuentren— será del todo independiente de si son personalmente amigos o enemigos de la Administración que se encuentre en el poder.

Hay que señalar que las acciones o leyes del gobierno que los hombres de negocios temen son leyes y acciones que dejan un gran margen al arbitrio de la administración. Las leyes administrativas discrecionales deberían reducirse al mínimo, pues alimentan la corrupción y el soborno y son siempre potencialmente leyes para la extorsión.

La Acusación de Schumpeter

Para su vergüenza, los libertarios están aprendiendo que no se puede confiar en que los hombres de negocios sean sus aliados en la batalla contra las usurpaciones del gobierno. Hay muchas razones. Algunas veces los hombres de negocios defenderán las tarifas, las cuotas de importación, los subsidios, las restricciones a la competencia, porque creen —con razón o sin ella— que estas intervenciones del gobierno son a favor de su interés personal o el de sus compañías y no les preocupa si se hacen a expensas del público en general. A menudo, creo, los hombres de negocios defienden estas intervenciones porque están honestamente confundidos, no se dan cuenta de cuales serán las consecuencias reales de las medidas particulares que defienden o les falta percibir los efectos debilitantes y acumulativos de las crecientes restricciones de la libertad humana.

Tal vez, lo más habitual es que los hombres de negocios de hoy se muestran conformes con nuevos controles gubernamentales simplemente por pura timidez.

Hace una generación, en su pesimista libro *Capitalism, Socialism, and Democracy* (1942), el difunto Joseph A. Schumpeter sostenía la tesis de que «en el sistema capitalista existe una tendencia hacia la autodestrucción». Y citaba como evidencia de esto la cobardía de los grandes

hombres de negocios cuando se enfrentan a un ataque directo:

Dialogan y pleitean —o alquilan gente que lo haga por ellos; intentan agarrar cualquier oportunidad de compromiso; están siempre listos para abandonar; nunca mueven un dedo bajo la bandera de sus propios intereses e ideales. En este país no hubo resistencia auténtica contra la imposición de abrumadoras cargas financieras durante la pasada década o contra la legislación laboral incompatible con la gestión eficiente de la industria.

Lo mismo pasa con los formidables problemas a los que se enfrentan los libertarios comprometidos. Encuentran extremadamente difícil defender a empresas particulares o a industrial del acoso o la persecución cuando estas industrias no se defienden a si mismas adecuada o competentemente.

A pesar de todo, la división del trabajo es posible y deseable en defensa de la libertad, como lo es en otros aspectos. Y muchos, que ni tienen el tiempo ni el conocimiento especializado de analizar industrias particulares o exclusivos y complejos problemas, pueden a pesar de todo ser efectivos en la causa libertaria machacando incesantemente en algún simple principio o argumento hasta que esté claro.

Algunos Principios Básicos

¿Hay algún principio básico o argumento en el que los libertarios podrían concentrarse de manera efectiva? Veamos, porque quizá podemos encontrar no uno, sino varios.

Una verdad simple que puede reiterarse sin fin y aplicada en el noventa y nueve por ciento de los casos de las propuestas estatistas que se plantean o que se promueven con tanta profusión es que el gobierno no da a nadie nada que no haya sido antes quitado a otro. En otras

palabras: todos sus planes de subvenciones y ayuda son simplemente maneras de desnudar a un santo para vestir a otro.

Así, puede señalarse que el moderno estado del bienestar es solamente un complicado arreglo por el cual nadie paga por la educación de sus propios hijos, sino que todo el mundo paga por la educación de los hijos de todos los demás; por el cual nadie paga sus propios gastos médicos, sino que todos pagan los de todos los demás; por el cual nadie previene un seguro para cuando sea viejo, sino que todos pagan los seguros de los demás, y así. Como ya se ha señalado antes, hace más de un siglo Bastiat expuso el carácter ilusorio de todo este sistema de bienestar en su aforismo «El Estado es la gran ficción por la cual todo el mundo intenta vivir expensas de todos los demás».

Otra forma de mostrar lo que está mal con todos los planes estatales de limosna es señalar que no se puede sacar de donde no hay. O, como los programas de regalo del gobierno deben ser pagados por medio de impuestos, con cada nuevo esquema propuesto el libertario puede preguntar “¿A cambio de qué?”. Así, si se propone gastar otro billón de dólares en colocar más hombres en la luna o desarrollar un nuevo avión comercial supersónico, se puede señalar que este billón, a través de los impuestos, no podrá cubrir un millón de las necesidades o deseos de los millones de pagadores de impuestos a los cuales se ha de saquear.

Desde luego, algunos campeones del sempiterno gran poder y gasto gubernamental saben esto muy bien, como por ejemplo el profesor J.K. Galbraith, que inventa la teoría de que el que paga impuestos, si se le deja solo, gasta alocadamente el dinero que ha ganado en toda clase de trivialidades y basura y que solamente los burócratas, quitándoselo primero, saben como gastarlo inteligentemente.

Conocer las Consecuencias

Otro principio muy importante al que los libertarios pueden apelar continuamente es pedir a los estatistas que consideren las consecuencias secundarias y a largo plazo de sus propuestas tanto como lo hacen con las puras consecuencias inmediatas que pretenden. Los estatistas a veces admitirán abiertamente que, por ejemplo, no pueden dar nada a nadie si no se lo han quitado a algún otro antes. Admitirán que deben desnudar a un santo para vestir a otro. Pero su argumento es que solamente se lo están quitando al santo rico para vestir al santo pobre. Como dijo el Presidente Johnson con toda franqueza en un discurso el 15 de enero de 1964 «Vamos a intentar coger todo el dinero que creemos que se gastará innecesariamente por los que tienen y dárselo a los que no tienen, que tanto lo necesitan».

Quienes tienen el hábito de considerar las consecuencias a largo plazo reconocerán que todos estos programas para compartir la riqueza y garantizar ingresos reducen los incentivos a ambos lados de la escala económica. Deben reducir los incentivos para los que son capaces de alcanzar un ingreso alto pero que luego se encuentran con que se lo quitan, y aquellos que son capaces de ganar por lo menos un ingreso moderado, pero que se encuentran con las necesidades vitales provistas sin trabajar.

Esta vital consideración de los incentivos es sistemáticamente pasada por alto en las propuestas de los agitadores que piden más y mayores planes de ayuda del gobierno. Deberíamos estar preocupados por las demandas de los pobres y desafortunados. Pero la terrible pregunta en dos partes que debe contestar cualquier plan para aliviar la pobreza es ¿Cómo podemos mitigar las penalidades del fracaso y la desgracia SIN minar los incentivos al esfuerzo y al éxito?

Muchos de nuestros quizá reformadores y humanitarios simplemente ignoran la segunda parte del planteamiento. Y cuando los que defendemos la libertad de empresa nos vemos obligados a rechazar uno tras otro de estos engaño-

esos planes “antipobreza” con el argumento de que destruirá dichos incentivos y que a la larga producirá más daño que bien, somos acusados de ser obstruccionistas y “negativos” por los demagogos y los que no se detienen a pensar. Pero el libertario debe tener fuerza para no dejarse amedrentar por esto.

Finalmente, el libertario que quiera machacar en unos cuantos principios generales puede apelar repetidamente a las enormes ventajas de la libertad comparadas con la coerción. Tendrá la influencia y podrá llevar a cabo su trabajo, también, si ha alcanzado estos principios a través de una reflexión y estudio cuidadoso. «El pueblo común de Inglaterra —escribió Adam Smith— es muy celoso de su libertad, pero como el pueblo común de la mayoría de otros países, nunca ha entendido completamente en qué consiste eso». Llegar a la idea y definición adecuada de libertad es difícil, no fácil.[1]

Aspectos Legales y Políticos

Hasta aquí he escrito como si el estudio de los libertarios, su pensamiento y argumentación debiera confinarse solamente al campo de la economía. Pero, desde luego, la libertad no se puede agrandar o conservar a menos que su necesidad se entienda en otros muchos campos y sobre todo en política y en la ley.

Tenemos que preguntarnos, por ejemplo, si la libertad, el progreso económico y la estabilidad política se pueden conservar si se sigue permitiendo que las personas que se mantienen principal o solamente de la ayuda del gobierno y los que viven a expensas de los que pagan impuestos sigan ejerciendo esta exclusiva. Los grandes liberales del siglo XIX y principios del XX, incluyendo a John Stuart Mill y a A.V. Dicey expresaron los más serios recelos en cuanto a esto.

Una Moneda Honesta y el Fin de la Inflación

Esto me lleva, finalmente, al más simple asunto en el cual todos los libertarios a los que falta tiempo y formación para el estudio especializado pueden concentrarse efectivamente. Esto es: pedir al gobierno que mantenga una moneda honesta y que detenga la inflación.

Este asunto tiene la ventaja propia de que puede decirse alto y claro, porque fundamentalmente ES alto y claro. La inflación siempre la hace el gobierno. Toda inflación es el resultado de un incremento de la cantidad de moneda y de crédito. Y la cura es simplemente detener el incremento.

Si los libertarios pierden en el asunto de la inflación, corren el peligro de perder en todos los otros asuntos. Si los libertarios ganaran el asunto de la inflación, podrían acercarse a vencer en todo lo demás. Si pudieran vencer parando el incremento de cantidad de moneda, sería porque podrían detener los déficits crónicos que fuerzan dicho incremento. Si pudieran detener estos déficits, sería porque han detenido el veloz incremento del gasto en bienestar y todos los proyectos colectivistas que dependen del gasto en bienestar. Si pudieran detener el constante crecimiento del gasto, podrían parar el constante incremento del poder del gobierno.

La devaluación de la libra inglesa, primero en 1949 y luego en 1967, puede tener como efecto desplazado el ayudar a la causa libertaria. Pone al descubierto la bancarrota del estado del bienestar. Pone al descubierto la fragilidad y completa no dependencia del papel—oro en el sistema monetario internacional bajo el cual el mundo ha estado operando desde 1944. Apenas hay alguna de las más de cien monedas del FMI, con excepción del dólar, que no hayan sido devaluadas al menos una vez desde que el Fondo está operando. No hay una sola unidad monetaria —y no existen excepciones— que no compre menos hoy que cuando se creó el Fondo.

Mientras escribo esto, el dólar, que como cualquier otra moneda está ligado al sistema actual, se encuentra en grave

peligro. Si se ha de preservar la libertad, el mundo debería volver a un sistema completo de estándar oro en el que cada moneda principal de un país se pueda convertir en oro cuando se necesite, por cualquiera que lo necesite, sin discriminación. Me doy cuenta de que pueden señalarse algunos defectos técnicos en el estándar oro, pero tiene una virtud que sobrepasa a todos ellos: no está, como el papel moneda, sujeto a los caprichos de los políticos; no se puede imprimir ni manipular de otra forma por los políticos; libera al poseedor individual de esa forma de expropiación o estafa por parte de los políticos; es una salvaguarda esencial no solo de la conservación de la moneda en sí, sino de la libertad humana. Todo libertario debería apoyarlo.

Diré una última palabra. En cualquier campo en el que se especialice, en cualquier principio o asunto que decida defender, el libertario debe afirmarse. No puede permitirse el no decir o no hacer nada. Solo tengo que recordarle la elocuente llamada al combate que hay en la página final del gran libro de Mises escrito hace treinta y cinco años, *Socialism*:

Cada uno lleva a una parte de la sociedad en sus hombros; nadie es aliviado de esta responsabilidad por otros. Y nadie puede escaparse por sí solo si la sociedad se arrastra hacia la destrucción. Así que cada cual, por su propio interés, debe esforzarse en la batalla intelectual. Nadie puede permanecer al margen sin darse por aludido: el interés de todos depende del resultado. Aunque no lo escoja, cada hombre es arrastrado a una gran confrontación histórica, la batalla decisiva en la que nuestra época nos ha arrojado.

La Amenaza Fascista

Llewellyn Rockwell

Todo el mundo sabe que la palabra fascista es peyorativa y se usa a menudo para describir cualquier postura política que no gusta a quien habla. No hay nadie por ahí que esté dispuesto a levantarse y decir “Soy un fascista: creo que el fascismo es un gran sistema social y económico”.

Pero yo digo que si fueran honrados, la gran mayoría de políticos, intelectuales y activistas políticos tendrían que decir justamente eso.

El fascismo es el sistema de gobierno que carteliza el sector privado, planifica centralizadamente la economía para subvencionar a los productores, exalta el estado policial como fuente de orden, niega derechos y libertades fundamentales a los individuos y hace del poder ejecutivo el amo ilimitado de la sociedad.

Esto describe la política general hoy en Estados Unidos. Y no solo en Estados Unidos. También es verdad en Europa. Es tan parte de la corriente principal que difícilmente se advierte.

Es verdad que el fascismo no tiene un aparato teórico general. No hay un gran teórico como Marx. Eso no lo hace menos real y distinguible como sistema social, económico y político. El fascismo también prospera como un estilo distinguible de gestión social y económica. Y es una amenaza igual o mayor para la civilización que el socialismo completamente desarrollado.

Esto pasa porque sus rasgos son en buena medida una parte de la vida (y lo han sido durante tanto tiempo) que nos son casi invisibles.

Si el fascismo nos es invisible, es verdaderamente un asesino silencioso. Dispone de un estado, enorme, violento y torpe alrededor del libre mercado que drena su capital y productividad como un parásito mortal en un huésped. Por eso al estado fascista se le ha llamado la economía vampiro. Se pega a la vida económica de una nación y produce una muerte lenta en una economía antes próspera.

Dejadme que mencione solo un ejemplo reciente.

El Declive

Los periódicos estuvieron la semana pasada llenos de los primeros datos del Censo de EEUU. La noticia de portada se preocupaba por el enorme aumento en la tasa de pobreza. Es el mayor aumento en 20 años y ahora llega al 15%.

Pero la mayoría de la gente escucha esto y lo rechaza, probablemente por buenas razones. Los pobres en este país no son pobres bajo ningún patrón histórico. Tienen celulares, TV por cable, coches, montones de comida y mucha renta disponible. Es más, no existe una clase fija llamada los pobres. La gente va y viene, dependiendo de la edad y las circunstancias de la vida. Además, en política estadounidense, cuando oyes quejas acerca de los pobres, todos sabemos qué se supone que debes hacer: dar tu cartera al gobierno.

Enterrado en el informe hay otro hecho que tiene un significado mucho más profundo. Se refiere a la mediana de la renta familiar en términos reales.

Lo que revelan los datos es devastador. Desde 1999, la mediana de las rentas familiares ha caído un 7,1%. Desde 1989, la mediana de las rentas familiares es en buena medida plana. Y desde 1973 y el fin del patrón oro, apenas

ha aumentado en absoluto. La gran máquina de generación de riqueza que fue en un tiempo Estados Unidos está fallando.

Ya no puede una generación esperar vivir mejor que la anterior. El modelo económico fascista ha matado lo que una vez fue llamado el sueño americano. Y, por supuesto, la verdad es incluso peor de lo que revelan las estadísticas. Tenéis que considerar cuántas rentas existen dentro de una familia para constituir la renta total. Después de la Segunda Guerra Mundial, la familia de una sola renta se convirtió en la norma. Luego se destruyó el dinero y los ahorros estadounidenses se eliminaron y la base de capital de la economía fue devastada.

Fue en ese momento cuando las familias empezaron a luchar para mantenerse a flote. El año 1985 fue el punto de inflexión. Fue el año en que se hizo más común que no que una familia tuviera dos rentas en lugar de una. Las madres entraron en el mercado laboral para mantener a flote la renta familiar.

Los intelectuales alabaron esta tendencia, ya que representaba la liberación, cantando los hosannas de que todas las mujeres en todas partes se añadían a las nóminas como valiosas contribuidoras a las arcas del estado. La causa real es el aumento del dinero fiduciario que depreciaba la moneda, robaba los ahorros y empujaba a la gente a ser fuerza laboral como contribuyentes.

La historia no solo la cuentan los datos. Hay que mirar la demografía para descubrirla.

Este enorme cambio demográfico esencialmente proporcionó a la familia estadounidense otros 20 años de aparente prosperidad, aunque es difícil calificarla así, ya que no hubo ninguna alternativa al caso. Si querías seguir viviendo el sueño, la familia ya no podía arreglárselas con una sola renta.

Pero este enorme cambio es simplemente una vía de escape. Produjo 20 años de ligeros aumentos antes de que tendencia de la renta volviera a hacerse llana. A lo largo de

la pasada década, estábamos de nuevo cayendo. Hoy la mediana de renta de una familia esta solo ligeramente por encima de donde estaba cuando Nixon destruyó el dólar, puso controles de precios y salarios, creó la EPA y todo el aparato del estado parasitario de bienestar y guerra se enquistó e hizo universal.

Sí, esto es fascismo y estamos pagando el precio. El sueño se está destruyendo.

Las palabras en Washington acerca de la reforma, ya sea de demócratas o republicanos, son como un mal chiste. Hablan de cambios pequeños, recortes pequeños, comisiones que establecerán, límites que pondrán en diez años. Es todo un ruido de fondo. Nada de esto arreglará los problemas. Ni siquiera estará cerca.

El problema es más esencial. Es la calidad del dinero. Es la misma existencia de 10.000 agencias regulatorias. Es la completa suposición de que tengas que pagar al estado por el privilegio de trabajar. Es la presunción de que el gobierno debe dirigir todo aspecto del orden capitalista. En resumen, el problema es el estado total y el sufrimiento y el declive continuarán mientras existe el estado total.

Los Orígenes del Fascismo

Es verdad que la última vez en que la gente se preocupó por el fascismo fue durante la Segunda Guerra Mundial. Se nos dijo que estábamos luchando en el extranjero contra este malvado sistema. Estados Unidos derrotó a los gobiernos fascistas, pero la filosofía de gobierno que representa el fascismo no fue derrotada. Muy poco después de esa guerra, empezó otra. Fue la Guerra Fría que posicionando al capitalismo contra el comunismo. El socialismo en este caso se consideraba una forma moderada de comunismo, tolerable e incluso alabable mientras estuviera ligada a la democracia, que es el sistema que legaliza y legitima un continuo pillaje sobre la población.

Entretanto, casi todos han olvidado que hay muchos otros colores de socialismo, no todos evidentemente de izquierdas. El fascismo es uno de estos colores.

No puede haber dudas de sus orígenes. Está ligado a la historia de la política italiana tras la Primera Guerra Mundial. En 1922 Benito Mussolini ganó unas elecciones democráticas y estableció el fascismo como su filosofía. Mussolini había sido miembro del Partido Socialista Italiano.

Todos los más importantes miembros del movimiento fascista vinieron de los socialistas. Era una amenaza para los socialistas porque era el vehículo político más atractivo para la aplicación al mundo real del impulso socialista. Los socialistas se trasladaron en masa para unirse a los fascistas.

Por eso el propio Mussolini disfrutó de tan buena prensa durante más de diez años después de empezar a gobernar. Fue alabado por el New York Times en un artículo tras otro. Fue proclamado en publicaciones académicas como un ejemplo del tipo de líder que necesitábamos en la era de la sociedad planificada. Publireportajes sobre este fanfarrón fueron muy comunes en el periodismo de EEUU desde final de la década de 1920 hasta mediados de la de 1930.

Recordemos que en este mismo periodo, la izquierda estadounidense sufrió una enorme transformación. En las décadas de 1910 y 1920, la izquierda estadounidense tuvo un muy alabable impulso anticorporativista. La izquierda en general se oponía a la guerra, al sistema penal público, a la ley seca y a todas las violaciones de las libertades civiles. No era amiga del capitalismo, pero tampoco lo era del estado corporativo del tipo que forjó FDR durante el New Deal.

En 1933 y 1934, la izquierda estadounidense tenía que tomar una decisión. ¿Adoptaría el corporativismo y la reglamentación del New Deal o seguiría el principio de sus antiguos valores liberales? En otras palabras, ¿aceptarían

el fascismo como un paso intermedio para su utopía socialista? Se produjo una batalla gigantesca en este periodo y hubo un claro vencedor. El New Deal hizo a la izquierda una oferta que no pudo rechazar. Y fue un pequeño paso ir de la adopción de la economía planificada fascista a la alabanza del estado del bienestar que cerró el periodo del New Deal.

No fue más que una repetición de la misma sucesión de acontecimientos en Italia una década antes. También en Italia la izquierda se dio cuenta de que su programa anticapitalista podía alcanzarse mejor dentro del marco del estado autoritario y planificado. Por supuesto, nuestro amigo John Maynard Keynes desempeñó un papel crítico en proporcionar una justificación pseudocientífica para unirse a la oposición al laissez faire del viejo mundo en una nueva apreciación de la sociedad planificada. Recordad que Keynes no era un socialista de la vieja escuela. Como él mismo decía en su prólogo a la edición nazi de su Teoría general, el nacionalsocialismo era mucho más acogedor para sus ideas que una economía de mercado.

Flynn dice la Verdad

El estudio más definitivo sobre el fascismo escrito en estos años fue *As We Go Marching*, de John T. Flynn. Flynn era un periodista e intelectual de espíritu liberal que había escrito varios libros superventas en la década de 1920. Probablemente pueda colocársele en el bando progresista en la década de 1920. Fue el New Deal el que le cambió. Todos sus colegas siguieron a FDR al fascismo, mientras que el propio Flynn mantuvo la antigua fe. Eso significó luchar contra FDR a cada paso y no solo en sus planes nacionales. Flynn era un líder del movimiento *America First* que veía la deriva de FDR hacia la guerra como nada más que una extensión de New Deal, algo que era realmente.

Pero como Flynn fue parte de lo que Murray Rothbard llamaría más tarde la Vieja Derecha (Flynn pasó a oponerse tanto al estado de bienestar como al estado de guerra), su nombre cayó en el agujero de la memoria orwelliana después de la guerra, durante el apogeo del conservadurismo de la CIA.

As We Go Marching se publicó en 1944, en el último tramo de la Guerra y justo en medio de los controles económicos de tiempo de guerra en todo el mundo. Es extraordinario que haya conseguido pasar la censura. Es un estudio a gran escala de la teoría y la práctica fascistas y Flynn indicaba con precisión dónde acaba el fascismo: en el militarismo y la guerra con cumplimiento de su programa de gasto en estímulo. Cuando no te queda otra cosa en la que gastar el dinero, siempre puedes depender de fervor nacionalista para respaldar más gasto militar.

Al revisar la historia del auge del fascismo, Flynn escribía:

Uno de los fenómenos más desconcertantes del fascismo es la casi increíble colaboración entre hombres de la extrema derecha y de la extrema izquierda en su creación. La explicación es ésta. Tanto la derecha como la izquierda se unieron en su reclamación de regulación. Los motivos, los argumentos y las formas de expresión fueron diferentes pero todos iban en la misma dirección. Y ésta era que el sistema económico debe estar controlado en sus funciones esenciales y este control deben ejercerlo los grupos productivos.

Flynn escribe que la derecha y la izquierda discrepaban precisamente en quién debe considerarse el grupo productivo. La izquierda tiende a considerar a los trabajadores como productores. La derecha tiende a estar a favor de los propietarios de empresas como productores. El acuerdo político (que sigue hasta hoy) fue cartelizar ambos.

El gobierno bajo el fascismo se convierte en el dispositivo cartelizador tanto para trabajadores como para propieta-

rios privados de capital. La competencia entre trabajadores y entre empresas se considera como derrochadora y sin sentido: las élites políticas deciden que estos miembros de estos grupos tienen que unirse y cooperar bajo supervisión del gobierno para construir una nación poderosa.

A los fascistas siempre les ha obsesionado la idea de la grandeza nacional. Para ellos, esto no consiste en una nación de gente que se haga cada vez más próspera, disfrutando de vidas mejores y más largas. No, la grandeza nacional se produce cuando el estado se dedica a construir enormes monumentos, crear sistemas nacionales de transporte, esculpir Mount Rushmore o cavar el Canal de Panamá.

En otras palabras, la grandeza nacional no es lo mismo que tu grandeza o la de tu familia o la de tu empresa o profesión. Todo lo contrario. Te tienen que poner impuestos, el valor de tu dinero tiene que depreciarse, tu privacidad invadirse y tu bienestar disminuirse para conseguirlo. Desde este punto de vista, el gobierno tiene que hacernos grandes.

Por desgracia, tal programa tiene una mucha mayor posibilidad de tener éxito político que el socialismo de la vieja escuela. El fascismo no nacionaliza la propiedad privada como hace el socialismo. Esto significa que la economía de se derrumba inmediatamente. Tampoco el fascismo busca igualar las rentas. No se habla de la abolición del matrimonio o de la nacionalización de los niños.

La religión no queda abolida, sino que se usa como herramienta de manipulación política. El estado fascista era más astuto políticamente que el comunismo en este aspecto. Mezclaba religión y estatismo en un paquete, animando a adorar a Dios, dado que el estado opera como intermediario.

Bajo el fascismo, la sociedad como la conocemos queda intacta, aunque todo esté dominado por un poderoso aparato del estado. Mientras que las enseñanzas

tradicionales socialistas estimulaban una perspectiva globalizada, el fascismo era explícitamente nacionalista. Adoptaba y exaltaba la idea del estado-nación.

Respecto de la burguesía, el fascismo no busca su expropiación. Por el contrario, la clase media obtiene lo que quiere en forma de seguro social, prestaciones médicas y altas dosis de orgullo nacional.

Es por todas estas razones por las que el fascismo asume un aspecto de derechas. No ataca los valores burgueses esenciales. Se apoya en ellos para conseguir el apoyo para un reglamentación nacional completa respaldada democráticamente de control económico, censura, cartelización, intolerancia política, expansión geográfica, control del ejecutivo, estado policial y militarismo.

Por mi parte, no tengo ningún problema en referirme al programa fascista como una teoría de derechas, aunque sí cumpla aspectos del sueño de la izquierda. Lo esencial aquí se refiere a su atractivo para el público y los grupos demográficos que normalmente siguen políticas de derechas.

Si lo pensáis, el estatismo de derechas es de un aspecto, forma y tono distinto del estatismo de izquierdas. Cada uno está pensado para atraer a un grupo distinto de votantes con distintos intereses y valores.

Sin embargo, estas divisiones no son estrictas y ya hemos visto cómo un programa socialista de izquierdas puede adaptarse y convertirse en un programa fascista de derechas con muy pocos cambios sustanciales aparte de la mercadotecnia.

Las Ocho Características de la Política Fascista

John T. Flynn, como otros miembros de la Vieja Derecha, estaba disgustado ante la paradoja de que lo que veía, casi todos los demás optaban por ignorarlo. En la lucha contra

regímenes autoritarios en el exterior, apuntaba, Estados Unidos había adoptado esas formas de gobierno en el interior, completadas con controles de precios, racionamiento, censura, dictadura del ejecutivo e incluso campos de concentración para grupos enteros considerados como no fiables en su lealtad al estado.

Después de revisar esta larga historia, Flynn procede a resumir con una lista de ocho puntos que considera que son las características del estado fascista.

Al presentarlos, también hago comentarios sobre el estado centralizado estadounidense.

Punto 1. El gobierno es totalitario porque no reconoce ninguna limitación a sus poderes

Es una característica muy elocuente. Sugiere que el sistema político de EEUU puede describirse como totalitario. Es una característica chocante que la mayoría de la gente rechazaría. Pero solo pueden rechazar esta caracterización mientras no se vean directamente atrapados en la red del estado. Si es así, descubrirán rápidamente que no hay de hecho límites a lo que puede hacer el estado. Esto puede pasar al subirse a un avión, al conducir a casa o al ver a tu negocio en conflicto con alguna agencia pública. Al final deben obedecer o ser enjaulado como un animal o muerto. De esta manera, no importa cuánto puedas creer que eres libre, hoy todos estamos a un paso de Guantánamo.

Todavía en la década de 1990, puedo recordar que hubo momento en los que Clinton parecía sugerir que había cosas que su administración no podía hacer. Hoy no estoy tan seguro de que pueda recordar a ningún cargo público alegando las limitaciones del derecho o las limitaciones de la realidad a lo que puede hacerse y lo que no. Ningún aspecto de la vida está exento de intervención pública y a menudo adopta formas que no vemos fácilmente. Toda la atención sanitaria está regulada, pero lo mismo pasa con

cada pizca de nuestra comida, transporte, ropa, productos del hogar e incluso relaciones privadas.

El propio Mussolini expresó así este principio: “Todo dentro del estado, nada fuera del estado, nada contra el estado”. También dijo: “La piedra angular de la doctrina fascista es su concepción del estado, de su esencia, sus funciones y sus objetivos. Para el fascismo, el estado es absoluto, los individuos y grupos, relativos”.

Os pregunto si ésta es la ideología que prevalece hoy en Estados Unidos. Esta nación, concebida en libertad, se ha visto secuestrada por el estado fascista.

Punto 2. El gobierno es una dictadura de hecho, basada en el principio de liderazgo

Yo no diría que tengamos verdaderamente una dictadura de un hombre en este país, pero sí tenemos una dictadura de un sector del gobierno sobre todo el país. El poder ejecutivo se ha expandido tan enormemente en el último siglo que se ha convertido en una broma hablar de contrapesos y equilibrios. Lo que aprenden los niños en las clases de civismo no tiene nada que ver con la realidad.

El estado ejecutivo es el estado tal y como lo conocemos, que va desde la Casa Blanca hacia abajo. El papel de los tribunales es aplicar la voluntad del ejecutivo. El papel del legislativo es ratificar la política del ejecutivo.

Además, este ejecutivo realmente no es la persona que parece estar al frente. El presidente es solo el barniz y las elecciones son solo los rituales tribales que realizamos para conferir cierta legitimidad a la institución. En realidad, el estado-nación vive y prospera fuera de cualquier “mandato democrático”. Aquí encontramos el poder de regular todos los aspectos de la vida y el perverso poder de crear el dinero necesario para financiar este gobierno del ejecutivo.

Respecto del principio de liderazgo, no hay mayor mentira en la vida pública estadounidense que la propaganda que oímos cada cuatro años acerca de cómo el nuevo presidente/mesías va a conseguir los grandes resultados de la paz, la igualdad, la libertad y la felicidad humana global. Aquí la idea es que toda la sociedad realmente está moldeada y controlada por una sola voluntad, algo que requiere un acto de fe tan grande que tienes que olvidar todo lo que sabes acerca de la realidad para creerlo.

Y aun así la gente lo hace. La esperanza de un mesías llegó al paroxismo con la elección de Obama. La religión cívica estaba en modo adoración a gran escala del humano más grande que haya vivido o vivirá nunca. Fue una visión despreciable.

Otra mentira que cree el pueblo estadounidense es que las elecciones presidenciales generan un cambio de régimen. Es una tontería. El estado de Obama es el estado de Bush, el estado de Bush era el estado de Clinton, el estado de Clinton era el estado de Bush, el estado de Bush era el estado de Reagan. Podemos remontarnos mucho más atrás en el tiempo y ver que se solapan nombramientos, burócratas, técnicos, diplomáticos, cargos de la Fed, élites financieras y así sucesivamente. Los cambios en el cargo no se producen por las elecciones sino por la mortalidad.

Punto 3. El gobierno administra un sistema capitalista con una burocracia inmensa

La realidad de la administración burocrática ha estado con nosotros al menos desde el New Deal, que se moldeó sobre la burocracia planificadora que hubo en la Primera Guerra Mundial. La economía planificada (ya sea en tiempos de Mussolini o en los nuestros) requiere burocracia. La burocracia es el corazón, los pulmones y las venas del estado planificador. Y aun así regular una economía tan completamente como se hace hoy es matar la prosperidad con un billón de pequeños cortes.

Esto no significa necesariamente una contracción económica, al menos no inmediatamente. Pero definitivamente significa acabar con el crecimiento que se habría producido en un mercado libre en otro caso.

Entonces ¿dónde está nuestro crecimiento? ¿Dónde está el dividendo de la paz que se suponía que vendría tras el final de la Guerra Fría? ¿Dónde están los frutos de las asombrosas ganancias en eficiencia que ha permitido la tecnología? Se los ha comido la burocracia que gestiona todos nuestros movimientos en esta tierra. El monstruo voraz e insaciable se llama aquí Código Federal y hace que miles de agencias ejerzan el poder policial para impedirnos vivir libremente.

Es como dijo Bastiat: el coste real del estado es la prosperidad que no vemos, los empleos que no existen, las tecnologías a las que no tenemos acceso, los negocios que no llegaron a existir y el brillante futuro que se nos ha robado. El estado nos ha saqueado tan seguramente como un ladrón que entra en nuestra casa y nos roba todo lo que amamos.

Punto 4. Los productores están organizados en cárteles al estilo sindical

No pensamos normalmente en nuestra actual estructura económica como sindicalista. Pero recordad que sindicalismo significa control económico por los productores. El capitalismo es diferente. En virtud de sus estructuras de mercado, pone todo el control en mano de los consumidores. Por tanto, la única pregunta a los sindicalistas es qué productores vana disfrutar del privilegio político. Podrían ser los trabajadores, pero también pueden ser las grandes empresas.

En el caso de Estados Unidos, en los últimos tres años, hemos visto cómo bancos gigantescos, empresas farmacéuticas, aseguradoras, compañías automovilísticas, bancos y brokers de Wall Street y compañías hipotecarias cuasiprivadas disfrutaban de enormes privilegios a nuestra

costa. Todos se han unido al estado en llevar una existencia parasitaria a nuestra costa.

También esto es una expresión de la idea sindicalista y ha costado a la economía de EEUU incontables billones y sostenido una depresión económica al impedir el ajuste posterior al auge que habrían dictado los mercados en otro caso. El gobierno ha apretado su rienda sindicalista en nombre del estímulo.

Punto 5. La planificación económica se basa en el principio de autarquía

La autarquía es el nombre que se da a la idea de autosuficiencia económica. El su mayor parte se refiere a la autodeterminación económica del estado-nación. El estado-nación debe ser enorme geográficamente para soportar el rápido crecimiento económico de una población grande y creciente.

Éste fue y es la base del expansionismo fascista. Sin la expansión, el estado muere. También es la idea que hay tras la extraña combinación de presión proteccionista hoy combinada con el militarismo. Está dirigida en parte por la necesidad de controlar los recursos.

Fijaos en las guerras en Iraq, Afganistán y Libia. Seríamos enormemente ingenuos si creemos que estas guerras no están motivadas en parte por los intereses de los productores del sector petrolífero. Es en general la verdad del imperio estadounidense, que apoya la hegemonía del dólar.

Es la razón para la planificada Unión Norteamericana.

El objetivo es la autosuficiencia nacional en lugar de un mundo de comercio pacífico. Consideremos también los impulsos proteccionistas de los candidatos republicanos. No hay un solo republicano, aparte de Ron Paul, que apoye de verdad el libre comercio en su definición clásica.

Desde la antigua Roma a los actuales Estados Unidos, el imperialismo es una forma de estatismo que ama la burguesía. Por esta razón, el empuje de Bush tras el 11-S hacia un imperio global se ha vendido como patriotismo y amor al país en lugar de lo que es un saqueo de la libertad y la propiedad en beneficio de las élites políticas.

Punto 6. El gobierno sostiene la vida económica mediante el gasto y el crédito

Este punto no requiere ningún desarrollo porque ya no está oculto. Hubo un estímulo 1 y un estímulo 2, ambos tan desacreditados que el estímulo 3 tendrá que adoptar un nuevo nombre. Llamémosle la American Jobs Act.

Con un discurso en horario de máxima audiencia, Obama argumentó a favor de este programa con algunos de los análisis económicos más necios que yo haya escuchado nunca. Reflexionaba acerca de cómo es que la gente está desempleada en un momento en que escuelas, puentes e infraestructura necesitan reparaciones. Ordenó que oferta y demanda se unieran para hacer el trabajo necesario con empleos.

¿Hola? Las escuelas, puentes e infraestructura a los que se refiere Obama han sido todos construidos y mantenidos por el estado. Por eso se están cayendo. Y la razón por la que la gente no tiene empleos es porque el estado ha hecho demasiado caro contratarlos. No es complicado. Tumbarse y soñar con otros escenarios no es distinto de esperar que el agua fluya hacia arriba o que las rocas floten en el aire. Equivale a una negación de la realidad.

Pero Obama continúa invocando la vieja añoranza fascista de la grandeza nacional. “Crear un sistema de transporte de categoría mundial”, decía, “es parte de lo que nos hizo una superpotencia económica”. Luego se preguntaba: “¿Nos vamos a cruzar de brazos y ver cómo China construye nuevos aeropuertos y ferrocarriles más veloces?”

Bueno, la respuesta a esa pregunta es sí. ¿Y sabéis qué? No daña a ningún estadounidense que una persona en China viaje en un ferrocarril más rápido que los nuestros. Afirmar otra cosa es incitar a la histeria nacionalista.

Respecto del resto de este programa, Obama prometió otra larga lista de proyectos de gasto. Mencionemos solo la realidad: Ningún gobierno en la historia del mundo ha gastado tanto, tomado prestado tanto y creado tanto dinero falso como Estados Unidos. Si Estados Unidos no se puede calificar de estado fascista en este sentido, ningún gobierno ha podido serlo nunca.

Nada de esto sería posible si no fuera por la actuación de la Reserva Federal, el gran prestamista del mundo. Esta institución es absolutamente crítica para la política fiscal de EEUU. No hay forma de que la deuda nacional pueda aumentarse a un ritmo de 4.000 millones de dólares diarios sin esta institución.

Bajo un patrón oro, se acabaría todo este gasto maniático. Y si la deuda de EEUU tuviera un precio en el mercado con una prima de impago, estaríamos viendo una calificación muy inferior a A+.

Punto 7. El militarismo es un puntal del gasto público

¿Habéis advertido que el presupuesto militar nunca se discute seriamente en los debates políticos? Estados Unidos gasta más que la mayoría del resto del mundo combinado.

Pero sí oímos hablar a nuestros líderes, Estados Unidos es solo una diminuta república comercial que quiere la paz pero está constantemente bajo amenaza en el mundo. No harían creer que todos estamos desnudos y somos vulnerables. Todo es una horrible mentira. Estados Unidos es un imperio militar global y la principal amenaza para la paz hoy en el mundo.

Visualizar el gasto militar de EEUU en comparación con otros países es verdaderamente chocante. Un gráfico de barras que podéis encontrar fácilmente muestra el presupuesto militar de EEUU de más un billón de dólares como un rascacielos rodeado de diminutas cabañas. Respecto de siguiente mayor gastador, China gasta una décima parte respecto de Estados Unidos.

¿Dónde está el debate acerca de esta política? ¿Dónde está la discusión? No está. Simplemente, ambos partidos han asumido que es esencial para el modo de vida de EEUU que Estados Unidos sea el país más mortífero del planeta, amenazando a todos con la extinción nuclear si no obedecen. Esto debería considerarse por toda persona civilizada como una atrocidad fiscal y moral.

No son solo los servicios armados, las subcontratas militares, los escuadrones de la muerte de la CIA. Son también cómo la policía a todos los niveles ha adoptado posturas de tipo militar. Esto es aplicable a la policía local, la policía estatal e incluso a los vigilantes de los pasos de peatones en nuestras comunidades. La mentalidad del comisario, la matona alegría de gatillo, se ha convertido en la norma en toda la sociedad.

Si queréis ver atrocidades, no es difícil. Tratad de entrar en este país desde Canadá o México. Ved cómo tipos con chalecos a prueba de balas, fuertemente armados y con botas llevando perros arriba y abajo en las filas de vehículos, escogiendo a gente al azar, acosando a inocentes, haciendo preguntas rudas y entrometidas.

Tienes la fuerte impresión de estar entrando en un estado policial. Esa impresión sería correcta.

Pero para el hombre de la calle, la respuesta a todos los problemas sociales parece ser más cárceles, condenas más largas, más policía, más poder arbitrario, más medidas enérgicas, más pena capital, más autoridad. ¿Dónde acaba todo esto? ¿Y llegará el final antes de que nos demos cuenta de lo que ha ocurrido a nuestro país antes libre?

Punto 8. El gasto militar tiene objetivos imperialistas

Ronald Reagan solía decir que su aumento militar era esencial para mantener la paz. La historia de la política exterior de EEUU desde la década de 1980 ha demostrado que esto es un error. Hemos tenido una guerra tras otra, guerras lanzadas por Estados Unidos contra países no colaboradores y creación de aún más estados clientelares y colonias.

La fortaleza militar de EEUU no ha llevado a la paz, sino todo lo contrario. Ha hecho que la mayoría de la gente en el mundo considere a Estados Unidos como una amenaza y ha llevado a excesivas guerras en muchos países. Las guerras de agresión se definieron en Nuremberg como crímenes contra la humanidad.

Se suponía que Obama acabaría con esto. Nunca prometió hacerlo, pero todos sus defensores creían que lo haría. Sin embargo, ha hecho todo lo contrario. Ha aumentado los niveles de tropas, afianzado guerras y empezado otras nuevas. En realidad ha presidido un estado belicista igual de malo que cualquiera en la historia. La diferencia esta vez es que la izquierda ya no critica el papel de EEUU en el mundo. En ese sentido, Obama es lo mejor que la haya ocurrido nunca a los belicistas y el complejo militar-industrial.

Respecto de la derecha en este país, hubo un tiempo en que se oponía a este tipo de fascismo militar. Pero todo cambió tras el inicio de la Guerra Fría. La derecha sufrió un terrible cambio ideológico, bien documentado en la olvidada obra maestra de Murray Rothbard, *The Betrayal of the American Right*. Bajo la disculpa de detener al comunismo, la derecha pasó seguir el apoyo del ex-agente de la CIA, Bill Buckley, a una burocracia totalitaria en el interior para hacer la guerra en todo el mundo.

Al final de la Guerra Fría, hubo un breve retorno cuando la derecha de este país recordó sus raíces en el no intervencionismo. Pero no duró mucho. George Bush I

reavivó el espíritu militarista con la primera guerra en Iraq y no ha habido ningún cuestionamiento fundamental del imperio estadounidense desde entonces. Incluso hoy, los republicanos obtienen los mayores aplausos espoleando a las audiencias con amenazas exteriores, aunque nunca mencionando la amenaza real para el bienestar estadounidense que existe en la Beltway.

El Futuro

No puedo pensar en una prioridad mayor que una alianza antifascista seria y efectiva. En cierto sentido, ya se está formando una. No es una alianza formal. Está compuesta por quienes protestan por la Fed, los que rechazan seguir con las políticas fascistas de la corriente principal, los que buscan la descentralización, los que reclaman impuestos más bajos y libre comercio, los que defienden el derecho a asociarse con quien quieran y comprar y vender en los términos que elijan, los que insisten en que pueden educar a sus hijos por sí mismos, los inversores y ahorradores que hacen posible el crecimiento económico, los que no quieren ser toqueteados en los aeropuertos y los que se han convertido en expatriados.

También incluye a los millones de empresarios independientes que están descubriendo que la amenaza número uno a su capacidad de servicio a otros a través del mercado es la institución que afirma ser nuestro mayor benefactor: el gobierno.

¿Cuánta gente entra en esta categoría? Más de la que sabemos. El movimiento es intelectual. Es político. Es cultural. Es tecnológico. Vienen de todas las clases, razas, países y profesiones. Ya no es un movimiento nacional. Es verdaderamente global.

Ya no podemos predecir si los miembros se consideran como de izquierdas, de derechas, independientes, libertarios, anarquistas u otra cosa. Incluye gente tan diversa como padres que educan en casa a sus hijos en los suburbios como a padres en áreas urbanas cuyos hijos están entre los 2,3 millones de personas que languidecen

en la cárcel por ninguna buena razón en un país con la mayor población reclusa del mundo.

¿Y qué quiere este movimiento? Ni más ni menos que la dulce libertad. No pide que la libertad de conceda o dé. Solo pide la libertad que promete la propia vida y existiría si no fuera por el estado Leviatán que nos roba, nos fastidia, nos encarcela, nos mata.

Este movimiento no desaparece. Estamos rodeados diariamente por evidencias de que es legítimo y real. Cada día es más evidente que el estado no contribuye absolutamente nada a nuestro bienestar, sino que resta masivamente a él.

De vuelta a la década de 1930, e incluso durante la de 1980, los defensores del estado estaban rebosantes de ideas. Tenían teorías y programas que tenían muchos soportes intelectuales. Estaban ansiosos y excitados acerca del mundo que crearían. Acabarían con los ciclos económicos, traerían avances sociales, crearían clase media, curarían las enfermedades, proporcionarían seguridad universal y muchas más cosas. El fascismo creía en sí mismo.

Ya no es verdad. El fascismo no tiene nuevas ideas, ni grandes proyectos y ni siquiera sus propios partidarios creen realmente que pueda lograr que pretende. El mundo creado por el sector privado es tanto más útil y bello que cualquier cosa que haya hecho el estado que los propios fascistas se han desmoralizado y son conscientes de que su programa no tienen ningún fundamento intelectual real.

Cada vez es más conocido que estatismo no funciona ni puede funcionar. El estatismo es la gran mentira. El estatismo nos da exactamente lo contrario de lo que promete. Prometía seguridad, prosperidad y paz y nos ha dado temor, pobreza, guerra y muerte. Si queremos un futuro, es el que tenemos que construir nosotros mismos. El estado fascista no nos lo dará. Por el contrario, se interpone en el camino.

También me parece que ha pasado el antiguo romance de los liberales clásicos con la idea del estado limitado. Es hoy mucho más probable que los jóvenes adopten una idea que hace 50 años se consideraba impensable: la idea de que la sociedad está mejor sin ningún estado en absoluto.

Yo consideraría el auge de la teoría anarcocapitalista como el mayor cambio intelectual en mi vida de adulto. Ha desaparecido es visión del estado como el vigilante nocturno que solo defendería derechos esenciales, resolvería disputas y protegería la libertad.

Esta opinión es deplorablemente ingenua. El vigilante nocturno es el tipo con las armas, el derecho legal a utilizar la agresión, el tipo que controla todas las entradas y salidas, el tipo que se posa en lo alto y ve todas las cosas. ¿Quién le vigila? ¿Quién está limitando su poder? Nadie y precisamente por esto es la verdadera fuente de los mayores males de la sociedad. Ninguna constitución, ni elecciones, ni contrato social controlarán su poder.

De hecho, el vigilante nocturno ha adquirido el poder total. Es él quien sería el estado total, al que Flynn describe como un gobierno que “posee el poder para aplicar cualquier ley o tomar cualquier medida que la parezca apropiada”. Mientras un gobierno, dice “esté investido con el poder de hacer cualquier cosa sin ninguna limitación en sus poderes, es totalitario. Tiene el poder total”.

Ya no es algo que podamos ignorar. El vigilante nocturno debe ser despedido y sus poderes distribuidos entre toda la población y debería gobernarse ésta por las mismas fuerzas que nos proporcionan todas las bendiciones que nos permite el mundo material.

Al final, esta es la alternativa que afrontamos: el estado total o la libertad total. ¿Cuál elegiremos? Si elegimos el estado, continuaremos hundiéndonos más y más acabaremos todo lo que atesoramos como civilización. Si elegimos la libertad, podemos aprovechar el notable poder de la cooperación humana que nos permitirá continuar haciendo un mundo mejor.

En la lucha contra el fascismo, no hay razón para desesperar. Debemos continuar luchando con toda la confianza en que el futuro nos pertenece a nosotros y no a ellos.

Su mundo se está desmoronando. El nuestro se está construyendo.

Su mundo se basa en ideologías en bancarrota. El nuestro se asienta en la verdad acerca de la libertad y la realidad.

Su mundo solo puede mirar atrás hacia los días gloriosos. El nuestro mira adelante al futuro que nos estamos construyendo.

Su mundo se asienta en el cadáver del estado-nación. Nuestro mundo se basa en la energía y la creatividad de todos los pueblos del mundo, unidos en el gran y noble proyecto de crear una civilización próspera a través de la cooperación humana pacífica.

Es verdad que ellos tienen las armas más grandes. Pero las grandes armas no han garantizado una victoria permanente en Iraq o Afganistán (o en cualquier otro sitio del planeta).

Poseemos la única arma que es verdaderamente inmortal: la idea correcta. Esto es lo que nos llevará a la victoria.

Como dijo Mises:

A largo plazo, ni siquiera los gobiernos más despóticos con toda su brutalidad y crueldad pueden competir con las ideas. Al final, prevalecerá la ideología que se haya ganado el apoyo de la mayoría y haya frustrado sus planes. Entonces los muchos oprimidos se levantarán en rebelión y acabarán con sus amos.

3

Economía Libre y Orden Social

Wilhelm Röpke

La mayoría de nosotros y todos nosotros la mayoría del tiempo consideramos a la economía de mercado como un tipo definido de orden económico, una especie de “técnica económica” opuesta a la “técnica” socialista. Para este punto de vista es significativo que llamemos a su principio constructivo el “mecanismo de precios”. Aquí nos movemos en el mundo de los precios, de los mercados, de la oferta y la demanda, de la competencia, de los niveles salariales, de los tipos de interés, de los tipos de cambio y demás.

Por supuesto, esto es correcto y adecuado hasta cierto punto. Pero hay un gran peligro de dejar de lado un factor importante: la economía de mercado como un orden económico debe corresponderse con cierta estructura de la sociedad y un ambiente mental definido apropiado para ésta.

El éxito de la economía de mercado allá donde se ha restaurado en nuestro tiempo (en la Alemania Occidental más notablemente) ha resultado, incluso en algunos círculos socialistas en una tendencia a apropiarse de la economía de mercado como un dispositivo técnico capaz de construirse en una sociedad que, en todos los demás aspectos, es socialista.

Así la economía de mercado aparece como parte de un sistema social y político integral que, en su concepción, es una maquinaria colosal altamente centralizada. En ese sentido, siempre ha habido un sector de economía de mercado incluso en el sistema soviético, pero todos sabemos que ese sector es un simple aparato, un dispositivo técnico, no algo vivo. ¿Por qué? Porque la economía de mercado como campo de libertad, espontaneidad y libre coordinación no puede prosperar en un sistema social que es justamente lo opuesto.

Esto lleva a mi primera afirmación principal: la economía de mercado descansa en dos pilares esenciales, no en un solo. No sólo asume la libertad de precios y de competencia (cuyas virtudes los nuevos socialistas adeptos a la economía de mercado ahora aceptan a regañadientes), pero descansa igualmente en la institución de la propiedad privada. La propiedad debe ser genuina. Debe comprender todos los derechos de libre disposición sin que (como ocurría en la Alemania Nacional-socialista y hoy día en Noruega) sea una cáscara legal vacía. A estos derechos debe añadirse el derecho de legar la propiedad.

La propiedad en una sociedad libre tiene una doble función. No sólo significa que la esfera individual de decisión y responsabilidad esté, como hemos aprendido como abogados, deslindada de la de otros individuos, sino asimismo que la propiedad protege la esfera del individuo contra el gobierno y su constante tendencia a la omnipotencia. Es tanto un límite horizontal como vertical. Y es en esta doble función como debe entenderse la propiedad como condición indispensable para la libertad.

Es curioso y triste ver cuán ciego es el socialista medio con respecto a las funciones económica, morales y sociológicas de la propiedad y un más esa filosofía social particular y el que la propiedad debe estar arraigada. En esta tendencia de ignorar el significado de la propiedad. El socialismo ha hecho enormes progresos en nuestro tiempo. Trazas de esto pueden descubrirse incluso en discusiones modernas sobre los problemas de la empresa y la gestión, que a veces

dan la impresión de que el dueño de la propiedad es el “hombre olvidado” de nuestra época.

El Papel de la Propiedad Privada

Las construcciones intelectuales del “socialismo de mercado” son un buen ejemplo de cómo sobrevienen las falacias más groseras si olvidamos las funciones de la propiedad privada. Estas falacias pueden ser refutadas a un nivel de análisis económico ordinario. Pero quiero sugerir que es el todo el clima social, la forma de vida y los hábitos de planificación para la vida lo que importa.

Hay una ideología “izquierdista” definida, inspirada por un excesivo racionalismo social, como opuesta a un “derechismo”, conservador, respetuoso con ciertas cosas que no deben tocarse, pesarse o medirse pero que son de máxima importancia. El papel real de la propiedad no puede entenderse salvo que la veamos como uno de los ejemplos más importantes de algo de mucho mayor significado.

Ilustra el hecho de que la economía de mercado es una forma de orden económico que se relaciona con un concepto de la vida y un patrón socio-moral que, a falta de un término apropiado en otro idioma podemos llamar “buergerliche” en el sentido lato de esta palabra alemana, que está completamente libre de las despectivas asociaciones del adjetivo “burgués”.

Esta fundación en la buergreliche de la economía de mercado debe ser reconocida con franqueza. Aún más porque un siglo de propaganda marxista y romanticismo intelectual ha sido asombrosa y alarmantemente exitoso en difundir una parodia de este concepto. De hecho, la economía de mercado sólo puede prosperar como parte de y rodeada por un orden social buergerliche.

Su lugar es una sociedad donde ciertas cosas elementales se respetan y pernean toda la vida de la comunidad: responsabilidad individual, respeto a ciertas normas

indiscutibles, la honradez individual y un serio esfuerzo por seguir adelante y desarrollar las propias facultades, independencia basada en la propiedad, planificación responsable de la vida propia y de su familia, ahorro, empresa, asumir riesgos bien calculados, sentido del trabajo, la relación correcta con la naturaleza y la comunidad, el sentido de la continuidad y la tradición, el coraje de afrontar las incertidumbres de la vida por uno mismo, el sentido del orden natural de las cosas.

A quienes encuentran todo esto como despreciable y que huele a mentes estrechas y a “reacción” debe pedírseles seriamente que revelen su propia escala de valores y que nos digan que tipo de valores quieren para defenderse del comunismo sin tomar ideas de éste.

Es otra manera de decir que la economía de mercado supone una sociedad que es lo opuesto a una “proletarizada”, lo opuesto a una sociedad de masas, con su falta de una estructura necesariamente jerárquica y su correspondiente sentido de desarraigo. Independencia, propiedad, reservas individuales, bases naturales de la vida, ahorro, responsabilidad, planificación razonable de la vida, todo eso está ausente de ese tipo de sociedad. Lo ha destruido al menos hasta el punto de que deja de dar carácter a la sociedad. Pero debemos darnos cuenta de éstas son precisamente las condiciones para una sociedad libre duradera.

Ha llegado el momento de ver claramente que esta es la división real entre filosofías sociales. Aquí se produce en definitiva la encrucijada y no puede eludirse el hecho de que los conceptos y patrones de vida que colisionan entre sí en este campo son decisivos para el destino de la sociedad, y que son irreconciliables.

Una vez que admitimos esto, debemos estar preparados para ver su significado en cada campo y realizar las conclusiones correspondientes. Es realmente remarcable ver lo lejos que hemos llegado en el hábito de pensar en un mundo esencialmente no buergerliche. Es un hecho que

incluso los economistas han asumido, pues están entre los peores pecadores.

Encantados ante la elegancia de un cierto tipo de análisis, qué a menudo discutimos sobre los problemas del ahorro y la inversión agregados, la hidráulica del flujo de ingresos, la atracción por los grandes planes de estabilización económica o seguridad social, las bellezas de la publicidad o los créditos a plazo, las ventajas de las finanzas públicas “funcionales”, el progreso de la gran empresa y todo lo demás, sin darnos cuenta de que, al hacerlo, damos por supuesta una sociedad que en buena parte esta privada de esas condiciones buergerliche y de los hábitos que he descrito.

Es chocante pensar cómo nuestras mentes se mueven en torno a una sociedad proletarizada, mecanizada y centralizada. Se ha convertido en algo casi imposible razonar en términos que no sean ingresos y gastos, entradas y salidas, habiendo olvidado pensar en términos de propiedad. Por cierto que esa es la razón principal para mi desconfianza esencial e insuperable en la economía keynesiana y postkeynesiana.

De hecho es altamente significativo que la fama de Keynes venga de su trillada y cínica cita de que “en el largo plazo, todos estaremos muertos”. Y es incluso más significativo que tantos economistas contemporáneos hayan encontrado este lema particularmente espiritual y progresista. Pero déjenos recordar que es sólo un eco del lema de Antiguo Régimen en el siglo XVIII: Apres nous le deluge. Y permítannos preguntar por qué es tan importante. Porque revela decididamente la no buergerliche, el espíritu bohemio de esta tendencia económica y político-económica. Esta retrata la nueva despreocupación pura, la tendencia a vivir al día y a hacer el estilo bohemio el nuevo santo y seña para una generación más ilustrada.

Tener deudas se convierte en una virtud positiva, ahorrar, en un pecado mortal. Vivir por encima de nuestros medios, como individuos y como naciones es la consecuencia

lógica. ¿Y esto que es sino Entbuergerlichung, desarraigo, proletarización, nomadización? ¿Y no es esto precisamente lo más opuesto a nuestro concepto de civilización derivado de la civis, el Buerger?

Ingeniárselas cada día, de un trabajo a otro, alardear de que “el dinero no importa”, todo esto es, de hecho, lo opuesto un concepto y plan de vida honrado, disciplinado y ordenado. Los ingresos de la gente que vive así pueden haber convertido en buergerliche, pero su estilo de vida sigue siendo proletario.

Un Concepto Creciente

Está claro que en el espacio de un artículo es imposible estudiar el impacto de todo esto en todos los campos importantes. Me he ocupado de éste en relación con la propiedad privada. Es aún más inquietante ver cómo este concepto ha perneado más y más las políticas económicas y sociales de nuestro tiempo. Un buen ejemplo es el Mitbestimmungsrecht (codeterminación: el derecho de trabajadores y representantes de los sindicatos a participar en la administración de empresas industriales y así asumir alguna funciones propias de la propiedad) en Alemania Occidental.

Daré un ejemplo: el director de una gran central energética en Alemania me comentaba lo tonto que se sentía días antes cuando, en las negociaciones salariales con los representantes sindicales, tenía que tratar con las mismas personas que, al mismo tiempo, se sentaban junto a él en reuniones con los miembros del consejo de administración de las mismas centrales. Añadía que la estructura de las empresas en Alemania Occidental se acerca cada vez más a lo que Tito parece tener en mente. ¡Y esto ocurre en el mismo país que hoy está considerado el modelo de una restauración exitosa de la economía del libre mercado!

Otro ejemplo de la gradual disminución del significado de propiedad y de sus normas correspondientes, que puede observarse en muchos países es el debilitamiento de la

responsabilidad del deudor. Mediante procedimientos legales laxos en relación con la ejecución y la quiebra, se acaba la mayoría de las veces con la expropiación del acreedor (en nombre de la justicia social). No es muy necesario recordar al respecto la expropiación de la desventurada clase de propietarios de viviendas por el control de rentas y los efectos de la fiscalidad progresiva.

Apliquemos ahora nuestras reflexiones a otro campo importante: el dinero. Reconozcamos que el respecto por el dinero como algo intangible es, como con la propiedad una parte esencial del orden social y de la mentalidad que son los prerrequisitos de la economía de mercado.

Para ejemplificar mi posición, voy a relatar dos historias tomadas de la historia financiera de Francia. A finales de 1870, Gambetta, líder de la Resistencia Francesa después de la derrota del Segundo Imperio, abandona la capital sitiada en globo dirigiéndose a Tours para crear un nuevo ejército republicano. En su desesperada necesidad de dinero, recordó que sus admirados predecesores de la Revolución habían financiado sus guerras imprimiendo asignados. Pidió a los representantes del Banco de Francia imprimir unos pocos cientos de millones en billetes. Pero se encontró con un rechazo de plano e indignado. En ese tiempo, una demanda así era considerada tan monstruosa que Gambetta no insistió. El instigador jacobino y dictador todopoderoso cedió ante la negativa terminante del representante del banco central, que no habría aceptado ni siquiera una emergencia nacional suprema como excusa para el delito de inflación.

Unos pocos meses después, se produjo en París la revuelta socialista conocida como La Comuna. Las reservas de oro y las planchas de billetes del Banco de Francia estuvieron a merced de los revolucionarios. Pero a pesar de su necesidad de dinero y sus pocos escrúpulos políticos, resistieron a la tentación de poner sus manos en ellas. En medio de una guerra civil, el banco central y su dinero les resultaban sacrosantos.

El sentido de estas dos historias lo entiende cualquiera. Sin embargo, sería violento preguntar qué ha pasado con el respeto al dinero en nuestros tiempos, no sólo en Francia. Restaurar este respeto y la correspondiente disciplina en la política monetaria y del crédito es una de las principales condiciones para un éxito perdurable de todos nuestros esfuerzos por restaurar y mantener una economía libre y, por consiguiente, una sociedad libre.

4

La Posición Peculiar y Única de la Economía

Ludwig von Mises

La Singularidad de la Economía

Lo que atribuye a la economía su posición peculiar y única en la órbita tanto del conocimiento puro como de la utilización práctica del conocimiento es el hecho de que sus teorías concretas no están abiertas a cualquier verificación o falsación sobre la base de la experiencia. Por supuesto, una medida sugerida por un razonamiento económico sensato genera los efectos buscados y una medida sugerida por un razonamiento económico defectuoso no consigue producir los fines pretendidos. Pero esa experiencia sigue siendo siempre una experiencia histórica, es decir, la experiencia de fenómenos complejos. Como se ha apuntado, nunca puede probar o refutar ninguna teoría concreta. La aplicación de teorías económicas espurias genera consecuencias no deseadas. Pero estos efectos nunca tienen el indiscutible poder de convicción que proporcionan los hechos experimentales en el campo de las ciencias naturales. La vara de medir definitiva de la corrección de una teoría

económica es solamente la razón sin auxilio de la experiencia.

El ominoso significado de este estado de cosas es que impide que una mente ingenua reconozca la realidad de las cosas de las que se ocupa la economía. “Real” es, a los ojos del hombre, todo lo que no puede alterar y cuya existencia debe ajustar sus acciones si quiere alcanzar sus fines. El conocimiento de la realidad es una experiencia triste. Enseña los límites de la satisfacción de los deseos propios. Solo reticentemente se resigna un hombre a la idea de que hay cosas, como todo el complejo de relaciones causales entre acontecimiento, que no puede alterar el pensamiento ilusorio. Aún así, la experiencia sensorial habla un lenguaje fácilmente perceptible. No tiene sentido discutir sobre experimentos. No puede discutirse la realidad de hechos establecidos experimentalmente.

Pero en el campo del conocimiento praxeológico, ni el éxito ni el fracaso hablan un lenguaje distintivo audible para todos. La experiencia derivada exclusivamente de los fenómenos complejos no impide escaparse a interpretaciones basadas en pensamiento ilusorio. La ingenua propensión del hombre a atribuir omnipotencia a sus pensamientos, por muy confundidos y contradictorios que sean, nunca se falsa manifiestamente y sin ambigüedades por la experiencia. El economista nunca puede rebatir las rarezas y palabrería en economía de la forma en que un doctor rebate al curandero y el charlatán. La historia solo habla de aquella gente que sabe cómo interpretarla basándose en teorías correctas.

Economía y Opinión Pública

La significación de esta diferencia epistemológica fundamental queda clara si nos damos cuenta de que la utilización práctica de las enseñanzas de la economía presupone su aceptación por la opinión pública. En la economía de mercado, la puesta en marcha de innovaciones tecnológicas no requiere nada más que el

conocimiento de su razonabilidad por uno o unos pocos espíritus ilustrados. Ninguna estupidez ni torpeza por parte de las masas puede detener a los pioneros de las mejoras. Para ellos no hay necesidad de conseguir la aprobación previa de la gente inerte. Son libres de dedicarse a sus proyectos, incluso si todos los demás se ríen de ellos. Posteriormente, cuando los productos nuevos, mejores y más baratos aparezcan en el mercado, los burlones se pelearán por ellos. Por muy estúpido que sea un hombre, sabe cómo explicar la diferencia entre un zapato más barato y otro más caro y cómo apreciar la utilidad de los nuevos productos.

Pero es distinto en el campo de la organización social y las políticas económicas. Aquí las mejores teorías son inútiles si no están respaldadas por la opinión pública. No pueden funcionar si no son aceptadas por una mayoría del pueblo. Cualquiera que pueda ser el sistema de gobierno, no puede haber ninguna posibilidad de gobernar una nación de forma duradera siguiendo doctrinas en contra de la opinión pública. Al final, prevalece la filosofía de la mayoría. A largo plazo no puede existir un sistema de gobierno impopular. La diferencia entre la democracia y el despotismo no afecta al resultado final. Se refiere solo al método por el que se consigue el ajuste del sistema de gobierno a la ideología que mantiene la opinión pública. Los autócratas impopulares solo pueden ser derrocados por levantamientos revolucionarios, mientras que los gobernantes democráticos impopulares son expulsados pacíficamente en las siguientes elecciones.

La supremacía de la opinión pública no determina solo el papel singular que ocupa la economía en el complejo de pensamiento y conocimiento. Determina todo el proceso de la historia humana.

Las habituales discusiones respecto del papel que desempeña el individuo en la historia yerran el blanco. Todo lo que se piensa, hace y consigue es resultado de individuos. Las nuevas ideas e innovaciones son siempre un logro de hombres no comunes. Pero estos grandes

hombres no pueden tener éxito en ajustar las condiciones sociales a sus planes si no convencen a la opinión pública.

El florecimiento de la sociedad humana depende de dos factores: el poder intelectual de hombres extraordinarios para concebir teorías sociales y económicas sensatas y la capacidad de éstos y otros hombres para hacer estas ideologías comprensibles para la mayoría.

5

Lo que nos Enseña la Medicina Soviética

Yuri N. Maltsev

En 1918, la Unión Soviética se convirtió en el primer país en prometer una cobertura universal “de la cuna a la tumba” de la atención sanitaria, a conseguir mediante la completa socialización de la medicina. El “derecho a la salud” se convirtió en un “derecho constitucional” de los ciudadanos soviéticos.

Las ventajas proclamadas de este sistema eran que “reduciría los costes” y eliminaría el “derroche” que derivaba de la “innecesaria duplicación y paralelismo”, es decir, de la competencia.

Esos objetivos son similares a los declarados por Mr. Obama y Ms. Pelosi, objetivos atractivos y humanos de cobertura universal y bajos costes. ¿Cómo no puede gustar?

El sistema tuvo muchas décadas para funcionar, pero la extendida apatía y baja calidad del trabajo paralizó el

sistema de atención sanitaria. En lo más profundo del experimento socialista, las instituciones sanitarias en Rusia estuvieron al menos cien años por debajo del nivel medio en EEUU. Además, suciedad, olores, gatos vagando por los pasillos, personal médico borracho y ausencia de jabón y suministros de limpieza se añadían a la impresión general de desesperanza y frustración que paralizaban el sistema. De acuerdo con estimaciones oficiales rusas, el 78% de las víctimas del SIDA en Rusia contrajeron el virus en los hospitales públicos por jeringuillas sucias o sangre infectada con el VIH.

La irresponsabilidad, expresada en el popular dicho ruso que dice “Hacen como que nos pagan y hacemos como que trabajamos”, generó una vergonzosa calidad de servicio, una corrupción extendida y una extensa pérdida de vidas. Un amigo mío, un famoso neurocirujano en la Rusia actual, recibía un salario anual de 150 rublos (un tercio del salario medio de un conductor de autobús).

Para recibir una mínima atención por parte de doctores y personal de enfermería, los pacientes tenían que pagar sobornos. Incluso fui testigo de un caso de un paciente que no pagó y murió tratando de llegar a un servicio al final de un largo pasillo tras una operación cerebral. La anestesia normalmente “no estaba disponible” para abortos o cirugías menores de oído, nariz, garganta y piel. Se usaba como medio de extorsión por parte de burócratas médicos sin escrúpulos.

Para mejorar las estadísticas respecto de las cifras de gente que moría dentro del sistema, a los pacientes normalmente se les echaba por la puerta antes de que expiraran.

Siendo diputado del pueblo en la región de Moscú de 1987 a 1989, recibí muchas quejas acerca de negligencias criminales, sobornos de los apparatchiks médicos, dotaciones de ambulancias ebrias e intoxicaciones alimentarias en hospitales e instalaciones infantiles. Recuerdo el caso de una niña de 4 años de mi distrito que murió por una nefritis aguda en un hospital de Moscú.

Murió porque un doctor decidió que mejor ahorrar el “precioso” papel de radiografías (importado por los soviéticos con divisas fuertes) en lugar de confirmar su diagnóstico. Esa radiografía habría refutado su diagnóstico de dolor neuropático.

Por el contrario, el doctor trató a la joven con paños calientes, lo que le mató casi instantáneamente. No había recurso legal para los padres y abuelos de la niña. Por definición, un sistema de un solo pagador no puede permitir ese recurso. Los abuelos de la niña no pudieron soportar su pérdida y murieron ambos en seis meses. El doctor no recibió ninguna reconvención oficial.

No es sorprendente que los funcionarios públicos y cargos del Partido Comunista, ya en 1921 (tres años después de la socialización de la medicina por Lenin), se dieran cuenta de que el sistema igualitario de atención sanitaria solo era bueno para sus intereses personales como proveedores, directores y racionadores, pero no como usuarios privados del sistema.

Así que, como en todos los países con medicina socializada, se creó un doble sistema: uno para las “masas grises” y el otro, con un nivel de servicio completamente diferente, para los burócratas y sus servidores intelectuales. En la URSS se daba a menudo el caso de que mientras trabajadores y campesinos morían en los hospitales públicos, las medicinas y equipos que podían salvar sus vidas se encontraban sin usar en el sistema de la nomenklatura.

Al final del experimento socialista, la tasa oficial de mortalidad infantil en Rusia era más de 2,5 veces mayor que en Estados Unidos y más de 5 veces que en Japón. La tasa de 24,5 muertes por cada 1.000 nacimientos vivos fue cuestionada recientemente por varios diputados del parlamento ruso, que afirman que es 7 veces mayor que la de Estados Unidos. Esto haría que la tasa de mortalidad rusa fuera de 55, comparada con la tasa de EEUU de 8,1 por cada 1.000 nacimientos vivos.

Una vez dicho esto, debería dejar claro que Estados Unidos tiene una de las tasas más altas del mundo industrializado solo porque cuenta todos los niños muertos, incluyendo los bebés prematuros, que es entre los que se produce la mayoría de los decesos.

La mayoría de los países no cuentan las muertes de niños prematuros. Algunos no cuentan ninguna muerte que se produzca en las primeras 72 horas. Algunos países ni siquiera cuentan ninguna muerte en las primeras dos semanas de vida. En Cuba, que presume de una tasa de mortalidad infantil muy baja, a los niños solo se les registra cuando tienen varios meses, dejando así fuera de las estadísticas oficiales todas las muertes infantiles que tienen lugar en los primeros meses de vida.

En las regiones rurales de Karakalpakia, Sajá, Chechenia, Kalmukia e Ingusetia, la tasa de mortalidad infantil está cerca de 100 por cada 1.000 nacimientos, poniendo a estas regiones al mismo nivel que Angola, Chad y Bangladesh. Decenas de miles de niños mueren por gripe cada año y está aumentando la proporción de niños que mueren por neumonía y tuberculosis. El raquitismo, causado por falta de vitamina D y desconocido en el resto del mundo moderno, está matando a muchos jóvenes.

El daño uterino está muy extendido, gracias a los 7,3 abortos que la mujer rusa sufre de media durante sus años fértiles. Teniendo en cuenta que muchas mujeres evitan completamente los abortos, la media de 7,3 significa que muchas mujeres sufren doce o más abortos a lo largo de su vida.

Incluso hoy, de acuerdo con el Comité de Estadísticas del Estado, la esperanza de vida para los hombres rusos es de menos de 59 años (58 años y 11 meses), mientras que para las mujeres de Rusia es de 72 años. La cifra media es de 65 años y tres meses.[1] En comparación, la vida media de los hombres en Estados Unidos es de 73 años y para las mujeres de 79. En Estados Unidos, la esperanza de vida al nacer para la población total a llegado a un máximo histórico de 77,5 años, frente a los 49,2 años de hace solo

un siglo. La esperanza de vida al nacer es 12 años menor.[2]

Después de 70 años de socialismo, el 57% de todos los hospitales rusos no tenía agua caliente corriente y el 36% de los hospitales ubicados en áreas rurales de Rusia no tenía agua ni instalación sanitaria en absoluto. ¿No es asombroso que el gobierno socialista, al tiempo que desarrolla exploración espacial y armas sofisticadas, ignorara completamente las necesidades humanas básicas de sus ciudadanos?

La pésima calidad de servicio no es simplemente característica de las “bárbaras” Rusia y otras naciones del este europeo: es un resultado directo del monopolio público sobre la atención sanitaria y puede producirse en cualquier país. En la “civilizada” Inglaterra, por ejemplo, la lista de espera para cirugía es de cerca de 800.000 personas en una población de 55 millones. El equipamiento de última generación no existe en la mayoría de los hospitales británicos. En Inglaterra, solo el 10% del gasto sanitario deriva de fuentes privadas.

Los británicos fueron pioneros en el desarrollo de la tecnología de diálisis de riñón y aun así el país tiene una de las tasas de diálisis más bajas del mundo. La Brookings Institution (que no es precisamente defensora de los mercados libres) descubrió que cada año a 7.000 británicos que necesitan prótesis de cadera, entre 4.000 y 20.000 que necesitan una cirugía coronaria y entre 10.000 y 15000 que necesitan quimioterapia contra el cáncer se les niega atención médica en Gran Bretaña.

La discriminación por edad es particularmente evidente en todos los sistemas de atención sanitaria gestionados públicamente. En Rusia, a todos los pacientes con más de 60 años se les consideraba parásitos inútiles y a los que tienen más de 70 se les negaba incluso las formas elementales de atención sanitaria.

En Canadá, la población se divide en tres grupos de edad en relación con su acceso a la atención sanitaria: menores

de 45 años, entre 45 y 65 y mayores de 65. No hace falta decir que el primer grupo, a los que podría llamarse “contribuyentes activos”, disfruta de trato prioritario.

Los defensores de la medicina socializada en Estados Unidos utilizan tácticas soviéticas de propaganda para alcanzar sus objetivos. Michael Moore es uno de los más eminentes y eficaces propagandistas socialistas en Estados Unidos. En su película, *Sicko*, compara injusta y desfavorablemente la sanidad para pacientes mayores en Estados Unidos con enfermedades complejas e incurables con la atención sanitaria en Francia y Canadá para mujeres jóvenes con partos rutinarios. Si hubiera hecho lo contrario (es decir, comparar la atención sanitaria a mujeres jóvenes en Estados Unidos teniendo niños con pacientes mayores con enfermedades complejas e incurables en sistemas sanitarios socializados), la película habría sido la misma, excepto en que el sistema de atención sanitaria de EEUU parecería el ideal y Reino Unido, Canadá y Francia parecerían tercermundistas.

Ahora en Estados Unidos nos están preparando para la discriminación en el trato a los viejos en lo que se refiere a la atención sanitaria. Ezekiel Emanuel es director del Departamento de Bioética Clínica en el Instituto Nacional de la Salud y uno de los autores del plan de reforma sanitaria de Obama. Es también hermano de Rahm Emanuel, jefe de personal de la Casa Blanca de Obama. Foster Friess informa de que Ezekiel Emanuel ha escrito que los servicios sanitarios no deberían estar garantizados para

individuos a los que irreversiblemente se les impida ser o convertirse en ciudadanos participativos. Un ejemplo evidente es no garantizar los servicios sanitarios a pacientes con demencia.[3]

Un artículo igualmente polémico, con Emanuel como coautor, apareció en la revista médica *The Lancet* en enero de 2009. Los autores escriben que

al contrario que la asignación [de atención sanitaria] por sexo o raza, la asignación por edad no es

una discriminación injusta: toda persona vive distintas etapas de la vida en lugar de tener una sola edad. Aunque la gente de 25 años tenga prioridad sobre los que tienen 65, todos que hoy tienen 65 tuvieron antes 25. Tratar de forma distinta a los mayores de 65 años a causa de estereotipos falsedades sería discriminatorio; tratarlos de forma diferente porque ya han tenido más años de vida no lo es.[4]

La medicina socializada creará enormes burocracias públicas (similares a nuestros distritos escolares unificados), impondrá costosas órdenes a los empresarios que destruirán empleos para poder proporcionar la cobertura e impondrá controles de precios que llevarán inevitablemente a escaseces y una baja calidad en el servicio. También llevará a un racionamiento de la atención sanitaria no basado en precios (es decir, un racionamiento basado en consideraciones políticas, corrupción y nepotismo) por parte de los funcionarios públicos.

El “ahorro” real en un sistema socializado de atención sanitaria solo podría alcanzarse exprimiendo a proveedores y negando atención: no hay otra forma de ahorrar. Se utilizaron los mismos argumentos para defender el cultivo del algodón en el sur antes de la Guerra de Secesión. La esclavitud indudablemente “reducía los costes” de mano de obra, “eliminaba el derroche” de la negociación salarial y evitaba “duplicaciones y paralelismos innecesarios”.

Al defender su solicitud de medicina socializada, los profesionales sanitarios de Estados Unidos son como ovejas reclamando un lobo: no entienden que el alto coste de la atención sanitaria en Estados Unidos se basa parcialmente en el hecho de que los profesionales sanitarios de Estados Unidos tiene el mayor nivel de remuneraciones en el mundo. Otra fuente del alto coste de nuestro sistema sanitario son las regulaciones públicas existentes en el sector, regulaciones que impiden que la competencia rebaje los costes. Las normas existentes como los “certificados de necesidad”, licencias y otras

restricciones a la disponibilidad de los servicios de atención sanitaria impiden la competencia y, por tanto, generan precios más altos y menos servicios.

Los sistemas médicos socializados no han servido para aumentar en ningún lugar la salud en general o los niveles de vida. En realidad, tanto el razonamiento analítico como la evidencia empírica apuntan a la conclusión opuesta. Pero el lúgubre fracaso de la medicina socializada en aumentar la salud y la longevidad de la gente no ha afectado a su atractivo para políticos, administradores y sus servidores intelectuales en busca de un poder absoluto y un control total.

La mayoría de los países esclavizados por el imperio soviético abandonaron un sistema de completa socialización mediante la privatización y la competencia en los seguros en el sistema sanitario. Otros, incluyendo muchas socialdemocracias europeas, tratan de privatizar el sistema de atención sanitaria a largo plazo y descentralizar el control médico. La propiedad privada de hospitales y otras unidades se ve como un factor determinante crítico del nuevo sistema, más eficiente y humano.

6

Depresiones Económicas: Su Causa y Remedio

Murray Rothbard

Vivimos en un mundo de eufemismos. A los enterradores se han convertido en “funerarios”, los agentes de prensa son ahora “consejeros de relaciones públicas” y los bedeles se han transformado en “superintendentes”. En todos los aspectos de la vida, los hechos desnudos se han cubierto con un neblinoso camuflaje.

Esto no ha sido menos cierto en economía. En los viejos tiempos, solíamos sufrir casi periódicamente crisis económicas, cuya repentina aparición se llamaba un “pánico” y al periodo persistente después de éste se llamaba “depresión”.

La depresión más famosa en tiempos modernos, por supuesto, fue la que empezó con un típico pánico

financiero en 1929 y duró hasta la llegada de la Segunda Guerra Mundial. Después del desastre de 1929, economistas y políticos resolvieron que esto no debe ocurrir nunca de nuevo. La forma más sencilla de conseguir esto era simplemente definir las “depresiones” de forma que no pudieran existir. A partir de ese momento, Estados Unidos ya no iba a sufrir más depresiones. Pues cuando llegara la siguiente depresión aguda, en 1937-38, los economistas sencillamente rehusaron utilizar el temible nombre y proporcionaron una palabra nueva y que sonaba mucho más suave: “recesión”. A partir de ese momento, hemos pasado unas cuantas recesiones, pero ninguna depresión.

Pero muy pronto la palabra “recesión” también se hizo muy dura para las delicadas sensibilidades del público estadounidense. Ahora parece que tuvimos nuestra última recesión en 1957-58. Pues desde entonces, solo hemos tenido “descensos” o, mejor aún, “ralentizaciones” o “movimientos laterales”. Así que ánimo: a partir de ahora, las depresiones e incluso las recesiones han sido prohibidas por medios semánticos de economistas; a partir de ahora, lo peor que nos pueden pasar son “ralentizaciones”. Así son las maravillas de la “nueva economía”.

Durante 30 años, los economistas de nuestra nación han adoptado la opinión del ciclo económico que sostenía el economista británico John Maynard Keynes, que creó la economía keynesiana o “nueva economía” en su libro, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, publicado en 1936. Por debajo de sus diagramas, matemáticas y jerga rudimentaria, la actitud de los keynesianos ante auges y declives es la misma simplicidad, incluso ingenuidad. Si hay inflación, entonces se supone que la causa es el “gasto excesivo” por parte del público, siendo el supuesto remedio para el gobierno, el autonómado estabilizador y regulador de la economía de la nación, intervenir y obligara a la gente a gastar menos, “absorbiendo su exceso de poder adquisitivo” mediante un aumento en los impuestos. Si hay una recesión, por el contrario, la ha causado un gasto privado insuficiente y el remedio es

ahora que el gobierno aumente su propio gasto, preferiblemente mediante déficits, aumentado así la corriente agregada de gasto de la nación.

La idea de que el aumento en el gasto público o la moneda débil son “buenos para los negocios” y que los recortes presupuestarios y la moneda fuerte son “malos” afecta incluso a los periódicos y revistas más conservadores. Estas publicaciones también darán por sentado que es una tarea sagrada del gobierno federal dirigir el sistema económico en el estrecho camino entre los abismos de la depresión por un lado y la inflación por otro, pues se supone que la economía del libre mercado siempre podría sucumbir a uno de estos males.

Todas las escuelas actuales de economistas tienen la misma actitud. Apuntemos, por ejemplo, el punto de vista del Dr. Paul W. McCracken, el presidente entrante del Consejo de Asesores Económicos del presidente Nixon. En una entrevista en el New York Times poco después de asumir el cargo [24 de enero de 1969], el Dr. McCracken afirmaba que uno de los principales problemas económicos que afrontaba la nueva administración es “cómo puedes enfriar esta economía inflacionista sin al mismo tiempo disparar inaceptables niveles altos de desempleo. En otras palabras, si lo único que queremos hacer es enfriar la inflación, podría hacerse. Pero nuestra tolerancia social ante el desempleo es estrecha”. Y repetía: “Creo que tenemos que sentir nuestro camino. Realmente no tenemos mucha experiencia en tratar de enfriar una economía de una forma rápida. Clavamos los frenos en 1957, pero, por supuesto, tuvimos un aflojamiento sustancial en la economía”.

Advirtamos la actitud fundamental del Dr. McCracken hacia la economía, notable solo en que es compartida por casi todos los economistas actuales. La economía se trata como un paciente tratable, pero siempre problemático y recalcitrante, con una continua tendencia a desviarse a hacia una mayor inflación o desempleo. La función del gobierno es ser el sabio y viejo director y médico, siempre atento, siempre ajustando para mantener al paciente

económico en buen estado. En cualquier caso, aquí se supone claramente que el paciente económico ha de ser el súbdito y el gobierno, como “medico”, el amo.

No hace mucho tiempo que este tipo de actitud y política se llamaba “socialista”, pero vivimos en un mundo de eufemismos y ahora podemos utilizar etiquetas mucho menos duras, como “moderación” o libre empresa ilustrada”. Vivimos y aprendemos.

¿Cuáles son entonces las causas de las depresiones periódicas? ¿Debemos ser siempre ignorantes de las causas de los auges y declives? ¿Es realmente cierto que los ciclos económicos están profundamente enraizados en la economía de libre mercado y que por tanto se necesita alguna forma de planificación económica dentro de algún tipo de límites estables? ¿Los auges y declives simplemente ocurren o alguna fase del ciclo deriva lógicamente de otra?

La actitud actualmente de moda hacia el ciclo económico deriva en realidad de Karl Marx. Marx veía que antes de la Revolución Industrial, aproximadamente en el siglo XVIII, no había repetición regular de auges y depresiones. Habría habido repentinas crisis económicas cada vez que algún rey hiciera la guerra o confiscara la propiedad de su súbdito, pero no había ningún indicio de los peculiares fenómenos modernos de cambios generales y bastante regulares en la fortuna de los negocios, de expansiones y contracciones. Como estos ciclos también aparecieron en escena aproximadamente al mismo tiempo que la industria moderna, Marx concluía que los ciclos económicos eran una característica propia de la economía capitalista de mercado. Todas las distintas escuelas de pensamiento económico, independientemente de sus demás diferencias y las distintas causas que atribuyan al ciclo, están de acuerdo en este punto vital: que estos ciclos económicos se originan en algún sitio profundo de la economía de libre mercado. Hay que echar la culpa a la economía de mercado. Karl Marx creía que las depresiones periódicas empeorarían cada vez más, hasta que las masas se vieran obligadas a rebelarse y destruir el sistema,

mientras que los economistas modernos creen que el gobierno puede estabilizar con éxito las depresiones y el ciclo. Pero todas las partes están de acuerdo en que el problema reside en el fondo en la economía de mercado y que si algo puede salvarla, debe ser alguna forma de intervención pública masiva.

Sin embargo hay algunos problemas críticos en la suposición de que la economía de mercado sea la culpable. Pues la “teoría económica general” nos enseña que oferta y demanda siempre tienden a estar en equilibrio en el mercado y por tanto los precios de los productos, así como de los factores que contribuyen a la producción siempre tienden hacia algún punto de equilibrio. A pesar de que los cambios en los datos, que siempre tienen lugar, impiden que se alcance nunca el equilibrio, no hay nada en la teoría general del sistema de mercado que explique las fases regulares y recurrentes de auge y declive del ciclo económico. Los economistas modernos “resuelven” este problema sencillamente manteniendo su teoría general del precio y su teoría del ciclo económico en compartimentos separados y fuertemente aislados, sin que se encuentren ambas ni mucho menos se integren. Por desgracia, los economistas han olvidado que solo hay una economía y por tanto solo una teoría económica integrada. Ni la vida económica ni la estructura de la teoría pueden ni deben ser compartimentos herméticos: nuestro conocimiento de la economía o es un todo integrado o no es nada. Aun así, la mayoría de los economistas se contenta con aplicar teoría totalmente independientes y, de hecho, mutuamente exclusivas para el análisis general de los precios y para los ciclos económicos. No pueden ser verdaderos científicos económicos mientras se contenten con seguir operando de esta manera primitiva.

Pero hay problemas aún más graves con la postura actualmente de moda. Los economistas tampoco ven un problema particularmente crítico porque les se preocupa ajustar sus teorías del ciclo económico y general de precios: el peculiar análisis de la función empresarial en tiempos de crisis económica y depresión. En la economía de mercado, una de las funciones más vitales del hombre

de negocios es ser un “emprendedor”, un hombre que invierte en métodos productivos, que compra equipamiento y contrata mano de obra para producir algo de lo que no está seguro de obtener ningún beneficio. En resumen, la función empresarial es la función de pronosticar el futuro incierto. Antes de realizar ninguna inversión o crear una línea de producción, el empresario o “emprendedor” debe estimar los costes presentes y futuros y los ingresos futuros y por tanto estimar si obtendrá beneficios de la inversión y cuáles serán. Si pronostica bien y significativamente mejor que sus competidores en los negocios, obtendrá beneficios de su inversión. Cuando mejor sea su pronóstico, mayores beneficios obtendrá. Si, por otro lado, es un mal pronosticador y sobrestima la demanda de su producto, sufrirá pérdidas y se verá muy pronto fuera del negocio.

Por tanto, la economía de mercado es una economía de pérdidas y ganancias, en la que la sagacidad y capacidad de los empresarios se ve dirigida por las pérdidas y ganancias que obtienen. Además, la economía de mercado contiene un mecanismo interno, una especie de selección natural, que asegura la supervivencia y el florecimiento del pronosticador superior y la erradicación de los inferiores. Pues cuantos más beneficios obtengan los mejores pronosticadores, mayores se harán sus responsabilidades empresariales y más tendrán disponible para invertir en el sistema productivo. Por otro lado, unos pocos años con pérdidas llevarán a los malos pronosticadores completamente fuera del negocio y les incluirán en las filas de los empleados asalariados.

Así que si la economía de mercado tiene incluido un mecanismo de selección natural de buenos empresarios, esto significa que, en general, esperaríamos que no muchas empresas tengan pérdidas. Y de hecho si miramos a nuestro alrededor en la economía de un día o año medio, encontraremos que las pérdidas no están muy extendidas. Pero, en ese caso, lo raro que necesita explicación es esto: ¿Cómo es que, periódicamente, en tiempos previos a las recesiones, especialmente en las agudas, los negocios experimentan repentinamente un grupo masivo de graves

pérdidas? ¿Llega un momento en el que las empresas empresarios antes muy astutos en su habilidad para conseguir ganancias y evitar pérdidas, repentina y lamentablemente se encuentran, casi todos, sufriendo pérdidas graves e incalculables? ¿Cómo es eso? He aquí un hecho trascendental que cualquier teoría de las depresiones debe explicar. No basta una explicación como el “infraconsumo” (una caída en el gasto total en consumo), por una razón, porque lo que tiene que explicarse es por qué los empresarios, capaces de pronosticar todo tipo previo de cambios y evoluciones económicas, resultan ser total y catastróficamente incapaces de prever esta supuesta caída en la demanda de consumo. ¿Por qué este repentino fracaso en la capacidad de pronosticar?

Una teoría adecuada de las depresiones debe por tanto explicar la tendencia de la economía a moverse a través de sucesivos auges y declives, sin mostrar ninguna señal de aproximación que se mueva lentamente o progrese silenciosamente a una situación de equilibrio. En particular, una teoría de la depresión debe explicar el mastodóntico grupo de errores que aparece veloz y repentinamente en un momento de crisis económica y se mantiene durante el periodo de la depresión hasta la recuperación. Y hay un tercer hecho universal que debe explicar una teoría del ciclo. Invariablemente, los auges y declives son mucho más intensos en los “sectores de bienes de capital” (los sectores que fabrican máquinas y equipos, los que producen materias primas industriales o construyen plantas industriales) que en los sectores que fabrican bienes de consumo. He aquí otro hecho de la vida del ciclo económico que debe explicarse (y evidentemente no puede explicarse por las teorías de la depresión como la popular doctrina del infraconsumo: que los consumidores no están gastando lo suficiente en bienes de consumo. Pues si el gasto insuficiente es el culpable, entonces ¿cómo es que las ventas al detalle son las últimas en caer y las que menos lo hacen en una depresión y a las que realmente golpea la depresión es a esos sectores como la máquina herramienta, los equipamientos de capital, la construcción y las materias primas? Inversamente, son estos sectores

los que realmente despegan en las fases de auge inflacionista del ciclo económico y no los negocios que atienden al consumidor. Así que una teoría adecuada del ciclo económico debe asimismo explicar la mucha mayor intensidad de los auges y declives en los sectores de bienes que no son de consumo o “bienes de producción”.

Por suerte, sí existe una teoría correcta de la depresión y del ciclo económico, a pesar de que sea universalmente olvidada en la economía actual. También tiene una larga tradición en el pensamiento económico. Esta teoría empezó con el filósofo y economista escocés del siglo XVIII, David Hume y con el eminente economista clásico inglés del siglo XIX, David Ricardo. Esencialmente, estos teóricos veían que se había desarrollado otra institución crucial a mediados del siglo XVIII, junto con el sistema industrial. Era la institución de la banca, con su capacidad de expandir el crédito y la oferta monetaria (primero, en la forma de papel moneda, o billetes de banco, y luego en forma de depósitos a la vista, o cuentas corrientes, que son redimibles instantáneamente en efectivo en los bancos). Eran las operaciones de estos bancos comerciales las que, creían estos economistas, tenían la clave de los misteriosos ciclos recurrentes de expansión y contracción, de auge y declive, que habían desconcertado a los observadores desde mediados del siglo XVIII.

El análisis ricardiano era algo así: Las monedas naturales que aparecen como tales en el mundo del libre mercado son materiales útiles, generalmente oro y plata. Si el dinero se limitara sencillamente a estos materiales, la economía funcionaría en su total como lo hace en los mercados concretos: un ajuste suave de oferta y demanda y por tanto sin ciclos de auge y declive. Pero la inyección de crédito bancario añade otro elemento crucial y perturbador. Pues los bancos expanden el crédito y por tanto el dinero bancario en forma de billetes o depósitos que son teóricamente redimibles a la vista en oro, pero en la práctica está claro que no. Por ejemplo, si un banco tiene 1.000 onzas de oro en sus arcas y emite recibos de depósito redimibles inmediatamente por 2.500 onzas de oro, entonces está claro que ha emitido 1.500 onzas más de

las que puede redimir. Pero mientras no haya una “corrida” concertada en el banco a reclamar esos recibos, sus recibos de depósito en el mercado funcionan como equivalentes al oro y por tanto el banco ha sido capaz de expandir la oferta monetaria del país en 1.500 onzas de oro.

Así que los bancos empiezan a expandir alegremente el crédito, pues cuanto más lo expandan, mayores serán sus beneficios. Esto genera la expansión de la oferta monetaria dentro de un país, digamos Inglaterra. Al aumentar la oferta de papel moneda y dinero bancario, aumentan las rentas y gastos monetarios de los ingleses y el aumento del dinero empuja al alza los precios de los bienes ingleses. El resultado es inflación y un auge dentro del país. Pero este auge inflacionista, mientras sigue su alegre camino, muestra las semillas de su propia desaparición. Pues al aumentar la oferta y las rentas monetarias los ingleses proceden a comprar más bienes del exterior. Además, al aumentar sus precios, los bienes ingleses empiezan a perder su competitividad respecto de los productos de otros países sin inflación o con inflación en menor grado. Los ingleses empiezan a comprar menos en el interior y más en el exterior, mientras que los extranjeros compran menos en Inglaterra y más en su nación; el resultado es un déficit en la balanza inglesa de pagos, con las exportaciones inglesas cayendo abruptamente por debajo de las importaciones. Pero si las importaciones exceden a las exportaciones, esto significa que el dinero debe fluir de Inglaterra a otros países. ¿Y qué dinero será? Sin duda, no billetes o depósitos bancarios ingleses, pues a franceses, alemanes o italianos les interesa poco o nada mantener sus fondos guardados en bancos ingleses. Así que estos extranjeros tomarán sus billetes y depósitos bancarios y los presentarán a los bancos ingleses para redimirlos en oro, así que el oro será el tipo de dinero que tenderá a fluir persistentemente fuera del país al seguir adelante la inflación inglesa. Pero esto significa que el dinero crediticio bancario inglés estará cada vez más acumulado sobre una base de oro en disminución en las arcas bancarias inglesas. Al proseguir el auge, nuestro hipotético banco expandiría sus recibos de depósito de digamos

2.500 onzas a 4.000 onzas, mientras que su base en oro disminuye hasta, digamos, 800 onzas. Al intensificarse este proceso, los bancos acabarán asustándose. Pues los bancos, después de todo, están obligados a redimir sus pasivos en efectivo y su efectivo está saliendo rápidamente mientras se acumulan sus pasivos. Así que los bancos acabarán perdiendo los nervios, deteniendo su expansión crediticia y, para salvarse, contraerán los préstamos bancarios existentes. A menudo esta retirada se precipita con corridas bancaria de bancarrota disparadas por el público, que se ha ido poniendo también cada vez más nervioso acerca de la condición cada vez más inestable de los bancos de la nación.

La contracción bancaria invierte el cuadro económico: la contracción y el declive siguen al auge. Los bancos pasan a la defensiva y las empresas sufren al aumentar la presión para la liquidación de deudas y la contracción. La caída en la oferta de dinero bancario, lleva a su vez a una caída general en los precios ingleses. Al caer la oferta monetarias y las rentas y desmoronarse los precios ingleses, los bienes ingleses se hacen relativamente más atractivos en términos de productos extranjeros y la balanza de pagos se invierte, con las exportaciones superando a las importaciones. Al fluir oro al país y como el dinero bancario se contrae en lo alto de una base de oro en expansión, la condición de los bancos se hace mucho más sólida.

Por tanto éste es el significado de la fase de depresión en el ciclo económico. Advirtamos que es una fase que se produce, y se produce inevitablemente, por el precedente auge expansionista. Es la inflación precedente la que hace necesaria la fase de depresión. Por ejemplo, podemos ver que la depresión en el proceso por el que se ajusta la economía de mercado, elimina excesos y distorsiones de previo auge inflacionista y restablece una condición económica sólida. La depresión es la desagradable pero necesaria reacción a las distorsiones y excesos del auge anterior.

¿Por qué empieza entonces el siguiente ciclo? ¿Por qué tienden a ser recurrentes y continuos los ciclos económicos? Porque cuando los bancos se han recuperado lo suficiente y están en mejores condiciones, están entonces en una posición confiada como para seguir su camino natural de la expansión del crédito bancario y el siguiente auge se abre camino, llevando las semillas del próximo declive inevitable.

Pero si la banca es la causa del ciclo económico, ¿no son los bancos también parte de la economía privada de mercado y no podemos por tanto decir que el libre mercado es todavía el culpable, aunque solo sea el segmento bancario de ese libre mercado? La respuesta es no, pues los bancos, en primer lugar, nunca serían capaces de expandir el crédito concertadamente si no fuera por la intervención y estímulo del gobierno. Pues si los bancos fueran verdaderamente competitivos, cualquier expansión del crédito por parte de un banco acumularía rápidamente las deudas de ese banco en sus competidores y éstos reclamarían inmediatamente al banco en expansión la redención en efectivo. En resumen, los rivales de un banco reclamará la redención en oro o efectivo de la misma forma que harían los extranjeros, excepto que el proceso sería mucho más rápido y cortaría de raíz cualquier inflación incipiente antes de que empezara. Los bancos solo pueden expandirse cómodamente al unísono cuando existe un banco central, esencialmente un banco público, que disfrute de un monopolio de los negocios públicos y de una posición privilegiada impuesta por el gobierno sobre todo el sistema bancario. Solo cuando se estableció la banca centralizada los bancos fueron capaces de expandirse en cualquier momento y el conocido ciclo económico se puso en marcha en el mundo moderno.

El banco central adquiere su control sobre el sistema bancario mediante medidas gubernamentales como: Hacer que sus pasivos sean dinero de curso legal para todas las deudas y pendientes en impuestos; concediendo al banco central el monopolio en la emisión de billetes bancarios, frente a los depósitos (en Inglaterra, el Banco de Inglaterra, el banco central establecido por el gobierno,

tenía un monopolio legal de los billetes bancarios en el área de Londres) o a través de la obligación directa a los bancos a usar el banco central como su cliente para mantener sus reservas de efectivo (como en Estados Unidos y su Reserva Federal). No es que los bancos se quejaron de esta intervención, pues es el establecimiento de la banca centralizada lo que hace posible la expansión del crédito bancario a largo plazo, ya que la expansión de los billetes del banco central proporciona reservas adicionales de efectivo a todo el sistema bancario y permite a todos los bancos comerciales expandir juntos su crédito. La banca centralizada funciona como un acogedor cártel bancario obligatorio para expandir los pasivos de los bancos y los bancos son ahora capaces de expandirse sobre una mayor base de efectivo en forma de billetes del banco central, además del oro.

Así que ahora vemos por fin que el ciclo económico no se produce por ningún misterioso defecto de la economía de mercado, sino más bien lo contrario: por una intervención sistemática del gobierno en el proceso de mercado. La intervención pública produce expansión bancaria e inflación y, cuando se acaba la inflación, entra en juego el subsiguiente ajuste de la depresión.

La teoría ricardiana del ciclo económico entendía lo esencial de una teoría correcta del ciclo: la naturaleza recurrente de las fases del ciclo, la depresión como ajuste de la intervención en el mercado en lugar de por la economía de libre mercado. Pero había aún sin explicar dos problemas: ¿Por qué el repentino grupo de errores empresariales, el repentino fracaso de la función emprendedora y por qué las mucho más grandes fluctuaciones en los sectores de los bienes de producción que en los de los bienes de consumo? La teoría ricardiana solo explicaba movimientos en el nivel de precios, en los negocios en general; no hubo pistas de la explicación de las enormemente distintas reacciones en los sectores de bienes de capital y de consumo.

La teoría correcta y completamente desarrollada del ciclo económico fue finalmente descubierta y expuesta por el

economista austriaco Ludwig von Mises cuando era profesor en la Universidad de Viena. Mises desarrollo los indicios de su solución al problema esencial del ciclo económico en su monumental Teoría del dinero y del crédito, publicada en 1912 y aún, casi 60 años después, el mejor libro sobre teoría del dinero y la banca. Mises desarrolló su teoría del ciclo durante la década de 1920 y llegó al mundo angloparlante a través del principal seguidor de Mises, Friedrich A. von Hayek, que llegó de Viena a enseñar en la London School of Economics a principios de la década de 1930 y publicó, en alemán e inglés, dos libros que aplicaban y desarrollaban la teoría del ciclo de Mises: Teoría monetaria y ciclo económico y Precios y producción. Como Mises y Hayek eran austriacos y también como seguían la tradición de los grandes economistas austriacos del siglo XIX, esta teoría se ha conocido en la literatura como la teoría “austriaca” (o de la “sobreinversión monetaria”) del ciclo económico.

A partir de los ricardianos, de la teoría general “austriaca” y de su propio genio creativo, Mises desarrolló la siguiente teoría del ciclo económico:

Sin la expansión bancaria del crédito, la oferta y la demanda tienden a equilibrarse a través del sistema de precios libres y no pueden producirse auges y declives acumulados. Pero luego el gobierno estimula la expansión del crédito bancario a través de su banco central expandiendo los pasivos bancarios y por tanto las reservas de efectivo de todos los bancos comerciales de la nación. Los bancos proceden luego a expandir el crédito y por tanto la oferta monetaria de la nación en forma de cuentas corrientes. Como vieron los ricardianos, esta expansión del dinero bancario lleva al alza los precios de los bienes y por tanto causa inflación. Pero Mises demostró que hace algo más, y es algo incluso más siniestro. La expansión del crédito bancario, al generar nuevos fondos prestados en el mundo de los negocios, rebaja artificialmente el tipo de interés en la economía por debajo de su nivel del libre mercado.

En el mercado libre no intervenido, el tipo de interés se determina puramente por las “preferencias temporales” de todos los individuos que constituyen la economía de mercado. Pues la esencia de un préstamo es que un “bien presente” (dinero que puede usarse en el presente) se intercambia por un “bien futuro” (un pagaré que solo pueda usarse en algún momento futuro). Como la gente siempre prefiere dinero ahora a la perspectiva de tener la misma cantidad en el futuro, el bien presente siempre tiene una prima en el mercado respecto del futuro. Esta prima es el tipo de interés y su nivel variará de acuerdo con el grado en que la gente prefiera lo presente a lo futuro, es decir, el nivel de sus preferencias temporales.

Las preferencias temporales de la gente también determinan el grado en que la gente ahorrará e invertirá, comparado con cuánto consumirá. Si las preferencias temporales de la gente deberían caer, es decir si cae su grado de preferencia por el presente sobre el futuro, entonces la gente tenderá ahora a consumir menos y a ahorrar e invertir más; al mismo tiempo, y por la misma razón, también caerá el tipo de interés, el tipo de descuento temporal. El crecimiento económico se produce en buena parte como resultado de las menores tasas de preferencia temporal, lo que lleva a un aumento en la proporción de ahorro e inversión respecto del consumo y asimismo a una caída en el tipo de interés.

¿Pero qué pasa cuando el cae el tipo de interés, no por menores preferencias temporales y más ahorro, sino por la interferencia pública que promueve la expansión del crédito bancario? En otras palabras, si el tipo de interés cae artificialmente debido a la intervención en lugar de naturalmente, como resultado de cambios en las valoraciones y preferencias del público consumidor.

Lo que pasa es que hay problemas. Pues los hombres de negocios, al ver caer el tipo de interés, reaccionan como siempre harían y deberían hacer ante un cambio así en las señales del mercado: invierten más en bienes de capital y producción. Las inversiones, particularmente en proyectos largos y que consumen tiempo, que antes no parecían

rentables ahora sí lo parecen a causa de la caída en las cargas de intereses. En resumen, los hombres de negocios reaccionan como lo harían si hubieran aumentado realmente los ahorros: expanden su inversión en equipamiento duradero, en bienes de capital, en materias primas industriales, en construcción, en comparación con su producción directa de bienes de consumo.

En resumen, los negocios toman prestado alegremente el recién expandido dinero bancario que les llega a tipos más baratos, utilizan el dinero para invertir en bienes de capital y este dinero acaba usándose en renta inmobiliarias más altas y salarios más elevados para trabajadores en los sectores de bienes de capital. El incremento en la demanda empresarial empuja al alza los costes laborales, pero las empresas piensan que pueden pagarlos porque se han visto engañadas por la intervención de gobierno y bancos en el mercado de los préstamos y su intromisión decisivamente importante en la señal del tipo de interés del mercado.

El problema se produce tan pronto como trabajadores y terratenientes (en buena parte los primeros, ya que la mayoría de los ingresos empresariales se utilizan en los salarios) empiezan a gastar el nuevo dinero bancario que han recibido en forma de salarios más elevados. Como las preferencias temporales del público en realidad no han disminuido, la gente no quiere ahorrar más de lo que tiene. Así que los trabajadores se dedican a consumir la mayoría de su nueva renta, en pocas palabras, para restablecer las antiguas proporciones de consumo/ahorro. Esto significa que redirigen el gasto de nuevo a sectores de bienes de consumo y no ahorran e invierten lo bastante como para comprar las máquinas recién fabricadas, equipamientos de capital, materias primas industriales, etc. Todo esto se revela como una repentina depresión aguda y continua en los sectores e los bienes de producción. Una vez los consumidores restablecen sus proporciones deseadas de consumo/inversión, se revela así que los negocios han invertido demasiado en bienes de capital e infrainvertido en bienes de consumo. Las empresas han sido seducidas por la intromisión

gubernamental y la rebaja artificial del tipo de interés y actuaron como si hubiera disponibles más ahorro para invertir de los que había realmente. Tan pronto como el nuevo dinero bancario se filtró a través del sistema y los consumidores restablecieron sus antiguas proporciones, quedó claro que no había suficientes ahorros como para comprar todos los bienes de producción y que las empresas habían invertido mal los limitados ahorros disponibles. Las empresas habían sobreinvertido en bienes de capital e infrainvertido en productos de consumo.

Así que el auge inflacionista lleva a distorsiones en el sistema de precios y producción. Los precios de la mano de obra y las materias primas en los sectores de bienes de capital han aumentado durante el auge demasiado como para ser rentables una vez que los consumidores hayan reafirmado sus antiguas preferencias de consumo/inversión. La “depresión” se ve entonces como la fase necesaria y saludable por la que la economía de mercado se exfolia y liquida las inversiones insensatas y antieconómicas del auge y restablece aquellas proporciones entre consumo e inversión que son las realmente deseadas por los consumidores. La depresión es el proceso doloroso, pero necesario por el que el libre mercado exfolia los excesos y errores del auge y restablece a la economía de mercado en su función de servicio eficiente a la masa de consumidores. Como los precios de los factores de producción se han elevado demasiado en el auge, esto significa que deben dejarse caer los precios de la mano de obra y los bienes en estos sectores de bienes de capital hasta que se recobren las relaciones apropiadas del mercado.

Como los trabajadores reciben el dinero aumentado en forma de salarios más altos bastante rápidamente, ¿cómo es que los auges pueden durar años sin que se revelen sus inversiones insensatas, se hagan evidentes sus errores debidos a la intromisión en el mercado con señales de mercado y empiece a funcionar el proceso de ajuste de la depresión? La respuesta es que los auges serían de muy corta duración si la expansión del crédito bancario y consiguiente impulso a la baja de tipo de interés por debajo del nivel del libre mercado fueran cosa de un solo

golpe. Pero ocurre que la expansión del crédito no es un solo golpe: procede una y otra vez, no dando nunca a los consumidores la posibilidad de restablecer sus proporciones preferidas en consumo y ahorro, no permitiendo nunca que el aumento en los costes en los sectores de bienes de capital se ajusten al aumento inflacionista en los precios. Igual que al dopar repetidamente a un caballo, el auge mantiene su dirección directa a su inevitable merecido mediante dosis repetidas del estimulante del crédito bancario. Solo cuando la expansión del crédito bancario deba finalmente acabar, ya sea porque los bancos se encuentren en una situación comprometida o porque la gente empieza a hartarse de la inflación continua, el castigo finalmente atrapa al auge. Tan pronto como se detiene la expansión del crédito, deben afrontarse las consecuencias y los inevitables reajustes liquidar las sobreinversiones insensatas del auge, con la reafirmación de un mayor énfasis proporcionado en la producción de bienes de consumo.

Así que la teoría misesiana del ciclo económico explica todos nuestros problemas: la naturaleza repetida y recurrente del ciclo, el grupo masivo de errores empresariales, la mucha mayor intensidad del auge y declive en los sectores de bienes de producción.

Luego Mises centra la culpa del ciclo en la expansión inflacionista del crédito bancario propulsada por la intervención del gobierno y su banco central. ¿Qué dice Mises que debería hacerse, digamos por el gobierno, una vez llega la depresión? ¿Cuál es el papel del gobierno en el remedio de la depresión? En primer lugar, el gobierno debe dejar de hinchar tan pronto como sea posible. Es verdad que esta disposición, inevitablemente, lleva al auge inflacionista repentinamente a su fin y hace empezar la inevitable recesión o depresión. Pero cuanto más espere a esto el gobierno, peores tendrán que ser los reajustes necesarios. Cuanto antes se supere el reajuste de la depresión, mejor. Esto también significa que el gobierno nunca debe tratar de sostener situaciones de negocio insensatas: nunca debe rescatar o prestar dinero a empresas con problemas. Hacer esto sencillamente

prologará la agonía y convertirá una fase de depresión aguda y rápida en una enfermedad persistente y crónica. El gobierno nunca debe tratar de sostener salarios o precios de bienes de producción: hacerlo causará una depresión indefinida y prolongada y un desempleo masivo en los sectores esenciales de bienes de capital. El gobierno no debe tratar de volver a inflar para salir de la depresión. Pues aunque esta reinflación tenga éxito, solo generará más problemas más adelante. El gobierno no debe hacer nada por estimular el consumo y no debe aumentar sus propios gastos, pues esto aumentará aún más la relación social consumo/inversión. De hecho, recortar el presupuesto del gobierno aumentará la relación. Lo que la economía necesita no es más gasto en consumo, sino más ahorro, para validar algunas de las inversiones excesivas del auge.

Así que lo que debería hacer el gobierno, según el análisis misesiano de la depresión, es absolutamente nada. Debería, desde el punto de vista de la salud económica y de acabar con la depresión lo antes posible, mantener una política estricta de *laissez faire*, de manos afuera. Todo lo que hace retrasará y obstaculizará el proceso de ajuste del mercado; cuanto menos haga, más rápidamente hará su trabajo el proceso de ajuste del mercado y se producirá una sólida recuperación económica.

La receta misesiana es por tanto exactamente la contraria de la keynesiana: El gobierno ha de apartar sus manos de la economía y limitarse a parar su propia inflación y recortar su propio presupuesto.

Hoy se ha olvidado completamente, incluso entre los economistas, que la explicación y análisis misesianos de la depresión ganaron mucho impulso precisamente durante la Gran Depresión de la década de 1930, la misma depresión que siempre se ha expuesto a los defensores de la economía de libre mercado como el mayor fracaso catastrófico del capitalismo del *laissez faire*. No fue eso. 1929 se hizo inevitable por la enorme expansión del crédito a lo largo del mundo occidental durante la década de 1920: una política adoptada deliberadamente por los

gobiernos occidentales y principalmente por el Sistema de la Reserva Federal en Estados Unidos. Fue posible por el fracaso del mundo occidental en volver a un genuino patrón oro tras la Primera Guerra Mundial y permitir así más espacio a políticas inflacionista del gobierno. Todo el mundo piensa ahora en el presidente Coolidge como un creyente en el *laissez faire* y en una economía de mercado no intervenida: no lo era y, trágicamente, menos aún en el campo de dinero y el crédito. Por desgracia, los pecados y errores de la intervención de Coolidge se pusieron en el debe de una inexistente economía de libre mercado.

Si Coolidge hizo inevitable 1929, fue el presidente Hoover el que prolongó y profundizó la depresión, transformándola de una depresión típicamente aguda pero de rápida desaparición en una enfermedad persistente y casi fatal, una enfermedad “curada” solo por el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Hoover, no Franklin Roosevelt, fue el fundador de la política del “New Deal”: esencialmente el uso masivo del Estado para ahcer exactamente aquellos contra lo que más advertía la teoría misesiana: sostener salarios por encima de los niveles del libre mercado, sostener precios, inflar el crédito y prestar dinero para situación de negocio con problemas. Roosevelt solo avanzó en un mayor grado lo que había iniciado Hoover. El resultado, por primera vez en la historia de Estados Unidos, fue una depresión casi perpetua y un desempleo masivo casi permanente. La crisis de Coolidge se había convertido en la depresión de Hoover-Roosevelt prolongada sin precedentes.

Ludwig von Mises había predicho la depresión durante el cénit del gran auge de la década de 1920 (un momento en el que, igual que hoy, economistas y políticos, armados con una “nueva economía” de inflación perpetua y con nuevas “herramientas” proporcionadas por el Sistema de la Reserva Federal, proclamaban una “nueva era” de prosperidad permanente garantizadas por nuestros sabios doctores económicos en Washington). Ludwig von Mises, armado solo con una teoría correcta del ciclo económico, fue uno de los muy pocos economistas que predijeron la Gran Depresión y por tanto el mundo económico se vio

obligado a escucharle con respeto. F.A. Hayek predicó en Inglaterra y los economistas jóvenes ingleses estaban todos, al principio de la década de 1930, empezando a adoptar la teoría misesiana del ciclo para su análisis de la depresión, y por supuesto a adoptar la receta de una política de estricto libre mercado que derivaba de esta teoría. Por desgracia, los economistas han adoptado hoy la noción histórica de Lord Keynes: que ningún “economista clásico” tuvo una teoría del ciclo económico hasta que llegó Keynes en 1936. Hubo una teoría de la depresión, estaba dentro de la tradición económica clásica, su receta era un dinero fuerte estricto y laissez faire y estaba siendo adoptada rápidamente en Inglaterra e incluso en Estados Unidos como la teoría aceptada del ciclo económico. (Una ironía particular es que el principal defensor “austriaco” en Estados Unidos a inicios y mediados de la década de 1930 fue nada menos que el profesor Alvin Hansen, que pronto se significaría como el principal discípulo de Keynes en este país).

Lo que acabó con la creciente aceptación de la teoría misesiana del ciclo fue sencillamente la “revolución keynesiana”, el asombroso barrido del mundo económico que hizo la teoría keynesiana poco después de la publicación de la Teoría general en 1936. No es que la teoría misesiana fuera rebatida con éxito, simplemente fue olvidada en la carrera por subirse al vagón keynesiano repentinamente de moda. Algunos de los principales partidarios de la teoría de Mises (que estaba claro que la conocían mejor) sucumbieron a los nuevos vientos establecidos de la doctrina y consiguientemente lograron importantes puestos en las universidades estadounidenses.

Pero ahora el archikeynesiano The Economist de Londres ha proclamado recientemente que “Keynes está muerto”. Después de más de una década de afrontar incisivas críticas teóricas y refutaciones por los testarudos hechos económicos, los keynesianos están ahora en una retirada general y masiva. Repito que se está reconociendo a regañadientes que la oferta monetaria y el crédito bancario desempeñan un papel esencial en el ciclo. Es el momento apropiado para un redescubrimiento, un renacimiento, de

la teoría del ciclo económico de Mises. Nunca será tarde, si es que se hace alguna vez, para el concepto de que debería desecharse un Consejo de Asesores Económicos y verse una retirada masiva del gobierno de la esfera económica. Pero para que todo esto se produzca, el mundo de la economía, y la gente en general, deben ser conscientes de la existencia de una explicación del ciclo económico que ha permanecido olvidada en la estantería durante demasiados años trágicos.

7

¿Es un Peligro una Mayor productividad?

David Gordon

Ya es bastante malo que los opositores al libre mercado echen la culpa erróneamente al capitalismo de la contaminación medioambiental, las depresiones y las guerras. Sean cuales sean los defectos de sus teorías causales, al menos se centran en cosas indudablemente malas. Sin embargo, lo que es inaceptable es que se eche la culpa de algo bueno al mercado.

Tim Jackson, profesor de desarrollo sostenible en la Universidad de Surrey hace justamente eso en su artículo “Let’s Be Less Productive”, que apareció en el New York Times del 26 de mayo de 2012.

Jackson sugiere que la productividad puede haber alcanzado sus “límites naturales”. Por productividad

quiere decir “la cantidad de producción generada por hora de trabajo en la economía”- Reconoce que al hacerse más eficiente el trabajo se han producido beneficios sustanciales: “nuestra capacidad de generar más producción con menos personas ha sacado nuestras vidas de un trabajo penoso y nos ha dado una cornucopia de riqueza material.

A pesar de estos beneficios, hay peligro a la vista:

La productividad en constante aumento significa que si nuestras economías no continúan expandiéndose, nos arriesgamos a dejar a la gente sin trabajo. Si pueden hacerlo más cada año que pasa con cada hora de trabajo, entonces o la producción ha de aumentar o si no hay menos trabajo que realizar. Nos guste o no, nos encontramos enganchados al crecimiento.

Si la crisis financiera, los altos precios de recursos como el petróleo o el daño al medio ambiente hacen insostenible el crecimiento continuo, nos arriesgamos al desempleo. “Aumentar la productividad amenaza al pleno empleo”.

¿Qué hay que hacer entonces? Jackson tiene una ingeniosa solución. Deberíamos concentrarnos en trabajos en áreas de baja productividad. “Ciertos tipos de tareas se basan propiamente en la asignación del tiempo y la atención de la gente. Las profesiones sociales son un buen ejemplo: medicina, trabajo social, educación. Expandir nuestras economías en estas direcciones tiene todo tipo de ventajas”. Un cínico podría preguntarse si es solo una coincidencia que el propio Jackson esté empleado en una de estas profesiones.

Jackson tiene en mente otras reformas aparte del mayor énfasis en las “profesiones sociales”. (Por cierto, que uno se pregunta si por este nombre Jackson intenta sugerir que los dedicados a ocupaciones de alta productividad no se preocupan por la sociedad. Como mínimo, sería una sugerencia bastante audaz). También deberíamos dedicar

más recursos a los bienes artesanos que requieren bastante tiempo hacerlos y también al “sector cultural”.

El programa de Jackson plantea una pregunta: ¿cómo pueden realizarse estos cambios? Tiene una respuesta preparada. Por supuesto, una transición a una economía de baja productividad no se producirá por pensamiento ilusorio. “Requiere una atención cuidadosa para incentivar estructuras: por ejemplo, menores impuestos al trabajo y mayores impuestos al consumo de recursos y la contaminación”.

Jackson tiene sin duda razón en que si el trabajo se hace más eficiente, los trabajadores deben encontrar otros usos para el tiempo que ahora tienen disponible. ¿Pero por qué es esto un problema? Los seres humanos tienen deseos ilimitados y siempre hay nuevos usos para el trabajo humano.

Como apunta Murray Rothbard:

El trabajo tiene que “ahorrarse” porque es primordialmente un bien escaso y porque los deseos del hombre de bienes intercambiables están lejos de ser satisfechos. (...) Cuanto más trabajo se “ahorre”, mejor, pues así el trabajo está usando más y mejores bienes de capital para satisfacer más deseos en una cantidad menor de tiempo. (...)

Una mejora tecnológica en un sector tenderá a aumentar el empleo en ese sector si la demanda de ese producto es elástica a la baja, de forma que una mayor oferta de bienes induzca a un mayor gasto de consumo. Por otro lado, una innovación en un sector con demanda inelástica a la baja hará que los consumidores gasten menos en los productos más abundantes, contrayendo el empleo en ese sector. En resumen, el proceso de innovación tecnológica traslado el trabajo de los sectores de demanda inelástica a los sectores de demanda elástica.[1]

Las crisis financieras pueden interrumpir el crecimiento, pero dado el carácter ilimitado de los deseos humanos, no pueden suplantarlos. Jackson nos ha ofrecido un remedio, pero no ha demostrado que exista una enfermedad que requiera su remedio.

8

El Impuesto al Consumo: Una crítica

Murray Rothbard

La Supuesta Superioridad del Impuesto Sobre la Renta

La economía neoclásica ortodoxa hace mucho que mantiene que, desde el punto de vista de los propios contribuyentes, un impuesto de la renta es “mejor” que un impuesto especial sobre una forma particular de consumo, ya que, además de ingreso total obtenido, que se

supone que es el mismo en ambos casos, el impuesto especial pone la carga más duramente en un bien de consumo concreto. Por tanto, además de la cantidad total gravada, un impuesto especial desvía y distorsiona el gasto y los recursos alejándolos de los patrones de consumo preferidos por los consumidores. Se recitan las curvas de indiferencia con florituras para dar una pátina científica de geometría a esta demostración.

Sin embargo, como en muchos otros casos en que los economistas se apresuran a juzgar las distintas formas de acción como “buena”, “superior” u “óptima”, las suposiciones de igualdad de condiciones que subyacen esos juicios (por ejemplo, en el caso de que el ingreso total sea el mismo) no siempre se mantienen en la vida real. Así que es indudablemente posible, por razones políticas o de otro tipo, que una forma concreta de impuesto probablemente no genere el mismo ingreso total que otra. La naturaleza de un impuesto concreto podría llevar a un ingreso menor o mayor que otro. Supongamos, por ejemplo, que se abolieran todos los impuestos actuales y que el mismo total se obtenga por un nuevo impuesto por cabeza que obligue a cada habitante de Estados Unidos a pagar una cantidad igual para mantener el gobierno federal, estatal y local. Esto significaría que el ingreso público total existente de Estados Unidos, que estimaremos en 1,38 billones de dólares (y aquí la cifras exactas no importan) tendría que dividirse entre un total aproximado de 243 millones de personas. Lo que significaría que a todo hombre, mujer y niño en Estados Unidos se le obligaría a pagar todos y cada uno de los años 5.680\$. Por alguna razón, no creo que una suma así de grande pueda recaudarse por parte de las autoridades, sin que importe cuánto poder de aplicación se conceda a Hacienda. Un ejemplo claro en el que la suposición en igualdad de condiciones se viene abajo flagrantemente.

Pero tenemos a mano un ejemplo más importante, aunque menos dramático. Antes de la Segunda Guerra Mundial, Hacienda recaudaba en un solo pago de todos los contribuyentes la cantidad completa el día 15 de marzo de cada año. (Más tarde se concedió una prórroga de un mes

a los sufridos contribuyentes). Durante la Segunda Guerra Mundial, para permitir una recaudación más sencilla y más constante de los impuestos mucho más altos para financiar la guerra, el gobierno federal instituyó un plan concebido por el ubicuo Beardsley Ruml, de R.H. Macy & Co., e implantado técnicamente por un joven y brillante economista del Departamento del Tesoro, Milton Friedman. Este plan, que todos conocemos muy bien, obligaba a todos los empresarios al trabajo no remunerado de retener el impuesto cada mes en la nómina del empleado y enviarlo al Tesoro. Como consecuencia, dejó de existir la necesidad de que el contribuyente asumiera la cantidad total en un solo pago cada año. Unos y otros nos aseguraban entonces que esta nueva retención estaba estrictamente limitada a la emergencia de tiempo de guerra y desaparecería con la llegada de la paz. Sin embargo, el resto es historia. Pero de lo que se trata es de que nadie puede mantener seriamente que un impuesto de la renta privado del poder de retener podría recaudarse a los altos niveles actuales.

Por tanto, una razón por la que un economista no puede afirmar que el impuesto de la renta, o cualquier otro impuesto, sea mejor desde el punto de vista de la persona gravada, es que el ingreso total recaudado está a menudo en función del tipo de impuesto. Y parecería que, desde el punto de vista de la persona gravada, cuanto menos le quiten, mejor. Incluso un análisis de la curva de indiferencia haría confirmar esa conclusión. Si alguien desea afirmar que una persona gravada se ve decepcionada por lo poco que se le pide pagar, esa persona es siempre libre de resolver la supuesta deficiencia haciendo una donación voluntaria a las perplejas pero felices autoridades fiscales.[1]

Un segundo problema insuperable para un economista que recomiende cualquier tipo de impuesto desde el supuesto punto de vista del gravado es que éste bien puede hacer valoraciones subjetivas particulares de la forma de gravamen, aparte de la cantidad total recaudada. Incluso si el ingreso total obtenido de él es el mismo para el impuesto A que para el impuesto B, puede tener evaluaciones

subjetivas muy distintas de los dos procesos de gravamen. Volvamos, por ejemplo, a nuestro caso de la renta comparada con un impuesto especial. Los impuestos de la renta se recaudan en el curso de un examen coactivo e incluso brutal de prácticamente cualquier aspecto de la vida del contribuyente por la todopoderosa Hacienda que todo lo ve. Además, cada contribuyente está obligado por ley a mantener registros adecuados de su renta y deducciones y luego a rellenar laboriosa y sinceramente y presentar los mismos formularios que pueden incriminarle por responsabilidades fiscales. Un impuesto especial, digamos al whisky o a las entradas de cine, no se entromete directamente en la vida y renta de nadie, sino solo en las ventas del cine o la licorería. Me atrevo a suponer que, al evaluar la “superioridad” o “inferioridad” de los distintos tipos de impuestos, incluso el bebedor o cinéfilo más recalcitrante pagaría alegremente precios más altos por el whisky o las películas de lo que consideran los economistas neoclásicos, para evitar el largo brazo de Hacienda.[2]

Las Formas de Impuesto al Consumo

En años recientes, la vieja idea de un impuesto al consumo en oposición al impuesto de la renta se ha planteado por parte de muchos economistas, particularmente por conservadores supuestamente a favor del libre mercado. Antes de iniciar una crítica del impuesto al consumo como sustitutivo del impuesto de la renta, debería advertirse que las propuestas actuales de un impuesto al consumo privarían a los contribuyentes de la alegría psicológica de erradicar Hacienda. Pues aunque la discusión a menudo se realiza en términos de “esto o lo otro”, las distintas propuestas en realidad equivalen a añadir un nuevo impuesto al consumo sobre el actual arsenal masivo de poder impositivo. En resumen, viendo que los niveles del impuesto de la renta pueden haber llegado a sus límites políticos en este momento, nuestros consultores fiscales están sugiriendo una nueva y flamante arma fiscal para que la maneje el gobierno. O, en palabras inmortales del

ejemplar jefe de la economía y servidor del absolutismo, Jean-Baptiste Colbert, la tarea de las autoridades fiscales es “desplumar al ganso para obtener la mayor cantidad de plumas con la menor cantidad de graznidos”. Los contribuyentes, por supuesto, somos los gansos.

Pero pongamos la mejor cara a la propuesta de impuesto al consumo y ocupémonos de ella como una sustitución completa del impuesto de la renta por un impuesto al consumo, permaneciendo igual el ingreso total. Nuestro primer tipo es una forma venerable de impuesto al consumo que no solo mantiene el despotismo de Hacienda, sino que lo hace aún peor. Es el impuesto propuesto en primer lugar de forma importante por Irving Fisher.[3] El impuesto de Fisher mantendría Hacienda, así como el requisito de que todos mantuvieran registros detallados y fieles y calcularan sinceramente sus propios impuestos. Pero añadiría algo más. Además de informar las rentas y deducciones, todos tendrían que informar de sus adiciones o sustracciones de activos de capital (incluyendo el efectivo) a lo largo del año. Así que todos pagarían la tasa impositiva fijada en su renta, menos su adición a los activos de capital, o consumo neto. O por el contrario, si gastara más de lo que ganara en el año, pagaría un impuesto sobre su renta además de su reducción de activos de capital, igualando de nuevo su consumo neto. Sean cuales sean los demás méritos del impuesto de Fisher, añadiría poder a Hacienda sobre todos los individuos, ya que el estado de sus activos de capital, incluyendo sus existencias de efectivo, serían ahora examinadas con la misma atención que su renta.

Una segunda propuesta de impuesto al consumo, el IVA o Impuesto sobre el Valor Añadido, impone un curioso impuesto jerárquico al “valor añadido” a cada empresa. Aquí, en lugar de cada persona, cada empresa estaría sujeta a un intenso control burocrático, pues cada una estaría obligada a informar acerca de su renta y sus gastos, pagando un impuesto concreto por la renta neta. Esto tendería a distorsionar la estructura del negocio. Para empezar, habría un incentivo para la integración vertical antieconómica, ya que cuantas menos veces se produzca

una venta, menos impuestos se soportarán. Asimismo, con ha estado pasando en países europeos con experiencia en el IVA, puede aparecer una floreciente industria de emisión de facturas falsas, de forma que las empresas pueden hinchar sus supuestos gastos y reducir el valor añadido declarado. Indudablemente un impuesto a las ventas, en igualdad de condiciones, es al tiempo manifiestamente más sencillo, menos distorsionador de los recursos y enormemente menos burocrático y despótico que el IVA. En realidad el IVA no parece tener ninguna ventaja clara sobre el impuesto a las ventas, excepto, por supuesto, si se considera un beneficio multiplicar la burocracia y el poder burocrático.

El tercer tipo de impuesto al consumo es el familiar impuesto sobre las ventas al detalle. De las distintas formas de impuesto al consumo, el impuesto a las ventas indudablemente tiene la mayor ventaja, para la mayoría de nosotros, de eliminar el poder despótico del gobierno sobre la vida de todas las personas, como pasa en el impuesto de la renta, o sobre cada empresa, como en el IVA. No distorsionaría la estructura de producción como haría el IVA y no afectaría a las preferencias individuales como harían los impuestos especiales.

Consideremos ahora los méritos o deméritos de un impuesto al consumo frente a un impuesto de la renta, dejando aparte la cuestión del poder burocrático. Debería advertirse primero que el impuesto al consumo y el impuesto de la renta conllevan cada uno diferentes implicaciones filosóficas. El impuesto de la renta se basa necesariamente en el principio de la capacidad de pago, es decir, en el principio de que si un ganso tiene más plumas está más dispuesto a ser desplumado. El principio de capacidad de pago es precisamente el credo del bandolero, de tomar donde es fácil tomar, de sacar tanto como puedan soportar las víctimas. El principio de capacidad de pago es la encarnación filosófica de la memorable respuesta de Willie Sutton cuando se le preguntó, tal vez por parte de un psicólogo trabajador social, por qué robaba bancos. “Porque”, respondió Willie, “allí está el dinero”.

Por el contrario, el impuesto al consumo solo puede considerarse como un pago de un permiso para vivir. Implica que a un hombre no se le permitirá mejorar o incluso mantener su propia vida si no paga, espontáneamente, una tasa al Estado para que el permita hacerlo. El impuesto al consumo no me parece, en sus implicaciones filosóficas, ni una pizca más noble, o menos presuntuoso, que el impuesto de la renta.

Proporcionalidad y Progresividad: ¿Quién? ¿A Quién?

Una de las supuestas virtudes del impuesto al consumo apuntada por los conservadores es que, mientras que el impuesto de la renta puede ser y generalmente es progresivo, el impuesto al consumo es prácticamente automáticamente proporcional. También se afirma que la fiscalidad progresiva equivale al robo, con los pobres robando a los ricos, mientras que la proporcionalidad es el impuesto justo e ideal. Sin embargo, en primer lugar, el impuesto al consumo del tipo de Fisher bien podría ser en todos los aspectos tan progresivo como el impuesto de la renta. Ni siquiera el impuesto a las ventas está del todo libre de progresividad. Pues en la práctica la mayoría de los impuestos a las ventas excepcionan productos como la comida, , excepciones que distorsionan las preferencias individuales del mercado y también introducen la progresividad en los impuestos.

¿Pero el problema es realmente la progresividad? Tomemos dos individuos, uno que gana 10.000\$ al año y otro que gana 100.000\$. Propongamos dos sistemas impositivos alternativos: uno proporcional y otro considerablemente progresivo. En el sistema impositivo progresivo, los tipos del impuesto de la renta van del 1% para el hombre de 10.000\$ al año al 15% para el hombre de la renta superior. En el subsiguiente sistema proporcional, supongamos que todos, independientemente de su renta, paga el mismo 30% de su renta. En el sistema progresivo, el hombre de renta baja para 100\$ anuales en

impuesto y el más rico paga 15.000\$, mientras que en el supuestamente más justo sistema proporcional, el hombre más pobre paga 3.000\$ en lugar de 100\$, mientras que el más rico paga 30.000\$ en lugar de 15.000\$. Sin embargo sirve de poco consuelo para la persona con más renta que el hombre más pobre esté pagando el mismo porcentaje de renta en impuestos que él, pues la persona más rica se ve mucho más multada que antes. Por tanto, no es convincente que al hombre más rico se le diga que ahora ya no está siendo “robado” por el pobre, ya que está perdiendo mucho más que antes. Si se objeta que el nivel total de los impuestos es mucho mayor bajo nuestro sistema propuesto proporcional que en el progresivo, contestamos que se trata precisamente de eso. Pues a lo que está objetando realmente la persona de mayor renta no es al mítico robo que le infligen “los pobres”: su problema es la cantidad real que se le quita por el Estado. Así que la queja real del hombre más rico no es lo mal que se le trata en relación con otro, sino cuánto dinero se le quita de sus activos duramente ganados. Sostenemos que la progresividad de los impuestos es un señuelo: el problema real y el enfoque adecuado debería estar en la cantidad a la que una persona concreta se ve obligado a dar al Estado.[4]

Por supuesto, el Estado gasta el dinero que recibe en varios grupos y quienes afirman que el impuesto progresivo sanciona a los ricos a favor de los pobres argumentan comparando el estado de las rentas de los contribuyentes con la generosidad del Estado con los que están en el extremo receptor. Igualmente, la Escuela de Chicago afirma que el sistema impositivo es un proceso por el que la clase media explota tanto a los ricos como a los pobres, mientras que la Nueva Izquierda insiste en que los impuestos son un proceso por el que los ricos explotan a los pobres. Todos estos intentos se equivocan al considerar injustamente como una clase a los pagadores y receptores del Estado. Quienes pagan impuestos al Estado, ya sean ricos, clase media o pobres, en el neto indudablemente son un grupo distinto de personas que esos ricos, clase media o pobres, que reciben dinero de los cofres del Estado, lo que incluye notablemente a políticos y

funcionarios, así como aquellos que reciben favores de estos miembros del aparato del Estado. No tiene sentido agrupar estos conjuntos. Tiene mucho más sentido darse cuenta de que el proceso de impuestos y gastos crea dos, y solo dos, clases sociales antagonistas, a las que Calhoun identificaba brillantemente como contribuyentes (netos) y consumidores (netos) de impuestos, quienes pagan impuestos y quienes viven de ellos. Sostengo que, visto desde esta perspectiva, también se convierte en particularmente importante minimizar las cargas que el Estado y sus privilegiados consumidores de impuestos imponen a la productividad de los contribuyentes.[5]

El Problema de Gravar el Ahorro

El principal argumento para reemplazar un impuesto de la renta por uno al consumo es que los ahorros ya no se verían gravados. Un impuesto al consumo, afirman sus defensores, gravará el consumo y no los ahorros. El hecho de que este argumento lo aporten generalmente los economistas del libre mercado, en nuestro tiempo principalmente los “supply-siders”, nos choca como algo peculiar. Pues las personas en el libre mercado, después de todo, deciden cada una su propia asignación de rentas al consumo o al ahorro. Esta proporción del consumo respecto del ahorro, nos enseña la economía austriaca, está determinada por la tasa de preferencia temporal de cada individuo, el grado en que prefiere los bienes presentes a los futuros. Pues cada persona está continuamente asignando su renta entre el consumo ahora frente al ahorro para invertir en bienes que produzcan una renta en el futuro. Y cada persona decide la asignación basándose en su preferencia temporal. Por tanto, decir que solo debería gravarse el consumo y no los ahorros es desafiar las preferencias y elecciones voluntarias de los individuos en el libre mercado, y decir que están ahorrando demasiado poco y consumiendo demasiado y que por tanto los impuestos en los ahorros deberían eliminarse y ponerse todas las cargas en el consumo presente en comparación con el futuro. Pero hacer eso es

desafiar las expresiones de preferencias temporales en el libre mercado y defender la coacción del gobierno para alterar por la fuerza la expresión de dichas preferencias, para obligar a una relación de ahorro frente a consumo más alta que la que desean las personas libres.

Por tanto debemos preguntarnos: ¿Bajo qué patrones los supply-siders y otros defensores de los impuestos al consumo deciden por qué y en qué grado los ahorros son demasiado bajos y el consumo demasiado alto? ¿Cuáles son sus criterios de “demasiado bajo” y “demasiado alto” en los que basan su coacción propuesta sobre la decisión individual? Y lo que es más ¿con qué derecho se llaman a sí mismos defensores del “libre mercado” cuando proponen dictar decisiones en un ámbito tan vital como la proporción entre consumo presente y futuro?

Los supply-siders se consideran a sí mismos herederos de Adam Smith y en cierto sentido tienen razón. Pues también Smith, movido en su caso por una bien asentada hostilidad calvinista al lujo, buscaba utilizar al gobierno para aumentar la proporción social de la inversión respecto del consumo más allá de los deseos del libre mercado. Un método que defendía eran los altos impuestos sobre los productos de lujo, otro las leyes de usura, para llevar los tipos de interés por debajo del nivel del libre mercado y canalizar o racionar coactivamente los ahorros y el crédito en manos de prestatarios, principalmente empresarios sobrios e industriosos y fuera de las manos de “proyectistas” y consumidores “pródigos” que estén dispuestos a pagar altos tipos de interés. De hecho, a través del dispositivo del fantasmal Espectador Imparcial, que frente a los seres humanos, es indiferente al momento en que recibirá los bienes, Smith en la práctica sostenía como ideal un tipo cero de preferencia temporal.[6]

En único argumento coherente ofrecido por los defensores del impuesto al consumo frente al impuesto de la renta es el de Irving Fisher, basado en sugerencias de John Stuart Mill.[7] Fisher argumentaba que, como el objetivo de toda la producción es el consumo y como todos los bienes de capital son solo etapas en el camino al consumo, la única

renta genuina es el gasto en consumo. Se llega rápidamente a la conclusión de que por tanto solo la renta de consumo, no lo que se llama generalmente “renta”, debería ser objeto de imposición.

Más en concreto, se alega que ahorros y consumo no son realmente simétricos. Todos los ahorros se dirigen a disfrutar de más consumo en el futuro. El consumo potencial presente desaparece a cambio de un aumento esperado en el consumo futuro. El argumento concluye que por tanto cualquier retorno en la inversión solo puede considerarse como una “doble contabilización” de la renta, de la misma forma que una contabilización repetida de las ventas brutas de, digamos, el caso una caja de cereales del fabricante al intermediario al vendedor al por mayor al vendedor al detalle como parte de la renta o producto neto sería una contabilización múltiple del mismo bien.

El razonamiento es correcto en lo que se refiere a explicar el proceso de consumo y ahorro y es bastante útil para realizar una crítica de la estadística convencional de la renta o producto nacional. Pues estas estadísticas omiten cuidadosamente toda doble o múltiple contabilización para llegar a un producto neto total, pero incluyen arbitrariamente en la renta neta total la inversión en todos los bienes de capital que dure más de un año (en sí un claro ejemplo, de doble contabilización). Así que la práctica actual excluye absurdamente de la renta neta la inversión de un comerciante que dure 11 meses antes de venderse, pero incluye en la renta neta inversiones en inventario que duren 13 meses. La conclusión contundente es que una estimación de la renta social o nacional debería incluir solo el gasto en consumo.[8]

Sin embargo, a pesar de las muchas virtudes del análisis de Fisher, es intolerable saltar a la conclusión de que solo el consumo debería gravarse, en lugar de la renta. Es verdad que los ahorros llevan a una mayor oferta de bienes de consumo en el futuro. Pero este hecho lo saben todas las personas, precisamente por eso la gente ahorra. El resumen, el mercado sabe todo acerca del poder productivo de los ahorros para el futuro y asigna sus gastos

de acuerdo con ello. Aun así, aunque la gente sepa que los ahorros le proporcionarán más consumo futuro, ¿por qué no ahorran sus rentas actuales? Está claro que es por sus preferencias temporales del consumo presente frente al futuro. Estas preferencias temporales gobiernan la asignación de la gente al presente y al futuro. Toda persona, dada su “renta” monetaria (definida en términos convencionales) y su escala de valores, asignará esa renta en la proporción más deseada entre consumo e inversión. Cualquier otra asignación de dicha renta, cualquier proporción diferente, satisfará por tanto sus deseos en menor grado y rebajará su posición en su escala de valor. Por tanto, es incorrecto decir que el impuesto de la renta supone una carga extra al ahorro y la inversión: penaliza todo el nivel de vida de la persona, presente y futuro. Un impuesto de la renta no penaliza por sí mismo el ahorro más de lo que penaliza el consumo.

Por tanto, el análisis de Fisher, a pesar de toda su complejidad. Sencillamente comparte los prejuicios de los demás defensores del impuesto al consumo frente a las asignaciones voluntarias del libre mercado entre consumo e inversión. El argumento da mayor peso al ahorro y la inversión del que le da el mercado. Un impuesto al consumo es tan perjudicial para las preferencias temporales voluntarias y asignaciones del mercado como un impuesto a los ahorros. En la mayoría de las demás áreas del mercado, los economistas del libre mercado entienden que las asignaciones en el mercado tienden siempre a ser óptimas con respecto a satisfacer los deseos de los consumidores. ¿Por qué entonces todos hacen tan a menudo la excepción de las asignaciones de consumo-ahorro, rechazando respetar las tasas de preferencia temporal del mercado?

Tal vez la respuesta sea que los economistas están sujetos a las mismas tentaciones que todos los demás. Una de estas tentaciones es reclamar que tú, él y el otro trabajéis más duro y ahorréis e invirtáis más, aumentando así los propios niveles de vida presentes y futuros. Una tentación que le sigue es llamar a los gendarmes para llevar a cabo

ese deseo. Comoquiera que llamemos a esta tentación, la ciencia económica no tiene nada que ver con ella.

La Imposibilidad de Gravar Sólo el Consumo

Habiéndonos ocupado de los méritos del objetivo de gravar solo el consumo y liberar al ahorro de impuestos, ahora procederemos a negar la misma posibilidad de alcanzar ese objetivo, es decir, mantenemos que un impuesto al consumo se convertirá, lo queramos o no, en un impuesto sobre la renta y por tanto también en los ahorros. En resumen, que incluso si solamente quisiéramos gravar el consumo y no la renta, no podríamos hacerlo.

Tomemos primero el plan de Fisher, que aparentemente excepcionaría sencillamente el ahorro y gravaría solo el consumo. Tomemos al Sr. Jones, tiene una renta anual de 100.000\$. Sus preferencias temporales le llevan a gastar el 90% de su renta en consumo y a ahorrar e invertir el 10% restante. Bajo este supuesto, gastaría 90.000\$ al año en consumo los demás 10.000\$ en ahorro e inversión. Supongamos ahora que el gobierno grava con un impuesto del 20% la renta de Jones y que su plan de preferencia temporal permanece igual. La relación de su consumo respecto de su ahorro seguiría siendo de 90:10 y por tanto, la renta tras impuestos sería ahora de 80.000\$, siendo su gasto en consumo de 72.000 y su ahorro-inversión de 8.000\$ al año.[9]

Supongamos ahora que en lugar de un impuesto a la renta, el gobierno sigue el plan de Irving Fisher y grava con un impuesto anual del 20% el consumo de Jones. Fisher mantenía que ese impuesto recaería solo en el consumo y no en el ahorro de Jones. Pero esta afirmación es incorrecta, ya que todo el ahorro-inversión de Jones se basa únicamente en la posibilidad de su consumo futuro, que será igualmente gravado. Como se gravaría su consumo futuro, suponemos, al mismo tipo que su

consumo en el presente, no podemos concluir que los ahorros a largo plazo reciban ninguna excepción fiscal o estímulo especial. Por tanto, no habría cambio de Jones a favor del ahorro e inversión debido a un impuesto al consumo.[10] En resumen, cualquier pago de impuestos al gobierno, ya sea al consumo o a la renta, reduce necesariamente la renta neta de Jones. Como su plan de preferencias temporales sigue siendo el mismo, Jones reduciría por tanto proporcionalmente su consumo y sus ahorros. El impuesto al consumo cambiará para Jones hasta que se haga equivalente a un tipo fiscal inferior en su propia renta. Si Jones sigue gastando en 90% de su renta neta en consumo y un 10% en ahorro-inversión, su renta neta se reduciría en 15.000\$ en lugar de en 20.000\$ y su consumo totalizaría ahora 76.000\$ y su ahorro-inversión 9.000\$. En otras palabras, el impuesto al consumo del 20% de Jones se haría equivalente a un impuesto del 15% en su renta y dispondrás sus proporciones de consumo-ahorro de acuerdo con ello.[11]

Veíamos al inicio de este trabajo que un impuesto especial que desvíe recursos de bienes más deseables no significa necesariamente que podamos recomendar una alternativa, como un impuesto de la renta. ¿Pero qué pasa con un impuesto general a las ventas, suponiendo que pueda fijarse uno políticamente sin excepciones de bienes o servicios? ¿No sería una carga impositiva solo sobre el consumo no sobre la renta?

En primer lugar, un impuesto a las ventas estaría sujeto a los mismos problemas que el impuesto al consumo de Fisher. Como el consumo futuro y presente estarían gravados por igual, de nuevo habría cambios en cada individuo de forma que se reducirían tanto el consumo futuro como el presente. Pero además el impuesto a las ventas está sujeto a una complicación adicional: la suposición general de que un impuesto a las ventas pueda repercutirse directamente al consumidor en una completa mentira. ¡En realidad, el impuesto a las ventas no puede repercutirse en absoluto!

Pensemos: todos los precios se determinan por la interacción de la oferta, la existencia de bienes disponibles a vender y la proyección de demanda de ese bien. Si el gobierno impone una tasa del 20% en todas las ventas al por menor, es verdad que todos los vendedores incurrirán ahora en un coste adicional de un 20% en todas las ventas. ¿Pero cómo pueden subir los precios para cubrir estos costes? Los precios, en cada momento. Tienden a establecerse en el punto de máximo beneficio para cada vendedor. Si los vendedores pueden sencillamente pasar el aumento del 20% en los costes a los consumidores. ¿Por qué tendrían que esperar hasta que el impuesto a las ventas suba los precios? Los precios ya están en su nivel de rentabilidad neta máxima para cualquier empresa. Por tanto, cualquier aumento en el coste tendrá que ser absorbido por la empresa: no puede repercutirse a los consumidores. Dicho de otra manera, el gravamen de un impuesto a las ventas no ha cambiado las existencias disponibles ya disponibles para los consumidores: esas existencias ya se habían producido. Las curvas de demanda no han cambiado y no hay razón para que lo hagan. Como la oferta y la demanda no han cambiado, tampoco lo hará el precio. O, viendo la situación desde el punto de vista de la oferta y demanda de dinero, que contribuye a determinar los niveles generales de precios, la oferta de dinero ha permanecido igual y tampoco hay razón para suponer un cambio en la demanda de existencias de efectivo. Por tanto, los precios permanecerán igual.

Podría objetarse que, aunque el cambio al alza a precios superiores no se produzca inmediatamente, puede hacerlo a largo plazo, cuando los propietarios de factores y recursos tengan una posibilidad de rebajar su oferta en un momento posterior. Es verdad que un impuesto especial puede repercutirse de esta manera, a largo plazo, abandonando recursos, digamos, el sector licorero y trasladándose a otros sectores no gravados. Por tanto, después de un tiempo, el precio del licor puede aumentarse por un impuesto al licor, pero solo reduciendo la oferta futura, las existencias de licor disponibles para la venta en una fecha futura. Pero ese “cambio” no es una

repercusión indolora e inmediata de un precio más alto a los consumidores: solo puede lograrse a un plazo más largo por una reducción en la oferta del bien.

Sin embargo, la carga de un impuesto a las ventas no puede repercutirse de la misma manera. Pues los recursos no pueden escapar a un impuesto a las ventas como a un impuesto especial (abandonando el sector licorero y trasladándose a otro). Estamos suponiendo que el impuesto a las ventas es general y uniforme: por tanto, los recursos no pueden escapar excepto quedándose ociosos. Por tanto no podemos mantener que el impuesto a las ventas se repercutirá a largo plazo a todas las ofertas de bienes cayendo en algo similar al 20% (dependiendo de las elasticidades). Las ofertas generales de bienes caerán y por tanto aumentarán los precios, solo en el modesto grado en que la mano de obra, buscando un aumento en el coste de oportunidad del ocio a causa de la caída de las rentas salariales, deje de ser fuerza laboral y se dedique voluntariamente al ocio (o más en general rebaje el número de horas trabajadas).[12]

Por supuesto, a largo plazo, y ese plazo no es muy largo, las empresas de venta al por menor no serán capaces de absorber un impuesto a las ventas: no son pozos de riqueza sin límites listos para ser confiscados. Al sufrir pérdidas la empresa vendedora, sus curvas de demanda para todos los bienes intermedios y luego para todos los factores de producción, caerán abruptamente y estas disminuciones en las proyecciones de demanda se transmitirán rápidamente a todos los factores finales de producción: trabajo, tierra y renta de intereses. Y como todas las empresas tienden a obtener un interés uniforme determinado por la preferencia social temporal, la incidencia de la caída en las curvas de demanda se basará bastante rápidamente en los dos factores definitivos de la producción: tierra y trabajo.

Por tanto, la opinión aparentemente de sentido común de que un impuesto a las ventas al por menor se repercutiría al consumidor es completamente incorrecta. Por el contrario, el impacto inicial del impuesto sería en la renta

neta de las empresas comerciales. Sus graves pérdidas llevarán a un cambio rápido a la baja en las curvas de demanda, remontándose a la tierra y el trabajo, es decir, los salarios y las rentas inmobiliarias. Por tanto, en lugar de repercutirse rápida e indoloramente el impuesto a las ventas al por menor, a largo plazo, se repercutirá inversamente a las rentas del trabajo e inmobiliarias. De nuevo, un supuesto impuesto al consumo se ha transmutado por el proceso de mercado en un impuesto a las rentas.

El acento general en la repercusión y el olvido de la repercusión hacia atrás en la economía se debe al desconocimiento de la teoría austriaca del valor y su idea de que el precio de mercado está determinado solo por la interacción de unas existencias ya producidas con las utilidades subjetivas y proyecciones de demanda de los consumidores sobre esas existencias. Por tanto, la curva de oferta del mercado debería ser vertical en el diagrama habitual de oferta y demanda. La curva habitual de oferta inclinada hacia delante de Marshall incorpora ilegítimamente una dimensión temporal en ella y por tanto no puede interactuar con una curva de demanda del mercado instantánea o paralizada. A curva de Marshall sostiene la ilusión de que un coste puede aumentar directamente los precios y no indirectamente reduciendo la oferta. Y aunque podemos llegar a la misma conclusión que el análisis de la curva de oferta de Marshall para un impuesto especial concreto, donde puede utilizarse un equilibrio parcial, este método estándar fracasa ante una situación de un impuesto general a las ventas.

Conclusión:

La Cantidad Frente a la Forma de Gravar

Concluimos con la observación de que ha habido demasiada concentración en la forma, el tipo de gravamen, y no lo bastante en su cantidad total. El resultado ha sido un inacabable jugueteo con los tipos de impuestos. Junto con un olvido de una cuestión mucho más crítica: ¿cuánto

del producto social se absorbería de los productivos? ¿O cuánta renta debería retenerse por parte de los productivos y cuánta renta y recursos desviados coactivamente en beneficio de los improductivos?

Es particularmente extraño que economistas que se refieren orgullosamente a sí mismos como defensores del libre mercado hayan abierto en años recientes esta vía equivocada. Fueron por ejemplo supuestos economistas del libre mercado los que propulsaron e hicieron propaganda de la supuesta Ley de Reforma Fiscal de 1986. Este cambio masivo se suponía que nos traería la “simplificación” de nuestros impuestos a la renta. Por supuesto, el resultado era tan simple que incluso Haciendo, no digamos la tropa de abogados y contables fiscales haya tenido dificultad en entender las nuevas disposiciones- Además, resulta peculiar que en todas las maniobras que llevaron a la Ley de Reforma Fiscal, el patrón defendido por estos economistas, un patrón supuestamente tan evidente que no necesitaba justificación, era que el total de todos los cambios impositivos era “neutral para los ingresos”. Pero nunca nos dijeron qué tiene de bueno la neutralidad en los ingresos. Y por supuesto, al seguir ese patrón, la cuestión crucial del ingreso total fue eliminada deliberadamente de la discusión.

Más atroz aún fue una primera doctrina de otro grupo de supuestos defensores del libre mercado, los supply-siders. En su manifestación original de la curva de Laffer, ahora felizmente arrojada al basurero de la historia, los supply-siders mantenían que el tipo impositivo que maximizaba el ingreso fiscal era el tipo “voluntario” y un tipo que debía buscarse diligentemente. Nunca se señaló en qué sentido es “voluntario” ese tipo impositivo o qué demonios tiene que ver el concepto de “voluntario” con los impuestos, para empezar. Los supply-siders hicieron mucho menos en su forma lafferita para enseñarnos por qué todos debemos sostener la maximización del ingreso público como nuestro ideal soñado. Indudablemente, para los defensores del libre mercado, uno podría pensar que

minimizar la depredación del gobierno de la producción privada sería un poco más atractivo.

Un se vuelve con alivio a la postura tan realista como genuinamente de libre mercado de Jean-Baptiste Say, que contribuyó considerablemente más a la economía que la ley de Say. Say no estaba bajo la ilusión de que los impuestos fueran voluntarios ni de que el gasto público contribuyera a servicios productivos en la economía. Say apuntaba que, en los impuestos:

El gobierno arranca de un contribuyente el pago de un impuesto concreto en forma de dinero. Para cumplir con esta demanda, el contribuyente intercambia parte de los productos a su disposición por monedas, que paga a los recaudadores de impuestos.

El gobierno acaba gastando el dinero en sus propias necesidades, así que

al final (...) se consume este valor y luego la porción de riqueza, que pasa de las manos del contribuyente a las del recaudador de impuestos, se destruye y aniquila.

Advirtamos que, como en el caso posterior de Calhoun, Say ve que los impuestos crean dos clases en conflicto, los contribuyentes y los receptores de impuestos. Si no hubiera impuestos, el contribuyente habría gastado su dinero en su propio consumo. En esta situación, “El estado (...) disfruta de la satisfacción de que genera ese consumo”.

Say continúa denunciando la

idea prevaleciente de que los valores, pagados por la comunidad por el servicio público, vuelven a ella (...) que lo que reciben el gobierno y sus agentes, se refina de nuevo con sus gastos.

Say comenta con enfado que esta “gran mentira (...) ha sido productora de daños infinitos, al tiempo que ha sido

el pretexto para una gran cantidad de lamentable derroche y dilapidación”.

Por el contrario, declara Say, “el valor pagado al gobierno por el contribuyente se da sin equivalente o retorno: lo gasta el gobierno en la compra de servicios personales, de objetos de consumo”.

Say continúa denunciando la “conclusión falsa y peligrosa” de los escritores de economía de que el consumo del gobierno aumenta la riqueza. Say apuntaba amargamente que “si esos principios solo se encontraran en los libros y nunca hubieran llegado a la práctica, uno podría sufrirlos sin preocupación o lamentar el crecimiento monstruoso de ese absurdo impreso”.

Pero por desgracia, apuntaba, estas ideas se habían puesto en “práctica por los agentes de la autoridad pública que pueden aplicar el error y el absurdo a punta de bayoneta o boca de cañón”. [13] Así que para Say los impuestos son

la transferencia de una porción del producto nacional de las manos de las personas a las del gobierno, con el fin de atender el consumo público del gasto. (...) Es en la práctica una carga impuesta a las personas, ya sea con carácter individual o corporativo, por parte del poder gobernante (...) para el fin de suministrar el consumo que pueda considerar apropiado hacer a su costa”. [14]

Pero los impuestos, para Say, sencillamente no son un juego de suma cero. Al imponer una carga a los productores, apunta, los impuestos, con el tiempo, perjudican a la propia producción. Say escribe:

Los impuestos privan al productor de un producto, del que de otra forma habría tendido la opción de derivar una gratificación personal (...) o generar un beneficio, si hubiera preferido dedicarlo a un empleo útil. (...) Por tanto, la sustracción de un producto debe necesariamente disminuir, no aumentar el poder productivo.

La recomendación política de J.B. Say estaba muy clara y era coherente con su análisis y con el del presente escrito. “El mejor plan de financiación [pública] es gastar tan poco como sea posible y el mejor impuesto es siempre el más bajo”.

9

La Economía de Hitler

Llewellyn Rockwell

Para la generación actual, Hitler es el hombre más odiado de la historia y su régimen, el arquetipo de la maldad política. Esta opinión no se extiende sin embargo a sus políticas económicas. Muy al contrario. Son adoptadas por gobiernos de todo el mundo. Por ejemplo, el Glenview State Bank de Chicago alababa recientemente la economía de Hitler en su boletín mensual. Al hacerlo, el banco descubría los riesgos de alabar las políticas keynesianas en un contexto erróneo.

El número del boletín (julio de 2003) no está en línea, pero el contenido puede adivinarse a través de la carta de protesta de la Liga Anti-Difamación (ADL, por sus siglas en inglés). “Independientemente de los argumentos económicos”, decía la carta, “las políticas económicas de Hitler no pueden separarse de sus grandes políticas de virulento antisemitismo, racismo y genocidio. (...) Analizar sus acciones a través de cualquier otra lente supone desviar gravemente la atención”.

Lo mismo podría decirse de todas las formas de planificación centralizada. Es erróneo examinar las políticas económicas de cualquier estado Leviatán sin considerar la violencia política que caracteriza a toda planificación centralizada, ya sea en Alemania, la Unión Soviética o Estados Unidos. La controversia resalta la forma en que sigue sin entenderse la conexión entre violencia y planificación centralizada, ni siquiera por la ADL. La tendencia de los economistas a admirar el programa económico de Hitler es un buen ejemplo.

En la década de 1930, Hitler se consideraba en general solo como otro planificador centralizado proteccionista que reconocía el supuesto fracaso del libre mercado y la necesidad de un desarrollo económico guiado nacionalmente. La economista socialista proto-keynesiana Joan Robinson escribió que “Hitler encontró un remedio frente al desempleo antes de que Keynes acabara explicándolo”.

¿Cuáles eran esas políticas económicas? Suspendió el patrón oro, inició enormes programas de obras públicas como las autopistas, protegió a la industria frente a la competencia extranjera, expandió el crédito, instituyó programas de empleo, acosó al sector privado en decisiones sobre precios y producción, expandió ampliamente el ejército, aplicó controles de capital, instituyó la planificación familiar, penalizó el tabaco, introdujo la atención sanitaria nacional y el seguro de desempleo, impuso estándares educativos y acabó teniendo enormes déficits. El programa intervencionista nazi fue esencial para el rechazo del régimen de la

economía de mercado y su adopción del socialismo en un país.

Esos programas siguen siendo hoy ampliamente alabados, a pesar de sus fracasos. Son característicos de toda democracia “capitalista”. El propio Keynes admiraba el programa económico nazi, escribiendo para el prólogo de la edición alemana de la Teoría general: “la teoría de la producción en su conjunto, que es lo que el siguiente libro pretende ofrecer, es mucho más fácil de adaptarse a las condiciones de un estado totalitario, que la teoría de la producción y distribución de una producción dada bajo condiciones de libre competencia y de *laissez faire*”.

El comentario de Keynes, que puede sorprender a muchos, no era inesperado. Los economistas de Hitler rechazaban el *laissez faire* y admiraban a Keynes, incluso precediéndole en muchas maneras. De forma similar, los keynesianos admiraban a Hitler (ver George Garvy, “Keynes and the Economic Activists of Pre-Hitler Germany”, *The Journal of Political Economy*, Volumen 83, Número 2, Abril de 1975, pp. 391-405).

Todavía en 1962, en un informe escrito para el Presidente Kennedy, Paul Samuelson alababa a Hitler: “La historia nos recuerda que incluso en los peores días de la gran depresión nunca hubo escasez de expertos que advirtieran contra todas las acciones públicas curativas. (...) Si hubiera prevalecido aquí este consejo, como lo hizo en la Alemania anterior a Hitler, la existencia de nuestra forma de gobierno podría haber estado en peligro. Ningún gobierno moderno cometerá de nueva ese error”.

Hasta cierto punto, no es sorprendente. Hitler instituyó un New Deal para Alemania, distinto del de FDR y el de Mussolini solo en los detalles. Y funcionó solo sobre el papel en el sentido de las cifras del PIB de la época reflejan un crecimiento. El desempleo se mantuvo bajo porque Hitler, aunque intervino en los mercados laborales, nunca intentó llevar los salarios por encima de su nivel en el mercado. Pero por debajo de todo, estaban teniendo lugar graves distorsiones, igual que ocurren en cualquier economía que

no sea de mercado. Pueden potenciar el PIB a corto plazo (ved cómo el gasto público aumentó el tasa de crecimiento de EEUU en el segundo trimestre de 2003 del 0,7% al 2,4%), pero no funcionan a largo plazo.

“Escribir sobre Hitler sin el contexto de los millones de inocentes brutalmente asesinados y las decenas de millones muertos luchando contra él es un insulto a la memoria de todos”, escribía la ADL en protesta por el análisis publicado por el Glenview State Bank. De verdad que lo es.

Pero ser paladín de las implicaciones morales de las políticas económicas es moneda cambio en la profesión. Cuando los economistas piden estimular la “demanda agregada”, no explica qué significa esto realmente. Significa eliminar por la fuerza las decisiones voluntarias de consumidores y ahorradores, violando sus derechos de propiedad y su libertad de asociación para alcanzar las ambiciones económicas del gobierno nacional. Incluso si esos programas funcionaran en algún sentido económico, deberían rechazarse basándose en que son incompatibles con la libertad.

Lo mismo pasa con el proteccionismo. La principal ambición del programa económico de Hitler era expandir las fronteras de Alemania para hacer viable la autarquía, lo que significa construir enormes barreras proteccionistas a las importaciones. El objetivo era hacer de Alemania una productora autosuficiente de forma que no tuviera el riesgo de la influencia extranjera y no hacer que el destino de su economía se ligara a los altibajos en otros países. Fue un caso clásico de xenofobia económicamente contraproducente.

E incluso hoy en Estados Unidos las políticas proteccionistas están realizando un trágico retorno. Solo bajo la administración Bush, se está protegiendo un enorme rango de productos, que van de la madera a los microchips, ante la competencia extranjera de bajos precios. Estas políticas se han combinado con intentos de estimular la oferta y la demanda mediante gasto militar a

gran escala, aventurerismo en la política exterior, estado de bienestar, déficits y promoción del fervor nacionalista. Esas políticas pueden crear la ilusión de una creciente prosperidad, pero la realidad es que desvían recursos escasos de su empleo productivo.

Tal vez lo peor de estas políticas sea que son inconcebibles sin un estado Leviatán, exactamente como dijo Keynes. Un gobierno suficientemente grande y poderoso como para manipular la demanda agregada es suficientemente grande y poderoso como para violar las libertades civiles del pueblo y atacar sus derechos de cualquier otra manera. Las políticas keynesianas (o hitlerianas) desenfundan la espada del estado sobre toda la población. La planificación centralizada, incluso en su variedad más mínima, y la libertad son incompatibles.

Desde el 11-S y la respuesta autoritaria y militarista, la izquierda política ha advertido que Bush es el nuevo Hitler, mientras que la derecha execra este tipo de retórica como una hipérbole irresponsable. La verdad es que la izquierda, al realizar estas afirmaciones, tiene más razón de la que cree. Hitler, como FDR, dejó su sello en Alemania y el mundo al aplastar los tabús contra la planificación centralizada y hacer del gran gobiernos una característica aparentemente permanente de las economías occidentales.

David Raub, el autor del artículo para el Glenview, estaba siendo ingenuo al pensar que podía ver los hechos como los ve la corriente principal y llegar a lo que pensaba que sería una respuesta convencional. La ADL tiene razón en este caso: la planificación centralizada nunca puede alabarse. Debemos considerar siempre su contexto histórico y sus inevitables resultados políticos.

10

¿Por qué la Gente no Entiende?

Llewellyn Rockwell

A la gente no le importa, ni siquiera ahora, profesar su adhesión a la ideología socialista en cócteles, restaurante que sirven comida abundante y salones de los pisos y viviendas más lujosos de los que haya disfrutado la humanidad. Sí, sigue siendo elegante ser un socialista y, en algunos círculos dentro las artes y la universidad, es algo necesario socialmente. Nadie se echará atrás. Algunos te darán abiertamente la enhorabuena por tu idealismo. De la misma manera, siempre puedes contar

con conseguir aceptación protestando por las maldades de Walmart y Microsoft.

¿No es notable? El socialismo (la versión de la vida real) se derrumbó hace casi 20 años: los feroces regímenes basados en los principios del marxismo, arrasados por la voluntad del pueblo. Tras ese acontecimiento, hemos visto a estas sociedades antes decrepitas volver a la vida y convertirse en una fuente importante de prosperidad mundial. El comercio se ha expandido. La revolución tecnológica está haciendo milagros diarios bajo nuestras narices. Millones de personas han mejorado, en círculos cada vez más extendidos. El mérito se debe completamente al libre mercado, que posee un poder creativo que ha sido subestimado incluso por sus defensores más apasionados.

Es más, no debería haber hecho falta el desplome del socialismo para demostrar esto. El socialismo ha estado fracasando desde la antigüedad. Y desde el libro *Socialismo* de Mises (1922) hemos sabido que la razón precisa se debe a la imposibilidad económica de la aparición de un orden social en ausencia de propiedad privada en los medios de producción. Nadie lo ha refutado nunca.

Y aun así, incluso ahora, después de todo esto, los profesores se ponen al frente de sus alumnos y execran las maldades del capitalismo. Hay Libros superventas sobre anticapitalismo. Los políticos desfilan a nuestro alrededor contándonos las cosas gloriosas que conseguirá el gobierno cuando estén al mando. Y todos los males del momento, incluso los causados directamente por el gobierno (los retrasos aéreos, la crisis inmobiliaria, la interminable crisis de la escuela pública, la falta de atención sanitaria para todos) se achacan a la economía de mercado.

Por ejemplo, la administración Bush nacionalizó la seguridad aérea después del 11-S y casi nadie cuestionó si esto era necesario. El resultado fue un asombroso lío visible para cualquier viajero, al acumularse los retrasos y

convertirse la humillación en parte del sello de los viajes aéreos. Y aun así, ¿a quién se le echa la culpa? Leed las cartas al director. Leed las montañas de escritos de periodistas sobre este asunto. La culpa recae en las aerolíneas privadas. La solución se deduce: más regulación, más nacionalización.

¿Cómo podemos explicar esta asombrosa muestra? Hay dos factores principales. El primero es el fracaso de la gente en entender la economía y su esclarecimiento de la causa y efecto en la sociedad. El segundo es la ausencia de imaginación que refuerza tal ignorancia. Si no sabes qué causa qué en la sociedad, es imposible entender intelectualmente las soluciones apropiadas o imaginar cómo funcionaría el mundo en ausencia del estado.

El problema educativo puede superarse. Pensar en términos económicos es darse cuenta de que la riqueza no es algo dado o un accidente de la historia. No nos llega como la lluvia de lo alto. Es el producto de la creatividad humana en un entorno de libertad. La libertad de poseer, de realizar contratos, de ahorrar, de invertir, de asociarse y de comerciar: todas ellas son la clave de la prosperidad.

Sin ellas, ¿dónde estaríamos? En un estado de naturaleza, lo que significa una disminución radical de la población viviendo en cavernas y de los que podemos cazar y recolectar. Es el mundo en el que los seres humanos nos encontrábamos antes de hacer algo y es el mundo al que podemos volver si algún gobierno consigue alguna vez eliminar completamente la libertad y los derechos de propiedad privada.

Esto parece algo muy simple, pero es algo que se escapa a grandes franjas incluso de gente con formación. El problema se reduce a no entender que la escasez es una característica persistente del mundo y la necesidad de un sistema que asigne racionalmente los recursos escasos a fines socialmente óptimos. Solo hay un sistema para hacerlo, y no es la planificación centralizada, sino el sistema de precios del libre mercado.

El gobierno distorsiona el sistema de precios de múltiples maneras. Las subvenciones cortocircuitan los juicios del mercado. Las prohibiciones de productos causan el ascenso de bienes y servicios menos deseables sobre otros más deseables. Otras regulaciones ralentizan las ruedas del comercio, frustran los sueños de los empresarios y echan abajo los planes de consumidores e inversores. Luego está la forma más engañosa de manipulación de precios: la dirección monetaria de la Reserva Federal.

Cuanto mayor sea el gobierno, más se reducirá nuestro nivel de vida. Tenemos la suerte como civilización de que el progreso de la libre empresa generalmente supera la regresión del crecimiento del gobierno, pues si no fuera el caso, seríamos cada año más pobres (no solo en términos relativos, sino también absolutamente más pobres). El mercado es listo y el gobierno es tonto y a estos atributos debemos todo nuestro bienestar económico.

La segunda parte de nuestra tarea educativa (imaginar cómo funcionaría un mundo dirigido por el mercado) es mucho más difícil. Murray Rothbard explicó una vez que si el gobierno fuera el único fabricante de zapatos, la mayoría de la gente sería incapaz de imaginar cómo podría producirlos el mercado. ¿Cómo podría el mercado producir todas las tallas? ¿No sería un desperdicio fabricar estilos para cada gusto? ¿Qué hay de los zapatos fraudulentos y los fabricantes de baja calidad? Y supuestamente los zapatos son un bien demasiado importante como para soportar las vicisitudes de la anarquía de mercado.

Bueno, eso pasa hoy con muchas cosas, como con el bienestar. Entre las primeras objeciones a la idea de una sociedad de mercado está el que los pobres sufrirían y nadie se ocuparía de ellos. Una respuesta es que la caridad privada podría ocuparse de ellos y aun así miramos a nuestro alrededor y vemos organizaciones privadas de caridad llevando a cabo solo tareas comparativamente pequeñas. El sector sencillamente no es suficientemente grande como para encargarse cuando el gobierno abandona.

Aquí hace falta imaginación. El problema es que los servicios del gobierno han desplazado a los privados y reducido éstos por debajo de los que habría en un mercado libre. Antes de la época del estado de bienestar, las organizaciones de caridad en el siglo XIX tenían un tamaño comparable al de las mayores industrias. Se expandieron de acuerdo con las necesidades. En su mayor parte las financiaban las iglesias a través de donaciones y esta era la ética: todos daban una porción del presupuesto familiar al sector de la caridad. Una monja como la madre Cabrini dirigió un imperio caritativo.

Pero después, en la era progresista, la ideología cambió. La caridad se consideró como un bien público, algo a profesionalizar. El estado empezó a quedarse con un territorio antes reservado al sector privado. Y la crecer el estado de bienestar durante el siglo XX, disminuyó el tamaño comparativo del sector privado. Por muy mal que estemos en Estados Unidos, no es nada comparado con Europa, el continente que dio a luz los servicios de caridad. Hoy pocos europeos donan un centavo a la caridad, porque todos creen que es un servicio público. Además, tras los altos impuestos y precios, no queda mucho para donar.

Es lo mismo en cualquier área que haya monopolizado el gobierno. Hasta que aparecieron FedEx y UPS aprovechando un hueco legal, la gente no podía imaginar cómo podía llevar correo el sector privado. Hay muchos puntos ciegos similares hoy en el área de la provisión de justicia, seguridad, escolaridad, atención médica, política monetaria y servicios de acuñación. La gente se aterra ante la sugerencia de que el mercado debería proporcionar todos estos, pero solo porque requiere experimentos mentales y un poco de imaginación ver cómo es posible.

Una vez entiendes economía, la realidad que ven todos toma un nuevo significado. Walmart no es un paria, sino un glorioso logro de la civilización, una institución que finalmente ha puesto fin ese gran miedo que ha persistido en toda la historia humana: el miedo a que se acabe la comida. De hecho, incluso los productos más pequeños aturden la mente una vez que entiendes la increíble

complejidad del proceso de producción y cómo consigue el mercado coordinarlo todo en busca del fin del mejoramiento humano. Los logros del mercado repentinamente aparecen en claro relieve a tu alrededor.

Y luego empiezas a ver lo que no se ve: lo mucho más seguros que estaríamos con seguridad privada, lo mucho más justa que sería la sociedad si se privatizara la justicia, lo mucho más compasivo que seríamos si el corazón humano fuera educado por la experiencia privada en lugar de las burocracias públicas.

¿Y qué hace la diferencia? El socialista y el defensor de los mercados libres observan los mismos hechos. Pero la persona con conocimiento económico entiende su significado e implicaciones. Es ese poco de educación el que hace la diferencia. Por eso no debemos subestimar nunca el papel central de la enseñanza de la economía. Los hechos siempre estarán con nosotros. Sin embargo, la sabiduría debe enseñarse. Alcanzar una comprensión de la libertad y sus implicaciones en toda la cultura nunca ha sido más importante.

11

La Cumbre de las Sandías

Thomas J. DiLorenzo

Un ecologista es un socialista totalitario cuyo objetivo real es revivir el socialismo y la planificación económica centralizada bajo el subterfugio de “salvar al planeta” del capitalismo. Es “verde” en el exterior, pero rojo en el interior y por tanto se le califica apropiadamente como una “sandía”.

Por el contrario, un conservacionista es alguien que se interesa realmente por resolver problemas medioambientales y ecológicos y proteger la vida salvaje y

su hábitat. No propone hacer que la fuerza del gobierno separe hombre y naturaleza nacionalizando tierras y otros recursos, confiscando propiedad privada, prohibiendo la cría de ciertos tipos de animales, regulando la ingesta humana de alimentos, etc. No es un ideólogo socialista empeñado en destruir el capitalismo. No desea públicamente que aparezca un “nuevo virus” y mate a millones, como hizo una vez el fundador de Earth First. Más a menudo que no, busca formas de utilizar las instituciones del capitalismo para resolver problemas medioambientales. Hay incluso un nuevo nombre para esa persona: ecoempresario [“enviropreneur”]. O puede llamarse a sí mismo un “ecologista de libre mercado” que comprende cómo los derechos de propiedad, el derecho común y los mercados pueden resolver muchos problemas medioambientales, como han hecho en la práctica.

A la vista de la distinción entre un ecologista y un conservacionista, “¡Sandía del mundo unidas!” debería ser el lema de la inminente “Cumbre de la Tierra” en Río, que empieza el 19 de junio. La reunión se dedicará a interminables intrigas sobre cómo conseguir crear una economía mundial planificada centralizadamente (bajo los auspicios de los funcionarios de las Naciones Unidas) en nombre del último eufemismo para la planificación centralizada socialista, el “desarrollo sostenible”.

Esto no significa que las sandías del mundo vayan a tener éxito, sino solo que son tan numerosas como las moscas en un rebaño de vacas y nunca renunciarán a su ilusión de una economía mundial socialista planificada centralizadamente, sin que importe la pesadilla que haya sido el socialismo para millones de personas en todo el mundo.

La estrategia de las sandías fue anunciada y arengada por una de las eminencias pensantes del socialismo académico, el veterano economista Robert Heilbroner, en un ensayo del 10 de septiembre de 1990 en el *New Yorker* titulado “After Communism”. Escrito en medio del desplome mundial del socialismo y el conocimiento de que los gobiernos socialistas durante el siglo XX habían

asesinado más de 100 millones de su propia gente como parte del “precio” de establecer su “paraíso socialista”, el ensayo de Heilbroner era un enorme mea culpa (ver *Death by Government*, de Rudolph Rummel). Incluso escribió las palabras “Mises tenía razón”, acerca de los defectos propios del socialismo, refiriéndose los escritos de Ludwig von Mises en las décadas de 1920 y 1930 que explicaban con gran detalle por qué el socialismo no podría funcionar nunca como sistema económico (ver su libro *Socialismo*). Después de admitir que había estado completamente equivocado durante el anterior medio siglo en el que dedicó su carrera económica a promover el socialismo en Estados Unidos (el propósito oculto de su *The Worldly Philosophers*, que le hizo millonario), Heilbroner se lamentaba tristemente porque “No confío mucho en la posibilidad de que el socialismo continúe como una forma importante de organización económica”. Mientras el resto del mundo esta celebrando desbocadamente la eliminación de esta institución diabólicamente malvada, Heilbroner lloraba por ello.

En lugar de afrontar la realidad de la maldad intrínseca de todas las formas de socialismo, Heilbroner proclamaba que “el colapso de las economías planificadas nos ha obligado a repensar el significado del socialismo”. (Escribiendo en el *New Yorker*, Heilbroner suponía naturalmente que todos los lectores éramos de ideología socialista como él). Después de todo, continuaba “el socialismo es una descripción general de una sociedad en la que nos gustaría que vivieran nuestros nietos”. Pero, “entonces, ¿qué queda” del “honorable título del socialismo?”, se preguntaba Heilbroner.

El hombre estaba evidentemente deprimido y abatido porque la historia había demostrado que su carrera académica había sido un completo fraude, pero no quería admitir ese hecho (o renunciar a perpetrar el mismo fraude que había perpetrado durante al menos el último medio siglo). Debía inventarse un nuevo subterfugio, decía, que engañe o encandile al público para que acepte la adopción del socialismo. Esto podría llevar algún tiempo, decía y si “tenemos” éxito, “nuestros nietos o biznietos

pueden estar preparados para aceptar las disposiciones sociales que no aceptarían nuestros hijos o nietos”.

El subterfugio sugerido por Heilbroner lo explicaba así él mismo:

Hay, sin embargo, otra manera de ver el (...) socialismo. Es concebirlo (...) como la sociedad que debe emerger si la humanidad ha de ocuparse de (...) la carga ecológica que el crecimiento económico está poniendo en el medio ambiente.

En otras palabras, “nosotros” los socialistas debemos convertirnos todos en sandías. Si puede engañarse a suficientes miembros del público con este subterfugio, entonces el “capitalismo debe monitorizarse, regularse y limitarse hasta un grado en que sería difícil calificar al orden social final como capitalismo”.

Exactamente esto es lo que se discutirá en la inminente “Cumbre de la Tierra” de Río.

12

Sobre Igualdad y Desigualdad

Ludwing von Mises

Diferentes y Desiguales

La doctrina del derecho natural que inspiró las declaraciones de derechos humanos del siglo XVIII no implica la evidentemente falsa proposición de que todos los hombres sean biológicamente iguales. Proclamaba que todos los hombres nacen iguales en derechos y que esta igualdad no puede abolirla ninguna ley hecha por hombres, que es inalienable o, más precisamente, imprescriptible. Solo los enemigos mortales

de la libertad individual y la autodeterminación, los defensores del totalitarismo, interpretaron el principio de igualdad ante la ley como algo que derivaba de una supuesta igualdad física y fisiológica de todos los hombres.

La declaración francesa de derechos del hombre y el ciudadano del 3 de noviembre de 1789 había declarado que todos los hombres nacen y permanecen iguales en derechos. Pero en vísperas de iniciarse el régimen del Terror, la nueva declaración que precedió a la constitución del 24 de junio de 1793 proclamaba que todos los hombres eran iguales “par la nature”. A partir de entonces, esta tesis, aunque manifiestamente en contradicción con la experiencia biológica, se mantuvo como uno de los dogmas del “izquierdismo”. Así leemos en la *Encyclopaedia of the Social Sciences* que “al nacer, los niños humanos, independientemente de su herencia, son tan iguales como los automóviles Ford”. [1]

Sin embargo, no puede negarse el hecho de que los hombres nazcan desiguales respecto de sus capacidades físicas y mentales. Algunos sobrepasan a sus conciudadanos en salud y vigor, en cerebro y aptitudes, en energía y resolución, y por tanto están mejor dotados para los asuntos terrenales que el resto de la humanidad, un hecho que también fue admitido por Marx. Hablaba de “la desigualdad de las dotes individuales y por tanto de la capacidad productiva (*Leistungsfähigkeit*)” como “privilegios naturales” y de “los individuos desiguales (y no serían individuos diferentes si no fueran desiguales)”. [2]

En términos de enseñanzas psicológicas populares, podemos decir que algunos tienen la capacidad de ajustarse mejor que otros a las condiciones de la lucha por la supervivencia. Por tanto, podemos (sin caer en ningún juicio de valor) distinguir desde este punto de vista entre hombres superiores e inferiores.

La historia demuestra que desde tiempo inmemorial los hombres superiores aprovechan su superioridad para tomar el poder y subyugar a las masas de hombres inferiores. En la sociedad estamental hay una jerarquía de

castas. Por un lado están los señores que se han apropiado todo el territorio y en el otro están sus servidores, los vasallos, siervos y esclavos, subordinados sin tierra ni dinero. La tarea de los inferiores es obedecer a sus amos. Las instituciones de la sociedad se dirigen al beneficio único de la minoría gobernante, los príncipes y su séquito, los aristócratas.

Ese era en general el estado de cosas antes en todo el mundo, como nos dicen tanto marxistas como conservadores, “la codicia de la burguesía”, en un proceso que continuó durante siglos y sigue existiendo en muchas partes del mundo, socavaba el sistema político, social y económico de los “buenos viejos tiempos”. La economía de mercado (el capitalismo) transformó radicalmente la organización económica y política de la humanidad.

Permitidme recapitular algunos hechos bien conocidos. Mientras que bajo condiciones precapitalistas los hombres superiores eran los años a los que tenían que atender las masas de los inferiores, bajo el capitalismo los mejor dotados y más capaces no tienen otro medio de beneficiarse de su superioridad que servir con todas sus capacidades los deseos de la mayoría de los menos dotados.

En el mercado, el poder económico corresponde a los consumidores. Ellos determinan en definitiva, con su compra o abstención de compra, lo que debería producirse, por quién y cómo, de qué calidad y en qué cantidad. Los empresarios, capitalistas y propietarios inmobiliarios que no satisfagan de la mejor y más barata manera posible los deseos insatisfechos más urgentes de los consumidores se ven obligados a abandonar los negocios y perder su posición preferida.

En oficinas y laboratorios, las mentes más brillantes están ocupadas haciendo fructificar los logros más complejos de la investigación científica para la producción de instrumentos y aparatos cada vez mejores para gente que ignora las teorías que hicieron posible la fabricación de esas cosas. Cuanto mayor sea una empresa, más se ve

obligada a ajustar su producción a los cambiantes caprichos y modas de las masas, sus amos. El principio fundamental del capitalismo es la producción en masa para atender a las masas. Es el apoyo de las masas lo que hace que las empresas se hagan grandes. El hombre común es soberano en la economía de mercado. Es el cliente que “siempre tiene razón”.

En la esfera política, el gobierno representativo es el corolario de la supremacía de los consumidores en el mercado. Los cargos dependen de los votantes como los empresarios e inversores dependen de los consumidores. El mismo proceso histórico que sustituyó los métodos precapitalistas por el modo capitalista de producción sustituyó al absolutismo y otras formas de gobierno de unos pocos por el gobierno popular (la democracia). Y siempre que la economía de mercado es remplazada por el socialismo, retorna la autocracia. No importa si el despotismo socialista o comunista se camufla por el uso de alias como “dictadura del proletariado” o “democracia popular” o “principio del führer”. Siempre equivale al sometimiento de muchos por pocos.

Es difícil explicar peor el estado de cosas que prevalece en la sociedad capitalista que calificando a los capitalistas y empresarios como una clase “dirigente” que busque “explotar” a las masas de hombres decentes. No plantearé la pregunta de cómo los hombres que hacen negocios bajo el capitalismo habrían intentado aprovechar sus superiores talentos en cualquier otra organización concebible de la producción. Bajo el capitalismo compiten entre sí en servir a las masas de hombres menos dotados. Todo su pensamiento se dirige a perfeccionar los métodos de proveer a los consumidores. Todos los años, todos los meses, todas las semanas aparece en el mercado algo desconocido y es pronto accesible para los muchos.

Lo que ha multiplicado la “productividad del trabajo” no es algún grado de esfuerzo por parte de los trabajadores manuales, sino la acumulación de capital por los ahorradores y su empleo razonable por los emprendedores. Las invenciones tecnológicas habrían sido

trivialidades inútiles si el capital requerido para su utilización no se hubiera acumulado previamente mediante ahorro. Un hombre no puede sobrevivir como ser humano sin trabajo manual. Sin embargo, lo que le pone por encima de las bestias no es el trabajo manual y la realización de tareas rutinarias, sino la especulación, la previsión que hace de las necesidades del (siempre incierto) futuro. Lo característico de la producción es que es un comportamiento dirigido por la mente. Este hecho no puede eliminarlo la semántica para la que la palabra “trabajo” significa solo trabajo manual.

¿Son Estúpidos los Consumidores?

Reconocer una filosofía que destaca la desigualdad innata de los hombres va contra los sentimientos de mucha gente. Con más o menos reticencias, la gente admite que no puede igualarse a las celebridades del arte, la literatura y la ciencia, al menos en sus especialidades y que no se parecen a los campeones deportivos. Pero no está dispuesta a conceder su propia inferioridad en otros asuntos y preocupaciones humanas. Tal y como lo ven, los que les superan en el mercado, los emprendedores y empresarios de éxito, deben su superioridad únicamente a la villanía. Gracias a Dios, ellos son demasiado honrados y conscientes como para recurrir a esas conductas poco honradas que, según dicen, solo pueden hacer próspero a un hombre en un entorno capitalista.

Aun así, hay una rama de la literatura que crece de día en día que muestra ostensiblemente al hombre común como un tipo inferior: los libros sobre el comportamiento de los consumidores y los supuestos males de la publicidad.[3] Por supuesto, ni los autores ni el público que aclama sus escritos declaran o creen abiertamente que sea este el significado real de los hechos de los que informan.

Según nos dicen estos libros, el estadounidense típico es constitucionalmente incapaz de realizar las tareas más simples de la vida diaria. No compra lo que necesita para

el desarrollo apropiado de los asuntos familiares. Con su estupidez innata se ven fácilmente afectados por los trucos y vilezas de los negocios para comprar cosas inútiles o de poco valor. Como la principal preocupación de los negocios es obtener beneficios no ofreciendo a los clientes los bienes que necesitan, sino descargando en ellos mercancías que nunca tomarían si pudieran resistir los artificios psicológicos de “Madison Avenue”. La incurable debilidad innata de la voluntad del hombre medio hace que los compradores se comporten como “niños”. [4] Son presa fácil de la bellaquería de los charlatanes.

Ni los autores ni los lectores de estas apasionadas diatribas son conscientes de que su doctrina implica que la mayoría de la nación son tontos, incapaces de ocuparse de sus propios asuntos y miserablemente necesitados de un guardián paternal. Están preocupados hasta tal grado por su envidia y odio al empresario de éxito que no ven cómo se describe el comportamiento del consumidor contradice todo lo que solía decir la literatura socialista “clásica” acerca del prestigio de los proletarios. Estos antiguos socialistas atribuían al “pueblo”, a las “masas trabajadoras”, a los “trabajadores manuales” todas las perfecciones del intelecto y el carácter. A sus ojos, la gente no eran “niños”, sino los originadores de que es grande y bueno en el mundo y los constructores de un mejor futuro para la humanidad.

Sin duda es verdad que el hombre medio común es en muchos aspectos inferior al empresario medio. Pero esta inferioridad se manifiesta en primer lugar en su limitada capacidad de pensar, de trabajar y por tanto de contribuir más al esfuerzo productivo conjunto de la humanidad.

La mayoría de la gente que actúa satisfactoriamente en trabajos rutinarios se encontraría perdida en cualquier actividad que requiera cierta iniciativa y reflexión. Pero no son tan torpes como para no gestionar adecuadamente sus asuntos familiares. Los maridos a los que sus esposas envían al supermercado “para comprar una barra de pan y vuelven con los brazos llenos de sus aperitivos favoritos” [5] sin duda no son lo habitual. Tampoco la

esposa que compra independientemente del contenido, porque “le gusta el envoltorio”.[6]

Se admite por lo general que el hombre medio muestra mal gusto. Por consiguiente, los negocios, completamente dependientes de las masas de esos hombres, se ven obligado a poner en el mercado literatura y artes inferiores. (Uno de los grandes problemas de la civilización capitalista es cómo hacer posibles logros de alta calidad en un entorno social en el que el “tipo medio” es soberano).

Además se sabe que mucha gente tiene costumbres que llevan a efectos no deseados. Tal y como los ven los instigadores de la gran campaña anticapitalista, el mal gusto y las costumbre inseguras de consumo de la gente y los demás males de nuestra época sencillamente los generan las actividades de relaciones públicas o de ventas de las distintas ramas del “capital”: la guerras las realizan las industrias armamentistas, los “mercaderes de la muerte”; la ebriedad, el capitalismo alcohólico, el fabuloso “trust del whisky y las cerveceras.

Esta filosofía no solo se basa en la doctrina que muestra a la gente común como bobos ingenuos a los que pueden engañar fácilmente las tretas de una raza de arteros charlatanes. Implica además el teorema sin sentido de que la venta de artículos que el consumidor necesita realmente y compraría si no se viera hipnotizado por la vileza de los vendedores no es rentable para los negocios y que por otro lado solo la venta de artículos que tienen poca o ninguna utilidad para el comprador, o incluso directamente le perjudican, genera grandes beneficios. Pues si uno no asume esto, no habría razón para concluir que en la competencia del mercado los vendedores de malos artículos desplazan a los de artículos mejores.

Los mismos trucos complejos por medio de los cuales se dice que los hábiles comerciantes convencen al público comprador pueden asimismo usarse por parte de los que ofrecen mercancías buenas y valiosas en el mercado. Pero entonces los artículos buenos y malos compiten bajo condiciones iguales y no hay razón para hacer un juicio

pesimista de las posibilidades de una mercancía mejor. Mientras ambos artículos (el bueno y el malo) estén igualmente ayudados por los supuestos trucos de los vendedores, solo los mejores disfrutarán de la ventaja de ser mejores.

No necesitamos considerar todos los problemas que plantea la amplia literatura sobre la supuesta estupidez de los consumidores y su necesidad de protección por un gobierno paternalista. Lo que importa aquí es el hecho de que, a pesar del dogma popular de la igualdad de todos los hombres, la tesis de que el hombre común no está dotado para manejar los asuntos ordinarios de su vida diaria se ve apoyada por una gran parte de la literatura “izquierdista” popular.

Alumnos Vagos

La doctrina de la igualdad fisiológica y mental innata de los hombres explica lógicamente las diferencias entre seres humanos como causada por influencias postnatales. Destaca especialmente el papel desempeñado por la educación. En la sociedad capitalista, se dice, la educación superior es un privilegio accesible solo a los hijos de la “burguesía”. Lo que hace falta es conceder a todos los niños acceso a todas las escuelas y así educar a todos.

Guiado por este principio, Estados Unidos se dedicó al noble experimento de hacer de todos los niños personas educadas. Todos los jóvenes han de estar en la escuela de los seis a los dieciocho años y entrarán en la universidad tantos como sea posible. Así desaparecería la división intelectual y social entre una minoría educada y una mayoría de gente cuya educación era insuficiente. La educación ya no sería un privilegio: sería el patrimonio de cualquier ciudadano.

Las estadísticas demuestran que este programa se ha puesto en práctica. El número de institutos, de profesores y alumnos se multiplicó. Si continúa durante unos pocos años más la tendencia actual, el objetivo de la reforma se

alcanzará completamente: todos los estadounidenses se graduarán en los institutos.

Pero el éxito de este plan es meramente aparente. Se hizo posible solo por una política que, aunque retenga el nombre de “instituto”, ha destruido completamente su valor escolar y científico. El antiguo instituto otorgaba sus diplomas solo a alumnos que habían adquirido al menos un conocimiento concreto mínimo en algunas disciplinas consideradas como básicas. Eliminaba en los grados inferiores a aquellos a quienes les faltaran las habilidades y la disposición para cumplir con estos requisitos. Pero en el nuevo régimen de institutos, la posibilidad de elegir las materias que quieran estudiar fue mal empleada por alumnos estúpidos o vagos.

No solo hay materias fundamentales como aritmética elemental, geometría, física, historia y lenguajes extranjeros que son evitados por la mayoría de los estudiantes de instituto, sino que cada año chicos hay que reciben diplomas en los institutos y son deficientes en lectura y escritura en inglés. Es un hecho muy característico que algunas universidades vean necesario proporcionar cursos especiales para mejorar las habilidades lectoras de sus alumnos.

Los debates a menudo apasionados respecto de los programas del bachillerato que se han producido durante varios años demuestran claramente que solo un número limitado de jóvenes están intelectual y moralmente preparados para aprovechar su estancia en las aulas. Para el resto de la población de los institutos, los años empleados en las aulas sencillamente se desperdician. Si se rebaja el nivel escolar de los institutos y universidades para hacer posible que la mayoría de los menos dotados y menos trabajadores consigan diplomas, uno solo daña a la minoría de quienes tienen la capacidad de hacer uso de la enseñanza.

La experiencia de los las últimas décadas en la educación estadounidense muestra el hecho de que hay diferencias

innatas en las capacidades intelectuales del hombre que no pueden erradicarse por ningún esfuerzo en educación.

La Mayoría Gobierna

Los intentos desesperados, pero inútiles, de salvar, a pesar de las pruebas indiscutibles en contrario, la tesis de la igualdad innata de todos los hombres están motivados por una doctrina defectuosa e insostenible respecto al gobierno popular y de la mayoría.

Esta doctrina trata de justificar el gobierno popular refiriéndose a la supuesta igualdad natural de todos los hombres. Como todos los hombres son iguales, todo individuo participa en el genio que ilustró y estimuló a los mayores héroes de la historia intelectual, artística y política de la humanidad. Solo las influencias adversas postnatales impedían a los proletarios igualar la brillantez y hazañas de los grandes hombres. Por tanto, como nos dijo Tratsky,[7] una vez que este abominable sistema del capitalismo dé paso al socialismo “el ser humano medio llegará a las alturas de un Aristóteles, un Goethe o un Marx”. La voz del pueblo es la voz de Dios, siempre tiene razón. Si aparecen disidentes entre los hombres, por supuesto uno debe suponer que algunos están equivocados.

Es difícil evitar la inferencia de que es más probable que yerre la minoría que la mayoría. La mayoría tiene razón, porque es la mayoría y como tal está apoyada por la “ola del futuro”.

Los defensores de esta doctrina deben considerar cualquier duda sobre la eminencia intelectual y moral de las masas como un intento de sustituir el gobierno representativo por el despotismo.

Sin embargo, los argumentos aportados a favor del gobierno representativo por los liberales del siglo XIX (los muy denostados manchesterianos y defensores del *laissez faire*) no tienen nada en común con las doctrinas de la

igualdad innata natural de los hombres y la inspiración sobrehumana de las mayorías. Se basan en el hecho, expuesto más lúcidamente por David Hume, de que los que están al mando son siempre una pequeña minoría frente a la enorme mayoría de los sometidos a sus órdenes. En este sentido, todo sistema de gobierno es un gobierno de minorías y como tal solo puede durar mientras se vea apoyado en la creencia de los gobernados de que es mejor para ellos ser leales a los hombres en el cargo que tratar de suplantarlos por otros dispuestos a aplicar diferentes métodos de administración.

Si se desvanece esta opinión, los muchos se alzarán en rebelión y remplazarán por la fuerza a los cargos impopulares y sus sistemas por otros hombres y otro sistema. Pero el complicado aparato industrial de la sociedad moderna no podría preservarse bajo el estado de cosas en el que el único medio de la mayoría para aplicar su voluntad es la revolución. El objetivo del gobierno representativo es evitar la reaparición de esa violenta perturbación de la paz y sus efectos perjudiciales en la moral, la cultura y el bienestar material.

El gobierno por el pueblo, es decir, por representantes elegidos, hace posible el cambio pacífico. Garantiza el acuerdo de la opinión pública y los principios según los cuales se llevan a cabo los asuntos del estado. El gobierno de la mayoría es para quienes creen en la libertad, no un principio metafísico, derivado de una insostenible distorsión de los hechos biológicos, sino un medio de asegurar el desarrollo pacífico ininterrumpido del esfuerzo civilizatorio de la humanidad.

El Culto del Hombre Común

La doctrina de la igualdad biológica innata de todos los hombres alcanzó en el siglo XIX un misticismo casi religioso en el “pueblo” que finalmente se convirtió en el dogma de la superioridad del “hombre común”. Todos los hombres nacen iguales. Pero los miembros de las clases

superiores desgraciadamente se han corrompido por la tentación del poder y por entregarse a los lujos que consiguen para sí. Los males de la humanidad los causan las fechorías de esta fétida minoría. Una vez que se desposea a estos creadores de daño, la nobleza innata del hombre común controlará los asuntos humanos. Será delicioso vivir en un mundo en el que serán soberanos la bondad infinita y el genio congénito del pueblo. A la humanidad le está reservada una felicidad nunca soñada.

Para los revolucionarios sociales rusos, esta mística fue un sustitutivo de las prácticas devocionales de la iglesia ortodoxa rusa. Los marxistas se sentían incómodos con las entusiastas extravagancias de sus rivales más peligrosos. Pero la propia descripción de Marx de las maravillosas condiciones de la “fase superior de la sociedad comunista”[8] eran aún más optimistas. Después de la exterminación de los revolucionarios sociales, los propios bolcheviques adoptaron el culto del hombre común como principal disfraz ideológico de su despotismo ilimitado de una pequeña camarilla de jefes del partido.

La diferencia característica entre el socialismo (comunismo, planificación, capitalismo de estado o cualquier otro sinónimo que uno prefiera) y la economía de mercado (capitalismo, sistema de empresa privada, libertad económica) es esta: en la economía de mercado, los individuos como consumidores son soberanos y determinan por sus compras o no compras lo que debería producirse, mientras que en la economía socialista estos asuntos los fija el gobierno. Bajo el capitalismo, el cliente es el hombre por cuyo apoyo luchan los proveedores y a quien tras la venta dicen “gracias” y “vuelva cuando quiera”. Bajo el socialismo, el “camarada” obtiene lo que el “gran hermano” se digna darle y ha de agradecer lo que consiga. En el occidente capitalista, el nivel medio de vida es incomparablemente mayor que en el oriente comunista. Pero es un hecho que una creciente cantidad de gente en los países capitalistas (entre ellos está también la mayoría de los llamados intelectuales) añoran las supuestas bondades del control público.

Es inútil explicar a estos hombres cual es la condición del hombre común bajo un sistema socialista tanto en su capacidad como productor como en la de consumidor. Se manifestaría más evidentemente una inferioridad intelectual de las masas en su objetivo de la abolición del sistema en el que ellas mismas son soberanas y se ven servidas por la élite de los hombre con más talento y en el su anhelo de volver a un sistema en el que la élite las sometería.

No nos engañemos. No es el progreso del socialismo entre las naciones subdesarrolladas, aquellas que nunca sobrepasaron la etapa de primitivismo y aquellas cuyas civilizaciones se detuvieron hace muchos siglos, el que demuestra el avance triunfal del credo totalitario. Es en nuestro entorno occidental donde el socialismo hace sus mayores avances. Todo proyecto por estrechar lo que se llama el “sector privado” de la organización económica se considera como altamente beneficioso, como un progreso y, en todo caso, solo hay una oposición tímida y apocada durante un periodo corto de tiempo. Estamos “avanzando” hacia la consecución del socialismo.

Empresarios “Progresistas”

Los liberales clásicos de los siglos XVIII y XIX basaban su apreciación optimista del futuro de la humanidad en la suposición de que la minoría de hombres eminentes y honrados siempre sería capaz de guiar mediante la persuasión a la mayoría de la gente inferior en la vía de la paz y la prosperidad. Confiaban en que la élite estaría siempre en disposición de impedir que las masas sigan a los flautistas y demagogos y adopten políticas que deben acabar en el desastre. Podemos dejar sin conclusión si el error de estos optimistas consistía en sobrevalorar a la élite o a las masas o a ambas.

En todo caso, es un hecho que la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos está comprometida fanáticamente con políticas que se dirigen en último

término a abolir el orden social en el que los ciudadanos más ingeniosos se ven obligados a servir a las masas de la mejor manera posible. Las masas (incluyendo a los llamados intelectuales) defienden apasionadamente un sistema en el que ya no habría clientes que dieran las órdenes, sino pupilos de una autoridad omnipotente. No importa que este sistema económico se presente al hombre común bajo la etiqueta “a cada cual según sus necesidades” y su corolario político y constitucional, la autocracia de cargos autonombrados, lo haga bajo la etiqueta de “democracia popular”.

En el pasado, la propaganda fanática de los socialistas y sus cómplices, los intervencionistas de todo tipo, seguían encontrando la oposición de unos pocos economistas, estadistas y empresarios. Pero se ha agotado incluso esta defensa, a menudo pobre e inepta, de la economía de mercado. Los baluartes del esnobismo y “patriciado” estadounidense de moda, universidades generosamente dotadas y ricas fundaciones, son hoy nidos de radicalismo “social”. Millonarios, no “proletarios”, fueron los instigadores más eficaces del New Deal y las políticas “progresistas” que engendró. Es bien sabido que el dictador ruso fue bienvenido con más cordialidad en su primera visita a Estados Unidos por banqueros y presidentes de grandes empresas que por otros estadounidenses.

El tenor de los argumentos de esos empresarios “progresistas” es este: “Debo la posición importante que ocupó en mi sector empresarial a mi propia eficiencia y trabajo. Mis talentos innatos, mi ardor en conseguir el conocimiento necesario para dirigir una gran empresa, mi diligencia, me han llevado a la cumbre. Estos méritos personales me habrían conseguido una posición destacada bajo cualquier sistema económico. Como cabeza de un importante sector productivo también habría disfrutado de una posición envidiable en una comunidad socialista. Pero mi trabajo diario bajo el socialismo sería menos agotador e irritante. Ya no tendría que vivir bajo el miedo a que un competidor pueda superarme ofreciendo en el mercado algo mejor o más barato. Ya no me vería obligado

a atender los caprichos y deseos irracionales de los consumidores. Les daría (como experto) lo que creo que tendrían que tener. Cambiaría el trabajo febril y desesperante de un empresario por la actividad digna y tranquila de un funcionario. Mi estilo de vida y trabajo se parecerían más al porte señorial de un noble del pasado que al de un ejecutivo con úlcera en una gran empresa moderna. Dejemos que los filósofos se preocupen acerca de los defectos reales o supuestos del socialismo. Desde mi punto de vista, no veo ninguna razón por la que debería oponerme a él. Los administradores de empresas nacionalizadas en todas las partes del mundo y los cargos rusos que nos visitan están de acuerdo con mi opinión”.

Por supuesto, no tiene más sentido el autoengaño de estos capitalistas y empresarios que las ensoñaciones de socialistas y comunistas de todo tipo.

La Tarea de la Nueva Generación

Tal y como son hoy las tendencias ideológicas, uno tiene que esperar que en pocas décadas, tal vez antes del ominoso año 1984, todos los países hayan adoptado el sistema socialista. Al hombre común se le libraría de la tediosa tarea de dirigir el curso de su propia vida. Las autoridades le dirán qué hacer y qué no hacer, será alimentado, alojado, vestido, educado y entretenido por ellas. Pero, ante todo, le liberarán de la necesidad de usar su propio cerebro. Todos recibirán “de acuerdo con sus necesidades”. Pero la autoridad decidirá cuáles son las necesidades de una persona. Como en el caso de periodos anteriores, el hombre superior ya no servirá a las masas, sino que las dominará y gobernará.

Pero este resultado no es inevitable. Es el objetivo al que se dirigen las tendencias prevalecientes en nuestro mundo contemporáneo. Pero las tendencias pueden cambiar y hasta ahora siempre han cambiado. La tendencia hacia el socialismo también puede remplazarse por un diferente. Conseguir ese cambio es la tarea de la nueva generación.

13

Praxeología:
La Metodología de la
Economía Austriaca

Murray Rothbard

La praxeología es la metodología distintiva de la Escuela Austriaca. El término fue aplicado por primera vez al método austriaco por Ludwig von Mises, que no solo fue el principal arquitecto y desarrollador de esta metodología, sino asimismo el

economista que la aplicó más integralmente y con éxito a la construcción de teoría económica. [1] Aunque el método praxeológico esté, como mínimo, pasado de moda en la economía contemporánea, así como en las ciencias sociales en general y en la filosofía de la ciencia, fue el método básico de la primera Escuela Austriaca y también de una parte considerable de la antigua escuela clásica, en particular de J.B. Say y Nassau W. Senior.[2]

La praxeología se basa en el axioma fundamental de que los seres humanos actúan, es decir, en el hecho primordial de que los individuos realizan acciones conscientes hacia objetivos elegidos. Este concepto de acción contrasta con el comportamiento puramente reflexivo o reflejo, que no se dirige a objetivos. El método praxeológico se desarrolla por la deducción verbal de las implicaciones lógicas del hecho de que los individuos actúan. Esta estructura está incluida en el axioma fundamental de la acción y tiene unos pocos axiomas subsidiarios, como que los individuos cambian y que los seres humanos consideran al ocio como un bien valioso. Para quien sea escéptico acerca de deducir todo un sistema económico a partir de una base tan sencilla, le dirijo a La Acción Humana de Mises. Además, como la praxeología parte de un axioma verdadero, A, todas las proposiciones que puedan deducirse de este axioma debe asimismo ser verdaderas. Pues si A implica B y A es verdad, entonces B debe ser también verdad.

Consideremos algunas de las implicaciones inmediatas del axioma de la acción. La acción implica que el comportamiento del individuo tiene un propósito, es decir, que se dirige hacia objetivos. Además, el hecho de su acción implica que haya elegido conscientemente ciertos medios para alcanzar sus objetivos. Como desea alcanzar estos objetivos, deben ser valiosos para él; consecuentemente, de tener valores que dirigen sus elecciones. El que emplee medios implica que cree que tiene en conocimiento tecnológico de que ciertos medios lograrán sus fines deseados. Advirtamos que la praxeología no supone que la elección de valores u objetivos de una persona sea sabia o adecuada o que haya elegido el método tecnológicamente correcto para lograrlos. Todo lo que

afirma la praxeología es que el actor individual adopta objetivos y cree, errónea o acertadamente, que puede llegar a ellos por el empleo de ciertos medios.

Además, todas las acciones en el mundo real deben tener lugar en el tiempo: toda acción tiene lugar en algún presente y se dirige hacia alcanzar un fin en el futuro (inmediato o remoto). Si se pudieran conseguir instantáneamente todos los deseos de una persona, no habría ninguna razón en absoluto para que actuara. [3] Además, el que un hombre actúe implica que cree que la acción supondrá una diferencia; en otras palabras, que preferirá el estado de cosas resultante de la acción a de la no acción. Por tanto la acción implica que el hombre no tiene un conocimiento omnisciente del futuro, pues si lo tuviera, ninguna acción suya supondría ninguna diferencia. Por tanto, la acción implica que vivimos en un mundo de incertidumbre, o sin una completa certeza del futuro. Por consiguiente, podemos enmendar nuestro análisis de la acción para decir que un hombre elige emplear medios de acuerdo con un plan tecnológico en el presente porque espera llegar a sus objetivos en algún momento futuro.

El hecho de que la gente actúa implica necesariamente que los medios empleados son escasos en relación con los fines deseados, pues si todos los medios no fueran escasos sino sobreabundantes, los fines ya se habrían alcanzado y no habría necesidad de acción. Dicho de otra forma, los recursos que son sobreabundantes ya no funcionan como medios, pero ya no son objetos de acción. Así, el aire es indispensable para la vida y por tanto para alcanzar objetivo; sin embargo, el aire al ser sobreabundante no es objeto de acción y por tanto no puede considerarse un medio, sino más bien lo que Mises llamaba “condición general del bienestar humano”. Si el aire no fuera sobreabundante, podría convertirse en objeto de acción, por ejemplo, si se desea aire frío y se transforma el aire caliente a través del aire acondicionado. Incluso con la absurda probabilidad de la llegada del Edén (o lo que hace unos años se consideraba en algunos lugares un inminente mundo “postescasez”), en el que todos los deseos pudieran

atenderse inmediatamente, seguiría habiendo al menos un medio escaso: el tiempo del individuo, cada unidad del cual si se asigna a un propósito necesariamente no se asigna a algún otro objetivo. [4]

Esas son algunas de las implicaciones inmediatas del axioma de la acción. Llegamos a ellas deduciendo las implicaciones lógicas del hecho real de la acción humana y por tanto deducimos conclusiones verdaderas a partir de un axioma verdadero. Aparte del hecho de que estas conclusiones no pueden “probarse” por medios históricos o estadísticos, no hay necesidad de probarlos ya que su verdad ya se ha establecido. El hecho histórico solo entra en estas conclusiones determinando que rama de la teoría es aplicable a cualquier caso concreto. Así, para Robinsón y Viernes en su isla desierta, la teoría praxeológica del dinero es solo de interés académico, el lugar de aplicable en la actualidad. Se llevará a cabo más adelante un análisis más completo de la relación entre praxeología e historia.

Por tanto hay dos partes en este método axiomático-deductivo: el proceso de deducción y el estado epistemológico de los propios axiomas. Primero está el proceso de deducción: ¿por qué son los medios verbales, en lugar de usar una lógica matemática?[5] Sin expresar el alegato austriaco completo contra la economía matemática, puede decirse de inmediato una cosa: dejemos que el lector considere las implicaciones del concepto de acción como se han explicado hasta ahora en este escrito y tratemos de darles forma matemática. E incluso si puede hacerse, ¿qué se habría logrado salvo una pérdida drástica en significado en cada paso del proceso deductivo? La lógica matemática es apropiada para la física, la ciencia que se ha convertido en la ciencia modelo y a la que los positivistas y empiristas modernos creen que deberían emular todas las demás ciencias sociales y físicas. En física, los axiomas, y por tanto las deducciones, son en sí mismos puramente formales y solo adquieren significado “operacionalmente” en la medida en que puedan explicar y predecir hechos dados. Por el contrario, en praxeología, en el análisis de la acción humana, los propios axiomas se sabe que son verdaderos y

significativos. Por consiguiente, cada deducción verbal paso a paso también es verdadera y significativa, pues la gran cualidad de las proposiciones verbales es que cada una es significativa, mientras que los símbolos matemáticos no son significativos por sí mismos. Así, Lord Keynes, en modo alguno un austriaco y él mismo un notable matemático, presentaba la siguiente crítica al simbolismo matemático en economía:

Un gran defecto de los métodos simbólicos pseudomatemáticos de formalizar un sistema de análisis económico es que suponen expresamente una estricta independencia entre los factores implicados y pierden toda su fuerza convincente y autoridad si su hipótesis se rebate: sin embargo, en el discurso ordinario, en el que no estamos manipulando a ciegas sino que sabemos todo el tiempo qué estamos haciendo y qué significan las palabras, podemos mantener “en el cogote” las reservas y cualificaciones necesarias y los ajustes que tenemos que hacer luego, de forma que no podamos mantener complicados diferencial parciales “a la espalda” de varias páginas de álgebra que suponemos que todas desaparece. Una proporción demasiado grande reciente economía “matemática” es un simple mejunje tan impreciso como las suposiciones iniciales en las que se basa, que permite al autor perder de vista la complejidades e interdependencias del mundo real en un laberinto de símbolos pretencioso e inútiles.[6]

Además, incluso aunque la economía verbal pudiera traducirse con éxito a símbolos matemáticos y luego retraducirse al inglés para explicar sus conclusiones, el proceso no tiene sentido y viola el gran principio económico de la navaja de Occam: evitar la multiplicación innecesaria de entidades.[7]

Además, como apuntaban el científico político Bruno Leoni y el matemático Eugenio Frola:

A menudo se afirma que la traducción de ese concepto como máximo del lenguaje ordinario al matemático, implica una mejora en la precisión lógica del concepto, así como mayores posibilidades de uso. Pero la falta de precisión matemática en el lenguaje ordinario refleja precisamente el comportamiento de los seres humanos individuales en el mundo real. (...) Podríamos sospechar que la traducción al lenguaje matemático por sí misma implica una transformación sugerida de los operadores económicos humanos en robots virtuales.[8]

Igualmente, uno de los primeros metodologistas en economía, Jean-Baptiste Say, acusaba a los economistas matemáticos de que

no han sido capaces de enunciar estas cuestiones en lenguaje analítico, sin despojarlo de su complicación natural, por medio desimplificaciones y supresiones arbitrarias, de lo que las consecuencias, no estimadas apropiadamente, siempre cambian esencialmente las condiciones del problema y pervierten todos sus resultados.[9]

Más recientemente, Boris Ischboldin ha destacado la diferencia entre lógica verbal, o “de lenguaje” (“el análisis real del pensamiento realizado en lenguaje expresivo de la realidad que entiende la experiencia común”) y lógica “construida”, que es “la aplicación de datos cuantitativos (económicos) del construcción de matemática y lógica simbólica cuyas construcciones pueden o no tener equivalentes reales”. [10]

Aunque era un economista matemático, el hijo matemático de Carl Menger escribió una incisiva crítica a la idea de que la presentación matemática sea en economía necesariamente más precisa que el lenguaje ordinario:

Consideremos por ejemplo las proposiciones:

(2) A un precio más alto de un bien, corresponde una demanda más baja (o en todo caso no una más alta).

(2') Si p indica el precio y q la demanda de un bien, entonces

$$q = f(p) \text{ y } dq/dp = f'(p) \leq 0$$

Quienes consideren que la fórmula (2') es más precisa o "más matemática" que la frase (2) están completamente equivocados (...) la única diferencia entre (2) y (2') es esta: como (2') es limitada a funciones que son diferenciables y cuyos gráficos, por tanto, tienen tangente (lo que desde un punto de vista económico no es más factible que la curvatura), la frase (2) es más general pero en modo alguno menos precisa: es de la misma precisión matemática que (2').[11]

Pasando del proceso de deducción a los propios axiomas, ¿cuál es su estado epistemológico? Aquí los problemas se oscurecen por una diferencia de opinión dentro del campo praxeológico, particularmente sobre la naturaleza del axioma fundamental de la acción. Ludwig von Mises, como seguidor de la epistemología de Kant, afirmaba que el concepto de acción es apriorístico a toda experiencia, porque es, como la ley de causa y efecto, parte del "carácter esencial y necesario de la estructura lógica de la mente humana".[12] Sin aventurarnos demasiado profundamente en las fangosas aguas de la epistemología, yo negaría, como aristotélico y neo-tomista, cualquiera de esas supuestas "leyes de la estructura lógica" que impone necesariamente la mente humana en la caótica estructura de la realidad. Por el contrario, llamaría a esas leyes "leyes de la realidad", que la mente aprende para investigar y relacionar los hechos del mundo real. Mi opinión es que el axioma fundamental y los subsidiarios derivan de la experiencia de la realidad y por tanto son empíricos en su sentido más amplio. Estaría de acuerdo con la visión realista aristotélica de que su doctrina es radicalmente empírica, por tanto mucho más allá del empirismo post-Hume que domina la filosofía moderna. Así, John Wild escribió:

Es imposible reducir la experiencia a una serie de impresiones aisladas y unidades atómicas. La estructura racional está asimismo dada con igual evidencia y certidumbre. Los datos inmediatos están llenos de estructura determinada, que se abstrae fácilmente por la mente y se entiende como esencias y posibilidades universales.[13]

Además, uno de los datos persistentes de toda la existencia humana es la existencia; otros es la consciencia. Frente a la visión kantiana, Harmon Chapman escribe que

la concepción es una forma de consciencia, una forma de aprehender o comprenderlas y no una supuesta manipulación de las llamadas generalidades o universales solamente “mentales” o “lógicos” en su origen y no cognitivos en su naturaleza.

Al penetrar así en los datos de los sentidos, es evidente que la concepción también los sintetiza. Pero la síntesis implicada aquí, al contrario que en la síntesis de Kant, no es una condición a priori de la percepción, un proceso anterior que constituya tanto la percepción como su objeto, sino más bien una síntesis cognitiva en su aprehensión, es decir, una unificación o “comprensión” que es una con la propia aprehensión. En otras palabras, la percepción y la experiencia no son los resultados o productos finales de un proceso sintético a priori, sino que son ellas mismas una aprehensión sintética o comprensiva cuya unidad estructurada se prescribe solamente por la naturaleza de lo real, es decir, por los objetos afectados en su unidad y no por la propia consciencia cuya naturaleza (cognitiva) es aprehender lo real, tal y como es.[14]

Si en el sentido amplio, los axiomas de la praxeología son radicalmente empíricos, están lejos del empirismo post-humano que prevalece en la metodología moderna de las ciencias sociales. Además de las consideraciones anteriores (1) están tan ampliamente basados en la

experiencia humana común que una vez enunciados resultan evidentes y por tanto no cumplen con el criterio moderno de “falsabilidad”; (2) se basan, especialmente el axioma de la acción, en la experiencia interior universal, así como en la experiencia externa, es decir, la evidencia es reflectiva en lugar de puramente física y (3) son por tanto a priori para los acontecimientos históricos complejos a los que el empirismo moderno limita el concepto de “experiencia”. [15]

Say, tal vez el primer praxeólogo, explicaba la derivación de los axiomas de la teoría económica como sigue:

De ahí la ventaja de la que disfrutaban los que, desde una observación distintiva y apropiada, puedan establecer la existencia de estos hechos generales, demostrar su conexión y deducir sus consecuencias. Proceden tan seguramente de la naturaleza de las cosas como las leyes del mundo material. No los imaginamos: son los resultados que nos muestran la observación y análisis juiciosos. (...)

La economía política (...) está compuesta por unos pocos principios fundamentales y un gran número de corolarios o conclusiones, deducidos de estos principios (...) que puede admitir toda mente reflexiva. [16]

Friedrich A. Hayek describía mordazmente el método praxeológico en contraste con la metodología de las ciencias físicas y también subrayaba la naturaleza ampliamente empírica de los axiomas praxeológicos:

La posición del hombre (...) provoca que los hechos básicos esenciales que necesitamos para la explicación de los fenómenos sociales son parte de la experiencia común, parte de nuestro pensamiento. En las ciencias sociales son los elementos de los fenómenos complejos que se conocen más allá de la posibilidad de disputa. En las ciencias naturales solo pueden en el mejor de los casos conjeturarse. La existencia de estos elementos es así mucho más segura que cualquier regularidad

en los fenómenos complejos a los que dan lugar, es decir que constituyen el verdadero factor empírico en las ciencias sociales. Pocas dudas puede haber de que es una postura diferente del factor empírico en el proceso de razonamiento en los dos grupos de disciplinas que están en la base de mucha de la confusión respecto de su carácter lógico. La diferencia esencial es que en las ciencias naturales el proceso de deducción debe empezar con algunas hipótesis que son el resultado de generalizaciones inductivas, mientras que en las ciencias sociales se empieza directamente por elementos empíricos conocidos y se utilizan para encontrar las regularidades en los fenómenos complejos que no pueden establecer las observaciones directas. Por decirlo así, son ciencias empíricamente deductivas, que proceden de los elementos conocidos a las regularidades en los fenómenos complejos que no pueden establecerse directamente.[17]

Igualmente, J.E. Cairnes escribía:

El economista empieza con un conocimiento de las causas últimas. Ya al empezar su trabajo está en una posición que el físico solo consigue después de eras de trabajo laborioso. (..) Para el descubrimiento de esas premisas no se necesita un elaborado proceso de inducción (...) por esta razón, lo que tenemos o podemos tener si elegimos prestar nuestra atención al tema, es el conocimiento directo de estas causas en nuestra conciencia de lo que pasa en nuestras mentes y la información que nos proporcionan nuestros sentidos (...) sobre hechos externos.[18]

Nassau W. Senior lo expresaba así:

Las ciencias físicas, al ser solo versadas secundariamente con la mente, elaboran sus premisas casi exclusivamente de la observación o la hipótesis. (...) Por otro lado, las ciencias y las artes mentales elaboran sus premisas principalmente de

la conciencia. Los asuntos sobre las que versan principalmente son las obras de la mente humana. [Las premisas son] unas pocas proposiciones generales, que son el resultado de la observación, o de la conciencia y que casi todos los hombres, tan pronto como las oye, las admite, al estar familiarizado con este pensamiento, o al menos estar este incluido en su conocimiento previo.[19]

Comentando su completo acuerdo con este pasaje, Mises escribía que estas “proposiciones inmediatamente evidentes” son “una deducción apriorística (...) salvo que uno quiere llamarla experiencia interior cognitiva apriorística”. [20]

A lo cual comenta justamente Marian Bowley, biógrafa de Senior:

La única diferencia fundamental entre la actitud general de Mises y la de Senior radica en la aparente negación de Mises de la posibilidad de utilizar cualquier dato empírico general, es decir, hechos de la observación general, como premisas iniciales. Sin embargo, la diferencia se dirige hacia las ideas básicas de Mises de la naturaleza del pensamiento, y aunque es de importancia filosófica general, tiene poca relevancia especial para el método económico como tal.[21]

Debería advertirse que para Mises solo el axioma fundamental de la acción es apriorístico: reconocía que los axiomas subsidiarios de la diversidad de la humanidad y la naturaleza y del ocio como bien de consumo son en buena parte empíricos.

La moderna filosofía postkantiana ha tenido muchos problemas para abracar las proposiciones autoevidentes, que se caracterizan precisamente por su verdad clara y evidente en lugar de ser las hipótesis verificables que están de moda, consideradas como “falsables”. A veces parece que los empiristas utilizan la dicotomía analítico-sintética de moda, como les acusaba el filósofo Hao Wang, para

eliminar teorías que encontraban difíciles de rebatir al rechazarlas por ser necesariamente o bien definiciones disfrazadas o bien hipótesis debatibles e inciertas.[22]

¿Pero qué pasa si sometemos a análisis la pregonada “evidencia” de los modernos positivistas y empiristas? ¿Qué es? Encontramos que hay dos tipos de esas evidencias ya sea para confirmar o refutar una proposición: (1) si viola las leyes de la lógica, por ejemplo, implica que $A = -A$ o (2) si se confirma por hechos empíricos (como en un laboratorio) que puedan verificar varias personas. ¿Pero cuál es la naturaleza de dicha “evidencia” salvo la transformación, por distintos medios, de proposiciones hasta ahora oscuras en opiniones claras y evidentes, es decir, evidentes para observadores científicos? En resumen, los procesos lógicos o de laboratorio sirven para hacer evidentes para los “egos” de los distintos observadores que estas proposiciones son confirmadas o refutadas o, por usar una terminología pasada de moda, son verdaderas o falsas. Pero en ese caso, las proposiciones que sean inmediatamente evidentes para los observadores tienen al menos tan buen estatus científico como las otras formas de evidencia actualmente más aceptables. O como decía el filósofo tomista John J. Toohey:

Probar significa hacer evidente algo que no es evidente. Si una verdad o proposición es autoevidente, es inútil probarla; intentar probarla sería intentar hacer evidente algo que ya es evidente.[23]

En particular, el axioma de la acción debería ser, según la filosofía aristotélica, irrefutable y autoevidente, ya que el crítico que intente refutarlo encuentra que debe usarlo en el proceso de supuesta refutación. Así, el axioma de la existencia de la conciencia humana se demuestra que es autoevidente por el hecho de que el mismo acto de negar la existencia de conciencia debe realizarlo precisamente un ser consciente. El filósofo R.P. Phillips llamaba a este atributo de un axioma autoevidente el “principio del bumerán”, ya que “aunque los lancemos lejos, nos

vuelve”.[24] Una contradicción similar afronta el hombre que intenta refutar el axioma de la acción humana. Pues al hacerlo, una persona está ipso facto haciendo una elección consciente de medios para intentar llevar a un fin decidido: en este caso, el fin u objetivo de tratar de refutar el axioma de la acción. Emplea acción para tratar de refutar la idea de la acción.

Por supuesto, una persona puede decir que niega la existencia de principios autoevidentes u otras verdades establecidas en el mundo real, pero esto es sencillamente decir que no tienen validez epistemológica. Como apuntaba Toohey:

Un hombre puede *decir* lo que quiera, pero no puede *pensar* o *hacer* lo que quiera. Puede *decir* que vio un círculo cuadrado, pero no puede *pensar* que vio un círculo cuadrado. Puede decir, si quiere, que a un caballo cabalgando sobre su propio lomo, pero sabremos qué pensar de él si lo dice.[25]

La metodología del positivismo y empirismo modernos se da de frente incluso con las ciencias físicas, para las cuales es mucho más apropiada que para las ciencias de la acción humana; en realidad fracasa particularmente donde se interrelacionan los dos tipos de disciplinas. Así, el fenomenólogo Alfred Schütz, alumno de Mises en Viena, que fue pionero en la aplicación de la fenomenología a las ciencias sociales, apuntaba la contradicción en la insistencia empirista en el principio de verificabilidad empírica en la ciencia, negando al mismo tiempo la existencia de “otras mentes” como algo inverificable. ¿Pero quién se supone que haría la verificación de laboratorio salvo las mismas “otras mentes” de los científicos reunidos? Schütz escribía:

No es comprensible que los mismos autores que están convencidos de que no es posible ninguna verificación por la inteligencia de otros seres humanos tengan tanta confianza en el propio principio de verificabilidad, que solo puede llevarse a cabo mediante la cooperación con otros.[26]

De esta manera, los empiristas modernos ignoran las presuposiciones necesarias del mismo método científico que defienden. Para Schütz, el conocimiento de dichas presuposiciones es “empírico” en su sentido más amplio:

siempre que no restringamos esta expresión a las percepciones sensoriales de objetos y acontecimientos en el mundo exterior sino que incluyamos la forma experimental, por la cual el pensamiento de sentido común de la vida diaria entiende las acciones humanas u sus resultados en términos de sus motivos y objetivos subyacentes.[27]

Tras ocuparnos de la naturaleza de la praxeología, sus procedimientos y axiomas y su base filosófica, consideremos ahora cuál es la relación entre la praxeología y las demás disciplinas que estudian la acción humana. En particular, ¿cuáles son las diferencias entre praxeología y tecnología, psicología, historia y ética (todas las cuales están de alguna manera afectadas por la acción humana)?

En pocas palabras, la praxeología consta de las implicaciones lógicas del hecho formal universal de que la gente actúa, de que emplean medios para tratar de alcanzar fines elegidos. La tecnología se ocupa del problema del contenido de cómo alcanzar fines por la adopción de medios. La psicología se ocupa de la cuestión de por qué la gente adopta diversos fines y cómo hacen para adoptarlos. La ética se ocupa de la cuestión de qué fines o valores debería adoptar la gente. Y la historia se ocupa de los fines adoptados en el pasado, qué medios se usaron para tratar de alcanzarlos y cuáles fueron las consecuencias de estas acciones.

La praxeología, o la teoría económica en particular, es por tanto una disciplina única dentro de las ciencias sociales, pues, frente a las demás, no se ocupa del contenido de los valores, objetivos y acciones de los hombres (no de lo que hayan hecho o como hayan actuado o cómo deberían actuar) sino únicamente del hecho de que tengan objetivos y actúen para alcanzarlos. Las leyes de utilidad, demanda,

oferta y precio son aplicables independientemente del tipo de bienes y servicios deseados o producidos. Como escribía Joseph Dorfman de *Outlines of Economic Theory* (1896) de Herbert J. Davenport:

El carácter ético de los deseos no fue parte fundamental de su investigación. Los hombres trabajaban y sufrían privaciones por “whisky, tabaco y palanquetas”, decía, “así como por comida o adornos o cosechadoras”. Mientras estuvieran dispuestos a comprar y vender “locura y maldad”, los anteriores productos serían factores económicos con presencia en el mercado, pues la utilidad, como término económico, significa simplemente la adaptabilidad a los deseos humanos. Mientras los hombres los desearan, satisfacerían una necesidad y habría motivos para producirlos. Por tanto, la economía no necesita investigar el origen de las elecciones.[28]

La praxeología, igual que los aspectos sensatos de las demás ciencias sociales, se basa en el individualismo metodológico, en el hecho de que solo los individuos, sienten, valoran, piensan y actúan. Al individualismo, sus críticos siempre le han acusado (y siempre incorrectamente) con la suposición de que para él cada individuo es un “átomo” herméticamente sellado, alejado y no influido por otras personas. Esta absurda interpretación del individualismo metodológico está en la base de la demostración triunfante de J.K. Galbraith en *La sociedad opulenta* (Barcelona: Austral, 1958, 2012) de que los valores y elecciones de los individuos están influidos por otras personas y supuestamente esa teoría económica es inválida. Galbraith también concluía en su demostración que estas elecciones, al estar influenciadas, son artificiales e ilegítimas. El hecho de que la teoría económica praxeológica se base en el hecho universal de los valores y elecciones individuales significa, por repetir el resumen de Dorfman del pensamiento de Davenport, que la teoría económica “no necesita investigar el origen de las elecciones”. La teoría económica no se basa en la absurda

suposición de que cada individuo llega a sus valores y elecciones en un vacío, aislado de influencia humana. Evidentemente, los individuos están constantemente aprendiendo de otros e influyendo en otros. Como escribía F.A. Hayek en su famosa crítica a Galbraith, “The Non Sequitur of the ‘Dependence Effect’”:

El argumento del Profesor Galbraith podría emplearse fácilmente sin ningún cambio de los términos esenciales, para demostrar la inutilidad de la literatura o cualquier otra forma de arte. Indudablemente el deseo de literatura de un individuo no es original en él en el sentido que la experimentaría si la literatura no se hubiera producido. ¿Significa entonces que no puede defenderse la producción de literatura como satisfacción de un deseo porque es solo la producción la que provoca la demanda?[29]

El que la Escuela Austriaca de economía se base firmemente desde el principio en un análisis del hecho de que los valores y elecciones del sujeto individual llevó desafortunadamente a los primeros austriacos a adoptar el término escuela psicológica. El resultado fue una serie de críticas erróneas de que los últimos hallazgos de la psicología no se hubieran incorporado a la teoría económica. También llevó a equívocos como el que la ley de la utilidad marginal decreciente se basara en una ley psicológica de la satisfacción de deseos. En realidad, como apuntaba firmemente Mises, esa ley es praxeológica en lugar de psicológica y no tiene nada que ver con el contenido de los deseos, por ejemplo, de que la décima cucharada de helado pueda tener un sabor menos agradable que la novena. Por el contrario, es una verdad praxeológica, derivada de la naturaleza de la acción, el que la primera unidad de un bien se asigne a su uso más valioso, la siguiente al siguiente más valioso y así sucesivamente.[30] Sin embargo, en un punto, y solo en uno, la praxeología y las ciencias relacionadas de la acción humana adoptan una postura de psicología filosófica: en la proposición de que la mente humana, la conciencia y la subjetividad existen y por tanto existe la acción. En esto se opone a la base

filosófica del conductivismo y doctrinas similares y se une a todas las ramas de la filosofía clásica y con la fenomenología. En todas las demás cuestiones, sin embargo, praxeología y psicología son disciplinas distintas y separadas.[31]

Una cuestión particularmente vital es la relación entre teoría económica e historia. De nuevo, como en muchas otras áreas de la economía austriaca, Ludwig von Mises hizo la principal contribución, particularmente en su Teoría e historia.[32] Es especialmente curioso que a Mises y otros praxeologistas, como supuestos “aprioristas”, se les haya acusado de “oponerse” a la historia. En realidad Mises sostenía no solo que la teoría económica no necesitaba “probarse” por hechos históricos, sino asimismo que no podía probarse así. Para que un hecho sea utilizable para probar teorías, debe ser un hecho simple, homogéneo con otros hechos en clases accesibles y repetibles. En pocas palabras, la teoría de que un átomo de cobre, un átomo de azufre y cuatro átomos de oxígeno se combinarán en una entidad reconocible llamada sulfato, con propiedades conocidas, se comprueba fácilmente en el laboratorio. Cada uno de estos átomos es homogéneo y por tanto la prueba puede repetirse eternamente. Pero un acontecimiento histórico, como apuntaba Mises, no es simple y repetible; cada acontecimiento es un resultante complejo de una variedad cambiante de múltiples causas, ninguna de las cuales permanece nunca en relaciones constantes con las demás. Por tanto, cada acontecimiento histórico es heterogéneo y por tanto, los acontecimientos históricos no pueden usarse ni para probar ni para crear leyes históricas, cuantitativas o de otro tipo. Podemos poner cada átomo de cobre en una clase homogénea de átomos de cobre; no podemos hacerlo con los acontecimientos de la historia humana.

Por supuesto, esto no quiere decir que no haya similitudes entre acontecimientos históricos. Hay muchas similitudes, pero no hay homogeneidad. Así que hay muchas similitudes entre las elecciones presidenciales de 1968 y las de 1972, pero apenas son acontecimientos homogéneos, ya que están marcados por diferencias importantes e

inevitables. Tampoco las próximas lecciones serán un acontecimiento repetible en una clase homogénea de “elecciones”. De ahí que no pueda deducirse de estos acontecimientos ninguna ley científica, e indudablemente ninguna cualitativa.

Así queda clara la oposición radicalmente fundamental de Mises a la econometría. La econometría no solo intenta imitar las ciencias naturales utilizando hechos históricos heterogéneos y complejos como si fueran hechos de laboratorio homogéneos y repetibles; también resume la complejidad cualitativa de cada acontecimiento en una cifra cuantitativa y luego acrecienta la falacia actuando como si estas relaciones cuantitativas permanecieran constantes en la historia humana. En un chocante contraste con las ciencias físicas, que se basan en el descubrimiento empírico de constantes cuantitativas, la econometría, como destacaba repetidamente Mises, no ha conseguido descubrir una sola constante en la historia humana. Y dadas las siempre cambiantes condiciones de la voluntad, el conocimiento y los valores humanos y las diferencias entre hombres, es inconcebible que la econometría pueda hacerlo alguna vez.

Lejos de oponerse a la historia, el praxeologista, y no los supuestos admiradores de la historia, tiene un profundo respeto por los hechos irreductibles y únicos de la historia humana. Además, es el praxeologista el que reconoce que los seres humanos individuales no pueden tratarse legítimamente por el científico social como si no fueran hombres que tienen mentes actúan de acuerdo con sus valores y expectativas, sino piedras o moléculas cuyo curso puede trazarse científicamente en supuestas constantes o leyes cuantitativas. Además, como corolario de la ironía, es el praxeologista el que es verdaderamente empírico porque reconoce la naturaleza única y heterogénea de los hechos históricos: es el autoproclamado “empirista” el que viola groseramente los hechos de la historia al intentar reducirlos a leyes cuantitativas. Así que Mises escribía acerca de los econometras y otras formas de “economistas cuantitativos”:

En el campo de la economía, no hay relaciones constantes y por consiguiente no es posible ninguna medición. Si un estadístico determina que un aumento del 10% en la oferta de patatas en Atlantis en un momento concreto se vio seguido por una caída en el precio del 8%, no establece nada acerca de lo que ocurrió o pudo ocurrir con un cambio en la oferta de patatas en otro país o en otro momento en el tiempo. No ha “medido” la “elasticidad de la demanda” de patatas. Ha establecido un hecho histórico individual único. Ningún hombre inteligente puede dudar de que el comportamiento de los hombres con respecto a las patatas y cualquier otro producto es variable. Distintos individuos valoran las mismas cosas de forma diferente y las valoraciones cambian con los mismos individuos al cambiar las condiciones. (...)

La imposibilidad de medición no se debe a la falta de métodos técnicos para determinar la medida. Se debe a la ausencia de relaciones constantes. (...) La economía no está, como (...) repiten una y otra vez los positivistas, atrasada porque no es “cuantitativa”. No es cuantitativa y no mide porque no hay constantes. Las cifras estadísticas referidas a acontecimientos económicos son datos históricos. Nos dicen lo que pasó en un caso histórico irreplicable. Los eventos físicos pueden interpretarse basándonos en nuestro conocimiento respecto de las relaciones constantes establecidas por los experimentos. Los acontecimientos históricos no están abiertos a una interpretación así. (...)

La experiencia de la historia económica es siempre una experiencia de fenómenos complejos. Nunca puede conllevar conocimiento del tipo que obtiene el experimentador en un laboratorio. La estadística es un método de presentación de hechos históricos. (...) La estadística de precios es historia económica. La idea de que, *ceteris paribus*, un aumento en la demanda debe producir un aumento en los precios

no deriva de la experiencia. Nadie ha estado ni estará nunca en disposición de observar un cambio en uno de los datos del mercado *ceteris paribus*. No existe la economía cuantitativa. Todas las cantidades económicas que conocemos son datos de historia económica. (...) Nadie es tan audaz como para mantener que un aumento de un A% en la oferta de cualquier producto deba siempre (en todos los países y tiempos) generar una caída del B% en el precio. Pero como ningún economista cuantitativo se ha aventurado nunca a definir con precisión sobre la base de la experiencia estadística las condiciones especiales que producen una desviación definida de la relación A:B, queda de manifiesto la inutilidad de sus trabajos.[33]

A partir de su crítica de las constantes, Mises añadía:

Las cantidades que observamos en el campo de la acción humana (...) son manifiestamente variables. Los cambios que se producen en ellas afectan directamente al resultado de nuestras acciones. Toda cantidad que podamos observar es un acontecimiento histórico, un hecho que no puede describirse completamente sin especificar el tiempo y punto geográfico.

El econometra es incapaz de rebatir este hecho, que elimina su razonamiento. No la ayuda admitir que no hay “constantes de comportamiento”. Sin embargo, quiere presentar algunas cifras, elegidas arbitrariamente sobre la base de un hecho histórico como “constantes desconocidas de comportamiento”. La mera excusa que expone es que sus hipótesis “dicen solo que estas cifras desconocidas permanecen razonablemente constantes a través de un periodo de años”.[34] El que tal periodo de supuesta constancia de una cifra concreta siga durando o ya se haya producido un cambio en la cifra solo puede establecerse más adelante. En retrospectiva, puede ser posible, aunque solo en casos raros, declarar que durante un

periodo (probablemente bastante corto), una relación aproximadamente estable que el economista decide calificar como una relación “razonablemente” constante prevalezca entre los valores numéricos de dos factores. Pero esto es algo esencialmente diferente de las constantes de la física. Es la afirmación de un hecho histórico, no de una constante a la que pueda recurrirse al intentar predecir acontecimientos futuros.[35] Las muy alabadas ecuaciones son, en la medida en que se aplican al futuro, simplemente ecuaciones en las que se desconocen todas las cantidades.[36]

En el tratamiento matemático de la física, tiene sentido la distinción entre constantes y variables: es esencial en cada caso de cálculo tecnológico. En economía no hay relaciones constantes entre diversas magnitudes. Por consiguiente, todos los datos establecidos son variables o, lo que equivale a lo mismo, son datos históricos. El economista matemático reitera que la dificultad de la economía matemática consiste en el hecho de que hay una gran cantidad de variables. La verdad es que solo hay variables y no constantes. No tiene sentido hablar de variables donde no hay invariables.[37]

¿Cuál es entonces la relación adecuada entre teoría e historia económica o, más concretamente, la historia en general? La función del historiador es tratar de explicar los hechos históricos únicos de su competencia; para hacerlo adecuadamente, debe emplear todas las teorías relevantes de todas las diversas disciplinas que afectan a su problema. Pues los hechos históricos son resultantes complejas de una multitud de causas que derivan de distintos aspectos de la condición humana. Así que el historiador debe estar preparado para usar no solo teoría económica praxeológica, sino asimismo ideas de física, psicología, tecnología y estrategia militar junto con una comprensión interpretativa de los motivos y objetivos de los individuos. Debe emplear estas herramientas para entender tanto los objetivos de las diversas acciones de la historia como las consecuencias de dichas acciones. Como

esto implica entender a las diversas personas y sus interacciones, así como el contexto histórico, el historiador que use las herramientas de las ciencias naturales y sociales es en último término un “artista” y por tanto no hay garantía o siquiera probabilidad de que dos historiadores juzguen una situación exactamente del mismo modo. Aunque pueden estar de acuerdo en una serie de factores para explicar la génesis y consecuencias de un acontecimiento, es improbable que estén de acuerdo en el peso concreto a dar a cada factor causal. Al emplear diversas teorías científicas, tienen que hacer juicios de relevancia sobre los que se aplican las teorías en cualquier caso concreto; por referirnos a un ejemplo utilizado antes en este escrito, un historiador de Robinson Crusoe apenas utilizará la teoría del dinero en una explicación histórica de sus acciones en una isla desierta. Para el historiador económico, la ley económica no se confirma ni se prueba por hechos históricos; por el contrario, la ley, cuando sea relevante, se aplica para ayudar a explicar los hechos. Así que los hechos ilustran el funcionamiento de la ley. Las relaciones entre teoría económica praxeológica y comprensión de la historia económica fue sutilmente resumida por Alfred Schütz:

Ningún acto económico es concebible sin alguna referencia a un factor económico, pero este último es completamente anónimo; no eres tú, ni yo, ni un empresario, ni siquiera un “hombre económico” como tal, sino un “uno” puramente universal. Por esta razón las proposiciones de economía teórica tiene solo esa “validez universal” que les da el ideal de “y así sucesivamente” y “puedo hacerlo de nuevo”. Sin embargo, uno puede estudiar al actor económico como tal y tratar de descubrir qué pasa en su mente; por supuesto, uno no se dedica entonces a la economía teórica, sino a la historia o la sociología económicas. (...) Sin embargo, las afirmaciones de estas ciencias no pueden reclamar ninguna validez universal, pues se ocupan, o bien de opiniones económicas de individuos históricos concretos o de tipos de actividad económica de los

cuales son evidencias los actos económicos en cuestión. (...)

En nuestra opinión, la economía pura es un ejemplo perfecto de un significado complejo objetivo sobre significados complejos subjetivos, en otras palabras, de una configuración objetiva de significados que estipula las experiencias subjetivas típicas e invariadas de cualquiera que actúe dentro de un marco económico. (...) Excluido de un esquema así tendría que estar cualquier consideración de los usos a los que se van a poner los “bienes” después de requeridos. Pero una vez que dirigimos nuestra atención al significado subjetivo de una persona individual real, dejando atrás al anónimo “cualquiera”, entonces por supuesto tiene sentido hablar de un comportamiento que es atípico. (...) Es verdad que ese comportamiento es irrelevante desde el punto de vista de la economía y es en este sentido en que los principios económicos son, en palabras de Mises, “no una declaración de lo que sucede habitualmente, sino de lo que necesariamente debe suceder”. [38]

14

Los Principios Diabólicos del Hillarycare

Murray Rothbard

El tópico habitual acerca del plan sanitario de Clinton es que Dios, o el diablo, dependiendo de tu punto de vista, “está en los detalles”. Hay un sorprendente acuerdo entre tanto los defensores como demasiados de los críticos de la “reforma” sanitaria de Clinton. Los defensores dicen que los principios generales del plan son maravillosos, pero que hay unos pocos problemas en los detalles: por ejemplo, cuánto costará, cómo se financiará exactamente, si las pequeñas empresas obtendrán suficiente subvención como para compensar sus mayores costes y así hasta aburrirnos.

Los supuestos críticos del plan Clinton asimismo se apresuran a asegurarnos que ellos también aceptan los principios generales, pero que hay montones de problemas en los detalles. A menudo los críticos presentan sus propios planes alternativos, solo ligeramente menos complejos que el plan Clinton, acompañados por afirmaciones de que sus planes son meno coercitivos, menos costosos y menos socialistas que el trabajo de Clinton. Y como la atención sanitaria constituye alrededor de un séptimo de la producción estadounidense, hay detalles suficientes y variantes como para mantener a un montón de expertos políticos durante el resto de sus vidas.

Pero los detalles del plan clintoniano, aunque diabólicos, son simplemente diablillos comparados con los principios generales, donde realmente acecha Lucifer. Al aceptar los principios y luchar por los detalles, la Leal Oposición solo consigue regalar la tienda, y lo hace antes incluso de que el debate sobre los detalles se lleve a cabo. Perdidos en una maleza de minucias, los críticos conservadores de la reforma clintoniana, al ser “responsables” y trabajar dentro del paradigma establecido por El Enemigo, están prestando un servicio vital a los clintonianos al renunciar a cualquier oposición radical al Gran Salto Adelante de Clinton hacia el colectivismo sanitario.

Examinemos algunos de los mefistofélicos principios generales en la reforma clintoniana, secundados por los críticos conservadores.

1. **Acceso universal garantizado.** Se ha hablado mucho recientemente acerca del “acceso universal” a este o aquel bien o servicio. Muchos “libertarios” o partidarios del “libre mercado” en la educación, por ejemplo, defienden los planes de cheques escolares financiados por impuestos que proporcionen “acceso” a la escolarización privada. Pero hay un sola entidad, en cualquier tipo de sociedad libre, que proporciona “acceso universal” a todo bien o servicio concebible, y no solo a la salud, la educación o la comida. Esa entidad no es un cheque o una tarjeta de identidad clintoniana: se le llama “dólar”. Los dólares no solo proporcionan acceso universal a todos los bienes y servicios: los proporcionan a cada tenedor de dólares para cada producto solo en la medida que desee el tenedor de dólares. Cualquier otro acceso artificial, ya sean cheques o tarjetas sanitarias o cupones de comida, es despótico y coactivo, penaliza al contribuyente, es ineficiente e igualitario.
2. **Coacción.** El “acceso universal garantizado” solo puede proporcionarse por el robo de los impuestos y la esencia de esta extorsión no cambia por llamar a estos impuestos “tasas, (...) primas” o “contribuciones”. Un impuesto con cualquier otro nombre huele a podrido y tiene consecuencias similares, incluso si solo los “empresarios” se ven obligados a pagar las mayores “primas”.

Además, para que a todos se les “garantice” el acceso a algo, tiene que verse obligados a participar, tanto al recibir sus “prestaciones” como al pagar por ellas. Por tanto, el “acceso universal garantizado” significa coaccionar no solo a los contribuyentes, sino a todos

como participantes y contribuyentes. Todos los llantos y gemidos acerca de los 37 millones de “no asegurados” ocultan el hecho de que la mayoría de estos han tomado la decisión racional de que no quieren estar “asegurados”, que están dispuestos a asumir la posibilidad de pagar precios de mercado si necesitan atención sanitaria. Pero no se les permitirá librarse de los “beneficios” del seguro: su participación se convertirá en obligatoria. Todos nos convertiremos en reclutas sanitarios.

3. Igualitarismo. Universal significa igualitario. Pues el temible tema de la “justicia” entra inmediatamente en la ecuación. Una vez el gobierno se convierte en el jefe de toda la sanidad, bajo el plan de Clinton o la Leal Oposición, entonces parece “injusto” que un hombre rico disfrute de mejor atención médica que el mendigo más bajo. Esta treta de la “justicia” se considera evidente y nunca se somete a crítica. ¿Por qué el sistema sanitario “a dos niveles” (realmente ha sido multinivel) es más “injusto” que el sistema multinivel para la ropa o la comida o el transporte? Al menos hasta ahora, la mayoría de la gente no considera injusto que alguna gente pueda permitirse cenar en The Four Seasons e irse de vacaciones a Martha’s Vineyard, mientras que otra tiene que contentarse con McDonald’s y quedarse en casa. ¿Por qué es diferente la atención médica?

Y aun así, una de las ideas principales del plan Clinton es reducirnos a todos a un estatus sanitario igualitario y de “un nivel”.

4. Colectivismo. Para asegurar la igualdad de todos y cada uno, la atención médica será colectivista, bajo la atenta supervisión del consejo federal sanitario, con provisiones y seguro sanitarios dirigidos por el gobierno hacia colectivos y alianzas regionales. La práctica

privada de la medicina esencialmente se eliminará, de forma que estos colectivos y organizaciones serán la única opción para el consumidor. Aunque los clintonianos traten de asegurar a los estadounidenses de que aún pueden “elegir su propio doctor”, en la práctica esto será cada vez más imposible.

5. Controles de precios. Como es bastante sabido que los controles de precios no han funcionado nunca, que siempre han sido un desastre, la administración Clinton, siempre hábil en los trucos semánticos, ha negado rotundamente que se haya contemplado ningún control de precios. Pero la red de serios controles de precios será demasiado evidente y dolorosa, incluso si lleva la máscara de “primas máximas, (...) costes máximos” o “control del gasto”. Tendrán que estar ahí, pues es la promesa del “control de costes” la que permite a los clintonianos hacer la absurda afirmación de que los impuestos apenas subirán. (Excepto, por supuesto, a los empresarios). El férreo control del gasto será aplicado por el gobierno, no solo sobre sí mismo, sino particularmente sobre el gasto privado.

Uno de los aspectos más temibles del plan Clinton es que cualquier intento que hagamos los consumidores por evitar estos controles de precios, por ejemplo, pagar precios más altos de los fijados a doctores en práctica privada, será perseguido penalmente. Así que el plan Clinton declara que “un proveedor no puede cobrar o recabar del paciente una tasa que exceda la lista de tasas adoptadas por una alianza” y se impondrán sanciones penales a “pagos de sobornos o gratificaciones” (es decir, “precios de mercado negro”) para “influir en la prestación de servicios sanitarios”.

Por cierto que al argumentar a favor de su plan, los clintonianos han añadido el insulto a la injuria empleando un sinsentido en forma de argumento. Su

principal argumento para el plan es que la atención sanitaria es “demasiado costosa” y esa tesis se basa en el hecho de que el gasto sanitario, en años recientes, ha aumentado considerablemente como porcentaje del PIB. Pero un aumento en el gasto no es lo mismo que un aumento en el coste: si lo fuera, se podría argumentar fácilmente que, como el porcentaje de PIB gastado en computadoras ha aumentado desmesuradamente en los últimos diez años, los “costes informáticos” son por tanto excesivos y deben imponerse inmediatamente severos controles de precios, máximos y controles de gasto a compras de computadoras por parte de consumidores y empresas.

6. Racionamiento médico. Controles severos de precios y gastos significan, por supuesto, que la atención médica estará estrictamente racionada, especialmente porque estos controles y máximos aparecen al mismo tiempo que se “garantiza” la atención igual y universal. En realidad, a los socialistas les encanta siempre racionar, ya que eso da a los burócratas poder sobre el pueblo y genera igualitarismo coactivo.

Y esto significa que el gobierno y sus burócratas y subordinados médicos, decidirán quién obtiene el servicio. Los totalitarios médicos, ya que no el resto de nosotros, estarán vivos y bien en Estados Unidos.

7. El consumidor fastidioso. Tenemos que recordar algo esencial acerca del gobierno frente a las operaciones de negocio en el mercado. Los negocios siempre ansían que los consumidores compren su producto o servicio. En el libre mercado, el consumidor es el rey o la reina y los “proveedores” siempre tratan de obtener beneficios y conseguir clientes sirviéndolos bien. Pero cuando el gobierno dirige un servicio, el consumidor se convierte en un grano molesto, un usuario “derrochador” de los escasos recursos sociales. Mientras que el libre mercado

es un lugar de cooperación pacífica en el que todos se benefician y nadie pierde, cuando el gobierno proporciona el producto o servicio, todo consumidor es tratado como utilizador de un recurso solo a costa de sus conciudadanos. El campo del “servicio público”, y no el libre mercado, es la ley de la jungla.

Así que aquí tenemos el futuro sanitario clintoniano: el gobierno como racionador totalitario de la atención sanitaria, distribuyendo de mala gana igualdad para todos al más bajo nivel posible y tratando a cada “cliente” como una plaga derrochadora. Y si, Dios no lo quiera, tienes serios problemas de salud o eres un anciano o tu tratamiento requiere más recursos escasos de los que considera apropiado el consejo sanitario, bueno, entonces el Gran Hermano Racionador o la Gran Hermana Racionadora en Washington decidirán, según el mejor interés de la “sociedad”, por supuesto, darte el tratamiento del doctor Kevorkian.

8. El Gran Salto Adelante. Hay sin embargo muchas otros aspectos ridículos aunque casi universalmente aceptados del plan Clinton, desde la burda perversión del concepto de “seguro” a la visión imbécil de que una enorme expansión del control del gobierno de alguna forma eliminará la necesidad de rellenar formularios sanitarios. Pero basta para destacar lo más importante: el plan consiste en un Gran Salto Adelante más hacia el colectivismo.

Esto lo expuso muy bien, aunque con admiración, David Lauter en Los Angeles Times (23 de septiembre de 1993). Cada cierto tiempo, decía Lauter, “el gobierno colectivamente se prepara, respira profundamente y pega un salto a un futuro desconocido”. El primer salto estadounidense fue el New Deal en la década de 1930, saltando a la Seguridad Social y la extensa regulación federal de la economía. El segundo salto fue la

revolución de los derechos civiles de la década de 1960. Y ahora, escribe Lauter, “otro nuevo presidente ha propuesto un plan radical” y hemos estado oyendo de nuevo “los ruidos de un sistema político calentando para el gran salto”.

Lo único importante que omite Lauter es ¿saltar adónde? A sabiendas o no, su metáfora del “salto” suena a verdad, pues recuerda el Gran Salto Adelante de la peor oleada de comunismo extremo de Mao.

El plan sanitario de Clinton no es una “reforma” y no atiende una “crisis”. Eliminemos la falsa semántica y lo que tendremos será otro Gran Salto Adelante al socialismo. Mientras Rusia y los antiguos estados comunistas luchan por salir del socialismo y el desastre de sus “atención sanitaria universal garantizada” (miremos sus estadísticas vitales), Clinton y sus extravagante grupo de expertos de alumnos de grado izquierdistas envejecidos están proponiendo destruir nuestra economía, nuestra libertad y lo que ha sido, a pesar de todos los males impuestos por la intervención pública previa, el mejor sistema médico de la tierra.

Por eso debemos luchar de raíz contra el plan sanitario de Clinton, por eso Satán está en los principios generales y por eso, el Instituto Ludwig von Mises, en lugar de ofrecer su propio plan sanitario de 500 páginas, se adhiere al plan de principios “en cuatro pasos” redactado por Hans-Hermann Hoppe (TFM Abril de 1993) de dismantelar la intervención pública existente en la sanidad.

¿Podemos sugerir algo más “positivo”? Sin duda: ¿qué tal nombra a Doc Kevorkian como médico de la familia Clinton?

15

Los Vicios No son Delitos

Lysander Spooner

Prólogo de Murray N. Rothbard

Todos estamos en deuda con Carl Watner por descubrir una obra desconocida del gran Lysander Spooner, una que se las arregló para escaparse del editor de las Obras Completas de Spooner.

Tanto el título como el contenido de “Los vicios no son delitos” destacan el papel especial que tenían la moralidad y el principio moral para Spooner entre los anarquistas, liberales clásicos o teóricos moralistas en general de su tiempo. Como Spooner fue el último de los grandes teóricos de los derechos naturales de entre los anarquistas, el bravo y viejo heredero de la tradición de los derechos naturales y la ley natural de los siglos XVII y XVIII luchaba en la retaguardia contra el desmoronamiento de la idea de una moralidad científica o racional o de la ciencia de la justicia o del derecho individual.

No sólo la ley natural y los derechos naturales habían cedido el paso en la sociedad a las reglas arbitrarias del cálculo utilitario o el antojo nihilista, sino que el mismo proceso degenerativo se había producido también entre libertarios y anarquistas. Spooner sabía que la base de los derechos individuales y la libertad era un oropel si todos los valores y éticas eran arbitrarios y subjetivos.

Aún así, incluso en su propio movimiento anarquista, Spooner fue el último creyente en los derechos naturales de la Vieja Guardia: todos sus sucesores en el movimiento individualista-anarquista, liderados por Benjamin R. Tucker, proclamaron que el capricho individual y “el poder hace el derecho” como la base de la teoría moral libertaria. Y aún así, Spooner sabía que ésta no era ninguna base en absoluto, pues el Estado es mucho más poderoso que cualquier individuo y si el individuo no puede usar una teoría de la justicia como defensa contra la opresión del Estado, no hay una base sólida desde la que atacar y derrotarlo.

Con su énfasis en los principios morales cognitivos y los derechos naturales, Spooner debe haber sido considerado

como desesperantemente pasado de moda por Tucker y los jóvenes anarquistas de las décadas de 1870 y 1880. Y aún así, un siglo después, es este último nihilismo y duro amoralismo entonces de moda el que nos sorprende por ser vacío y destructor de la misma libertad que trataba de traer. Ahora empezamos a recuperar la una vez gran tradición de derechos reconocidos objetivamente al individuo. En filosofía, en economía, en análisis social estamos empezando a ver que el dejar de lado los derechos morales no era el mundo feliz que una vez pareció ser, sino más bien un desvío largo y desastroso en la filosofía política, que afortunadamente ahora vuelve a su camino.

Quienes se oponen a la idea de una moralidad objetiva habitualmente consideran las funciones de la teoría moral como una tiranía sobre el individuo. Por supuesto, esto ocurre con muchas teorías de la moralidad, pero no puede ocurrir cuando la teoría moral hace una clara distinción entre lo “inmoral” y lo “ilegal” o, en palabras de Spooner, entre “vicios” y “delitos”. Lo inmoral o “vicioso” puede consistir en una miríada de acciones humanas, desde asuntos de importancia vital a ser desagradable con el vecino o dejar de tomar las vitaminas voluntariamente. Pero ninguna de ellas debería confundirse con una acción que debería ser “ilegal”, esto es, una acción que debe ser prohibida por la violencia de la ley. Estas últimas, en la opinión libertaria de Spooner, deberían ser confinadas estrictamente a la iniciación de violencia contra los derechos de la persona y la propiedad.

Otras teorías morales intentan aplicar la ley (la maquinaria de la violencia legitimada socialmente) para obligar a obedecer a varias normas de comportamiento; por el contrario, la teoría moral libertaria afirma la inmoralidad e injusticia de interferir en el derecho de cualquier hombre (o más bien de cualquier hombre no criminal) a gestionar libremente su propia vida y propiedad. Por tanto, para el libertario de los derechos naturales, su teoría cognitiva de la justicia es un gran bastión contra la eterna invasión de los derechos del Estado, en contraste con otras teorías morales que intentan emplear el Estado para combatir la inmoralidad.

Es instructivo considerar a Spooner y su ensayo a la luz de las fascinantes ideas sobre la política estadounidense del siglo XIX ofrecidas en los últimos años por la “nueva historia política”. Aunque esta nueva historia se ha aplicado a la mayoría del siglo XIX, el mejor trabajo se ha realizado sobre el Medio Oeste después de la Guerra Civil, en particular el brillante estudio de Paul Kleppner, *The Cross of Culture*.^[1]

Lo que han demostrado Kleppner y otros es que las ideas políticas de los estadounidenses pueden reducirse, con una precisión muy notable, remontándose a sus actitudes y creencias religiosas. En particular, sus opiniones políticas y económicas dependen del grado en que se ajustan a los dos polos básicos de las creencias cristianas: pietista o litúrgica (aunque esta última puede calificarse mejor como litúrgica y doctrinal). Los pietistas, en el siglo XIX, incluían todos los grupos protestantes, excepto los episcopalianos, los luteranos de la Alta Iglesia y los calvinistas ortodoxos; los litúrgicos incluían a estos últimos más los católicos romanos. (Y las actitudes “pietistas” a menudo incluían a deístas y ateos).

En general, los pietistas tienden a sostener que para ser verdaderamente religiosa, una persona debe experimentar una conversión emocional: el converso, en lo que ha sido llamado “el bautismo del Espíritu Santo”, tiene una relación directa con Dios o Jesús. Los litúrgicos, por otro lado, se interesan o bien en la creencia doctrinal o en seguir el ritual eclesiástico prescrito como clave para la salvación.

Parecería que el énfasis pietista en el individuo le podría llevar a un individualismo político, a la creencia de que el Estado no puede interferir en las elecciones morales y acciones de cada uno. En el pietismo del siglo XVII, a menudo significaba precisamente eso. Pero en el siglo XIX, desgraciadamente, no era así. La mayoría de los pietistas seguían esta lógica: como no podemos insuflar una moralidad individual siguiendo los rituales o incluso por su adopción profesada a un credo, debemos atender a sus acciones y ver si es realmente moral.

De aquí los pietistas concluían que era un deber moral de todos para su propia salvación hacer que tanto a su prójimo como a él mismo se les apartara del camino de la tentación. Es decir, se suponía que era cosa del Estado obligar a seguir una moral, crear el clima moral apropiado para maximizar las salvaciones. En resumen, en lugar de un individualista, el pietista ahora tendía a ser una plaga, un metomentodo, un perro guardián de sus conciudadanos y un moralista forzoso que usa el Estado para prohibir el “vicio” y el delito.

Por otro lado, los litúrgicos eran de la opinión de que la moralidad y la salvación se alcanzan siguiendo el credo y los rituales de su iglesia. Los expertos sobre estas prácticas y creencias eclesiásticas no eran, por supuesto del Estado, sino los sacerdotes y obispos de la iglesia (o, en el caso de los pocos calvinistas ortodoxos, los ministros). Los litúrgicos, seguros en sus enseñanzas y prácticas religiosas, simplemente querían que se les dejara solos para seguir el consejo de sus sacerdotes, no estaban interesados en molestar o forzar a sus conciudadanos a ser salvados. Y creían profundamente que la moralidad no era asunto del Estado, sino sólo de sus propios mentores eclesiásticos.

Desde la década de los 1850 y la de los 1890, el Partido republicano fue casi exclusivamente el partido pietista, conocido comúnmente como el “partido de las grandes ideas morales”; el Partido Demócrata, por otro lado, era casi exclusivamente el partido litúrgico, se conocía comúnmente como el “partido de la libertad personal”.

En concreto, después de la Guerra Civil hubo tres luchas locales interconectadas que se repetían en todos los Estados Unidos; en cada caso, los republicanos y demócratas jugaron papeles opuestos. Eran: el intento de los grupos pietistas (casi siempre republicanos) de poner en marcha la ley seca; el intento de los mismos grupos de imponer leyes de cierre los domingos y el intento de los mismísimos pietistas de implantar la asistencia obligatoria a las escuelas públicas, con el fin de usar estas escuelas para “cristianizar” a los católicos.

¿Qué pasa con las luchas políticas y económicas en las que se han centrado casi exclusivamente hasta ahora los historiadores: dinero sólido frente a dinero fiduciario o inflación de plata; libre comercio frente a aranceles proteccionistas; libre mercado frente a regulación gubernamental; gasto gubernamental grande frente a pequeño? Es cierto que se libraron repetidamente, pero eso fue a nivel nacional y generalmente lejos de las preocupaciones del ciudadano medio. Hace tiempo que me preguntaba cómo es que el siglo XIX mostraba al público masivo muy excitado acerca de materias tan recónditas como el arancel, los bancos de crédito o la moneda. ¿Qué pudo ocurrir cuando es casi imposible interesar a las masas hoy día en estos asuntos?

Kleppner y los demás han ofrecido el eslabón perdido, el término medio entre estos asuntos económicos abstractos y los asuntos sociales cercanos a los corazones y vidas del público. En concreto, los demócratas, quienes (al menos hasta 1896) apoyaban la posición libertaria del libre mercado en todos estos asuntos económicos, ligándolos (adecuadamente) en las mentes de sus partidarios litúrgicos, con su oposición a la ley seca, las leyes de cierre los domingos, etc. Los demócratas apuntaban que todas estas medidas económicas estatistas (incluyendo la inflación) eran “paternalistas” de la misma forma que las odiadas invasiones pietistas de su libertad personal. De esa forma, los líderes demócratas eran capaces de “elevar la concienciación” de sus seguidores de sus preocupaciones locales y personales a los asuntos económicos más amplios y abstractos y tomar la postura libertaria en todos ellos.

Los pietistas republicanos hicieron algo parecido con sus bases, apuntando que el gran gobierno debería regular y controlar los asuntos económicos igual que debería controlar la moralidad. En este aspecto, los republicanos seguían los pasos de sus predecesores, los whig, quienes eran generalmente los padres del sistema de escuela pública en sus áreas locales.

Generalmente los “ocúpate de tus asuntos” litúrgicos casi instintivamente tomaron la postura libertaria en todas las

cuestiones. Pero por supuesto había un área (antes de la Guerra Civil) donde se necesitaba molestar y acosar para permitir una injusticia monstruosa: la esclavitud. Aquí la preocupación típica de los pietistas con respecto a los principios morales universales y la búsqueda de ponerlos en acción nos trajeron a los abolicionistas y los movimientos antiesclavitud. La esclavitud era el gran defecto del sistema estadounidense en más de un sentido: pues fue también el defecto en el resentimiento litúrgico instintivo contra las grandes cruzadas morales.

Volvamos ahora a Lysander Spooner. Spooner, nacido en la tradición pietista de Nueva Inglaterra, empezó su distinguida carrera ideológica como un completo abolicionista. A pesar de las diferencias respecto de la interpretación de las Constitución de EEUU, Spooner estaba básicamente en el ala garrisoniana “no gubernamental” del movimiento abolicionista, el ala que veía la abolición de la esclavitud no mediante el uso del gobierno central (que en todo caso estaba dominado por el Sur), sino mediante una combinación de fervor moral y rebelión del esclavo. Lejos de ser fervientes defensores de la Unión, los garrisonianos sostenían que los estados del norte deberían secesionarse de unos Estados Unidos de América partidarios de mantener la esclavitud.

Hasta aquí, Spooner y los garrisonianos siguieron la postura libertaria adecuada respecto de la esclavitud. Pero la trágica traición se produjo cuando la Unión fue a la guerra con los estados del Sur sobre el asunto de su declaración de independencia. Garrison y su anterior movimiento “no gubernamental” olvidó sus principios anarquistas en su entusiasmo por el militarismo, el asesinato masivo y el estatismo centralizado a favor de lo que veían correctamente como una guerra contra la esclavitud.

Sólo Lysander Spooner y unos pocos más se mantuvieron a pie firme contra esta traición; sólo Spooner se dio cuenta de que sería combinar crimen y error tratar de usar el gobierno para corregir los errores cometidos por otro gobierno. Y así, entre sus colegas antiesclavitud pietistas y

moralistas, sólo Spooner fue capaz de ver con claridad meridiana, a pesar de todas las tentaciones, la cruda diferencia entre vicio y delito. Vio que era correcto denunciar los delitos de los gobiernos, pero que maximizar el poder del gobierno como intento de solución sólo agravaba esos delitos. Spooner nunca siguió a otros pietistas en apoyar el delito o tratar de prohibir el vicio.

El anarquismo de Spooner era, como su abolicionismo, otra parte valiosa de su legado pietista. Pues de nuevo, su preocupación pietista por los principios universales (en este caso, como en el de la esclavitud, por el completo triunfo de la justicia y la eliminación de la injusticia) le llevó a una aplicación consistente y llena de coraje de los principios libertarios donde no era socialmente conveniente (por decirlo suavemente) tratar sobre estas cuestiones.

Aunque los litúrgicos probaron ser mucho más libertarios que los pietistas durante la segunda mitad del siglo XIX, es siempre importante un espíritu pietista en el libertarismo para destacar una determinación infatigable por erradicar el delito y la injusticia. Sin duda no es casual que los principales y más fervientes tratados anarquistas de Spooner se dirigieran en forma de diálogo a los demócratas Cleveland y Bayard: no se preocupaba por los abiertamente estatistas republicanos. ¿Una levadura pietista en la masa litúrgica casi libertaria?

Pero requiere firmeza en los principios libertarios estar seguro de confinar la cruzada moral pietista al delito (p. ej., la esclavitud, el estatismo) y hacer que se extienda a lo que cualquiera podría calificar como “vicio”. Por fortuna, tenemos al inmortal Lysander Spooner, en su vida y sus obras, para guiarnos por el camino correcto.

Murray N. Rothbard.

Los Altos, California.

1977

Los Vicios No son Delitos:
Una Reivindicación de la
Libertad Moral

Lysander Spooner (1875)

I

Vicios son aquellos actos por los que un hombre se daña a sí mismo o a su propiedad.

Delitos o crímenes son aquellos actos por los que un hombre daña la persona o propiedad de otro.

Los vicios son simplemente los errores que un hombre comete en la búsqueda de su propia felicidad. Al contrario que los delitos, no implican malicia hacia otros, ni interferencia con sus personas o propiedades.

En los vicios falta la verdadera esencia del delito (esto es, la intención de lesionar la persona o propiedad de otro).

En un principio legal que no puede haber delito sin voluntad criminal; esto es, sin la voluntad de invadir la persona o propiedad de otro. Pero nunca nadie practica un vicio con esa voluntad criminosa. Practica su vicio solamente por su propia satisfacción y no por malicia alguna hacia otros.

En tanto no se haga y reconozca legalmente esta clara distinción entre vicios y delitos, no puede haber en la tierra cosas como el derecho individual, la libertad o la propiedad; cosas como el derecho de un hombre a controlar su propia persona y propiedad y los correspondientes derechos de otro hombre a controlar su propia persona y propiedad.

Para un gobierno, declarar un vicio como delito y penalizarlo como tal, es un intento de falsificar la verdadera naturaleza de las cosas. Es tan absurdo como sería declarar lo verdadero, falso o lo falso, verdadero.

II

Cada acto voluntario de la vida de un hombre es virtuoso o vicioso. Quiere decirse que está de acuerdo o en conflicto con las leyes naturales de la materia y el pensamiento, de las que depende su salud y bienestar físico, mental y emocional. En otras palabras, todo acto de su vida tiende, en general o bien a su satisfacción o a su insatisfacción. Ningún acto de su existencia resulta indiferente.

Más aún, cada ser humano difiere de los demás seres humanos en su constitución física, mental y emocional y también en las circunstancias que le rodean. Por tanto, muchos actos que resultan virtuosos y tienden a la satisfacción, en el caso de una persona, son viciosos y tienden a la insatisfacción, en el caso de otra.

También muchos actos que son virtuosos y tienden a la satisfacción en el caso de un hombre en un momento dado y bajo ciertas circunstancias, resultan ser viciosos y tender a la insatisfacción en el caso de la misma persona en otro momento y bajo otras circunstancias.

III

Saber qué acciones son virtuosas y cuáles viciosas (en otras palabras, saber qué acciones tienden, en general, a la satisfacción y cuáles a la insatisfacción) en el caso de cada hombre, en todas y cada una de las condiciones en las que pueda encontrarse es el estudio más profundo y complejo al que nunca se haya dedicado o pueda nunca dedicarse la mejor mente humana. Sin embargo, es un estudio constante que cada hombre (tanto el más pobre como el más grande en intelecto) debe necesariamente realizar a partir de los deseos y necesidades de su propia existencia. También es un estudio en que cada persona, de su cuna a su tumba, debe formar sus propias conclusiones, porque nadie sabe o siente, o puede saber o sentir, como él mismo sabe y siente los deseos y necesidades, las esperanzas y los

temores y los impulsos de su propia naturaleza o la presión de sus propias circunstancias.

IV

A menudo no es posible decir de aquellos actos denominados vicios que lo sean realmente, excepto a partir de cierto grado. Es decir, es difícil decir de cualquier acción o actividad, que se denomine vicio, que realmente hubiera sido vicio si se hubiera detenido antes de determinado punto. La cuestión de la virtud o el vicio, por tanto, en todos esos casos es una cuestión de cantidad y grado y no del carácter intrínseco de cualquier acto aislado por sí mismo. A este hecho se añade la dificultad, por no decir la imposibilidad, de que alguien (excepto cada individuo por sí mismo) trace la línea adecuada o algo que se le parezca; es decir, indicar dónde termina la virtud y empieza el vicio. Y ésta es otra razón por la que toda la cuestión de la virtud y el vicio debería dejarse a cada persona para que la resuelva por sí misma.

V

Los vicios son normalmente placenteros, al menos por un tiempo y a menudo no se descubren como vicios, por sus efectos, hasta después de que se han practicado durante años, quizás una vida entera. Muchos, quizá la mayoría, de los que los practican, no los descubren como vicios en toda su vida. Las virtudes, por otro lado, a menudo parecen tan duras y severas, requieren al menos el sacrificio de tanta satisfacción inmediata y los resultados, que son los que prueban que son virtudes, son a menudo de hecho tan distantes y oscuros, tan absolutamente invisibles en la mente de muchos, especialmente de los jóvenes, que, por su propia naturaleza, no puede ser de conocimiento universal, ni siquiera general, que son virtudes. En realidad, los estudios de profundos filósofos se han dedicado (si no totalmente en vano, sin duda con escasos resultados) a

esforzarse en trazar los límites entre las virtudes y los vicios.

Si, por tanto, resulta tan difícil, casi imposible en la mayoría de los casos, determinar qué es vicio y qué no, o en concreto si es tan difícil, en casi todos los casos, determinar dónde termina la virtud y empieza el vicio, y si estas cuestiones, que nadie puede real y verdaderamente determinar para nadie salvo para sí mismo, no se dejan libres y abiertas para que todos las experimenten, cada persona se ve privada del principal de todos sus derechos como ser humano, es decir: su derecho a inquirir, investigar, razonar, intentar experimentos, juzgar y establecer por sí mismo qué es, para él, virtud y qué es, para él, vicio; en otras palabras, qué es lo que, en general, le produce satisfacción y qué es lo que, en general, le produce insatisfacción. Si este importante derecho no se deja libre y abierto para todos, entonces se deniega el derecho de cada hombre, como ser humano racional, a la “libertad y la búsqueda de la felicidad”.

VI

Todos venimos al mundo ignorando todo lo que se refiere a nosotros mismos y al mundo que nos rodea. Por una ley fundamental de nuestra naturaleza todos nos vemos impulsados por el deseo de felicidad y el miedo al dolor. Pero tenemos que aprender todo respecto de qué nos produce satisfacción o felicidad y nos evita el dolor. Ninguno de nosotros es completamente parecido, física, mental o emocionalmente o, en consecuencia, en nuestros requisitos físicos, mentales o emocionales para obtener satisfacción y evitar la insatisfacción. Por tanto, nadie puede aprender de otro esta lección indispensable de la satisfacción y la insatisfacción, de la virtud y el vicio. Cada uno debe aprender por sí mismo. Para aprender, debe tener libertad para experimentar lo que considere pertinente para formarse un juicio. Algunos de estos experimentos tienen éxito y, como lo tienen, se les denomina virtudes; otros fracasan y, precisamente por

fracasar, se les denomina vicios. Se obtiene tanta sabiduría de los fracasos como de los éxitos, de los llamados vicios como de las llamadas virtudes. Ambos son necesarios para la adquisición de ese conocimiento (de nuestra propia naturaleza y del mundo que nos rodea y de nuestras adaptaciones o inadaptaciones a cada uno), que nos mostrará cómo se adquiere felicidad y se evita el dolor. Y, salvo que se permita intentar satisfactoriamente esta experimentación, se nos restringiría la adquisición de conocimiento y consecuentemente buscar el gran propósito y tarea de nuestra vida.

VII

Un hombre no está obligado a aceptar la palabra de otro, o someterse a la autoridad de alguien en un asunto tan vital para él y sobre el que nadie más tiene, o puede tener, un interés como el que él mismo tiene. No puede, aunque quisiera, confiar con seguridad en las opiniones de otros hombres, porque encontrará que las opiniones de otros hombres no son coincidentes. Ciertas acciones, o secuencias de acciones, han sido realizadas por muchos millones de hombres, a través de sucesivas generaciones, y han sido por ellos consideradas, en general, como conducentes a la satisfacción, y por tanto virtuosas. Otros hombres, en otras épocas o países, o bajo otras condiciones, han considerado, como consecuencia de su experiencia y observación, que esas acciones tienden, en general, a la insatisfacción, y son por tanto viciosas. La cuestión de la virtud y el vicio, como ya se ha indicado en la sección previa, también se ha considerado, para la mayoría de los pensadores, como una cuestión de grado, esto es, de hasta qué nivel deben realizarse ciertas acciones, y no del carácter intrínseco de un acto aislado por sí mismo. Las cuestiones acerca de la virtud y el vicio por tanto han sido tan variadas y, de hecho, tan infinitas, como las variedades de mentes, cuerpos y condiciones de los diferentes individuos que habitan el mundo. Y la experiencia de siglos ha dejado sin resolver un número

infinito de estas cuestiones. De hecho, difícilmente puede decirse que se haya resuelto alguna.

VIII

En medio de esta inacabable variedad de opiniones, ¿qué hombre o grupo de hombres tiene derecho a decir, respecto de cualquier acción o series de acciones “Hemos intentado este experimento y determinado todas las cuestiones relacionadas con él. Lo hemos determinado no sólo para nosotros, sino para todos los demás. Y respecto de todos los que son más débiles que nosotros, les obligaremos a actuar de acuerdo con nuestras conclusiones. No puede haber más experimentos posibles sobre ello por parte de nadie y por tanto, no puede haber más conocimientos por parte de nadie”?

¿Quiénes son los hombres que tienen derecho a decir esto? Sin duda, ninguno. Los hombres que de verdad lo han dicho o bien son descarados impostores y tiranos, que detendrían el progreso del conocimiento y usurparían un control absoluto sobre las mentes y cuerpos de sus semejantes, a los que debemos resistirnos instantáneamente y hasta el final; o bien son demasiado ignorantes de su propia debilidad y de sus relaciones reales con otros hombres como para merecer otra consideración que la simple piedad o el desdén.

Sabemos sin embargo que hay hombres así en el mundo. Algunos intentan ejercitar su poder sólo en una esfera pequeña, por ejemplo, sobre sus hijos, vecinos, conciudadanos y compatriotas. Otros intentan ejercitarlo a un nivel mayor. Por ejemplo, un anciano en Roma, ayudado por unos pocos subordinados, intenta decidir acerca de todas las cuestiones de la virtud y el vicio, es decir, de la verdad y la mentira, especialmente en asuntos de religión. Afirma conocer y enseñar qué ideas y prácticas religiosas son beneficiosas o perjudiciales para la felicidad del hombre, no sólo en este mundo, sino en el venidero. Afirma estar milagrosamente inspirado para realizar su

trabajo y así virtualmente conocer, como hombre sensible, que nada menos que esa inspiración milagrosa le cualifica para ello. Sin embargo esa inspiración milagrosa no le ha resultado suficiente para permitirle responder más que unas pocas cuestiones. La más importante que los comunes mortales pueden conocer es una creencia implícita en su infalibilidad (del papa)! y en segundo lugar que los peores vicios de los que podemos ser culpables son icreer y declarar que sólo es un hombre como el resto!

Hicieron falta entre quince y dieciocho siglos para permitirle llegar a conclusiones definitivas acerca de estos dos puntos vitales. Y aún parece que el primero debe ser previo a resolver cualquier otra cuestión, porque hasta que no se determinó su propia infalibilidad, no tenía autoridad para decidir otra cosa. Sin embargo, hasta ese momento, intentó o pretendió establecer unas pocas más. Y quizás pueda intentar establecer unas pocas más en el futuro, si continuara encontrando quien le escuche. Pero sin duda su éxito no apoya, hasta ahora, la creencia de que será capaz de resolver todas las cuestiones acerca de la virtud y el vicio, incluso en su peculiar área religiosa, a tiempo para satisfacer las necesidades de la humanidad. Él, o sus sucesores, sin duda, se verán obligados, en poco tiempo, a reconocer que ha asumido una tarea para la cual toda su inspiración milagrosa resultaba inadecuada y que, necesariamente, debe dejarse a cada ser humano que resuelva todas las cuestiones de este tipo por sí mismo. Y es razonable esperar que los demás papas, en otras áreas menores, tengan en algún momento motivos para llegar a la misma conclusión. Sin duda, nadie, sin afirmar una inspiración sobrenatural, debería asumir una tarea para la que obviamente es necesaria una inspiración de ese tipo. Y, sin duda, nadie someterá su propio juicio a las enseñanzas de otros, antes de convencerse de que éstos tienen algo más que un conocimiento humano ordinario sobre esta materia.

Si esas personas, que se muestran a sí mismos como adornadas tanto por el poder como por el derecho a definir y castigar los vicios de otros hombres dirigieran sus pensamientos hacia sí mismos, probablemente

descubrirían que tienen mucho trabajo a realizar en casa, y que, cuando éste se completara, estarían poco dispuestos a hacer más con el fin de corregir los vicios de otros que sencillamente comunicar los resultados de su experiencia y observaciones. En este ámbito sus trabajos podrían posiblemente ser útiles, pero en el campo de la infalibilidad y la coerción, probablemente, por razones bien conocidas, se encontrarían con incluso menos éxito en el futuro que el que hubieran tenido en el pasado.

IX

Por las razones dadas, ahora resulta obvio que el gobierno sería completamente impracticable si tuviera que ocuparse de los vicios y castigarlos como delitos. Cada ser humano tiene sus vicios. Casi todos los hombres tienen multitud. Y son de todo tipo: fisiológicos, mentales, emocionales, religiosos, sociales, comerciales, industriales, económicos, etc., etc. Si el gobierno tuviera que ocuparse de cualquiera de esos vicios y castigarlos como delitos, entonces, para ser coherente, debe ocuparse de todos ellos y castigar a todos imparcialmente. La consecuencia sería que todo el mundo estaría en prisión por sus vicios. No quedaría nadie fuera para cerrarles las puertas. De hecho no podrían constituirse suficientes tribunales para procesar a los delincuentes, ni construirse suficientes prisiones para internarlos. Toda la industria humana de la adquisición de conocimiento e incluso de obtener medios de subsistencia debería frenarse, ya que todos deberíamos ser siendo juzgados constantemente o en prisión por nuestros vicios. Pero aunque fuera posible poner en prisión a todos los viciosos, nuestro conocimiento de la naturaleza humana nos dice que, como norma general, habría, con mucho, más gente en prisión por sus vicios que fuera de ella.

X

Un gobierno que castigara imparcialmente todos los vicios es una imposibilidad tan obvia que no hay ni habrá nunca nadie lo suficientemente loco como para proponerlo. Lo más que algunos proponen es que el gobierno castigue algunos, o como mucho unos pocos, de los que estime peores. Pero esta discriminación es completamente absurda, ilógica y tiránica. ¿Es correcto que algún hombre afirme: “Castigaremos los vicios de otros, pero nadie castigará los nuestros. Restringiremos a los otros su búsqueda de la felicidad de acuerdo con sus propias ideas, pero nadie nos restringirá la búsqueda de nuestra propia felicidad de acuerdo con nuestras ideas. Evitaremos que otros hombres adquieran conocimiento por experiencia acerca de lo que es bueno o necesario para su propia felicidad, pero nadie evitará que nosotros adquiramos conocimiento por experiencia acerca de lo que es bueno y necesario para nuestra propia felicidad”?

Nadie ha pensado nunca, excepto truhanes o idiotas, hacer suposiciones tan absurdas como éstas. Y aún así, evidentemente, sólo es bajo esas suposiciones que algunos afirman el derecho a penalizar los vicios de otros, al tiempo que piden que se les evite ser penalizados a su vez.

XI

Nunca se hubiera pensado en algo como un gobierno, formado por asociación voluntaria, si el fin propuesto hubiera sido castigar imparcialmente todos los vicios, ya que nadie hubiera querido una institución así o se hubiera sometido voluntariamente a ella. Pero un gobierno, formado por asociación voluntaria, para el castigo de todos los delitos, es algo razonable, ya que todo el mundo quiere para sí mismo protección frente a todos los delitos de otros e igualmente acepta la justicia de su propio castigo si comete un delito.

XII

Es una imposibilidad natural que un gobierno tenga derecho a penalizar a los hombres por sus vicios, porque es imposible que un gobierno tenga derecho alguno excepto los que tuvieran previamente, como individuos, los mismos individuos que lo compongan. No podrían delegar en un gobierno derechos que no posean por sí mismos. No podrían contribuir al gobierno con ningún derecho, excepto con los que ya poseen como individuos. Ahora bien, nadie, excepto un individuo o un impostor, puede pretender que, como individuo tenga derecho a castigar a otros hombres por sus vicios. Pero todos y cada uno tienen un derecho natural, como individuos, a castigar a otros hombres por sus delitos, puesto que todo el mundo tiene un derecho natural no sólo a defender su persona y propiedades frente a agresores, sino también a ayudar y defender a todos los demás cuya persona o propiedad se vean asaltadas. El derecho natural de cada individuo a defender su propia persona y propiedad frente a un agresor y ayudar y defender a cualquier otro cuya persona o propiedad se vea asaltada, es un derecho sin el cual los hombres no podrían existir en la tierra. Y el gobierno no tiene existencia legítima, excepto en tanto en cuanto abarque y se vea limitado por este derecho natural de los individuos. Pero la idea de que cada hombre tiene un derecho natural a decidir qué son virtudes y qué son vicios (es decir, qué contribuye a la felicidad de sus vecinos y qué no) y a castigarlos por todo lo que no contribuya a ello, es algo que nunca nadie ha tenido la imprudencia de afirmar. Son sólo aquéllos que afirman que el gobierno tiene algún poder legítimo, que ningún individuo o individuos les ha delegado o podido delegar, los que afirman que el gobierno tenga algún poder legítimo para castigar los vicios.

Valdría para un papa o un rey (que afirman haber recibido su autoridad directamente del Cielo para gobernar sobre sus semejantes) afirmar ese derecho como vicarios de Dios, el de castigar a la gente por sus vicios, pero resulta un total y absoluto absurdo que cualquier gobierno que afirme que su poder proviene íntegramente de la

autorización de los gobernados, afirmar poder alguno de este tipo, porque todos saben que los gobernantes nunca lo autorizarían. Para ellos autorizarlo sería un absurdo, porque sería renunciar a su propio derecho a buscar su felicidad, puesto que renunciar a su derecho a juzgar qué contribuye a su felicidad es renunciar a su derecho a buscar su propia felicidad.

XIII

Ahora podemos ver qué simple, fácil y razonable resulta que sea asunto del gobierno castigar los delitos, comparado con castigar los vicios. Los delitos son pocos y fácilmente distinguibles de los demás actos y la humanidad generalmente está de acuerdo acerca de qué actos son delitos. Por el contrario, los vicios son innumerables y no hay dos personas que se pongan de acuerdo, excepto en relativamente pocos casos, acerca de cuáles son. Más aún, todos desean ser protegidos, en su persona y propiedades, contra las agresiones de otros hombres. Pero nadie desea ser protegido, en su persona o propiedades, contra sí mismo, porque resulta contrario a las leyes fundamentales de la propia naturaleza humana que alguien desee dañarse a sí mismo. Uno sólo desea promover su propia satisfacción y ser su propio juez acerca de lo que promoverá y promueve su propia satisfacción. Es lo que todos quieren y a lo que tienen derecho como seres humanos. Y aunque todos cometemos muchos errores y necesariamente debemos cometerlos, dada la imperfección de nuestro conocimiento, esos errores no llegan a ser un argumento contra el derecho, porque todos tienden a darnos el verdadero conocimiento que necesitamos y perseguimos y no podemos obtener de otra forma.

El objetivo que se persigue, por tanto, al castigar los delitos, no sólo tiene una forma completamente diferente, sino que se opone directamente al que se persigue al castigar los vicios.

El objetivo que se persigue al castigar los delitos es asegurar a todos y cada uno de los hombre por igual, la mayor libertad que pueda conseguirse (consecuentemente con los mismos derechos de otros) para buscar su propia felicidad, con la ayuda del propio criterio y mediante el uso de su propiedad. Por otro lado, el objetivo perseguido por el castigo de los vicios es privar a cada hombre de su derecho y libertad natural a buscar su propia felicidad, con la ayuda del propio criterio y mediante el uso de su propiedad.

Por tanto, ambos objetivos se oponen directamente entre sí. Se oponen directamente entre sí como la luz y la oscuridad, o la verdad y la mentira, o la libertad y la esclavitud. Son completamente incompatibles entre sí y suponer que ambos pueden contemplarse en un solo gobierno es absurdo, imposible. Sería suponer que los objetivos de un gobierno serían cometer crímenes y prevenirlos, destruir la libertad individual y garantizarla.

XIV

Por fin, acerca de este punto de la libertad individual: cada hombre debe necesariamente juzgar y determinar por sí mismo qué le es necesario y le produce bienestar y qué lo destruye, porque si deja de realizar esta actividad por sí mismo, nadie puede hacerlo en su lugar. Y nadie intentará si quiera realizarla en su lugar, salvo en unos pocos casos. Papas, sacerdotes y reyes asumirán hacerlo en su lugar, en ciertos casos, si se lo permiten. Pero, en general, sólo lo harán en tanto en cuanto puedan administrar sus propios vicios y delitos al hacerlo. En general, sólo lo harán cuando puedan hacer de él su bufón y su esclavo. Los padres, sin duda con más motivo que otros, intentan hacer lo mismo demasiado a menudo. Pero en tanto practican la coerción o protegen a un niño de algo que no sea real y seriamente dañino, le perjudican más que benefician. Es una ley de la naturaleza que para obtener conocimiento e incorporarlo a su ser, cada individuo debe ganarlo por sí mismo. Nadie, ni siquiera sus padres, puede indicarles la naturaleza del

fuego de forma que la conozcan de verdad. Debe experimentarla él mismo y quemarse, antes de conocerla.

La naturaleza conoce, mil veces mejor que cualquier padre, para qué está designado cada individuo, qué conocimiento necesita y cómo debe obtenerlo. Sabe que sus propios procesos para comunicar ese conocimiento no sólo son los mejores, sino los únicos que resultan efectivos.

Los intentos de los padres por hacer a sus hijos virtuosos generalmente son poco más que intentos de mantenerlos en la ignorancia de los vicios. Son poco más que intentos de enseñar a sus hijos a conocer y preferir la verdad, manteniéndolos en la ignorancia de la falsedad. Son poco más que intentos de enseñar a sus hijos a buscar y apreciar la salud, manteniéndolos en la ignorancia de la enfermedad y de todo lo que la causa. Son poco más que intentos de enseñar a sus hijos a amar la luz, manteniéndolos en la ignorancia de la oscuridad. En resumen, son poco más que intentos de hacer felices a sus hijos, manteniéndolos en la ignorancia de de todo lo que les cause infelicidad.

Que los padres puedan ayudar a sus hijos en definitiva en su búsqueda de la felicidad, dándoles sencillamente los resultados de su propia (de los padres) razón y experiencia, está muy bien y es un deber natural y adecuado. Pero practicar la coerción en asuntos en lo que los hijos son razonablemente competentes para juzgar por sí mismos es sólo un intento de mantenerlos en la ignorancia. Y esto se parece mucho a una tiranía y a una violación del derecho del hijo a adquirir por sí mismo y como desee los conocimientos, igual que si la misma coerción se ejerciera sobre personas adultas. Esa coerción ejercida contra los hijos es una negación de su derecho a desarrollar las facultades que la naturaleza les ha dado y a que sean como la naturaleza las diseñó. Es una negación de su derecho a sí mismos y al uso de sus propias capacidades. Es una negación del derecho a adquirir el conocimiento más valioso, es decir, el conocimiento que la naturaleza, la gran maestra, está dispuesta a impartirles.

Los resultados de esa coerción nos son hacer a los hijos sabios o virtuosos, sino hacerlos ignorantes y por tanto débiles y viciosos, y perpetuar a través de ellos, de edad en edad, la ignorancia, la superstición, los vicios y los crímenes de los padres. Lo prueba cada página de la historia del mundo.

Quienes mantienen opiniones opuestas son aquéllos cuyas teologías falsas y viciosas o cuyas ideas generales viciosas, les han enseñado que la raza humana tiende naturalmente hacia la maldad, en lugar de hacia la bondad, hacia lo falso, en lugar de hacia lo verdadero, que la humanidad no dirige naturalmente sus ojos hacia la luz, que ama la oscuridad en lugar de la luz y que sólo encuentra su felicidad en las cosas que les llevan a la miseria.

XV

Pero estos hombres, que afirman que el gobierno debería usar su poder para prevenir el vicio, dicen o suelen decir: “Estamos de acuerdo con el derecho de un individuo a buscar a su manera su propia satisfacción y consecuentemente a ser vicioso si le place, sólo decimos que el gobierno debería prohibir que se les vendieran los artículos que alimentan su vicio”.

La respuesta a esto es que la simple venta de cualquier artículo (independientemente del uso que se vaya a hacer de él) es legalmente un acto perfectamente inocente. La cualidad del acto de la venta depende totalmente de la cualidad del empleo que se haga de la cosa vendida. Si el uso de algo es virtuoso y legal, entonces su venta para ese uso es virtuosa y legal. Si el uso es vicioso, entonces la venta para ese uso es viciosa. Si el uso es criminal, entonces la venta para ese uso es criminal. El vendedor es, como mucho, sólo un cómplice del uso que se haga del artículo vendido, sea virtuoso, vicioso o criminal. Cuando el uso es criminal, el vendedor es cómplice del crimen y se le puede castigar como tal. Pero cuando el uso sea sólo

vicioso, el vendedor sería sólo un cómplice del vicio y no se le puede castigar.

XVI

Pero nos preguntaremos: “¿No existe un derecho por parte del gobierno de evitar que continúe un proceso que conduce a la autodestrucción?”

La respuesta es que el gobierno no tiene derecho en modo alguno, mientras los calificados como viciosos permanezcan cuerdos (*compos mentis*), capaces de ejercitar un juicio y autocontrol razonables, porque mientras se mantengan cuerdos debe permitírseles juzgar y decidir por sí mismos si los llamados vicios son de verdad vicios, si realmente les conducen a la destrucción y si, en suma, se dirigirán a ella o no. Cuando pierdan la cordura (*non compos mentis*) y sean incapaces de un juicio o autocontrol razonables, sus amigos o vecinos o el gobierno deben ocuparse de ellos y protegerles de daños, tanto a ellos como a personas a las que pudieran dañar, igual que si la locura hubiera acaecido por cualquier otra causa distinta de su supuestos vicios.

Pero del hecho de que los vecinos de un hombre supongan que se dirige a la autodestrucción por culpa de sus vicios, no se deduce, por tanto, que no esté cuerdo (*non compos mentis*) y sea incapaz de un juicio o autocontrol razonables, entendidos dentro del ámbito legal de estos términos. Hombres y mujeres pueden ser adictos a a muchos y muy deleznable vicios (como la glotonería, la embriaguez, la prostitución, el juego, las peleas callejeras, mascar tabaco, fumar y esnifar, tomar opio, llevar corsé, la pereza, la prodigalidad, la avaricia, la hipocresía, etc., etc.) y aún así seguir estando cuerdos (*compos mentis*), capaces de un juicio y autocontrol razonables, tal como significan en la ley. Mientras sean cuerdos debe permitírseles controlarse a sí mismos y a su propiedad y ser sus propios jueces y estimar a dónde les llevan sus vicios. Los espectadores pueden esperar que, en cada caso individual,

la persona viciosa vea el fin hacia el que se dirige y eso le induzca a rectificar. Pero si elige seguir adelante hacia lo que otros hombres llaman destrucción, debe permitírsele hacerlo. Y todo lo que puede decirse, en lo que se refiere a su vida, es que ha cometido un grave error en su búsqueda de la felicidad y que otros harán bien en advertir su destino. Acerca de cuál puede ser su situación en la otra vida, es una cuestión teológica de la que la ley en este mundo no tiene más que decir que sobre cualquier otra cuestión teológica que afecte a la situación de hombre en una vida futura.

¿Se puede saber cómo se puede determinar la cordura o locura de un hombre vicioso? La respuesta es que tiene que determinarse con el mismo tipo de evidencia que la cordura o locura de aquéllos que se consideren virtuosos y no otra. Esto es, por las mismas evidencias con las que los tribunales legales determinan si un hombre debe ser enviado a un manicomio o si es competente para hacer testamento o disponer de otra forma de su propiedad. Cualquier duda debe resolverse a favor de su cordura, como en cualquier otro caso, y no de su locura.

Si una persona realmente pierde la cordura (non compos mentis), y es incapaz de un juicio o autocontrol razonables, resulta un crimen por parte de otros hombres darle o venderle medios de autolesión[2]. No hay crímenes más fácilmente punibles ni casos en los que los jurados estén más dispuestos a condenar que aquéllos en que una persona cuerda vende o da a un loco un artículo con el cual este último pueda dañarse a sí mismo.

XVII

Pero puede decirse que algunos hombres, por culpa de sus vicios, se vuelven peligrosos para otras personas: que por ejemplo, un borracho, a veces resulta pendenciero y peligroso para su familia y otros. Y cabe preguntarse: “¿No tiene la ley nada que decir en este caso?”

La respuesta es que si, por la ebriedad o cualquier otra causa, un hombre se vuelve realmente peligroso, con todo derecho no solamente su familia u otros, no sólo él mismo, pueden moderarlo hasta el punto que requiera la seguridad de otras personas, sino que a cualquier otra persona (que sepa o tenga base suficiente para creer que es peligroso) se le puede prohibir vender o dar cualquier cosa que haya razones para suponer que le hará peligroso.

Pero del hecho de que un hombre se vuelva pendenciero y peligroso después de beber alcohol y de que sea un delito darle o venderle licor a ese hombre, no se sigue que sea un delito vender licores a los cientos y miles de otras personas que no se vuelven pendencieros y peligrosos al beberlos. Antes de condenar a un hombre por el delito de vender licor a un hombre peligroso, debe demostrarse que ese hombre en particular al que se le vendió el licor era peligroso y también que el vendedor sabía, o tenía base suficiente para suponer, que el hombre se volvería peligroso al beberlo.

La presunción legal de ley sería, en todo caso, que la venta es inocente y la carga de la prueba del delito, en cualquier caso particular, reside en el gobierno. Y ese caso particular debe probarse como criminal, independientemente de todos los demás.

A partir de estos principios, no hay dificultad en condenar y castigar a los hombres por la venta o regalo de cualquier artículo a un hombre que se vuelve peligroso para otros al usarlo.

XVIII

Pero a menudo se dice que algunos vicios generan molestias (públicas o privadas) y que esas molestias pueden atajarse y penarse.

Es verdad que cualquier cosa que sea real y legalmente una molestia (sea pública o privada) puede atajarse y penarse.

Pero no es cierto que los meros vicios privados de un hombre sean, en cualquier sentido legal, molestos para otro hombre o el público.

Ningún acto de una persona puede ser una molestia para otro, salvo que obstruya o interfiera de alguna forma con la seguridad y el uso pacífico o disfrute de lo que posee el otro con todo derecho.

Todo lo que obstruya una vía pública es una molestia y puede atajarse y penarse. Pero un hotel o tienda o taberna que vendan licores no obstruyen la vía pública más que una tienda de telas, una joyería o una carnicería.

Todo lo que envenene el aire o lo haga desagradable o insalubre es una molestia. Pero ni un hotel, ni una tienda, ni una taberna que vendan licores envenenan el aire o lo hacen desagradable o insalubre a otras personas.

Todo lo que tape la luz a la cual un hombre tenga derecho en una molestia. Pero ni un hotel, ni una tienda, ni una taberna que vendan licores tapan la luz de nadie, salvo en casos en que una iglesia, un colegio o una vivienda la taparían igualmente. Desde este punto de vista, por tanto, los primeros no son ni más ni menos molestos que los últimos.

Algunas personas habitualmente dicen que una tienda de licores es peligrosa, de la misma forma que una fábrica de pólvora. Pero no hay analogía entre ambos casos. La pólvora puede explotar accidentalmente y especialmente en esos fuegos que tan a menudo se dan en las ciudades. Por esa razón resulta peligrosa para personas y propiedades en su cercanía inmediata. Pero los licores no pueden explotar así y por tanto no son molestias peligrosas en el sentido que lo son las fábricas de pólvora en las ciudades.

Pero también se dice que los lugares donde se consume alcohol están frecuentemente concurridos por hombres ruidosos y bulliciosos, que alteran la tranquilidad del barrio y el sueño del resto de los vecinos.

Esto puede ser ocasionalmente cierto, pero no muy frecuentemente. En todo caso, cuando esto ocurra, la molestia puede atajarse mediante el castigo al propietario y sus clientes y, si es necesario, cerrando el local. Pero un grupo de bebedores ruidosos no es una molestia mayor que cualquier otro grupo de gente ruidosa. Un bebedor alegre y divertido altera la tranquilidad de barrio exactamente en la misma medida que un fanático religioso que grita. Un grupo ruidoso de bebedores es una molestia exactamente en la misma medida que un grupo de fanáticos religiosos que grita. Ambos son molestias cuando alteran el descanso y el sueño o la tranquilidad de los vecinos. Incluso un perro que suele ladrar, alterando el sueño o la tranquilidad del vecindario, es una molestia.

XIX

Pero se dice que el hecho de que una persona incite a otro al vicio es un crimen.

Es ridículo. Si cualquier acto particular es simplemente un vicio, entonces quien incita a otro a cometerlo, es simplemente cómplice en el vicio. Evidentemente, no comete ningún crimen, pues sin duda un cómplice no puede cometer una infracción superior al autor.

Cualquier persona cuerda (*compos mentis*), capaz de un juicio y autocontrol razonables, se presume que resulta mentalmente competente para juzgar por sí mismo todos los argumentos, a favor y en contra, que se le dirijan para persuadirle de hacer cualquier acto en particular, siempre que no se emplee fraude para engañarle. Y si se le persuade o induce a realizar la acción, ésta se convierte en propia e incluso aunque resulte dañina para sí mismo, no puede alegar que la persuasión o los argumentos a los que dio su consentimiento, sean delitos contra sí mismo.

Por supuesto, cuando hay fraude el caso es distinto. Si por ejemplo, ofrezco veneno a un hombre asegurándole que es

una bebida sana e inocua y lo bebe confiando en mi afirmación, mi acción es un delito.

Volenti non fit injuria es una máxima legal. Con consentimiento, no hay daño. Es decir, legalmente no hay error. Y cualquier persona cuerda (*compos mentis*) capaz de un juicio razonable para determinar la verdad o falsedad de las razones y argumentos a los que da su consentimiento, esta “consintiendo”, desde el punto de vista legal, y asume por sí mismo toda responsabilidad por sus actos, siempre y cuando no haya sufrido un fraude intencionado.

Este principio, con consentimiento, no hay daño, no tiene límites, excepto en el caso de fraudes o de personas que no tengan capacidad de juzgar en ese caso particular. Si una persona que posee uso de razón y a la que no se engaña mediante fraude consiente en practicar el vicio más deleznable y por tanto se inflige los mayores sufrimientos o pérdidas morales, físicas o pecuniarias, no puede alegar error legal. Para ilustrar este principio, tomemos el caso de la violación. Tener conocimiento carnal de una mujer, sin su consentimiento, es el mayor delito, después del asesinato, que puede cometerse contra ella. Pero tener conocimiento carnal, con su consentimiento, no es delito, sino, en el peor de los casos, un vicio. Y a menudo se sostiene que una niña de nada más que diez años de edad tiene uso de razón de forma que su consentimiento, aunque se procure mediante recompensa o promesa de recompensa, es suficiente para convertir el acto, que de otra forma sería un grave delito, simplemente en un acto de vicio[3].

Vemos el mismo principio en los boxeadores profesionales. Si yo pongo un solo dedo sobre la persona de otro, contra su consentimiento, no importa lo suave que sea ni lo pequeño que sea el daño en la práctica, esa acción es un delito. Pero si dos personas acuerdan salir y golpear la cara del otro hasta hacerla papilla, no es delito, sino sólo un vicio.

Incluso los duelos no han sido generalmente considerados como delitos, porque la vida de cada hombre es suya y ambas partes acuerdan que cada una puede acabar con la vida del otro, si puede, mediante el uso de las armas acordadas y de conformidad con ciertas reglas que han aceptado mutuamente.

Y esta es una opinión correcta, salvo que se pueda decir (posiblemente no) que “la ira es locura” hasta el punto de que priva a los hombres de su razón hasta el punto de impedirles razonar.

El juego es otro ejemplo del principio de que con consentimiento no hay daño. Si me llevo un solo céntimo de la propiedad de un hombre, sin su consentimiento, el acto es un delito. Pero si dos hombres, que se encuentran compos mentis, poseen capacidad razonable de juzgar la naturaleza y posibles consecuencias de sus actos, se reúnen y cada uno voluntariamente apuesta su dinero contra el del otro al resultado de un tirada de dados y uno de ellos pierde todas sus propiedades (sean lo grandes que sean), no es un delito, sino sólo un vicio.

Ni siquiera sería un crimen ayudar a una persona a suicidarse, si éste posee uso de razón.

Es una idea algo común que el suicidio es en sí mismo un evidencia concluyente de locura. Pero, aunque normalmente puede ser una fuerte evidencia de locura, no es concluyente en todos los casos. Muchas personas, con indudable uso de razón han cometido suicidio para escapar de la vergüenza del descubrimiento público de sus crímenes o para evitar alguna otra gran calamidad. El suicidio, en estos casos puede no haber sido la respuesta más sensata, pero sin duda no era una prueba de falta alguna de capacidad de razonar[4]. Y si estaba dentro de los límites de lo razonable, no era un crimen que otras personas le ayudaran, proporcionándole los instrumentos o de otra forma. Y si, en esos casos, no sería un crimen ayudar al suicidio, ¿no sería absurdo decir que es un crimen ayudar a alguien en algún acto que sea realmente

placentero y que una gran parte de la humanidad ha creído útil?

XX

Sin embargo, algunas personas suelen decir que el abuso de las bebidas alcohólicas es el principal motivo de los delitos, que “llena nuestras prisiones de criminales” y que esta razón es suficiente para prohibir su venta.

Quienes dicen eso, si hablan seriamente, hablan a tontas y a locas. Evidentemente quieren decir que un gran porcentaje de los delitos los cometen personas cuyas pasiones criminales se ven excitadas, en ese momento, por el abuso del alcohol y como consecuencia de ese abuso.

Esta idea es completamente descabellada.

En primer lugar, los peores delitos que se cometen en el mundo los provocan principalmente la avaricia y la ambición.

Los peores crímenes son las guerras que llevan a cabo los gobiernos para someter, esclavizar y destruir la humanidad.

Los delitos que se cometen en el mundo que quedan en segundo lugar también los provocan la avaricia y la ambición: y no se cometen por súbitas pasiones, sino por hombres calculadores, que mantienen la cabeza fría y serena y no tienen intención alguna de ir a prisión por ellos. Se cometen, no tanto por personas que violan la ley, sino por hombres que, por sí mismos o mediante sus instrumentos, hacen las leyes, por hombres que se han asociado para usurpar un poder arbitrario y mantenerlo por medio de la fuerza y el fraude y cuyo propósito al usurparlo y mantenerlo es asegurarse a sí mismos, mediante esa legislación injusta y desigual, esas ventajas y monopolios que les permiten controlar y extorsionar el trabajo y propiedades de otros, empobreciéndoles así, con

el fin de satisfacer su propia riqueza y engrandecimiento[5]. Los robos e injusticias así cometidos por estos hombres, de conformidad con las leyes (es decir, sus propias leyes), son como montañas frente a colinillas, comparados con los delitos cometidos por otros criminales al violar las leyes.

Pero, en tercer lugar, hay un gran número de fraudes de distintos tipos cometidos en transacciones de comercio, cuyos autores, con su frialdad y sagacidad, evitan que operen las leyes. Y sólo sus mentes frías y calculadoras les permiten hacerlo. Los hombres bajo el influjo de bebidas intoxicantes están poco dispuestos y son completamente incapaces para practicar con éxito estos fraudes. Son los más incautos, los menos exitosos, los menos eficientes y los que menos debemos temer de todos los criminales de los que las leyes deben ocuparse.

Cuarto. Los ladrones, atracadores, rateros, falsificadores y estafadores profesionales, que atentan contra la sociedad son cualquier cosa menos bebedores imprudentes. Su negocio es de un carácter demasiado peligroso para admitir esos riesgos en los que incurrirían.

Quinto. Los delitos que pueden considerarse como cometidos bajo la influencia de bebidas alcohólicas son principalmente agresiones y reyertas, no muy numerosas y generalmente no muy graves. Algunos otros pequeños delitos, como hurtos y otros pequeños ataques a la propiedad, se cometen a veces bajo la influencia de la bebida por parte de personas poco inteligentes, generalmente delincuentes no habituales. Las personas que cometen estos dos tipos de delitos no son más que unas pocas. No puede decirse que “llenen nuestras prisiones” y si lo hacen, deberíamos congratularnos de que necesitemos para internarlos tan pocas prisiones o tan pequeñas.

Por ejemplo, el Estado de Massachussets tiene un millón y medio de habitantes. ¿Cuántos están actualmente en prisión por delitos (no por el vicio de la bebida, sino por delitos) cometidos contra personas o propiedades bajo el

influjo de bebidas alcohólicas? Dudo que sea uno de cada diez mil, es decir, unos ciento cincuenta en total y los crímenes por los que están en prisión son en su mayoría de muy poca importancia.

Y pienso que debe estimarse que estos pocos hombres son mucho más dignos de compasión que de castigo, porque fue su pobreza y miseria, más que su adicción al alcohol o tendencia al crimen, lo que les llevó a beber y les impulsó a cometer los delitos bajo la influencia del alcohol.

La dogmática acusación de que la bebida “llena nuestra prisiones” sólo la hacen, creo, aquellos hombres que no saben más que llamar criminal a un borracho y que no tienen mejor justificación para su acusación que el vergonzoso hecho de somos una gente tan brutal e insensible que condenamos y castigamos como si fueran criminales a personas tan débiles y desafortunadas como los borrachos.

Los legisladores que autorizan y los jueces que ejecutan atrocidades como éstas son intrínsecamente criminales, salvo que su ignorancia sea tal que les excuse (lo que probablemente no ocurre). Y habría más motivo en su conducta para que se les castigara como criminales.

Un juez de orden público en Boston me contó una vez que estaba acostumbrado a juzgar a borrachos (enviándoles a prisión durante treinta días –creo que era la sentencia tipo–) a un ritmo de uno cada tres minutos! y a veces incluso más rápido, condenándoles así como delincuentes y enviándoles a la cárcel, sin piedad y sin averiguar las circunstancias, por una debilidad que debería hacerles dignos de compasión y protección, y no de castigo. Los verdaderos criminales en estos casos no eran los hombres que fueron a prisión, sino el juez y los que estaban detrás de él y le pusieron allí.

Recomiendo a esas personas a las que tanto les perturba el miedo a que las prisiones de Massachussets se llenen de criminales que empleen al menos una parte de su filantropía en prevenir que nuestras prisiones se llenen de

gente que no son criminales. No recuerdo haber oído que nunca sus simpatías se hayan ejercido activamente en ese sentido. Por el contrario, parecen tener tal pasión por castigar criminales que no les preocupa averiguar particularmente si un candidato a castigo es realmente un criminal. Déjenme asegurarles que esa pasión es mucho más peligrosa y mucho menos caritativa, tanto moral como legalmente, que la pasión por la bebida.

Parece mucho más consecuente con el carácter despiadado de estos hombres enviar a un pobre hombre a prisión por embriaguez y así aplastarle, degradarle, desanimarle y arruinarle de por vida, que sacarle de la pobreza y miseria que ha hecho de él un borracho.

Sólo aquellas personas que tienen poca capacidad o disposición a iluminar, fomentar o ayudar a la humanidad, poseen esa violenta pasión por gobernarlos, dominarlos y castigarlos. Si en lugar de mantenerse al margen y consentir y sancionar todas las leyes por las que el hombre débil es en el primer lugar sometido, oprimido y desalentado y después castigado como un criminal, se dedicaran a la tarea de defender su derechos y mejorar su condición y así fortalecerle y permitirle sostenerse por sus propios medios y resistir las tentaciones que le rodean, tendrían, creo, poca necesidad de hablar sobre leyes y prisiones tanto para vendedores como para consumidores de alcohol e incluso para cualquier otra clase de criminales ordinarios. Si, en resumen, estos hombres, que tienen tantas ganas de suprimir los delitos, suspendieran, por un momento, sus reclamaciones al gobierno de ayuda para suprimir los delitos de individuos y se dirigieran a la gente para pedir ayuda para suprimir los delitos del gobierno, demostrarían su sinceridad y sentido común más claramente que ahora. Cuando todas las leyes sean tan justas y equitativas que hagan posible que todos los hombres y mujeres vivan honrada y virtuosamente y les hagan sentirse cómodos y felices, habrá muchas menos ocasiones que ahora para acusarles de vivir deshonesto y viciosamente.

XXI

Pero también se dice que el consumo de bebidas alcohólicas lleva a la pobreza y por tanto hace a los hombres mendigos y grava a los contribuyentes, y que esto es razón suficiente para que deba prohibirse su venta.

Hay varias respuestas a este argumento.

1. Una respuesta es que si el consumo del alcohol lleva a la pobreza y la mendicidad es una razón suficiente para prohibir su venta, igualmente es una razón suficiente para prohibir su consumo, ya que es el consumo y no la venta, lo que lleva a la pobreza. El vendedor, como mucho, sería simplemente un cómplice del bebedor. Y es una norma legal, y también de la razón, que si el principal actor no puede ser castigado, tampoco puede serlo el cómplice.

2. Una segunda respuesta al argumento sería que si el gobierno tiene derecho y se ve obligado a prohibir cualquier acto (que no sea criminal) simplemente porque se supone que lleva a la pobreza, siguiendo al misma lógica, tiene derecho y se ve obligado a prohibir cualquier otro acto (aunque no sea criminal) que, en opinión del gobierno, lleve a la pobreza. Y bajo este principio, el gobierno no sólo tendría el derecho, sino que se vería obligado, a revisar los asuntos privados de cada hombre y sus gastos personales y determinar si cada uno de ellos lleva o no a la pobreza y a prohibir y castigar todos los de la primera clase. Un hombre no tendría derecho a gastar un céntimo de su propiedad de acuerdo con sus gustos o criterios, salvo que el legislador sea de la opinión de que ese gasto no le lleva a la pobreza.

3. Una tercera respuesta al mismo argumento sería que si un hombre se entrega a la pobreza e incluso a la mendicidad (sea por sus vicios o sus virtudes), el gobierno no tiene obligación de ocuparse de él, salvo que quiera hacerlo. Puede dejarle perecer en la calle o hacerle depender a la caridad privada, si quiere. Puede cumplir su libre deseo y discreción en este asunto, porque en este caso estaría fuera de toda responsabilidad. No es,

necesariamente, obligación del gobierno ocuparse de los pobres. Un gobierno (esto es, un gobierno legítimo) es simplemente una asociación voluntaria de individuos, que se une para los propósitos que les parezcan y sólo para esos propósitos. Si ocuparse de los pobres (sean éstos virtuosos o viciosos) no es uno de esos propósitos, el gobierno como tal no tiene más derecho ni se ve más obligado a hacerlo que un banco o una compañía de ferrocarriles.

Sea cual sea la moralidad que tengan las reclamaciones de un hombre pobre (sea éste virtuoso o vicioso) acerca de la caridad de sus conciudadanos, no puede reclamar legalmente contra ellos. Puede depender totalmente de su caridad, si se dejan. No puede demandar, como un derecho legal, que deben alimentarle y vestirle. No tiene más derechos morales o legales frente a un gobierno (que no es sino una asociación de individuos) que los que pueda tener sobre cualquier otro individuo respecto de su capacidad privada.

Por tanto, de la misma forma que un pobre (sea virtuoso o vicioso) no tiene más capacidad de reclamar, legal o moralmente al gobierno comida o vestido que la que tiene frente a personas privadas, un gobierno no tiene más derecho que una persona privada a controlar o prohibir los gastos o las acciones de un individuo justificándolas en que le llevan a la pobreza.

El señor A, como individuo, claramente no tiene derecho a prohibir las acciones o gastos del señor Z, aunque tema que esas acciones o gastos puedan llevarle (a Z) a la pobreza y que Z puede, por tanto, en un futuro indeterminado, pedirle afligido (a A) algo de caridad. Y si A no tiene, como individuo, ese derecho a prohibir cualquier acción o gasto de Z, el gobierno, que no es más que una asociación de individuos, no puede tener ese derecho.

Sin duda, ningún hombre *compos mentis* mantendría que su derecho a disponer y disfrutar de su propiedad fuera una posesión de tan poco valor que autorizara a algunos o todos sus vecinos (se hagan llamar a sí mismos gobierno o

no) a intervenir y prohibirle cualquier gasto excepto aquéllos que piensen que no le llevarán a la pobreza y no le conviertan en alguien que les reclame caridad.

Si un hombre *compos mentis* llega a la pobreza por sus virtudes o sus vicios, nadie puede tener derecho alguno a intervenir basándose en puede apelar en el futuro a su compasión, porque si se apelara a ella, tendría perfecta libertad para actuar de acuerdo con su gusto y criterio respecto de atender sus solicitudes.

El derecho a rechazar dar caridad a los pobres (sean éstos virtuosos o viciosos) es un derecho sobre el que los gobiernos siempre actúan. Ningún gobierno hace más provisiones para los pobres que las que quiere. En consecuencia, los pobres quedan, en su mayor parte, dependiendo de la caridad privada. De hecho, a menudo se les deja sufrir enfermedades e incluso morir porque ni la caridad pública ni la privada acuden en su ayuda. Qué absurdo es, por tanto, decir que el gobierno tiene derecho a controlar el uso de la propiedad de la gente, por miedo a que en el futuro lleguen a ser pobres y pidan caridad.

4. Incluso una cuarta respuesta al argumento sería que el principal y único incentivo por el que cada individuo tiene que trabajar y crear riqueza es que puede disponer de ella de acuerdo con su gusto y criterio y para su propia satisfacción y la de quienes ame(6).

Aunque a menudo puede que un hombre, por inexperiencia o mal juicio, gaste parte de los productos de su trabajo de forma poco juiciosa y por tanto no consiga el máximo bienestar, adquiere sabiduría en ello, como en todo, a través de la experiencia, por sus errores tanto como por sus éxitos. Y esta es la única manera de la que puede adquirir sabiduría. Cuando se convenza de que ha hecho un gasto absurdo, al tiempo aprenderá a no volver a hacer algo parecido. Y debe permitírsele hacer sus propios experimentos a su satisfacción, es ésta como en otras materias, ya que de otra forma no tendría motivo para trabajar o crear riqueza en absoluto.

Todo hombre que sea hombre, debería mejor ser un salvaje y ser libre para crear o procurar sólo esa pequeña riqueza que pueda controlar y consumir diariamente, que ser un hombre civilizado que sepa cómo crear y acumular riqueza indefinidamente y al que no se la permita disfrutar o disponer de ella, salvo bajo la supervisión, dirección y dictado de una serie de idiotas y tiranos entrometidos y sobrevalorados, quienes, sin más conocimiento que el de sí mismos y quizás ni la mitad de eso, asumirían su control bajo la justificación de que no tiene el derecho o la capacidad de determinar por sí mismo qué debería hacer con los resultados de su propio trabajo.

5. Una quinta respuesta al argumento sería que si fuera tarea del gobierno vigilar los gastos de cualquier persona (compos mentis y que no sea criminal) para ver cuáles llevan a la pobreza y cuáles no y prohibir y castigar los primeros, entonces, siguiendo esta regla, se ve obligado a vigilar los gastos de todas las demás personas y prohibir y castigar todo lo que, en su criterio, lleve a la pobreza.

Si ese principio se llevara a efecto imparcialmente, la consecuencia sería que toda la humanidad estaría tan ocupada en vigilar los gastos de los demás y en testificar, acusar y castigar aquéllos que lleven a la pobreza, que no quedaría en absoluto tiempo para crear riqueza. Todo el mundo capaz de trabajo productivo o bien estaría en la cárcel o actuaría como juez, jurado, testigo o carcelero. Sería imposible crear suficientes tribunales para juzgar o construir suficientes prisiones para contener a los delincuentes. Cesaría toda labor productiva y los idiotas que estuvieran tan atentos a prevenir la pobreza, no sólo serían pobres, prisioneros y famélicos, sino que harían que los demás fueran asimismo pobres, prisioneros y famélicos.

6. Si lo que se quiere decir es que un hombre puede al menos verse obligado con todo derecho a apoyar a su familia y, en consecuencia, a abstenerse de todo gasto que, en opinión del gobierno, le lleve a impedirle realizar esta labor, pueden darse varias respuestas. Pero con sólo esta es suficiente: ningún hombre, salvo un loco o un esclavo,

aceptaría que sea su familia, si esa aceptación fuera a ser una excusa del gobierno para privarle de su libertad personal o del control de su propiedad.

Cuando se otorga a un hombre su libertad natural y el control de su propiedad, normalmente, casi siempre, su familia es su principal objeto de orgullo y cariño y querrá, no sólo voluntariamente, sino con la máxima dedicación, emplear sus mejores capacidades de cuerpo y mente, no sólo para proveerles las necesidades y placeres de la vida ordinarios, sino a prodigarles todos los lujos y elegancias que su trabajo pueda obtener.

Un hombre no entabla un obligación legal ni moral con su esposa o hijos para hacer algo por ellos, excepto cuando puede hacerlo de acuerdo con su libertad personal y su derecho natural a controlar su propiedad a su discreción.

Si un gobierno puede interponerse y decir a un hombre (que esté *compos mentis* y cumple con su familia como cree que debe cumplir y de acuerdo con su juicio, por muy imperfecto que éste sea): “Nosotros (el gobierno) sospechamos que no estás empleando tu trabajo de la mejor forma para tu familia, sospechamos que tus gastos y tus disposiciones sobre tu propiedad no son tan juiciosos como deberían ser en interés de tu familia y por tanto te pondremos, a ti y a tu propiedad, bajo vigilancia especial y te indicaremos lo puedes hacer o no contigo y con tu propiedad y de ahora en adelante tu familia nos tendrá a nosotros (el gobierno) y no a ti, como apoyo”. Si un gobierno pudiera hacer esto, quedarían aplastados todo orgullo, ambición y cariño que un hombre pueda sentir por su familia, hasta donde es posible que una tiranía pueda aplastarlos, y o bien no tendrá nunca una familia (que pueda reconocer públicamente como suya) o arriesgará su propiedad y su vida para derrocar una tiranía tan insultante, despiadada e insufrible. Y cualquier mujer que quiera que su marido (siendo éste *compos mentis*) se someta a un insulto y prohibición tan antinatural, no merece en absoluto su cariño ni ninguna otra cosa que no sea su disgusto y desprecio. Y probablemente en seguida él le hará entender que, si escoge confiar en el gobierno como

su apoyo y el de sus hijos, en lugar de en él, sólo podrá confiar en el gobierno.

XXII

Otra respuesta completa al argumento de que el abuso del alcohol lleva a la pobreza es que, por regla general, pone el efecto por delante de la causa. Supone que es el abuso del alcohol el que causa la pobreza, en lugar de que la pobreza es la que causa el abuso del alcohol.

La pobreza es la madre natural de prácticamente toda ignorancia, vicio, crimen y miseria en el mundo[7]. ¿Por qué es tan grande el porcentaje de trabajadores en Inglaterra que se dan a la bebida y el vicio? Sin duda, no porque sean por naturaleza peores que otros. Sino porque su pobreza extrema y desesperada les mantiene en la ignorancia y el servilismo, destruye su coraje y su autoestima, les somete a tan constantes insultos y prohibiciones, a tan incesantes amargas miserias de todo tipo y por fin les lleva a tal grado de desesperación que el pequeño desahogo que pueden permitirse con la bebida u otros vicios es, en ese momento, un alivio. Ésta es la causa principal de la ebriedad y otros vicios que prevalecen entre los trabajadores de Inglaterra.

Si esos trabajadores ingleses que ahora son borrachos y viciosos, hubieran tenido las mismas oportunidades y entorno vital que las clases más afortunadas; si se hubieran criado en hogares confortables, felices y virtuosos, en lugar de escuálidos, horribles y viciosos; si hubieran tenido oportunidades para adquirir conocimientos y propiedades y hacerse inteligentes, acomodados, alegres, independientes y respetados y asegurarse todos los placeres intelectuales, sociales y domésticos con los que puede honrada y justamente remunerarles la industria; si pudieran tener todo esto, en lugar de haber nacido a una vida de desesperanza, de duro trabajo sin recompensa, con la seguridad de morir en la fábrica, se hubieran visto tan libres de sus vicios y

debilidades presentes como aquéllos que ahora se los reprochan.

No tiene sentido decir que la ebriedad o cualquier otro vicio sólo se añade a sus miserias, porque está en la naturaleza humana (en la debilidad de la naturaleza humana, si lo prefieren), que el hombre puede soportar hasta cierto punto la miseria antes de perder la esperanza y el coraje y rendirse a cualquier cosa que les prometa un alivio y mitigación de su presente, aunque el coste sea mayor miseria para el futuro. Predicar moralidad y templanza a esos desdichados, en lugar de aliviar sus sufrimientos o mejorar sus condiciones, es simplemente burlarse de sus desdichas.

¿Querrían esos que suelen atribuir a los vicios la pobreza de los hombres, en lugar a la pobreza sus vicios (como si todos los pobres, o casi todos, fueran especialmente viciosos), decirnos si toda la pobreza que ha aparecido tan de repente en último año y medio (8)(como si dijéramos, en un momento) para veinte de millones de personas de Estados Unidos, les parece una consecuencia natural de su ebriedad o de otros vicios? ¿Fue su ebriedad u otros vicios los que paralizaron, como si hubiera caído un rayo, todas las industrias de las que vivían y que, hace pocos días, funcionaban prósperamente? ¿Fueron los vicios que afectaron a la parte adulta de esos veinte millones de vagabundos sin empleo los que les llevaron a consumir sus pocos ahorros, si es que los tenían, y así convertirse en mendigos (mendigando trabajo y, si no lo encuentran, mendigando pan)? ¿Fueron sus vicios los que sin previo aviso llenaron las casas de tantos de necesidad, miseria, enfermedad y muerte? No. Sin duda no fue la ebriedad ni otros vicios de estos trabajadores los que les llevó a esa ruina y desdicha. Y si no lo fue, ¿qué fue?

Ese es el problema que debe resolverse, porque se viene repitiendo constantemente y no puede dejarse de lado.

De hecho, la pobreza de una gran parte de la humanidad, de todo el mundo, es el gran problema de la humanidad. El que esa pobreza extrema y casi universal exista en todo el

mundo y haya existido en todas las generaciones pasadas prueba que se origina en causas que la naturaleza humana común de quienes la sufren no ha sido hasta ahora suficiente fuerte como para superarlas. Pero quienes la sufren al menos están empezando a ver las causas y se están decidiendo a eliminarlas a toda costa. Y quienes imaginen que no tienen nada que hacer salvo seguir atribuyendo esa pobreza a sus vicios y predicando contra ellos por esos mismos vicios, pronto despertarán para descubrir que eso ya es pasado. Y entonces la cuestión será no cuáles son los vicios de los hombres, sino cuáles son sus derechos.

Repudiando la Deuda Nacional

Murray Rothbard

En la primavera de 1981, los republicanos conservadores en la Cámara de Representantes se lamentaban. Se lamentaban porque, en la primera oleada de la Revolución Reagan, que se suponía que generaría drásticos recortes en los impuestos y el gasto público, así como un presupuesto equilibrado, se les había pedido desde a Casa Blanca y su propio líder que votaran un aumento en el límite legal de la deuda pública federal, que estaba entonces llegando al tope de un billón de dólares. Se lamentaban porque toda su vida habían votado contra un aumento de la deuda pública y ahora se les pedía, por su propio partido y por su propio movimiento, violar sus principios de toda la vida. La Casa Blanca y su líder les aseguraban que esta ruptura de principios sería la última: que era necesaria para un último aumento en el límite de endeudamiento para dar al Presidente Reagan una oportunidad de conseguir un presupuesto equilibrado y empezar a reducir la deuda. Muchos de esos republicanos anunciaron entre lágrimas que estaban dando este fatídico paso porque confiaban profundamente en su Presidente, que no les defraudaría.

Sí, seguro. En cierto sentido, los manipuladores de Reagan tenían razón: no hubo más lamentaciones ni más quejas, porque los principios se olvidaron rápidamente, acabando en el basurero de la historia. Los déficits y la deuda pública se han acumulado desde entonces hasta formar una montaña y a poca gente le importa, y menos a los

republicanos conservadores. Cada pocos años el límite legal se aumenta automáticamente. Al final del reinado de Reagan, la deuda federal era de 2,6 billones de dólares; ahora es de 3,5 billones y creciendo rápidamente. Y este es el lado bueno de la película, porque si añadimos las garantías de préstamo y contingencias “fuera del presupuesto”, el total de la deuda federal es de 20 billones de dólares.

Antes de la era Reagan, los conservadores tenían claro cómo les sentaban los déficits y la deuda pública: un presupuesto equilibrado era bueno y los déficits y la deuda pública eran malos, acumulados por keynesianos y socialistas derrochadores, que proclamaban absurdamente que no había nada malo ni oneroso en la deuda pública. En conocidas palabras del apóstol de la izquierda keynesiana de la “finanza funcional”, Abba Lerner, no hay nada malo en la deuda pública porque “nos debemos a nosotros mismos”. Al menos por aquel entonces los conservadores eran lo suficientemente astutos como para darse cuenta de que suponía una enorme diferencia si (abriéndose paso entre el camuflaje de los nombres colectivos) uno es miembro del “nos” (el contribuyente gravado) o del “nosotros” (quienes viven de los resultados de los impuestos).

Son embargo, a partir de Reagan, la vida político-intelectual se ha puesto patas arriba. Los conservadores y los supuestos economistas del “libre mercado” han dado volteretas tratando de encontrar nuevas razones por las que “los déficits no importan”, por las que todos deberíamos relajarnos y disfrutar del proceso. Tal vez el argumento más absurdo de los reaganomistas fue que no deberíamos preocuparnos acerca de la creciente deuda pública porque se veía compensada en el balance federal por una expansión de los “activos” públicos. He aquí un nuevo giro en la macroeconomía del libre mercado: las cosas van bien porque está aumentando el valor de los activos públicos! En ese caso, ¿por qué no hacemos que el gobierno nacionalice directamente todos los activos? En realidad, los reaganomistas acudieron a cualquier argumento concebible para la deuda pública, salvo la frase

de Abba Lerner y estoy convencido de que no reciclan esa frase porque sería difícil mantenerse impertérrito cuando la posesión extranjera de deuda nacional se está disparando. Incluso aparte de la propiedad extranjera, es mucho más difícil que antes sostener la tesis de Lerner: a finales de la década de 1930, cuando Lerner enunció su tesis, los pagos de intereses federales totales eran de 1.000 millones de dólares, ahora se disparado a los 200.000 millones de dólares, la tercera partida más grande en el presupuesto federal, después de los gastos militares y de la Seguridad Social: los “nos” parecen cada vez más pobres comparados con los “nosotros”.

Para pensar sensatamente acerca de la deuda pública, antes tenemos que volver a los principios fundamentales y pensar en la deuda en general. Dicho de forma sencilla, una transacción de crédito se produce cuando A, el acreedor, transfiere una suma de dinero (digamos 1.000\$) a D, el deudor, a cambio de una promesa de que D devolverá a A en un año el principal más los intereses. Si el tipo de interés acordado para la transacción es del 10%, entonces el deudor se obliga a pagar dentro de un año 1.100\$ al acreedor. Este pago completa la transacción, que, al contrario que una venta normal, tiene lugar a lo largo del tiempo.

Hasta aquí, está claro que no hay nada “malo” en la deuda privada. Igual que cualquier intercambio en el mercado, ambas partes de él se benefician y nadie pierde. Pero supongamos que el deudor es un insensato, se endeuda en exceso y luego descubre que no puede devolver la suma que había acordado. Por supuesto, éste es el riesgo en que incurre la deuda y el deudor haría mejor en mantener sus deudas dentro de lo que puede devolver con seguridad. Pero éste no es un problema solo de la deuda. Cualquier consumidor puede gastar insensatamente: un hombre puede gastarse toda su nómina en una cara baratija y luego descubrir que no puede alimentar a su familia. Así que la insensatez de consumidor difícilmente sería un problema confinado solo a la deuda. Pero hay una diferencia crucial: si un hombre se endeuda en exceso y no puede pagar, el acreedor también lo sufre, porque el deudor no ha podido

devolver la propiedad del acreedor. En un sentido profundo, el deudor que no puede devolver los 1.100\$ que debe al acreedor ha robado propiedad que pertenece al acreedor: no tenemos simplemente una deuda civil, sino un agravio, una agresión contra la propiedad de otro.

En siglos anteriores, la infracción del deudor insolvente se consideraba grave y, salvo que el acreedor estuviera dispuesto a “perdonar” la deuda por caridad, el deudor continuaba debiendo el dinero y acumulando intereses, además de una sanción por el impago continuado. A menudo los deudores acababan en prisión hasta que pudieran pagar: tal vez un poco draconiano, pero al menos seguía la idea correcta de aplicar los derechos de propiedad y defender la santidad de los contratos. El principal problema práctico era la dificultad de los deudores en prisión de ganar el dinero para saldar la deuda: tal vez habría sido mejor permitir que el deudor estuviera libre, siempre que su renta fuera a pagar al acreedor su justa parte.

Sin embargo, ya en el siglo XVII los gobiernos empezaron a lamentar la situación de los desafortunados deudores, ignorando el hecho de que los deudores insolventes se han metido ellos mismos en su propio lío, y empezaron a subvertir su propia función proclamada de aplicar los contratos. Se aprobaron leyes de quiebra que, cada vez más, quitaban problemas los deudores e impedían que los acreedores obtuvieran su propiedad. El robo se condonaba cada vez más, se subvencionaba la imprevisión y se dificultaba el ahorro. En realidad, con el moderno dispositivo del Capítulo 11, instituido por la Ley de Reforma de la Quiebra de 1978, los gestores y accionistas ineficientes e imprevisores no solo quedaban impunes, sino que a menudo quedaban en puestos de poder, libres de deudas y seguían gestionando sus empresas y perjudicando a consumidores y acreedores con sus ineficiencias. Los economistas neoclásicos utilitaristas modernos no ven nada malo en todo esto: después de todo, el mercado se “ajusta” a estos cambios en la ley. Es verdad que el mercado puede ajustarse a casi todo, pero ¿y que? Perjudicar a los acreedores significa que los tipos de

interés crecen constantemente, tanto para el sobrio y honrado como para el imprevisor, pero ¿por qué debería gravarse a los primeros para subvencionar a los últimos? Pero hay problemas más profundos en esta actitud utilitaria. Es la misma afirmación amoral de algunos economistas, de que no hay nada de malo en que aumente el delito contra residentes o vendedores en los centros de las ciudades. El mercado, afirman, se ajustará y descontará esos altos índices de criminalidad y por tanto las rentas y valores de las viviendas serán menores en las áreas del centro de la ciudad. Así que todo se tiene en cuenta. ¿Pero qué tipo de consuelo es éste? ¿Y qué tipo de justificación de la agresión y el delito?

Así que en una sociedad justa solo el perdón voluntario de los acreedores quitaría la responsabilidad a los deudores; de otra forma, las leyes de quiebra serían un invasión injusta de los derechos de propiedad de los acreedores.

Un mito acerca de la ayuda a los “deudores” es que éstos son habitualmente pobres y los acreedores ricos, así que intervenir para salvar a los deudores es sencillamente y requisito de la “justicia” igualitaria. Pero esta suposición nunca fue cierta: en los negocios, cuanto más rico es el empresario, más probable es que sea un gran deudor. Son los Donald Trump y los Robert Maxwell de este mundo aquéllos cuyas deudas exceden espectacularmente a sus activos. En las grandes empresas modernas, el efecto de las cada vez más estrictas leyes de quiebra ha sido perjudicar a los acreedores y poseedores de bonos en beneficio de los accionistas y los directivos, que normalmente están instalados y aliados con unos pocos grandes accionistas. El mismo hecho de que la gran empresa sea insolvente demuestra que sus directivos han sido ineficientes y deberían ser eliminados de escena de inmediato. Las leyes de quiebra que siguen prolongando el gobierno de los directivos actuales, por tanto no solo invaden los derechos de propiedad de los acreedores, también dañan a los consumidores y a todo el sistema económico al impedir que el mercado purgue a los directivos y accionistas ineficientes e imprevisores y traslade la propiedad de los activos industriales a los

acreedores más eficientes. No solo eso: en un reciente artículo de crítica legal, Bradley y Rosenzweig han demostrado que también los accionistas, así como los acreedores han perdido una significativa cantidad de activos debido a la implantación del Capítulo 11 en 1978. Tal y como escriben: “si los tenedores de bonos y accionistas son ambos perdedores bajo el Capítulo 11, entonces ¿quiénes son los ganadores?” Los ganadores, notable, aunque no sorprendentemente, resultan ser los actuales e ineficientes directivos de la empresa, así como los diversos abogados, contables y consultores financieros que cobran enormes tarifas por las reorganizaciones de las quiebras.

En una economía de libre mercado que respete los derechos de propiedad el volumen de la deuda privada se autorregula por la necesidad de pagar al acreedor, ya que ningún Papá Gobierno te permite escaparte. Además, el tipo de interés que debe pagar un deudor depende no solo del nivel general de preferencia temporal sino del grado de riesgo que como deudor genere en el acreedor. Un buen riesgo de crédito será un “prestatario Premium”, que pagará un tipo de interés relativamente bajo; por el contrario, una persona imprevisora o un vagabundo que ya haya estado en bancarrota antes tendrán que pagar un tipo de interés mucho mayor, de acuerdo con el grado de riesgo del préstamo.

Desgraciadamente la mayoría de la gente aplica el mismo análisis a la deuda pública que a la privada. Si la sacralidad de los contratos debe prevalecer en el mundo de la deuda privada, ¿no debería ser igual de sagrada en la deuda pública? ¿No debería la deuda pública regirse por los mismos principios que la privada? La respuesta es que no, a pesar de que una respuesta así pueda sacudir la sensibilidad de la mayoría de la gente. La razón es que las dos formas de deuda de transacción son completamente distintas. Si pido dinero prestado a un banco hipotecario, he realizado un contrato para transferir mi dinero a un acreedor en una fecha futura: en el fondo, él es el verdadero propietario de mi dinero en ese momento y si no pago le estoy robando su justa propiedad. Pero cuando

el gobierno pide prestado dinero, no compromete su propio dinero: sus recursos no son responsables. El gobierno no compromete su propia vida, fortuna y sagrado honor en devolver la deuda, sino el nuestro. Es un caballo, y una transacción, de distinto color.

Pues al contrario que el resto de nosotros, el gobierno no vende bienes o servicios productivos y por tanto no genera nada. Solo puede obtener dinero saqueando nuestros recursos a través de los impuestos o del impuesto oculto de la falsificación legalizada conocida como “inflación”. Por supuesto, hay algunas excepciones, como cuando el gobierno vende sellos a coleccionistas o lleva nuestro correo con burda ineficacia, pero la abrumadora mayoría de los ingresos del gobierno se obtienen por impuestos o su equivalente monetario. En realidad, en los días de la monarquía, y especialmente en el periodo medieval antes del advenimiento del estado moderno, los reyes obtenían la mayoría de sus rentas de sus propiedades privadas, como bosques y campos agrícolas. Su deuda, en otras palabras, es más privada que pública y por consiguiente su deuda era prácticamente nula comparado con la deuda pública que empezó a florecer a finales del siglo XVII.

Por tanto, la transacción de la deuda pública es muy distinta de la de la deuda privada. En lugar de un acreedor con una baja preferencia temporal intercambiando dinero por un pagaré de un deudor con alta preferencia temporal, el gobierno recibe ahora dinero de los acreedores, sabiendo ambas partes que el dinero que se devuelva no vendrá de los bolsillos de políticos y burócratas, sino de las carteras saqueadas de los contribuyentes indefensos, los súbditos del estado. El gobierno obtiene el dinero por coacción fiscal y los acreedores públicos, lejos de ser inocentes, saben muy bien que sus ingresos vendrán de esta lamentable coacción. En resumen, los acreedores públicos están dispuestos a entregar dinero al gobierno ahora a cambio de recibir una parte del saqueo fiscal en el futuro. Es lo contrario del libre mercado o de una genuina transacción voluntaria. Ambas partes están contratando inmoralmente participar en la violación futura de los derechos de propiedad de los ciudadanos. Por tanto ambas

partes están llegando a acuerdos sobre la propiedad de otros y ambos merecen nuestro desprecio. La transacción de crédito público no es un contrato genuino que tenga que considerarse sacrosanto, no más que cuando los ladrones se reparten el botín por adelantado.

Cualquier vinculación de la deuda pública con una transacción privada debe basarse en la idea común pero absurda de que los impuestos son en realidad “voluntarios” y que siempre que el gobierno hace algo, “nosotros” estamos deseando hacerlo. Este conveniente mito fue rebatido aguda y mordazmente por el gran economista Joseph Schumpeter: “La teoría que interpreta a los impuestos sobre la analogía con las cuotas de un club o con la factura de, por ejemplo, un doctor, solo prueba lo lejos que está esta parte de las ciencias sociales de las costumbres mentales científicas”. La moralidad y la utilidad económica generalmente van de la mano. Al contrario que Alexander Hamilton, que hablaba para una pequeña pero poderosa camarilla de acreedores públicos de Nueva York y Filadelfia, la deuda nacional, no es una “bendición nacional”. El déficit público anual, junto con el pago anual de intereses que sigue aumentando mientras se acumula deuda total, canaliza cada vez más los escasos y preciosos ahorros privados hacia inútiles despilfarros públicos, que “expulsan” a las inversiones productivas. Los economistas del establishment, incluyendo los reaganomistas, esquivan inteligentemente el asunto calificando prácticamente todo el gasto público como “inversiones”, haciendo que suene como si todo fuera bonito porque los ahorros se han “invertido” de forma productiva. Sin embargo, en realidad, el gasto público solo puede calificarse de “inversión en sentido orwelliano: el gobierno realmente gasta en “bienes de consumo” y deseos de burócratas, políticos y sus clientelas dependientes. Por tanto el gasto público, en lugar de ser una “inversión”, es un gasto de consumo de un tipo especialmente derrochador e improductivo, ya que no lo reciben los productores sino una clase parásita que vive del sector privado productivo, debilitando continuamente. Así que vemos que las estadísticas no son en lo más mínimo “científicas” o “neutrales”: el cómo se clasifiquen los datos

(si por ejemplo, el gasto público es “consumo” o “inversión”) depende de la filosofía e ideas políticas del clasificador.

Por tanto los déficits y la deuda acumulada son una carga creciente e intolerable sobre la sociedad y la economía, tanto porque aumentan la carga fiscal como porque drenan progresivamente recursos del sector productivo al parásito e improductivo sector “público”. Además, siempre que los déficits se financian expandiendo el crédito bancario (en otras palabras, creando nuevo dinero) las cosas empeoran aún más, ya que la inflación de crédito crea una permanente y creciente inflación de precios así como oleadas de “ciclos económicos” de auge y declive.

Por todas estas razones los jeffersoinianos y jacksonianos (que, contrariamente a los mitos de los historiadores, conocían extraordinariamente bien la teoría económica y monetaria) odiaban y denostaban la deuda pública. De hecho, la deuda pública se liquidó dos veces en la historia estadounidense, la primera vez por Thomas Jefferson y la segunda, e indudablemente la última, por Andrew Jackson.

Por desgracia, liquidar una deuda nacional que pronto llegará a los 4 billones de dólares llevaría rápidamente a la quiebra a todo el país. ¡Pensemos en las consecuencias de imponer nuevos impuestos por 4 billones en Estados Unidos el año que viene! Otra forma, casi igual de devastadora, de pagar la deuda pública sería imprimir 4 billones de nuevo dólares, ya sea en billetes o creando nuevo crédito bancario. Este método sería extraordinariamente inflacionista y los precios se dispararían rápidamente, arruinando a todos los grupos cuyas ganancias no aumentarían en el mismo grado y destruyendo el valor del dólar. Pero en esencia esto es lo que ocurre en países que hiper-inflan, como hizo Alemania en 1923 e incontables países desde entonces, particularmente en el Tercer Mundo. Si un país infla la divisa para liquidar su deuda, los precios aumentarán de forma que los dólares o marcos o pesos que reciba el acreedor valgan mucho menos que los dólares o pesos que prestó originalmente.

Cuando un estadounidense compraba un bono alemán de 10.000 marcos, valía varios miles de dólares; esos 10.000 marcos al acabar 1923 no hubieran valido más que un chicle. Por tanto, la inflación es una forma subrepticia y terriblemente destructiva de repudiar indirectamente la “deuda pública”: destructiva porque arruina la unidad monetaria, de la que dependen personas y empresas para calcular todas sus decisiones económicas.

Propongo por tanto una forma aparentemente drástica pero realmente mucho menos destructiva de liquidar la deuda pública de un solo golpe: el repudio directo de la deuda. Piensen en esto. ¿Por qué deberían los pobres y maltratados ciudadanos de Rusia y Polonia o los demás países excomunistas responder por las deudas contratadas por sus antiguos amos comunistas? En el caso comunista, la injusticia está clara: el que los ciudadanos que luchan por la libertad y la economía de mercado deberían pagar impuestos por deudas contraídas por la monstruosa clase dirigente anterior. Pero esta injusticia solo difiere en el grado de la deuda pública “normal”. Pues igualmente ¿por qué debería el gobierno comunista de la Unión Soviética verse obligado por deudas contraídas por el gobierno zarista que odiaban y derrocaron? ¿Y por qué deberíamos los luchadores ciudadanos estadounidenses de hoy día responder a deudas creadas por una élite gobernante pasada que contrajo esas deudas a nuestra costa? Uno de los argumentos convincentes contra pagar “indemnizaciones” a los negros por la pasada esclavitud es que nosotros, los que vivimos, no tenemos esclavos. Igualmente los que vivimos no contratamos las deudas pasadas o presentes en las que incurrieron los políticos y burócratas de Washington.

Aunque muy olvidada por historiadores y público, el repudio de la deuda pública es una parte de la tradición estadounidense. La primera ola de repudio se produjo en la década de 1840, después de los pánicos de 1837 y 1839. Estos pánicos fueron la consecuencia de un masivo auge inflacionista impulsado el Segundo banco de los Estados Unidos dirigido por los whigs. Sobre la ola del crédito inflacionista, numerosos gobiernos estatales, en buena

parte dirigidos por los whigs, afloraron una enorme cantidad de deuda, la mayoría de la cual fue a inútiles obras públicas (eufemísticamente llamadas “mejoras internas”) y a la creación de bancos inflacionistas. La deuda pública pendiente de los gobiernos estatales subió de 26 millones de dólares a 170 millones durante la década de 1830. La mayoría de estos títulos fueron financiados por inversores británicos y holandeses.

Durante los sucesivos pánicos de la década de 1840, los gobiernos de los estados afrontaron el pago de sus deudas en dólares que eran ahora más valiosos que los que habían tomado prestados. Muchos estados, ahora en buena parte en manos demócratas, afrontaron la crisis repudiando estas deudas, ya sea total o parcialmente redimensionando la cantidad con “reajustes”. En concreto, de los 28 estados de Estados Unidos en la década de 1840, nueve estaban en la gloriosa posición de no tener deuda pública y en uno (Missouri) era mínima; de los 18 restantes, nueve pagaron los intereses de su deuda pública sin interrupciones, mientras que otros nueve (Maryland, Pennsylvania, Indiana, Illinois, Michigan, Arkansas, Luisiana, Mississippi y Florida) repudiaron parte o todo su pasivo. De estos estados, cuatro dejaron de pagar los intereses durante varios años, mientras que los otros cinco (Michigan, Mississippi, Arkansas, Luisiana y Florida) repudiaron total y permanentemente toda su deuda pública pendiente. Como en todo repudio de deuda, el resultado fue levantar una pesada carga sobre las espaldas de los contribuyentes en los estados no pagadores y repudiantes.

Aparte del argumento de la moralidad o santidad del contrato contra el repudio que ya hemos explicado, el argumento económico habitual es que ese repudio es desastroso porque quién en su sano juicio volvería a prestar a un gobierno repudiante. Pero el contraargumento eficaz se ha considerado raras veces: ¿por qué debería inyectarse más capital privado en las ratoneras del gobierno? Es precisamente la eliminación de futuros créditos públicos lo que constituye uno de los principales argumentos para el repudio, pues significa secar beneficiosamente un canal de destrucción inútil de

los ahorros de la gente. Lo que queremos son ahorros abundantes e inversión en empresas privadas y un gobierno delgado austero, de bajo presupuesto, mínimo. El pueblo y la economía solo pueden hacerse grandes y poderosos cuando el gobierno es frugal y enclenque.

La siguiente gran oleada de repudio estatal de la deuda llegó en el Sur tras la plaga de la ocupación nortea y la Reconstrucción que se hacía cernido sobre él. Ocho estados sureños (Alabama, Arkansas, Florida, Luisiana, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Tennessee y Virginia) procedieron a finales de la década de 1870 y principios de la de 1880, bajo regímenes demócratas, repudiar la deuda que recaía sobre sus contribuyentes por culpa de los corruptos y derrochadores rapaces gobiernos republicanos radicales bajo la Reconstrucción.

Entonces, ¿qué puede hacerse ahora? La deuda federal es de 3,5 billones de dólares. Aproximadamente 1,4 billones, un 40%, la posee una u otra agencia del gobierno. Es ridículo que a un ciudadano se le grave por un brazo del gobierno federal (hacienda) para pagar intereses y principal de la deuda poseída por otra agencia del gobierno federal. Ahorraría mucho dinero al contribuyente y alejaría a los ahorros de otro desperdicio cancelar directamente esa deuda. La supuesta deuda es simplemente una ficción contable que enmascara la realidad y crea un medio cómodo para exprimir al contribuyente. Así que la mayoría de la gente cree que la Administración de la Seguridad Social se lleva las primas y las acumula, tal vez invirtiéndolas bien y luego las “devuelve” al ciudadano “asegurado” cuando cumple 65 años. No hay seguro y no hay “fondos”, como debe en realidad haber en cualquier sistema de seguro privado. El gobierno federal simplemente toma las “primas” (impuestos) de la Seguridad Social, las gasta en gastos generales del tesoro y luego, cuando la persona cumple 65 años, grava a otros para pagar la “prestación del seguro”. La Seguridad Social, tal vez la institución más reverenciada en la política estadounidense es asimismo la mayor estafa. Es sencillamente un gigantesco esquema de Ponzi controlado por el gobierno federal. Pero esta realidad está enmascarada por la compra de bonos

públicos de la Administración de la Seguridad Social, gastando luego el tesoro estos fondos en lo que desea. Pero el hecho de que la Administración de la Seguridad Social tenga bonos públicos en su cartera y cobre intereses y pagos del contribuyente estadounidense le permite enmascararlo como si fuera un negocio legítimo de seguro.

Por tanto, cancelar los bonos poseídos por agencias reduce la deuda federal en un 40%. Yo defendería llegar a repudiar toda la deuda y dejar que los pedazos caigan donde puedan. El glorioso resultado sería una caída inmediata de 200.000 millones de dólares en gasto federal, con al menos la posibilidad de un recorte equivalente en impuestos.

Pero si este plan se considera demasiado draconiano, ¿por qué no tratar al gobierno federal como se trata a cualquier bancarrota privada (olvidando el Capítulo 11)? El gobierno es una organización, así que ¿por qué no liquidar los activos de la organización y pagar a los acreedores (los tenedores de bonos públicos) una porción a prorrata de dichos activos? La solución no costaría nada al contribuyente y asimismo le libraría de 200.000 millones de dólares en pagos anuales de intereses. Se obligaría al gobierno de Estados Unidos a regurgitar estos activos, venderlos en subasta y pagar a los acreedores de acuerdo con ello. ¿Qué activos del gobierno? Hay una gran cantidad de activos, de la Tennessee Valley Authority a los parques nacionales a distintas estructuras como Correos. Las enormes oficinas de la CIA en Langley, Virginia, deberían generar un buen lugar para edificar chalets para todos los trabajadores dentro de la circunvalación. Tal vez podríamos echar a las Naciones Unidas de los Estados Unidos, reclamar los terrenos y edificios y venderlos para casas de lujo para las celebridades del East End. Otro descubrimiento de este proceso sería una privatización masiva del terreno socializado en el Oeste de Estados Unidos y también del resto del país. La combinación de repudio y privatización llegaría a reducir la carga fiscal, estableciendo una sensatez fiscal y desocializando Estados Unidos.

Sin embargo, para seguir este camino primero tenemos que librarnos de la mendaz mentalidad que combina lo público con lo privado y que trata a la deuda pública como si fuera un contrato productivo entre dos propietarios legítimos.

La Falacia del “Sector Público”

Murray Rothbard

Se habla mucho, en los tiempos actuales, acerca del «sector público» y abundan en el país solemnes discusiones sobre si debe o no incrementarse este sector a costa del «sector privado». La propia terminología empleada transpira aires de ciencia pura.

Brota, efectivamente, del mundo supuestamente científico y plagado de imperfecciones que gira en torno a la «estadística del ingreso nacional». Pero el concepto es difícilmente wertfrei. De hecho, está cargado de graves y objetables implicaciones.

En primer lugar, podemos preguntar: ¿«sector público» de qué? De algo llamado «producto nacional». Obsérvese, sin embargo, que ese planteamiento encubre el supuesto de que el producto nacional es una especie de tarta, que se compone de varios «sectores», y que esos sectores, tanto el público como el privado, se agregan para integrar el producto total de la economía. De esta manera se introduce subrepticamente en el análisis el supuesto de que los sectores público y privado son igualmente productivos e importantes y tienen características equivalentes, por lo cual, «nuestra» decisión sobre las proporciones relativas del sector público y del sector privado es tan inocua como la decisión del individuo que elige entre comer helados o pasteles. Se considera así al Estado como una amable

agencia de servicios, algo parecido a la tienda de la esquina, o más bien al pabellón vecino donde «nos» reunimos para decidir en común cuántas cosas debe llevar a cabo «nuestro gobierno» en sustitución o en beneficio de nosotros. Incluso, aquellos economistas neoclásicos que propugnan la economía de mercado y la sociedad libre, contemplan a menudo al Estado como un órgano de prestación de servicios, generalmente ineficiente, pero no obstante amable y paternal, que registra mecánicamente «nuestras» valoraciones y decisiones.

No parece difícil que tanto los profesionales como los profanos percibiesen el hecho de que el gobierno no es algo parecido a los rotarios; que difiere profundamente de todos los demás órganos e instituciones sociales; que se caracteriza, en síntesis, porque vive y adquiere sus ingresos por la coerción y no por el pago voluntario. El extinto Joseph Schumpeter no ha sido nunca más sagaz que cuando escribió: «La teoría que construye los impuestos como equivalentes a las cuotas de un club o a la adquisición de los servicios de, digamos, un médico, prueba solamente lo distante que se encuentra esta parte de las ciencias sociales de criterios científicos rigurosos» [1].

Dejando a un lado el sector público, ¿qué es lo que constituye la productividad del «sector privado» de la economía? La productividad del sector privado no se origina en el hecho de que los hombres se mueven activamente haciendo algunacosa, cualquiera que ella sea, con sus recursos. Consiste en el hecho de que usan esos recursos para satisfacer las necesidades y los deseos de los consumidores. Los empresarios y los demás productores dedican sus energías, en el mercado libre, a producir aquellos productos que serán mejor pagados por los consumidores, y la venta de esos productos «mide», en consecuencia, aproximadamente la importancia que les atribuyen los consumidores. Si millones de hombres destinasen sus energías a producir coches de caballos, no podrían, en los tiempos actuales, venderlos y, por lo tanto, la productividad de su esfuerzo sería virtualmente nula. De otro lado, si los consumidores gastan unos cuantos

millones de dólares en un año determinado en el producto «X», los estadísticos pueden, razonablemente, estimar que esos millones constituyen la productividad que corresponde en ese año a la producción de X en el «sector privado» de la economía.

Una de las más importantes características de nuestros recursos económicos es su escasez. La tierra, el trabajo y los bienes capital son todos factores escasos y pueden ser todos destinados a usos diversos. El mercado libre los usa «productivamente» porque los productores son inducidos, en el mercado, a producir lo que más desean los consumidores: automóviles, por ejemplo, en lugar de coches de caballos.

Por lo tanto, aunque las estadísticas del producto total del sector privado parecen consistir en una mera adición de magnitudes, o en un mero agregado de unidades de producto, las medidas del producto suponen realmente la importante decisión cualitativa de considerar solamente como «producto» aquello que los consumidores están dispuestos a comprar. Un millón de automóviles vendidos en el mercado son productivos porque los consumidores lo consideran así. Un millón de coches de caballos, que resultasen invendibles, no se hubieran considerado «producto» porque hubieran sido desechados por los consumidores.

Imaginemos ahora que en ese mundo idílico del cambio libre penetra la mano del gobierno. El gobierno decide suprimir enteramente los automóviles por alguna razón que él estima valedera (quizá porque los adornos espectaculares de la carrocería ofenden la sensibilidad estética de los gobernantes) y obliga a las fábricas de automóviles a producir una cantidad equivalente de coches de caballos. Bajo ese régimen hipotético, los consumidores estarían en cierto modo obligados a comprar los coches de caballos, ya que los automóviles estarían prohibidos. Es, sin embargo, evidente que, en este caso, el estadístico actuaría ciegamente si contabilizase alegre y simplemente los coches de caballos como si fuesen tan «productivos» como los automóviles.

Considerarlos igualmente productivos sería una burla. No obstante, en las mencionadas condiciones, el «producto nacional» total no registraría ninguna disminución estadística, a pesar de que, en realidad, habría sufrido una drástica baja.

El ensalzado «sector público» plantea situaciones que son incluso peores que la de los coches de caballos de nuestro ejemplo hipotético. Pues la mayor parte de los recursos consumidos por las fauces gubernamentales no han sido nunca vistos, y menos usados por los consumidores, quienes podían, al menos, montar en los coches de caballos. En el sector privado, la productividad de una empresa se mide por la cuantía de lo que gastan voluntariamente los consumidores en sus productos. Pero en el sector público, la «productividad» del gobierno se mide -mirabile dictu- por la cuantía de lo que el propiogobierno gasta. En las primeras construcciones de la estadística del ingreso nacional, los estadísticos confrontaron el hecho de que las actividades del gobierno, a diferencia de lo que ocurre con los individuos y con las empresas, no podían estimarse por los pagos voluntarios del público, porque tales pagos eran imperceptibles o inexistentes. Presumiendo, sin prueba alguna, que el gobierno debe ser tan productivo como cualquier otra entidad, determinaron utilizar sus gastos como medida de su productividad. De esta manera, no sólo resultan los gastos gubernamentales tan útiles como los privados, sino que todo lo que el gobierno requiere para incrementar su «productividad» es aumentar su burocracia. ¡La contratación de más burócratas es la manera de ver ascender la productividad del sector público! Ello es, ciertamente, una modalidad fácil y feliz de magia social para nuestros deslumbrados ciudadanos.

La verdad es exactamente contraria a las suposiciones populares. Bien lejos de agregar satisfacciones al sector privado, el sector público sólo puede mantenerse a costa de él. Vive por necesidad parasitariamente de la economía privada.

Ello significa que los recursos productivos de la sociedad, en lugar de destinarse a satisfacer las necesidades de los consumidores, se desplazan, por métodos coercitivos, de esas necesidades y deseos. Los fines de los consumidores son deliberadamente frustrados y los recursos de la economía desviados de ellos hacia las actividades deseadas por los políticos y la burocracia parasitaria. En muchos casos, los consumidores privados no obtienen absolutamente nada, excepto quizás la propaganda que se les transmite a sus propias expensas. En otros casos, los consumidores reciben algo que ocupa un rango muy inferior en su escala de preferencias, como ocurre con los coches de caballos de nuestro ejemplo. En cualquier caso, resulta evidente que el «sector público» es realmente antiproduktivo, que en vez de agregarle, sustrae al sector privado de la economía.

El sector público vive por el continuo ataque al verdadero criterio que se usa para medir la productividad: las adquisiciones voluntarias de los consumidores, la producción y el intercambio por vías distintas que la absorción de recursos.

Podemos estimar el impacto fiscal del gobierno en el sector privado sustrayendo los gastos gubernamentales del producto nacional. Pues los pagos del gobierno a su propia burocracia apenas son adiciones a la producción; y la absorción, por el gobierno, de recursos económicos, excluye esos recursos de la esfera productiva. Esta estimación es, naturalmente, puramente fiscal. No intenta medir el impacto antiproduktivo de diversas regulaciones gubernamentales que mutilan la producción y el intercambio por vías distintas que la absorción de recursos. Tampoco tiene en cuenta numerosas otras falacias de la estadística del producto nacional. Pero, al menos, pone término a mitos comunes tales como la idea de que el producto de la economía estadounidense creció durante la Segunda Guerra Mundial. Si sustraemos el déficit gubernamental, en vez de agregarlo, veremos que la productividad real de la economía declinó, como es razonable esperar que ocurra durante una guerra.

En otro de sus sagaces comentarios, Joseph Schumpeter escribió, refiriéndose a los intelectuales anticapitalistas: «...el capitalismo está procesado ante jueces que tienen la sentencia de muerte en sus bolsillos. Están decididos a dictar esa sentencia, sea cualquiera la defensa que escuchen; el único triunfo que una defensa victoriosa puede posiblemente obtener es un cambio en la acusación» [2]. La acusación ha sido ciertamente cambiada. En el decenio de los treinta, escuchábamos que el gobierno debía expandir sus funciones porque el capitalismo había producido la pobreza de las masas. Hoy, bajo la égida de John Kenneth Galbraith, escuchamos que el capitalismo ha pecado porque las masas son demasiado opulentas. En tanto que antes la pobreza agobiaba a «un tercio del país», ahora debemos deplorar la «penuria» del sector público.

¿En qué criterios se basa el Dr. Galbraith para deducir que el sector privado está demasiado hinchado y el sector público demasiado anémico y que, en consecuencia, el gobierno debe ejercer coerción adicional para corregir su propia desnutrición? Ciertamente no se basa en criterios históricos. En 1902, por ejemplo, el producto nacional neto de Estados Unidos era de 22,1 miles de millones de dólares; y los gastos gubernamentales (federales, estatales y locales) totalizaban 1,66 miles de millones, esto es, el 7,1% del producto total. Por otra parte, en 1957, el producto nacional neto era de 402,6 miles de millones de dólares, y los gastos gubernamentales totalizaban 125,5 miles de millones, o sea, el 31,2% del producto total. La depredación fiscal del gobierno en el producto privado se ha multiplicado, por lo tanto, de cuatro a cinco veces en el presente siglo.

Difícilmente puede considerarse a esto «penuria» del sector público. No obstante, Galbraith sostiene que el sector público está siendo crecientemente «empobrecido», en relación con su estado en el no opulento siglo diecinueve.

¿Qué criterios, pues, nos ofrece Galbraith para descubrir cuándo llegará finalmente a su nivel óptimo el sector

público? La respuesta no es otra cosa que fantasía personal:

Puede preguntarse cuál es el criterio de determinación del equilibrio -en qué punto puede deducirse que ha sido logrado el equilibrio en la satisfacción de las necesidades privadas y públicas-. La respuesta es que no puede aplicarse ningún criterio, porque no existe ninguno... El presente desequilibrio es claro... En vista de ello, la dirección en la cual debemos movernos para corregirlo es manifiestamente sencilla [3].

Para Galbraith, el presente desequilibrio es «claro». ¿Por qué lo es? Porque contempla por todos lados y observa deplorables condiciones dondequiera que opera el gobierno. Las escuelas están atestadas, el tráfico urbano congestionado, las calles desordenadas, los ríos contaminados. Podría haber añadido que el número de delitos crece incesantemente y que los tribunales de justicia están sobrecargados. Todo esto ocurre en zonas sometidas a la propiedad y a la acción gubernamental. La única solución imaginada para corregir esas evidentes deficiencias es insuflar más dinero en las arcas gubernamentales.

Pero, ¿cuál es la razón por la que son solamente las entidades gubernamentales las que claman por más dinero y denuncian a los ciudadanos por su renuencia para suministrarlo? ¿Por qué no encontramos nunca en la esfera de la empresa privada realidades equivalentes a los atascos del tráfico (que ocurren en vías gubernamentales), a las escuelas mal administradas, a la escasez de agua, etc.? La razón es que las empresas privadas adquieren el dinero que les corresponde por medio de dos fuentes: el pago que hacen voluntariamente los consumidores por los servicios prestados, y la inversión que hacen voluntariamente los inversionistas en consideración a la expectativa de la demanda de los consumidores. Si aumenta la demanda de un bien que se encuentra en la zona de la empresa privada, los consumidores pagan más por el producto en cuestión y los inversionistas invierten

más en su producción, equilibrando así el mercado en el punto adecuado para la satisfacción de las necesidades de todos. Si aumenta, por el contrario, la demanda de un bien que se encuentra en la zona de la propiedad gubernamental (agua, calles, transporte subterráneo, etc.), todo lo que escuchamos son recriminaciones contra el consumidor por derrochar recursos preciosos, combinadas con recriminaciones contra el contribuyente por resistirse a una mayor carga tributaria. La empresa privada tiene por esencial finalidad atender al consumidor y satisfacer sus demandas más urgentes. Las entidades gubernamentales, por el contrario, denuncian al consumidor como un enojoso usuario de sus recursos. Solamente un gobierno, por ejemplo, sería capaz de contemplar con simpatía la prohibición de los automóviles particulares como una «solución» al problema de las calles congestionadas. Los numerosos servicios «libres» prestados por el gobierno crean, por lo demás, un excedente permanente de la demanda sobre la oferta y, por lo tanto, «escasez» permanente del producto. El gobierno, en suma, al adquirir sus ingresos por confiscación coercitiva en vez de adquirirlos por la vía de la inversión y del consumo voluntarios, no es ni puede ser manejado como una empresa. Su burda e inherente ineficiencia, su imposibilidad de suplir adecuadamente el mercado, le convierten en fuente de conflictos en el panorama económico [4].

En otros tiempos, la mala administración inherente a las entidades gubernamentales era generalmente considerada como un argumento poderoso para mantener todo lo que fuera posible lejos de la acción del gobierno. Después de todo, cuando uno ha invertido en un negocio y ha sufrido pérdidas trata de abstenerse de verter más dinero en él. Sin embargo, el Dr. Galbraith quisiera que redoblásemos nuestra determinación de verter el dinero duramente ganado por el contribuyente en la ratonera del «sector público». ¡Y usa como principal argumento las propias deficiencias del método de acción gubernamental!

El profesor Galbraith tiene dos líneas de defensa para su tesis. En primer lugar afirma que, al subir el nivel de vida de los pueblos, los nuevos bienes obtenidos no son tan

valiosos para ellos como los primeros. Ello pertenece, sin duda, a las nociones elementales de economía. Pero Galbraith se las arregla para deducir, de ese hecho, que las necesidades privadas de los pueblos no tienen ya valor alguno para ellos. Mas, si esto es verdad, ¿por qué los «servicios» gubernamentales, que se han expandido a un ritmo muy superior, son todavía tan valiosos que requieren un desplazamiento adicional de recursos hacia el sector público? Su argumento final es que las necesidades privadas son artificialmente inducidas por la publicidad de las empresas, las cuales «crean» automáticamente las necesidades que supuestamente sirven. En resumen, de acuerdo con el modo de pensar de Galbraith, si no estuvieren sometidos a esas influencias, los hombres se contentarían con una vida no opulenta, posiblemente a niveles de subsistencia. La publicidad es el villano que viene a echar a perder esa vida idílica primitiva.

Prescindiendo del problema filosófico de cómo «A» puede crear las necesidades y deseos de «B» sin que tengan que ser refrendados por «B», nos enfrentamos a un curioso enfoque de la economía. ¿Es «artificial» todo lo que excede el nivel de subsistencia? ¿De acuerdo con qué criterios? Por lo demás, ¿cómo puede explicarse que una empresa se imponga la tarea y el costo adicional de inducir un cambio en las necesidades de los consumidores, cuando puede obtener beneficios satisfaciendo las necesidades existentes, no «creadas» por ella? La propia «revolución de los mercados» a que está sometida la empresa privada, su creciente y casi frenética concentración en la «investigación de mercados» (market research) demuestra lo contrario al punto de vista de Galbraith. Pues si las empresas creasen, a través de la publicidad, la demanda de los consumidores hacia sus productos, no habría necesidad alguna de investigar el mercado, y no habría temor alguno de quiebra o de fracaso. En realidad, lejos de que el consumidor sea más «esclavo» de las empresas en una sociedad opulenta, la verdad es exactamente lo contrario, pues a medida que el nivel de vida sube por encima del nivel de subsistencia, el consumidor se hace más difícil y especial en sus compras. El empresario tiene

que cortejar al consumidor más que antes, y de aquí sus intensos esfuerzos de investigación del mercado para descubrir lo que el consumidor quiere comprar.

Existe, sin embargo, una zona en nuestra sociedad, en la cual las censuras de Galbraith a la publicidad casi pueden considerarse aplicables, pero es una zona que curiosamente, él no menciona nunca. Se trata de la enorme dosis de publicidad y propaganda efectuada por el gobierno.

Es esta una publicidad que irradia hacia el ciudadano las cualidades de un producto que, a diferencia de lo que ocurre con la publicidad de las empresas, aquél no tiene jamás la posibilidad de probar. Si la Compañía de Cereales X imprime la fotografía de una atractiva figura femenina que proclama las excelencias del cereal X, el consumidor, aun si es lo suficientemente estúpido para tomarlo en serio, tiene la posibilidad de verificar personalmente esa proposición. Su propio gusto determinará si lo ha de comprar o no. Pero si una entidad gubernamental hace publicidad ante las masas de sus propias cualidades, el ciudadano no tiene medio alguno de aceptar o rechazar esas pretensiones. Si algunas necesidades son artificiales, son aquellas generadas por la propaganda gubernamental. Por lo demás, la publicidad de las empresas es, al menos, pagada por los inversionistas, y su éxito depende de la voluntaria aceptación del producto por los consumidores. La publicidad gubernamental es pagada por medio de impuestos extraídos de los ciudadanos, y por lo tanto, puede proseguir, año tras año, sin control. El infortunado ciudadano es inducido por la publicidad gubernamental para que aplauda los méritos de aquellos que, por procedimientos coercitivos, le obligan a costear esa propaganda. Esto es verdaderamente agregar el insulto al daño patrimonial.

Si el profesor Galbraith y sus seguidores son pobres mentores para comprender el sector público, ¿cuál es la orientación que se deriva de nuestro análisis? La contestación es la que formuló hace tiempo Jefferson: «Aquel gobierno es mejor mientras gobierna menos».

Cualquier reducción en el sector público, cualquier desplazamiento de actividades de la esfera pública a la privada constituye un beneficio moral y económico neto.

Gran número de economistas tienen dos argumentos básicos en favor del sector público que sólo podemos considerar muy brevemente aquí. Uno es el problema de los «beneficios externos». A y B se benefician, se afirma, si pueden obligar a C a efectuar algo. Mucho puede alegarse en crítica de esta doctrina. Baste decir aquí que cualquier argumento que proclame el derecho y la bondad que tienen, digamos, tres vecinos, que anhelan formar un cuarteto de cuerdas, para obligar a un cuarto vecino a punta de bayoneta a aprender a tocar la viola, apenas merece un comentario serio. El segundo argumento es más sustancial. Despojado de la jerga técnica, sostiene que algunos servicios esenciales no pueden ser suministrados por la esfera privada y que, por lo tanto, es necesario que sean suministrados por el gobierno.

Sin embargo, todos los servicios suministrados por el gobierno han sido, en algún tiempo, atendidos con éxito por la empresa privada. La débil afirmación de que los particulares no pueden suministrar esos bienes no ha sido apoyada, en las obras de esos economistas, por ninguna clase de prueba.

¿Por qué razón, por ejemplo, los economistas, tan propensos a soluciones pragmáticas o utilitarias, no reclaman «experimentos» sociales en esta dirección? ¿Por qué deben hacerse siempre los experimentos políticos en la dirección que favorece más actividad gubernamental? ¿Por qué no dejar al mercado libre los servicios de una entidad municipal, o incluso de una o dos entidades estatales, y ver lo que es capaz de realizar?

La Vía al Totalitarismo

Henry Hazlitt

A pesar del evidente objetivo final de los amos de Rusia de comunizar y conquistar el mundo, y a pesar de temible poder que armas como misiles guiados y bombas atómicas y de hidrógeno puedan poner en sus manos, la mayor amenaza a la libertad estadounidense proviene hoy de su interior. Es la amenaza de una ideología totalitaria creciente y en expansión.

El totalitarismo en su forma final es la doctrina de que el gobierno, el estado, debe ejercer un control total sobre el individuo. El American College Dictionary, siguiendo de cerca al Webster's Collegiate, define al totalitarismo como "perteneciente a una forma centralizada de gobierno en la que los que están al mando no conceden reconocimiento ni tolerancia a partidos de diferente opinión".

Ahora debería describir este fracaso en conceder tolerancia a otros partidos como algo que no es lo esencial del totalitarismo, sino más bien como una de sus consecuencias o corolarios. La esencia de totalitarismo es que el grupo en el poder debe ejercer el control total. Su propósito original (como en el comunismo) puede ser meramente ejercitar un control total sobre "la economía". Pero "el estado" (el imponente nombre de la camarilla en el poder) solo puede ejercer un control total sobre la economía si ejercita un control completo sobre importaciones y exportaciones, sobre precios y tipos de interés y salarios, sobre la producción y el consumo, sobre

compras y ventas, sobre las rentas ganadas y gastadas, sobre los trabajos, sobre las profesiones, sobre los trabajadores (sobre lo que hacen y lo que obtienen y a dónde van y finalmente, sobre lo que dicen e incluso lo que piensan).

Si el control total sobre la economía debe en definitiva significar el control total sobre lo que la gente hace, dice y piensa, entonces solo es señalar detalles o apuntar corolarios decir que el totalitarismo suprime la libertad de prensa, la libertad de religión, la libertad de reunión, la libertad de inmigración y emigración, la libertad de crear o mantener cualquier partido político en la oposición y la libertad de votar contra el gobierno. Estas supresiones son simplemente los resultados finales del totalitarismo.

Todo lo que buscan los totalitarios es el control total. Esto no significa necesariamente que quieran la supresión total. Suprimen únicamente las ideas con las que no están de acuerdo o les parecen sospechosas o de las que nunca han oído hablar, y solo suprimen las acciones que no les gustan o de las que no ven la necesidad. Dejan al individuo perfectamente libre de estar de acuerdo con ellos y perfectamente libre de actuar de cualquier forma que sirva a sus propósitos (o a lo que puedan considerar en ese momento como indiferente). Por supuesto, a veces obligan a acciones, como las denuncias de gente que está contra el gobierno (o a quienes el gobierno dice que están contra el gobierno o a humillarse adulando al líder del momento. El que ninguna persona en Rusia tenga hoy la adulación humillante que reclamaba Stalin significa principalmente que ningún sucesor ha tenido éxito aún en conseguir el poder indiscutible de Stalin.

Una vez que entendemos el totalitarismo “total”, estamos en mejor disposición para entender los grados del totalitarismo. O más bien, como el totalitarismo es total por definición, probablemente sea más apropiado decir que estamos en mejor disposición para entender las etapas en la vía al totalitarismo.

Desde donde estamos, podemos movernos hacia el totalitarismo por un lado o hacia la libertad por el otro. ¿Cómo determinamos dónde estamos ahora? ¿Cómo sabemos en qué dirección nos hemos estado moviendo? En esta esfera ideológica, ¿cómo es nuestro mapa? ¿Cuál es nuestra brújula? ¿Cuáles son las indicaciones o constelaciones que nos guían?

En un poco difícil, como demuestra su neblinoso y conflictivo uso, estar de acuerdo en qué significa precisamente la libertad. Pero no es demasiado difícil estar de acuerdo en qué significa la esclavitud- Y no es demasiado difícil reconocer la mente totalitaria cuando nos topamos con una. Su característica principal es un desdén por la libertad. Es decir, su característica principal es un desdén por la libertad de otros. Como remarcaba Tocqueville en el prólogo a su “Francia antes de la Revolución de 1789”:

Los propios déspotas no niegan la excelencia de la libertad, pero quieren tenerla toda para ellos y mantienen que todos los demás hombres son completamente indignos de ella. Así que no es en la opinión que pueda tenerse de la libertad donde subsiste esta diferencia, sino en la mayor o menor estima que tengamos por la humanidad y puede decirse con estricta precisión, que el gusto que un hombre pueda mostrar por el gobierno absoluto muestra una relación exacta con el desdén que pueda profesar por sus conciudadanos.

En otras palabras, la negación de la libertad se basa en la suposición de que el individuo es incapaz de ocuparse de sus propios asuntos.

Tres tendencias o ideas principales señalan la deriva hacia el totalitarismo. La primera y más importante, porque las otras dos derivan de ella, es la presión por un constante aumento en los poderes del gobierno, por una constante ampliación de la esfera gubernamental de intervención. Es la tendencia hacia más y más regulación en toda esfera de la vida económica, hacia más y más restricciones de las

libertades del individuo. La tendencia hacia más y más gasto público es una parte de esta tendencia. Significa en la práctica que el individuo es capaz de gastar cada vez menos de la renta que gana en cosas que quiere, mientras que el gobierno toma cada vez más de su renta para gastarlo en las cosas que él cree sensato. En resumen, una de las suposiciones básicas del totalitarismo (y de pasos hacia él, como el socialismo, el paternalismo estatal y el keynesianismo) es que no puede confiarse en el ciudadano para que gaste su propio dinero. Al ser cada vez más amplio el control público, la discreción individual, el control del individuo de sus propios asuntos en todas direcciones se convierte necesariamente en cada vez más estrecho. En resumen, la libertad disminuye constantemente.

Una de las grandes contribuciones de Ludwig von Mises ha sido demostrar mediante un razonamiento riguroso y cientos de ejemplos cómo la intervención pública en la economía de mercado siempre genera una situación peor de la que habría existido en otro caso, incluso juzgada por los objetivos originales de los defensores de la intervención.

Supongo que otros participantes en este simposio explicarán con bastante exhaustividad esta fase de intervencionismo y estatismo, así que me gustaría de dedicar particular atención ahora a las consecuencias políticas que acompañan a la intervención pública en la esfera económica.

He llamado consecuencias a estos acompañamientos políticos y lo son en buena medida, pero también son, al tiempo, causas. Una vez el poder del estado ha aumentado por alguna intervención económica, este aumento en el poder del estado permite y estimula más intervenciones, que aumentan más el poder del estado y así sucesivamente.

La declaración breve más poderosa de esta interacción que yo conozca se produce en un discurso realizado por el eminente economista sueco, el veterano Gustav Cassel. Se

publicó en un panfleto con el título descriptivo, pero bastante largo, Del proteccionismo a la dictadura mediante la economía planificada.[1] Me tomo la libertad de citar un pasaje extenso de este:

El liderazgo del estado en asuntos económicos que quieren establecer los defensores de la economía planificada está, como hemos visto, conectado necesariamente con una apabullante masa de interferencias gubernamentales de una naturaleza constantemente acumulativa. La arbitrariedad, los errores y las inevitables contradicciones de dicha política, como muestra la experiencia diaria, solo fortalecerán la demanda de una coordinación más racional de las distintas medidas y, por tanto, de un liderazgo unificado. Por esta razón, la economía planificada siempre tiende a evolucionar hacia la dictadura. (...)

La existencia de algún tipo de parlamento no es ninguna garantía de que una economía planificada no evolucione a una dictadura. Por el contrario, la experiencia ha demostrado que los cuerpos representativos son incapaces de cumplir todas las múltiples funciones relacionadas con el liderazgo económico sin verse cada vez más implicados en la lucha entre intereses en competencia, con la consecuencia de un decaimiento moral que acaba en corrupción de partidos (si no individual). Hay realmente ejemplos de esa evolución degradante acumulándose en muchos países a tal velocidad como para crear en todo ciudadano honorable las más graves aprensiones respecto del futuro del sistema representativo. Pero, aparte de esto, no es posible preservar este sistema si los parlamentos están continuamente saturados al tener que considerar una masa infinita de las cuestiones más intrincadas respecto de la economía de mercado. El sistema parlamentario solo puede salvarse mediante una restricción sabia y deliberada de las funciones de los parlamentos. (...)

La dictadura económica es mucho más peligrosa de lo que cree la gente. Una vez se ha establecido el

control autoritario, no siempre será posible limitarlo al dominio económico. Si permitimos que se destruya la libertad económica y la confianza en uno mismo, los poderes que defienden la Libertad habrán perdido tanta fuerza que no serán capaces de ofrecer ninguna resistencia eficaz contra una extensión progresiva de dicha destrucción a la vida constitucional y pública en general. Y si se renuncia gradualmente a esta resistencia (tal vez sin que la gente se dé cuenta nunca de lo que está pasando en realidad) valores tan fundamentales como la libertad personal, la libertad de pensamiento y expresión y la independencia de la ciencia quedan expuestos a un daño inminente. Lo que puede perderse es nada menos que la totalidad de la civilización que hemos heredado de generaciones que en un tiempo lucharon duro por establecer sus fundamentos y e incluso dieron su vida por ella.

Cassel ha apuntado aquí muy claramente algunas de las razones por las que el intervencionismo económico y la planificación pública económica llevan a la dictadura. Sin embargo, mirando otro aspecto del problema, veamos ahora si podemos identificar o no, de una forma inconfundible, algunas de las principales características o indicaciones que puedan decirnos si nos acercamos o alejamos del totalitarismo.

Dije hace un rato que tres tendencias principales indican la deriva hacia el totalitarismo y que la primera y más importante, porque las otras dos derivaban de ella, es la presión para un constante aumento en la intervención pública, en el gasto público y en el poder público. Consideremos ahora las otras dos tendencias.

La segunda tendencia principal que indica la deriva hacia el totalitarismo es aquella hacia una concentración cada vez mayor de poder en el gobierno central. Esta tendencia se reconoce más fácilmente aquí en Estados Unidos, porque hemos tenido una forma ostensiblemente federal de gobierno y poder ver de inmediato el crecimiento del poder en Washington a costa de los estados.

La concentración de poder y la centralización del poder, pueden apuntar, son meramente dos nombres para la misma cosa. Esta segunda tendencia es una consecuencia necesaria de la primera. Si el gobierno central va a controlar cada vez más nuestra vida económica, no puede permitir que hagan esto los estados individuales. La presión por la uniformidad y la presión por la centralización del poder son dos aspectos de la misma presión.

No es difícil ver por qué es así. Evidentemente, si el gobierno ha de intervenir en los negocios, no puede haber cuarenta y ocho tipos distintos de intervenciones en conflicto. Evidentemente, si el gobierno va a imponer un “plan económico” general, no puede imponer cuarenta y ocho planes distintos y en conflicto. Planificar desde el centro solo es posible con la centralización del poder gubernamental. Y es tan profunda la creencia en la bondad y necesidad de una regulación uniforme y una planificación centralizada que el gobierno federal asume cada vez más poderes previamente ejercitados por los estados o poderes nunca ejercitados por ningún estado y el Tribunal Supremo continúa estirando la cláusula de comercio interestatal de la Constitución para autorizar poderes e intervenciones federales nunca soñados por los Padres Fundadores. Al mismo tiempo, sentencias de Tribunal Supremo tratan a la Décima Enmienda a la Constitución prácticamente como si no existiera.[2]

Hay un ejemplo notable de esta tendencia en relación con la legislación laboral. Las sentencias del Tribunal Supremo respecto de la Ley Wagner y su sucesora, la Ley Taft-Hartley (legal y esencialmente, una mera enmienda a la Ley Wagner) no solo han aumentado constantemente la esfera de la regulación federal para cubrir actividades y relaciones laborales que son principal, si no completamente, internas del estado, sino que han declarado que los propios estados no tienen ningún poder sobre estas actividades y relaciones principalmente internas si el Congreso ha decidido “adelantarse” en este campo.

La tercera tendencia que indica la deriva hacia el totalitarismo es la creciente centralización y concentración del poder en manos del Presidente a costas de los otros dos poderes: Congreso y tribunales. En Estados Unidos, esta tendencia está hoy muy marcada. De escuchar a nuestros pro-totalitarios, la principal tarea del Congreso es seguir en todo el “liderazgo” del Presidente, ser un grupo de asentidores, actuar como un mero sello de goma.

Los peligros del gobierno de un solo hombre se han destacado y radicalizado en años recientes (hemos visto muchos ejemplos terribles, de Hitler y Stalin a sus muchas ediciones de bolsillo, los Mosaddeq y Perón) como para que parezca innecesaria cualquier advertencia de peligro a los estadounidenses. Aun así, la mayoría de los estadounidenses, como los ciudadanos de los países que ya han sido víctimas de sus Mussolini nativos, pueden resultar incapaces de reconocer este mal hasta que ha crecido más allá del punto de control. Un acompañamiento invariable al crecimiento del cesarismo es el creciente desdén expresado hacia los cuerpos legislativos y la impaciencia por sus “dilaciones” en aprobar el programa del “Líder” o sus “tácticas obstruccionistas” o “catastróficas enmiendas” en la práctica. Aun así, en años recientes, el desprecio al Congreso se ha convertido en Estados Unidos en casi un pasatiempo nacional. Y una parte sustancial de la prensa nunca se cansa de vilipendiar al Congreso por “no hacer nada”, es decir, por no acumular más montañas de legislación sobre las actuales montañas de legislación o por no aprobar al completo “el programa del Presidente”. [3]

Si preguntamos cómo es que el Congreso y otros cuerpos legislativos en el mundo contemporáneo han tendido a caer en el descrédito público, encontramos de nuevo que la respuesta se encuentra en la aparentemente inmovible fe contemporánea en la necesidad y bondad de una intervención pública en continua expansión. El Congreso y los planificadores nunca pueden ponerse de acuerdo entre ellos precisamente sobre qué debería hacer el gobierno para remediar algún supuesto mal. No pueden estar de

acuerdo en una ley general no ambigua, cuya aplicación a casos concretos podría dejarse tranquilamente a los tribunales. En todo lo que pueden ponerse de acuerdo es en que “hay que hacer algo”. En otras palabras, en todo lo que pueden ponerse de acuerdo es en que el gobierno debe intervenir, en que el área especial de la actividad económica bajo discusión debe estar “controlada”. Así que redactan una ley estableciendo una serie de objetivos vagos pero resonantes y crean una agencia o comisión cuya función es alcanzar estos objetivos mediante su omnisciencia y discreción. La Ley Nacional de Relaciones Laborales (de la Ley Wagner-Taft-Hartley) es un ejemplo típico. Crea un Consejo Nacional de Relaciones Laborales, que a partir de entonces procede a convertirse en fiscal, tribunal y cuerpo legislativo todo en uno y empieza a establecer una serie de disposiciones y a tomar una serie de decisiones, muchas de las cuales no sorprenden a nadie más que a los miembros del Congreso que crearon la agencia para empezar.

A partir de entonces, el Congreso en esa esfera concreta se trata principalmente como una molestia. Los cuerpos administrativos que ha creado lamentan su “interferencia” e “intromisión” con sus actividades. Estos cuerpos administrativos se dedican en buena parte a ensalzar la “discreción administrativa” a costa del Estado de Derecho, es decir, de cualquier cuerpo de normas claras a aplicar por los tribunales. Cualquier esfuerzo posterior del Congreso para reducir el rango de la discreción, arbitrariedad y capricho administrativos se denuncia como “paralizador” para los cuerpos administrativos y como interfiriente con esa “flexibilidad” de acción tan querida por el corazón administrativo.

Junto con este crecimiento de las agencias y el poder administrativos, cada vez menos controlados por el Congreso o los tribunales, ha habido una constante ampliación en la interpretación de los poderes constitucionales del Presidente. Esto se ha producido tanto en el campo exterior como en el interior.

Es especialmente acusado en la esfera de las relaciones exteriores. La Constitución, al contrario que los que suponen repetidamente los defensores de la omnipotencia presidencial, no da específicamente en ningún sitio poder al Presidente para dirigir las relaciones exteriores. En concreto, tiene simplemente el poder formal de “recibir embajadores y otros enviados públicos”. Tal vez esto implique poder sobre la gestión rutinaria de los asuntos exteriores, que difícilmente puede realizar el Congreso, pero indudablemente no se aplica a ninguna decisión crucial. Pues los Padres Fundadores dieron solo al Congreso el poder de declarar la guerra. Y previeron concretamente que el Presidente no pudiera realizar ningún tratado sin “el consejo y consentimiento del Senado”. En la práctica, desde George Washington los presidentes han ignorado por lo general la instrucción de requerir el consejo del Senado al hacer tratados. Y en años recientes han tratado repetidamente de eludir incluso el requisito del consentimiento senatorial. Lo han hecho mediante tres dispositivos extra-constitucionales.

Una de estas es redactar y firmar un complicado tratado multilateral y luego argumentar que el Senado debe ratificarlo sin sugerir enmiendas porque cualquier intento de introducirlas haría imposible todo el tratado.

Un segundo dispositivo, que cada vez se pone más en práctica, ha sido redactar un tratado que establezca una agencia internacional que esté autorizada a partir de entonces a actuar por su cuenta y a adoptar a su discreción sus propias normas. Esto es aplicable a la ONU y al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento. Una vez el Senado ha aprobado esa disposición pierde cualquier capacidad real respecto de las decisiones que haya tomado la agencia, aunque el Presidente puede aún tener algún control parcial mediante sus nombramientos para dicho cuerpo.

El tercer dispositivo extra-constitucional es, por supuesto, el de recurrir a un “acuerdo ejecutivo” en lugar de a un tratado, afirmando que este es tan obligatorio para el Congreso y el país como habría sido un tratado y por tanto

eludiendo el requisito constitucional de la ratificación del Senado. Cuando el Senado trató de aprobar una enmienda aclaratoria (y perdió por un solo voto la mayoría necesaria de dos tercios para hacerlo) para garantizar la supremacía de la Constitución sobre los tratados y evitar las enmiendas de dicha Constitución por la puerta de atrás mediante el dispositivo de la realización de tratados, el presidente Eisenhower y sus consejeros se opusieron. En este debate, la prensa pro-presidencial, en sus noticias, se refería constantemente a esta enmienda propuesta como un intento de frenar “el poder del Presidente de realizar tratados”. Utilizaron repetidamente esta expresión sabiendo que no hay poderes exclusivos de realización de tratados por el Presidente en la Constitución. El presidente no tiene poderes de realización de tratados en absoluto que no requieran el consejo y consentimiento del Senado y la concurrencia de dos tercios de los senadores presentes. La afirmación de que hay un poder presidencial de realización de “acuerdos ejecutivos” con naciones extranjeras que obliguen a este país y que el Senado no tiene derecho a controlar, no tiene absolutamente ningún fundamento.

En la esfera interna, los poderes del Presidente han aumentado principalmente mediante la constante multiplicación de agencias federales. Muchas de ellas, mediante sus poderes de creación y aplicación de normas y su amplia flexibilidad discrecional, han hecho que agencias que combinan legislación y policía queden en buena parte fuera del control del Congreso.

Las grandes guerras en las que Estados Unidos ha participado en los últimos cuarenta años también llevaron a un enorme crecimiento en los llamados “poderes de guerra” del Presidente. Pero no hay ninguna mención específica de los “poderes de guerra” o ninguna lista de ellos en la Constitución. Este crecimiento de los poderes de guerra deriva principalmente de los precedentes creados por la indiscutida suposición o usurpación de dichos poderes por presidentes pasados. De ahí su naturaleza constantemente acumulativa.

Finalmente, la simple costumbre de un enorme poder presidencial ha llevado a la declaración de aún más poder. Un ejemplo importante de esto fue la acción del presidente Truman de apropiarse de las acerías de la nación en 1952, para obligar a las empresas del acero a aceptar la sentencia sobre salarios que había acordado el Consejo de Estabilización Salarial que él mismo había nombrado. Los abogados del gobierno argumentaban suavemente y el propio Truman afirmaba que el Presidente podía hacer esto bajo sus “poderes reservados” o “poderes inherentes” en la Constitución. Fue de nuevo una declaración de poderes que la Constitución no menciona en ningún lugar. Y aunque esta declaración fue finalmente rechazada por el Tribunal Supremo, solo lo fue por un votación de seis contra tres. Los miembros minoritarios argumentaron que el Presidente podía apropiarse de cualquier cosa que deseara bajo estos llamados poder inherentes o reservados. Si hubiera sido la sentencia mayoritaria, ninguna propiedad privada en ningún lugar del país estaría libre de incautación. El poder presidencial no tendría controles y sería en la práctica ilimitado.

Apenas sería necesario apuntar que esta constante expansión de las declaraciones de poderes presidenciales se ha visto necesariamente acompañada por una constante reducción de los poderes y prerrogativas del Congreso. Hoy encontramos un creciente rencor incluso del poder del Congreso de investigación del poder ejecutivo. Es indudablemente un poder mínimo, sin el que el Congreso no podría ejercitar con conocimiento sus demás funciones. Pero las investigaciones del Congreso en los últimos años han sido constantemente denunciadas ya bajo la justificación de que impiden que las agencias ejecutivas “hagan ningún trabajo” o bajo la pretensión de que socavan la moral de los funcionarios federales y son casi invariablemente injustas. Es irónico que el Congreso, cuya capacidad de controlar el poder presidencial ha estado encogiéndose constantemente en los últimos cuarenta años, sea hoy acusado más a menudo que nunca en la prensa de “usurpar” las funciones, poderes o prerrogativas del Presidente.

Una de las evoluciones notables de la última década, ha sido, de hecho, la frecuencia con la que el Presidente, con una excusa u otra, ha “prohibido” a los miembros del poder ejecutivo testificar sobre ciertas actividades ejecutivas ante los comités del Congreso. Cada vez más actividades del gobierno federal tienden a convertirse en “alto secreto”, incluso en tiempo de paz. Se dice que el Congreso se entromete en algo que no le concierne. La gente que pretende hablar en nombre del Presidente ha estado frecuentemente cerca de declarar lo que podríamos llamar el principio de la irresponsabilidad del ejecutivo, es decir, el principio de que el Presidente no tiene que justificar ante los representantes elegidos del pueblo sobre sus acciones oficiales.

Uno pensaría que los horribles ejemplos de Mussolini, Hitler, Stalin, Mosaddeq, Perón, etc. darían que pensar a nuestros propios defensores de cada vez más poder ejecutivo en Estados Unidos. ¿Por qué no lo han hecho? En parte, indudablemente, por el enraizado hábito de poner tu propio país en una categoría por sí mismo, como si todo lo que pasara en el exterior no pudiera tener ninguna relación con nada que ocurra en el interior. Es la vieja ilusión de que “No puede pasar aquí”.

Otra razón por la que estas tendencias dictatoriales en el exterior no se relacionan con nuestras propias tendencias internas es que tenemos la costumbre de utilizar distintos vocabularios para describir evoluciones similares, dependiendo de si se producen en el exterior o el interior. Podemos llamar a una tendencia exterior una tendencia hacia la dictadura, pero defender la misma tendencia en el interior basándonos en que necesitamos un ejecutivo “fuerte”.

Es verdad que hay un posible peligro de tener un ejecutivo tan débil, tan incapaz de mantener, la ley, el orden y la firmeza y dependiente de la política que su propia debilidad genere un amenaza de levantamiento revolucionarios seguido por una dictadura. Pero esto se produce solo bajo condiciones raras y especiales, de las que no hay ninguna señal en los Estados Unidos actuales.

En el momento de escribir esto, el ejemplo más eminente que tenemos de un ejecutivo débil en el mundo occidental es Francia. Pero incluso cuando examinamos más de cerca ese caso, descubrimos que el defecto real del sistema francés es menos que al Premier le falten poderes legales mientras permanezca en el cargo, como que le falta seguridad en la permanencia. La Asamblea Francesa puede irresponsablemente votar su pérdida del cargo en cualquier momento. No tiene un poder correspondiente de disolución para forzar al parlamento francés a ejercitar responsablemente su poder de destitución. Al no tener seguridad en la permanencia, está a menudo paralizado en su acción. Aun así, los franceses, en lugar de darle el inequívoco poder de disolución que posee, por ejemplo, el Primer Ministro de Gran Bretaña, han tratado de resolver el problema de forma equivocada dando a menudo el Premier en el cargo el “poder de legislar por decreto” que no tendría que tener. En otras palabras, los franceses, en lugar de obligar a la Asamblea a ejercitar sus poderes de aprobación o desaprobación de forma responsable, dan periódicamente al Premier poderes que deberían ejercitarse apropiadamente solo por el poder legislativo.

Independientemente de si este análisis de la situación actual de Francia se acepta o no como correcto, está indudablemente claro que fuera de Francia ninguna nación importante sufre hoy debido a un ejecutivo “demasiado débil”. La mayoría de las naciones llamadas “libres”, incluyendo la nuestra, ya sufren de poderes peligrosamente excesivos en manos del ejecutivo y sobre todo de un gobierno que ha adquirido poderes peligrosamente excesivos.

En un gobierno federal restringido a su esfera adecuada, se podría dar adecuadamente al Presidente más poderes de los que tiene actualmente en algunos aspectos y menos poderes en otros. Pero cualquier argumento general a favor de un ejecutivo “más fuerte” solo puede parecer factible mientras siga siendo ambiguo y vago en sus especificaciones. Si debemos hablar en términos generales amplios, tenemos derecho a decir en esos términos generales que los poderes y responsabilidades del

Presidente han crecido mucho más allá de los que puede y debe ejercer cualquier único hombre.

Ya hemos explicado lo que he llamado las tres principales tendencias que señalan una deriva hacia el totalitarismo. Son (1) la tendencia del gobierno a tratar de intervenir cada vez más y a controlar la vida económica; (2) la tendencia hacia una concentración cada vez mayor de poder en el gobierno central a costa de los gobiernos locales y (3) la tendencia hacia una concentración cada vez mayor de poder en manos del ejecutivo a costa del legislativo y el judicial.

Estoy tentado de añadir a estas una cuarta tendencia: la presión para un estado mundial.

Añadir esto sin duda será una sacudida para los presuntos liberales e idealistas bienintencionados que considerarían el establecimiento de un estado mundial como el logro supremo del liberalismo y el internacionalismo. Sin embargo, un pequeño examen nos mostrará que la actual presión para un estado mundial representa un falso internacionalismo y un alejamiento de la libertad. Por el contrario, es meramente el equivalente a escala mundial de la presión para un gobierno centralizado a escala nacional. Busca establecer la maquinaria coactiva de un estado mundial antes de que el mundo esté ni remotamente preparado en sentimientos o ideología para aceptar un estado mundial. Los fanáticos de esa maquinaria están demasiado impacientes como para estudiar las bases necesarias para un estado mundial (incluso asumiendo que un estado mundial, que concentraría todos los poderes políticos del mundo en unas pocas manos, sea incluso deseable en último término). Esos fanáticos de un gobierno mundial centralizado con poderes coactivos no reconocen que si existieran la buena voluntad internacional y la clarividencia intelectual por parte de los estadistas mundiales, prácticamente todos los objetivos razonables del llamado estado mundial podrían alcanzarse sin crear dicho estado mundial. Y hasta que se alcances esa buena voluntad y clarividencia dentro de las naciones

individuales, la creación de un estado mundial obligatorio sería o fútil o catastrófica.

En realidad, la presión para un estado mundial no representa un verdadero internacionalismo, sino intergubernamentalismo, interestatismo. Llevaría al establecimiento de una maquinaria para una coacción universal y procustiana. En la época actual parecemos movernos hacia una mayor restricción de las libertades de los individuos por parte de agencias públicas. Esta es la tendencia que ha producido la presión para la fijación internacional de precios, para la creación de “fondos de reserva” internacionales de materias primas, la institución de subvenciones y dádivas internacionales, el establecimiento público paternalista de industrias en naciones “subdesarrolladas” sin considerar si son apropiadas, eficaces o necesarias y finalmente el crecimiento del inflacionismo internacional, representado por instituciones tales como el Fondo Monetario Internacional.

Toda la tendencia genera una farsa de libertad internacional para el individuo, que es la esencia del verdadero internacionalismo. Pues el verdadero internacionalismo no consiste en obligar a los contribuyentes o ciudadanos de un nación o a los habitantes de una parte del globo a subvencionar o dar limosnas, o incluso hacer negocios con los ciudadanos de cualquier otra nación o los habitantes de cualquier otra parte del globo. Por el contrario, el verdadero internacionalismo consiste en permitir al ciudadano o empresa individual comprar o vender o comerciar con el ciudadano o empresa individual de cualquier otra nación. Consiste, en pocas palabras, en la libertad de comercio defendida tan elocuentemente por Adam Smith en el siglo XVIII y alcanzada en la práctica en el XIX: una libertad de comercio que (a pesar de los logros de las agencias internacionales y los tratados multilaterales) ahora se ha destruido.

En resumen, estamos hoy perdiendo nuestras libertades mediante una falsa ideología, o, por usar una expresión

más antigua. Debido a la confusión intelectual. Nada es más típico de esta confusión intelectual contemporánea que la enunciación del presidente Roosevelt en sus últimos años de las llamadas Cuatro Libertades. Como apunta George Santayana en una nota al pie de su *Dominaciones y potestades*:

De las “Cuatro Libertades” reclamadas por el Presidente Roosevelt en nombre de la humanidad, dos son negativas, siendo libertades ante, ni libertades para. Si hubiera escogido la palabra inglesa “liberty” [en lugar de la palabra “freedom”] habría tropezado al tratar de alcanzar las excepciones deseadas, porque la expresión “freedom from” es idiomática, pero la expresión “liberty from” habría sido imposible. Así que “liberty” parece implicar libertad vital, el ejercicio de poderes y virtudes natural a uno y su país. Pero libertad ante arbitrariedad o ante miedo es solo una condición para el constante ejercicio de la verdadera libertad. Por otro lado, es más que una reclamación de libertad, pues reclama garantía y protección de las instituciones que la proporcionan, lo que implica el dominio de un gobierno paternal, con privilegios artificiales otorgados por ley. Sería libertad ante los privilegios artificiales garantizados por ley. Nos muestra una libertad contrayendo su campo y negociando antes su seguridad.

El mundo contemporáneo se ha ido al garete, en resumen, porque ha buscado libertad ante los peligros y riesgos de la propia libertad.

19

Los Muchos Colapsos del Keynesianismo

Llewellyn Rockwell

Debería ser evidente para todos, menos para los más recalcitrantes defensores del keynesianismo que el estímulo no consiguió sus fines. La combinación de gasto descarado por parte del Congreso, los planes desesperados de reflotar el mercado inmobiliario, el intento de hacer transfusiones a las empresas con hemorragias con dinero de otros y la creación de billones en dinero artificial no han hecho nada por levantara a la economía de EEUU.

En realidad es todo lo contrario. Todos estos esfuerzos han impedido el ajuste de las fuerzas económicas al mundo posterior al auge. Y todos los recursos que consumió el estímulo se extrajeron del sector privado, porque debemos recordar siempre que el gobierno no tiene recursos propios. Todo lo que hace debe venir del pellejo de los productores privados y la ciudadanía en general, en el futuro, si no inmediatamente.

Es aburrido que tengamos que aprender otra vez esta lección, pues hace solo 38 años que experimentamos otro colapso más del paradigma keynesiano. El color de la teoría era un poco distinto en aquel entonces. Se suponía que la operaciones de ajuste fino del gobierno operaban de acuerdo con un modelo fijo en que había un equilibrio entre inflación y desempleo recesionista. Si el desempleo se

hacía demasiado alto debido al lento crecimiento económico, se decía que la solución era sencilla: reflotar y afrontar los costes. Si el desempleo se convertía entonces en demasiado bajo por la recuperación, llevando a un “recalentamiento” como se decía entonces, la respuesta era desinflar.

Lo que trataba este equilibrio simple era de reducir las ideas opacas de Lord Keynes a su esencia de planificación centralizada y de evitar los interminables embrollos legislativos que plagaron los años del New Deal. Los keynesianos habían afirmado que el experimento de FDR en políticas contracíclicas no estuvo bien planificado ni administrado científicamente y por eso no funcionó como estaba planeado. Gracias a la claridad posbélica del nuevo y sencillo modelo, los keynesianos lo harían bien esta vez.

Ciertamente lo hicieron en términos políticos. En 1971, Richard Nixon había abolido los últimos vestigios del patrón oro, desligando finalmente al dólar de cualquier relación con el oro físico y dejándolo libre de flotar como una cometa con un hilo (o tal vez in el hilo). Se suponía que era el ideal keynesiano. No más limitaciones. No más reliquia bárbara. No más limitaciones a lo que los planificadores científicos en el gobierno podían o no hacer. Ahora podían actuar para conseguir la combinación socialmente óptima de inflación y desempleo. ¡El nirvana!

Ahora, tengamos en cuenta que era una proposición comprobable. Si había aquí en funcionamiento un equilibrio que el gobierno podía gestionar, no veríamos, por ejemplo, que aumentara el desempleo al tiempo que la inflación. En general, no habíamos visto esto en el pasado, es cierto. Durante la Gran Depresión, los precios siguieron cayendo (y gracias a Dios, pues fue lo único que nos salvó en todo el periodo). Hubo un ligero repunte de la inflación a mediados de la década de 1950, pero no fue suficiente como para disparar las alarmas.

Luego llegamos a 1973-1974. El desempleo era alto y aumentaba del 4% al 6% desde los mínimos de la recesión (y sí, era considerado alto en aquel momento). Al mismo

tiempo, la inflación se disparaba a dobles dígitos. Así nació la recesión inflacionista. Era un animal que se suponía que no existía, de acuerdo con el modelo tal y como se entendía en aquel entonces.

Al escribir un ensayo ahora incluido en su gigantesca colección *Economic Controversies*, Murray Rothbard explicaba:

Este curioso fenómeno de inflación jactanciosa que se produce la mismo tiempo que una aguda recesión simplemente no se suponía que ocurriría en la visión keynesiana del mundo. Los economistas habían sabido siempre que o bien la economía está un periodo de auge, en cuyo caso lo precios subían, o estaba en una recesión o depresión marcada por el alto desempleo, en cuyo caso los precios caían. En el auge, el gobierno keynesiano se suponía que “absorbía el exceso de poder adquisitivo” aumentando los impuestos, de acuerdo con las prescripciones keynesianas (es decir se suponía que eliminaba gasto de la economía); en la recesión, por el contrario, se suponía que el gobierno aumentaba su gasto y su déficit, con el fin de impulsar el gasto en la economía. Pero si la economía tenía inflación y recesión con un duro desempleo al mismo tiempo ¿qué se suponía que tenía que hacer el gobierno? ¿Cómo podía pisar el acelerador económico y frenar al mismo tiempo?

Por supuesto, la respuesta era que el gobierno y sus políticos no podían hacerlo. Entonces se produjo el pánico y fue empleada cualquier teoría absurda conocida por el hombre para reducir el desempleo y la inflación a la vez. Pero había un problema. Los políticos siempre y en todo lugar son reacios a admitir errores en nada. Sin duda no había que culpar a la política monetaria, decían. Por el contrario, era la avaricia de los empresarios, la voracidad de los consumidores, el pánico de la población en general, cualquier cosa y todo era erróneo, excepto el propio gobierno.

Así que aunque el paradigma keynesiano había fracasado evidentemente, ¿quién estaba en el gobierno dispuesto a asumir la responsabilidad por este fracaso? Nadie. Por tanto las cosas se pusieron peor y la recesión inflacionista se convirtió en un modo de vida para los estadounidenses, hasta la indignación de finales de la década de 1970 que acabó llevando a Ronald Reagan a la presidencia.

Regan hizo campaña con un programa antikeynesiano. Incluso habló de reinstaurar un patrón oro. Dijo que recortaría impuestos y dejaría que la economía funcionara. Estas promesas se convirtieron en nada, pero parecía haber cierta conciencia entonces de que el gobierno no era capaz de navegar eternamente contra los vientos del mercado. Por supuesto, el mérito real corresponde a Paul Volcker, nombrado por Carter. Como jefe de la Fed, planeó una reducción real en la oferta monetaria y rompió la espalda a la crisis. Pensemos en él como el anti-Greenspan o el anti-Bernanke.

Hoy reina el greenspanismo-bernankeísmo y ésta es la verdadera tragedia de nuestro tiempo. La Fed, el Tesoro, el presidente, los reguladores y el Congreso han hecho todo lo posible por reflotar, estimular, estabilizar y contrarrestar a las fuerzas del mercado. Como cabía esperar, han perdido la batalla. El desempleo sigue siendo escandalosamente alto y la inflación está de nuevo abriéndose paso al alza. Pero hay un problema aún más serio. En el curso de la estimulación de la economía, la Fed ha creado increíbles cantidades de dinero falso que ha llenado las arcas de sus mejores amigos en el sector bancario. Y estas falsas reservas parecen estar filtrándose ahora para causar terribles oleadas de inflación de precios.

Quienes echan la culpa de esto a Obama podrían considerar si cualquier republicano excepto Ron Paul no habría hecho exactamente lo mismo. La receta de Obama para la recuperación económica empezó en realidad bajo George Bush, exactamente igual que Hoover fue el primer new dealer. El problema es el hombre de la Casa Blanca, sin duda, pero no es el único problema. Lo principal es que (1) tenemos un sistema monetario y bancario que es

socialista y por tanto utilizado por la élite en el poder para enriquecerse a nuestra costa y (2) la élite política se aferra a la pretensión keynesiana de que el gobierno es capaz de entablar una guerra contra las fuerzas del mercado. Por eso, y por el hecho de que el keynesianismo da poder a la élite, sigue repitiéndose esta historia patética y peligrosa.

En la economía de mercado, hay una tendencia a largo plazo a que los errores se corrijan y reemplacen por distintas prácticas sostenga la gente. En el gobierno hay una tendencia a largo plazo a seguir intentando lo mismo una y otra vez, sin que importe lo a menudo o mucho que fracase. Después de todo, el keynesianismo, como apunta Joseph Salerno, es la “economía del poder del estado”. Y eso nos lleva al problema fundamental: la entidad monopolística que gobierna y devasta la sociedad en su propio beneficio.

La Naturaleza Catastrófica de las Leyes de Salario Mínimo

Murray Rothbard

No hay una demostración más clara de la identidad esencial de los dos partidos políticos que su postura sobre el salario mínimo. Los demócratas propusieron aumentar el salario mínimo de 3,35\$ la hora, que había aumentado la administración Reagan durante sus supuestos felices tiempos de libre mercado en 1981. La respuesta republicana fue permitir un salario “submínimo” para menores de veinte años, quienes, como trabajadores marginales, son los que de hecho se ven más afectados por cualquier mínimo legal.

Esta postura fue modificada rápidamente por los republicanos en el Congreso, que procedieron a argumentar a favor de un submínimo para menores de veinte años que solo duraría unos insignificantes 90 días, después de lo cual aumentaría al más alto mínimo demócrata (de 4,55\$ la hora). Curiosamente, se dejó al senador Edward Kennedy apuntar el absurdo efecto económico de esta propuesta: inducir a los empresarios a contratar a menores de veinte años y luego despedirlos después de 89 días, para recontratar a otros al día siguiente.

Finalmente, y como es habitual, George Bush sacó del agujero a los republicanos tirando completamente la toalla y optando por un plan demócrata, punto. Nos quedamos con los demócratas proponiendo abiertamente un gran aumento en el salario mínimo y los republicanos, después de una serie de palabrería ilógica, aceptando el programa.

En realidad, solo hay una forma de considerar una ley de salarios mínimos: es desempleo obligatorio, punto. La ley dice que es ilegal, y por tanto un delito, que alguien contrate a otro por debajo del nivel de X dólares la hora. Esto significa, lisa y llanamente, que un gran número de contratos laborales libres y voluntarios están ahora prohibidos y por tanto habrá una gran cantidad de desempleo. Recordemos que la ley de salario mínimo no proporciona ningún empleo, solo los prohíbe y la prohibición de empleos es el resultado inevitable.

Todas las curvas de demanda son decrecientes y la demanda de contratación de mano de obra no es una excepción. Por tanto, las leyes que prohíben el empleo a cualquier nivel salarial que sea relevante para el mercado (un salario mínimo de 10 centavos la hora tendría poco o ningún impacto) debe generar prohibición de empleo y por tanto causar paro.

En pocas palabras, si el salario mínimo aumentó de 3,35\$ a 4,55\$ la hora, la consecuencia es desemplear, permanentemente, a quienes hayan sido contratados a niveles entre estas dos cantidades. Como la curva de demanda de cualquier tipo de trabajo (así como de cualquier factor de producción) se establece por la productividad marginal percibida de ese trabajo, esto significa que la gente que estará desempleada y se verá devastada por esta prohibición será precisamente los trabajadores “marginales” (con menores salarios), como negros y jóvenes, los mismos trabajadores a los que afirman potenciar y proteger los defensores del salario mínimo.

Los defensores del salario mínimo y su aumento periódico replican que todo esto es meter miedo y que los salarios

mínimos no crean ni han creado nunca desempleo. La respuesta apropiada es aumentarlo más: de acuerdo, si el salario mínimo es una medida contra la pobreza tan maravillosa y no tiene el efecto de aumentar el desempleo ¿por qué sois tan agarrados? ¿Por qué ayudáis a los pobres trabajadores con esas cantidades ínfimas? ¿Por qué detenerse a 4,55\$ la hora? ¿Por qué no 10\$ la hora? ¿100\$? ¿1.000\$?

Es evidente que los defensores del salario mínimo no siguen su propia lógica, porque si llegaran a esas alturas, prácticamente toda la fuerza laboral estaría desempleada. En resumen, puedes tener tanto desempleo como desees, simplemente empujan el salario mínimo legal lo suficientemente alto.

Es habitual entre los economistas ser educado, asumir que la mentira económica es únicamente el resultado de un error intelectual. Pero hay veces en que el decoro es gravemente erróneo o, como escribió Oscar Wilde, “cuando un habla tener ideas propias se convierte en algo más que en una obligación: se convierte en un auténtico placer”. Pues si los defensores de salarios mínimos más altos sencillamente fueran gente equivocada de buena voluntad, no se detendrían en 3\$ o 4\$ la hora, sino que seguirían con su lógica estúpida hasta la estratosfera.

El hecho es que siempre han sido lo suficientemente astutos como para detener sus demandas de salario mínimo en el punto en el que solo se ven afectados los trabajadores marginales y no hay peligro de desempleo, por ejemplo, para trabajadores adultos blancos sindicalizados. Cuando vemos que el defensor más ardiente de la ley de salario mínimo ha sido la AFL-CIO y que el efecto concreto de los salarios mínimos ha sido impedir la competencia en salarios bajos de los trabajadores marginales con los trabajadores sindicalizados de mayores salarios, se hace evidente que verdadera motivación para la agitación a favor de salarios mínimos.

Es solo uno de una larga serie de ejemplos en los que una persistencia aparentemente ciega en la mentira económica solo sirve como disfraz para un privilegio especial a costa de aquellos a quienes supuestamente “ayuda”.

En la agitación actual, la inflación (supuestamente detenida por la administración Reagan) ha erosionado el impacto del último aumento en el salario mínimo en 1981, reduciendo el impacto real de este en un 23%. Como consecuencia parcial, la tasa de paro ha caído del 11% en 1982 al 6% en 1988. Posiblemente disgustada por esta bajada, la AFL-CIO y sus aliados presionan para rectificar esta situación y aumentar el salario mínimo en un 34%.

De vez en cuando, economistas de la AFL-CIO y otros progresistas conocidos se quitan sus disfraces de mentiras económicas y admiten cándidamente que sus acciones causarán desempleo; luego proceden a justificarse afirmando que es más “digno” para un trabajador recibir una prestación social que trabajar por un salario bajo. Por supuesto, esta es la doctrina de mucha gente que recibe estas prestaciones. Realmente es un concepto extraño de la “dignidad” el que se ha introducido por el engranado sistema social del salario mínimo.

Por desgracia, este sistema no da a los numerosos trabajadores que siguen prefiriendo ser productores en lugar de parásitos el privilegio de tomar su propia decisión con libertad.

21

¿Quién es el Dueño del Agua?

Murray Rothbard

Estimado Sr. Read:

Felicitaciones por la publicación del estimulante y audaz artículo “Ownership and Control of Water” en el número de noviembre de *Ideas On Liberty*.

Es altamente importante que pensemos más acerca de esos temas complejos en nuestro sistema social. Ofrezco estos pensamientos sobre derechos sobre el agua, no como una solución definitiva, sino en un esfuerzo por ayudar a encontrar respuestas a algunas de las cuestiones indicadas en el artículo por el anónimo profesor.

Durante cierto tiempo, he creído que algo esencial en nuestro sistema social tiene que ver con la propiedad de la tierra, significando *tierra* los recursos originales dados por la naturaleza de cualquier tipo físico. Este problema de la propiedad es el quid de nuestros debates con los socialistas.

Los socialistas argumentan que el Estado es o debería ser el propietario de todos los territorios. Si aceptas esa premisa socialista, se ella se deduce el control del pueblo.

Así que la cuestión clave es la propiedad. ¿Cómo debería establecerse la propiedad? Por supuesto, contestamos que

un individuo adulto debe ser propietario de sí mismo, de forma que posee su propia persona. También tiene derecho a toda la propiedad que cree y tiene derecho a dar esa propiedad a otros, si lo desea, o intercambiarla por otra propiedad. De ahí el derecho de legado y herencia. Pero eso nos deja la cuestión acerca de la propiedad dada por la naturaleza, no creada por nadie. ¿Quién debería poseer la tierra?

Sin intentar ahora desarrollar el argumento con detalle, me parece claro que ni la sociedad ni el Estado tienen un derecho (ya sea moral o económico) a la propiedad de la tierra. Para mí, *producción* significa claramente que el trabajo humano funciona con el material dado por la naturaleza y lo transforma a una condición más utilizable. Toda producción hace esto. Si un hombre tiene derecho al producto que crea, también lo tiene al territorio dado por la naturaleza que encuentre antes y ponga a producir. En otras palabras, la tierra, incluyendo aguas, minas, etcétera, en un estado primitivo sin utilizar económicamente no tiene propietario y resulta inútil y por tanto tampoco debería legalmente tener propietario. Debería legalmente tener propietario en esa persona que primero la utilice. Es un principio que podríamos llamar “la primera propiedad para el primer usuario”.

Me parece que este principio es coherente con la doctrina libertaria y que es el único principio de primera propiedad que tiene sentido en términos de dicha doctrina. Ahora, el principio de la primera propiedad para el primer usuario es un método de otorgar propiedad a cosas sin dueño, de ponerla en el mercado. Después de hecho, está claro que la propiedad, al haberse mezclado con el trabajo y otras labores del primer propietario, pasa completa y absolutamente a sus manos. A partir de entonces, es su propiedad para hacer con ella lo que desee. Puede resultar que el uso de su propiedad se haga antieconómico después de unos pocos años y quedarse en barbecho. Sin embargo, dejar este terreno en barbecho debería ser un privilegio del propietario, pues debería continuar manteniendo el derecho incuestionable a hacer con la propiedad lo que le

parezca. Una vez que el primer propietario obtiene la propiedad, debe ser absolutamente suya.

Ahora tenemos una referencia libertaria a aplicar al difícil problema de la propiedad del agua. Donde no haya escasez sino abundancia ilimitada para su uso humano, no debería haber propiedad, así que no hay necesidad de hacer que alguien posea ninguna parte de las rutas de navegación de alta mar.

Por otro lado, las pesquerías plantean un problema distinto. Los individuos privados y empresas debería ser sin duda capaces de poseer partes del mar para propósitos pesqueros. El actual comunismo en el mar ha llevado, inevitablemente, a un progresivo exterminio de las pesquerías, ya que a todos les interesa apropiarse de tanto pescado como puedan antes de que lo haga otro y a nadie la interesa preservar el recurso pesquero. El problema se resolvería si, bajo el principio de la primera propiedad para el primer usuario, partes del mar fueran propiedad de empresas privadas.

Fijar la propiedad del agua *que fluye*, como apunta el profesor, es más difícil. ¿Cuál es la solución? Debemos concentrarnos primero, no en escapar de las actuales relaciones de propiedad del agua, si es que fuera necesario, sino en tratar de visualizar una disposición ideal. Después de que se conozca el ideal, entonces uno puede trabajar por él, a partir de la situación presente. Pero es esencial no confundir ambos. Así que el ideal para bienes escasos es la primera propiedad para el primer usuario.

Queda inmediatamente claro que la vía hacia la justicia sigue el camino de la *apropiación* en lugar del de la *ribera*. ¿Por qué la ribera? ¿Qué derecho tiene un terrateniente a cualquier parte de un curso de agua solo porque su terreno esté junto a dicho curso? Ningún derecho moral en absoluto. Su derecho de ribera no se basa en haber hecho uso del agua: de hecho, su único propósito parece ser impedir que cualquier otro utilice el agua y el resultado es un desperdicio criminal de ríos y arroyos. ¿Por qué debería el propietario ribereño tener un derecho a un flujo de agua?

El método de la apropiación está por tanto mucho más cerca de la justicia. Su defecto principal es que ha estado demasiado limitado y todos estamos en deuda con el profesor por su clara explicación de los distintos métodos de asignación de propiedad. La forma de enmendar el método de la apropiación es la siguiente:

1. Eliminar todos los requisitos para uso “beneficioso” (el término no tiene sentido y solo puede determinarse en concreto en el mercado libre).
2. El agua debe ser propiedad absoluta del que se la apropie, no por consentimiento tácito del Estado.

Por tanto debe ser libre de vender su derecho al agua a quien quiera para cualquier propósito o dejar de utilizarlo completamente. Si no usa su propiedad o la vende, lo que se deduce es que no merece la pena usarla en el mercado. En todo caso, la decisión debe ser del dueño de la propiedad, el que se la apropia.

El cómo establecer el método de apropiación absoluta en los estados orientales (ya sea con o sin indemnización a los actuales propietarios ribereños) es algo que debe establecerse. Si los propietarios aguas abajo quieren evitar la contaminación, hay una cosa sencilla que pueden hacer bajo el método de la apropiación: comprar juntos la corriente (tal vez como una empresa) a los primeros apropiadores y luego dedicarla a usos no contaminantes o dejarla completamente “en barbecho”.

Respecto de los ríos subterráneos, el que se los apropie primero puede poseer su porción de agua y utilizarla como le parezca. Sin embargo, no hay razón para que posea todo el río. Así, tanto para los ríos subterráneos como de superficie, el primer apropiante y posteriores compradores poseen la primera porción apropiada del flujo de un río y el siguiente apropiante posee la siguiente porción no utilizada aguas abajo.

Además, si los ciudadanos aguas abajo desean construir una presa e inundar terrenos aguas arriba para protegerse

ante inundaciones, deben, en una sociedad libertaria, hacer dos cosas:

1. Comprar los derechos al agua que se proponen controlar y
2. Comprar los terrenos a inundar. Si quieren preservar los bosques y evitar sequías, pueden comprar los bosques a sus propietarios privados.

Espero que estos comentarios resulten útiles.

Murray N. Rothbard, economista
Ciudad de Nueva York

Defendiendo al Arrendador Inescrupuloso

Walter Block

Para mucha gente, el casero (alias señor del ghetto y timarrentas) es la prueba de que el hombre puede, mientras está vivo, conseguir una imagen satánica. Receptor de viles maldiciones, alfiletero para inquilinos con agujas e inclinación por el vudú, percibido como explotador de los oprimidos, el casero es sin duda una de las figuras más odiadas del momento.

La acusación es múltiple: cobra rentas exorbitantemente altas, permite que sus edificios estén sin reparar, sus apartamentos están pintados con pintura con plomo que envenena a los bebés y permite a yonquis, violadores y borrachos acosar a los inquilinos. El revoque que se cae, la basura rebosante, las omnipresentes cucarachas, la fontanería que gotea, los agujeros en el tejado y los incendios, son todos parte del dominio del casero. Y las únicas criaturas que prosperan en sus inmuebles son las ratas.

La acusación, por muy emotiva que sea, es falsa. El propietario de la vivienda en el ghetto difiere pocote cualquier otro proveedor de mercancía de bajo coste. De hecho, no es distinto de cualquier proveedor de cualquier tipo de mercancía. Todos cobran tanto como pueden.

Primero, consideremos a los proveedores de mercancías baratas, inferiores y de segunda mano como una clase. Hay algo que aparece sobre todo en la mercancía que compran y venden: está mal hecha, es de calidad inferior o de segunda mano. Una persona racional no esperaría una alta calidad, un acabado exquisito o mercancía nueva superior a precios de saldo: no debería sentirse indignado y estafado si la mercancía de saldo resultara tener sólo cualidades de mercancía de saldo. Nuestras expectativas sobre la margarina no son las de la mantequilla. Nos conformamos con cualidades menores en un coche usado que en uno nuevo. Sin embargo, cuando nos ocupamos de la vivienda, especialmente en el entorno urbano, la gente espera, e incluso insiste en viviendas de calidad a precios de saldo.

¿Qué pasa con la afirmación de que el casero cobra en exceso por sus decrepitas viviendas? Es erróneo. Todo el mundo intenta obtener el precio más alto posible para lo que produce y pagar el mínimo precio posible por lo que compra. Los caseros actúan así, igual que los trabajadores, los miembros de grupos minoritarios, socialistas, canguros y granjeros comunales. Incluso viudas y pensionistas que ahorran su dinero para una emergencia tratan de obtener los tipos de interés más altos posibles para sus ahorros.

De acuerdo con el razonamiento que encuentra a los caseros reprobables, toda esta gente debe ser asimismo condenada. Pues “explotan” a la gente a la que venden o alquilan sus servicios y capital de la misma forma cuando tratan de obtener el máximo beneficio posible.

Pero, por supuesto, no son reprobables, al menos por su deseo de obtener tanto beneficio como sea posible por sus productos y servicios. Y tampoco lo son los caseros. Los caseros de casas ruinosas se distinguen por algo que es una parte casi básica de la naturaleza humana: el deseo de negociar y comerciar para obtener el mejor negocio posible.

Los críticos del casero no distinguen entre el deseo de cargar precios altos, que todos tenemos, y la capacidad pa-

ra hacerlo, que no todos tenemos. Los caseros son distintos, no porque quieran cobrar precios más altos, sino porque pueden hacerlo. La cuestión que es por tanto esencial para este asunto (y que los críticos olvidan completamente) es por qué pasa esto.

Lo que normalmente impide que la gente pida precios desmesuradamente altos es la competencia que aparece tan pronto como el precio y el margen de beneficio de un producto o servicio empieza a aumentar. Si, por ejemplo, el precio de los frisbees empieza a aumentar, los fabricantes aumentarán la producción, nuevos empresarios entrarán en el sector, tal vez los frisbees usados se vendan en mercados de segunda mano, etc. Todas estas actividades tienden a contrarrestar el aumento original en el precio.

Si el precio del alquiler de apartamentos empieza súbitamente a subir a causa de una repentina falta de viviendas, entrarían en juego fuerzas similares. Se construirían nuevas viviendas por propietarios de inmuebles y nuevos empresarios entrarían en el sector por el aumento del precio. Las viejas viviendas tenderían a renovarse, se usarían sótanos y áticos. Todas estas actividades tenderían a rebajar el precio del alquiler y repararían la falta de viviendas.

Si los caseros tratan de aumentar las rentas en ausencia de una falta de viviendas, encontrarán difícil mantener alquilados sus apartamentos. Pues tanto los viejos como los nuevos inquilinos se verán tentados por las rentas relativamente más bajas que se cobran en otros lugares.

Incluso si los caseros se agrupan para aumentar las rentas, no serán capaces de mantener el aumento en ausencia de una falta de viviendas. Ese intento se vería contrarrestado por nuevos empresarios que no sean parte del acuerdo de cártel, que tratarán de atender la demanda de vivienda a un precio más barato. Comprarán viviendas existentes y construirían otras nuevas.

Por supuesto, los inquilinos acudirían a las viviendas fuera del cártel. Quines permanezcan en las viviendas de precio alto tenderán a usar menos espacio, ya sea compartiendo habitaciones o utilizando menos espacio que antes. A medida que ocurra esto, les será cada vez más difícil a los caseros del cártel mantener todos sus edificios completamente alquilados.

Inevitablemente, el cártel se romperá, pues los caseros buscarán encontrar y mantener inquilinos de la única forma posible: rebajando las rentas. Por tanto, es mendaz afirmar que los caseros cobran lo que les da la gana. Cobran lo que el mercado ofrece, como todos los demás.

Una razón adicional para decir que la acusación no tiene fundamento es que, en el fondo, no hay un sentido legítimo real para el concepto de cobro excesivo “Excesivo” sólo puede querer decir “más de lo que al comprador le gustaría pagar”. Pero como realmente a todos nos gustaría no pagar nada por nuestro espacio de alojamiento (o quizá menos infinito, lo que sería equivalente a que el casero pagara al inquilino una cantidad infinita de dinero por vivir en su edificio), puede decirse que cobran excesivamente los caseros que cobren cualquier cantidad. Todo el que venda a cualquier precio mayor que cero puede decirse que está cobrando excesivamente, porque todos querríamos no pagar nada (o menos infinito) por lo que compramos.

Descartando como falsa la afirmación de que el casero cobra excesivamente, ¿qué pasa con la visión de las ratas, la basura, el enlucido que se cae, etc.? ¿Es el casero responsable de estas condiciones?

Aunque es extremadamente atractivo decir “sí”, esto no tiene sentido. Porque el problema de la infravivienda no es realmente un problema de suburbios o de vivienda. Es un problema de pobreza, un problema del que no puede hacerse responsable al casero. Y cuando no es consecuencia de la pobreza, entonces no es un problema social en absoluto.

La infravivienda, con todos sus horrores, no es un problema cuando los habitantes son gente que puede permitirse una vivienda de más calidad, pero prefieren vivir allí por el dinero que se ahorran.

Esa opción podría no ser popular, pero las decisiones que tome otra gente que sólo les afecten a ellos no pueden clasificarse como un problema social. Si se hiciera así, existiría el peligro de que nuestras decisiones más reflexionadas, nuestros gustos y deseos más queridos sean calificados como “problemas sociales” por gente cuyos gustos difieren de los nuestros.

La infravivienda es un problema cuando los habitantes residen allí por necesidad, no queriendo permanecer ahí, pero incapaces de permitirse algo mejor. Su situación es ciertamente triste, pero la culpa no es del casero. Por el contrario, está ofreciendo un servicio necesario, dada la pobreza de los inquilinos.

Para probarlo, pensemos en una ley que prohibiera la existencia de infraviviendas, y por tanto de sus caseros, sin disponer nada para los alojados allí, como ofrecer una vivienda decente a los pobres o una asignación suficiente como para comprar o alquilar una buena vivienda. El argumento es que si el casero verdaderamente daña al inquilino, entonces su eliminación, sin que cambie nada, tendría que aumentar el bienestar neto del inquilino.

Pero la ley no lograría esto. Dañaría enormemente no sólo a los caseros, sino también a los inquilinos. Si es posible, dañaría aún más a los inquilinos, pues tal vez para los caseros sólo sea una pérdida de una de sus muchas fuentes de ingresos: los inquilinos perderían sus propias casas.

Se verían forzados a alquilar un alojamiento más caro, con la consecuente disminución en la cantidad de dinero disponible para comida, medicinas y otras necesidades. No. El problema no es el casero, es la pobreza. Sólo si el casero fuera la causa de la pobreza podría echársele la culpa legítimamente por el problema de las infraviviendas.

¿Entonces, si no es más culpable de la miseria que otros comerciantes, por qué se ha distinguido el casero en su condena? Después de todo, quienes venden ropa usada a los mendigos del Bowery no son condenados, aunque sus prendas sean inferiores, los precios altos y los compradores pobres y desvalidos. Sin embargo, en lugar de condenar a los comerciantes, parecemos saber dónde reside el problema: en la pobreza y la condición de desvalimiento del mendigo del Bowery.

De forma similar, la gente no echa la culpa a los propietarios de chatarrerías por la mala condición de sus productos y las penalidades de sus clientes. La gente no echa la culpa a los propietarios de “panaderías del día siguiente” por la dureza de su pan. Por el contrario, se da cuenta de que si no existieran las chatarrerías y estas panaderías, la gente pobre estaría en una condición aún peor que la actual.

Aunque la respuesta sólo puede ser especulativa, parecería que hay una relación positiva entre la cantidad de interferencia gubernamental en el área económica y el abuso y la acumulación de invectivas contra los empresarios del sector. Ha habido pocas leyes que se ocupen de las “panaderías del día siguiente” o las chatarrerías, pero muchas en el área de la vivienda. La relación entre intervención pública en el mercado de la vivienda y denigración de la imagen pública del casero debería, por tanto, quedar apuntada.

No puede negarse que hay una intervención fuerte y variada en el mercado de la vivienda. Proyectos de vivienda social, proyectos de vivienda “pública” y rehabilitación urbana y ordenaciones urbanas y códigos de construcción son sólo unos pocos ejemplos. Cada uno de ellos ha causado más problemas de los que ha resuelto. Se han destruido más viviendas de las que se han creado, se han exacerbado las tensiones raciales y la vida en los barrios y comunidades se ha destrozado.

En cada caso, parece que los efectos del derrame de papeleo e incapacidad burocrática se hacen recaer en el

casero. Se lleva la culpa de buena parte del abarrotamiento engendrado por el programa de rehabilitación urbana. Se le echa culpa de no mantener los edificios dentro de los estándares establecidos por códigos de construcción no realistas, que, si se siguieran, empeorarían radicalmente la situación de los inquilinos. Obligar a tener “viviendas Cadillac” sólo puede dañar a los habitantes de “viviendas Volkswagen”. Pone a toda la vivienda fuera del alcance financiero de los pobres.

Tal vez el enlace más crítico entre el gobierno y la mala reputación en la que se tiene al casero es la ley de control de rentas. Pues la legislación de control de rentas cambia los incentivos usuales del beneficio, que ponen al empresario al servicio de sus clientes, por incentivos que le hacen el enemigo directo de sus inquilinos-clientes.

Normalmente el casero (o cualquier otro hombre de negocios) gana dinero sirviendo a las necesidades de sus inquilinos. Si no atiende sus necesidades, los inquilinos tenderán a irse. Apartamentos vacíos significan, por supuesto, una pérdida de ingresos. Anuncios, agentes de alquileres, reparaciones, pintura y otras condiciones que implica un nuevo alquiler significan gastos adicionales.

Además, el casero que no atienda a las necesidades de los inquilinos puede tener que cobrar rentas inferiores de las que obtendría en otro caso. Como en otros negocios, el cliente “siempre tiene la razón” y el comerciante ignora este dicho a su propio riesgo.

Pero con el control de rentas, el sistema de incentivos se pone boca abajo. Así el casero puede obtener el máximo retorno sin servir bien a sus inquilinos, incluso tratándoles mal, simulando enfermedades, rechazando hacer reparaciones, insultándolos. Cuando las rentas están controladas legalmente a niveles por debajo del valor del mercado, el casero obtiene el máximo retorno no atendiendo a sus inquilinos, sino librándose de ellos. Pues así puede reemplazarlos por inquilinos sin rentas controladas, que pagan más.

Si el sistema de incentivos se da la vuelta bajo el control de rentas, se determina el proceso de selección de entrada en la “industria” de los caseros. Los tipos de personas atraídos por una ocupación se ven influidos por el tipo de trabajo que debe hacerse en el sector.

Si la ocupación exige (financieramente) dar servicio a los consumidores, se atraerá a un tipo de casero. Si la ocupación exige (financieramente) acosar a los consumidores, se atraerá a un tipo de casero bastante diferente. En otras palabras, en muchos casos la reputación de casero como malicioso, avaricioso, etc., bien puede ser merecida, pero es esencialmente el programa de control de rentas el que anima a la gente de este tipo a hacerse caseros.

Si se prohibiera al casero tener infraviviendas y se aplicara activamente esta prohibición, el bienestar del pobre inquilino empeoraría increíblemente, como hemos visto. Es la prohibición de rentas más altas por el control de rentas y la legislación similar la que causa el deterioro de la vivienda. Es la prohibición de viviendas de baja calidad, por normas de vivienda y similares lo que hace que los caseros abandonen el sector de la vivienda.

El resultado es que los inquilinos tienen menos alternativas y las que tienen son de baja calidad. Si los caseros no pueden abstener suficiente beneficio suministrando vivienda a los pobres como podrían obtener en otras empresas, abandonarán el sector. Los intentos de rebajar las rentas y mantener una calidad alta mediante prohibiciones sólo rebajan los beneficios y llevan a los caseros a abandonar el negocio, dejando a los inquilinos pobres en una situación mucho peor.

Debería recordarse que la causa básica de las infraviviendas no es el casero y que los peores “excesos” del casero se deben a los programas públicos, especialmente al control de rentas. El casero hace una contribución positiva a la sociedad: sin él, la economía estaría peor. El que continúe con su desagradecida tarea,

en medio del ataque y el vilipendio, sólo puede ser una evidencia de su naturaleza eminentemente heroica.

23

Libertad de Asociación

Llewellyn Rockwell

Parece increíble que en los últimos días, un derecho fundamental de toda la humanidad, la libertad de asociación, haya sido denunciado por el New York Times y la mayoría de las fuentes de opinión. Incluso una figura política nacional fue reacia a defender sus propias palabras a favor de la idea y luego se distanció de la noción. ¿Se ha convertido este principio fundamental de la libertad en algo inexpresable?

O tal vez no sea tan increíble. Un gobierno presuntuoso, en una era de despotismo como la nuestra, debe denegar un derecho fundamental como ese simplemente porque es uno de los asuntos centrales que muestran quién manda: el estado o los individuos.

Vivimos tiempos antiliberales, en los que la elección individual es altamente sospechosa. El principal espíritu legislativo se dirige a hacer que todas las acciones sean obligatorias o prohibidas, dejando cada vez menos espacio a la volición humana. Dicho de forma simple, ya no

confiamos en la idea de la libertad. Ni siquiera podemos imaginar cómo podría funcionar. Qué gran distancia hemos recorrido desde la Edad de la Razón a nuestros tiempos.

Refiriéndonos a la gran controversia acerca del Acta de Derechos Civiles de 1964, Karen de Coster puso fin al asunto dando la vuelta a la pregunta de Rachel Maddow. Quiso saber si un empresario blanco tiene derecho a rechazar dar servicio a un hombre negro. Karen preguntó: ¿tiene un empresario negro derecho a rechazar dar servicio a un miembro del [Ku-Klux-] Klan?

No creo que nadie discuta ese derecho. El cómo use cada persona el derecho a asociarse (que necesariamente significa el derecho a no asociarse) es un asunto de elección individual profundamente influenciada por el contexto cultural. El que una persona tenga derecho a tomar por sí misma estas decisiones no puede negarlo nadie que crea en la libertad.

El derecho de exclusión no es algo secundario. Es esencial para el funcionamiento de la civilización. Si uso software propietario, no puedo descargarlo sin firmar un contrato. Si rechazo firmar, la compañía no tiene que vendérmelo. ¿Y por qué? Porque es su software y ellos fijan los términos de uso. No hay más que decir.

Si escribes en un blog que acepta comentarios, sabes lo importante que es este derecho. Tienes que poder excluir spam o prohibir direcciones IP de trolls o si no incluir y excluir basándose en si la contribución de la persona añade valor. Cualquier intervención en Internet que solicite participación pública lo sabe. Sin este derecho, cualquier foro puede desmoronarse, al ser tomado por elementos negativos.

Ejercemos todos los días el derecho de excluir. Si vamos a comer, alguna gente viene y otra no. Cuando celebramos una cena, cuidamos de incluir a cierta gente y necesariamente excluir a otra. Algunos restaurantes esperan y reclaman el uso de zapatos y camisas en incluso

chaquetas y corbatas. El New York Times incluye algunos artículos y excluye otros, incluye a alguna gente en sus reuniones editoriales y excluye a otra.

Cuando un negocio contrata gente, algunos pasan el corte y otros no. Pasa lo mismo con las admisiones a la universidad, a iglesias, fraternidades, clubes cívicos y casi cualquier otra asociación. Todos ejercen el derecho a excluir. Es básico para la organización de cada aspecto de la vida. Si se niega este derecho, ¿qué tenemos en su lugar? Coerción y obligación. La gente se ve forzada por el estado a juntarse, obligando a punta de pistola a que un grupo sirva a otro. Es una servidumbre no voluntaria, expresamente prohibida por la 13^a enmienda. Uno supone que la gente que ame la libertad estará siempre en contra.

Como dice Larry Elder: “Es de 1^o de Libertad”.

¿Qué pasa con la afirmación de que el gobierno debería regular las bases de la exclusión? Digamos, por ejemplo, que no negamos el derecho general de libre asociación, pero limitamos su alcance para ocuparnos de una injusticia concreta. ¿Es factible? Bueno, la libertad es un poco como la vida, algo que existe o no. Dividirla y cortarla de acuerdo con prioridades políticas es extremadamente peligroso. Perpetra una división social, lleva a un poder arbitrario, obliga a una forma de esclavitud cambia las tornas sobre quién se encarga precisamente de la sociedad.

De hecho, presumir que el gobierno regule las “bases” de cualquier toma de decisiones es escalofriante. Presume el derecho y capacidad de los burócratas del gobierno de leer las mentes, como si pudieran conocer el motivo real detrás de cada acción, independientemente de lo que diga quien toma la decisión. Así es como los bancos en las últimas décadas han dado hipotecas indiscriminadamente: estaban intentando librarse de los reguladores que buscaban cualquier señal de discriminación racial.

Y, por supuesto, este truco de la lectura de mentes no es arbitrario. Lo dicta la presión política. Así que difícilmente sorprende que desde que se aprobó el Acta en 1964, las ba-

ses, que los reguladores dicen que pueden distinguir, y por tanto prohibir, han proliferado y ahora están completamente fuera de control. ¿Esta estrategia ha aumentado realmente el bienestar social o ha exacerbado el conflicto entre grupos que el estado ha explotado para sus propios fines?

¿Nos atreveremos a dejar a los propietarios tomar esas decisiones por sí mismos? Desde un punto de vista histórico, la injusticia contra los negros la perpetraron principalmente los gobiernos. En los negocios privados no entran las políticas de raza, pues significan excluir clientes dispuestos a pagar.

Y precisamente por esto los racistas, nacionalistas e intolerantes radicales se han opuesto siempre al capitalismo liberal: éste incluye y excluye basándose en la relación dineraria y sin considerar características que los colectivistas de todos los tipos consideran como importantes. En las utopías imaginadas por los nacionalsocialistas, los defensores del comercio son colgados de las farolas como traidores a la raza y enemigos de la nación.

Esto pasa porque el mercado tiende hacia un tapiz de asociación siempre en evolución y cambio, con patrones que no pueden conocerse por adelantado y no deberían ser regulados por los líderes federales. Por el contrario, los intentos del gobierno de regular la asociación llevan al desorden y las calamidades sociales.

Como explicó Thomas Paine:

En aquellas asociaciones que forman promiscuamente los hombres con el fin de comerciar o cualquier otra cosa, en que el gobierno está fuera de lugar y en que actúan simplemente sobre los principios de la sociedad, vemos cuán naturalmente se unen las distintas partes y esto demuestra, por comparación, que los gobiernos, lejos de ser siempre la causa o medio del orden, son a menudo la destrucción de éste.

Precisamente por eso los libertarios tenían razón al oponerse a las provisiones del Acta de Derechos Civiles de 1964. Golpean al corazón de la libertad, y con un coste social extremadamente alto. No nos sorprende que órganos de opinión sin ideas y antiintelectuales busquen negar esto. Pero lo que me ha sorprendido es la velocidad con la que supuestos libertarios, especialmente en el ámbito de Washington DC, se han apresurado a distanciarse del principio de libertad de asociación. Considero esto, no como una prueba de bancarrota intelectual, sino como una señal de temor que muchos tienen de decir la verdad al poder en una época de control despótico.

24

Carta Abierta a la International Justice Mission

Walter Block

Mr. Gary Haugen
INTERNATIONAL JUSTICE MISSION

Querido Mr. Haugen:

Atendí su discurso en el Regent College de Vancouver el 14 de julio de 2004; quería haberlo comentado entonces, pero el periodo de ruegos y preguntas estaba muy limitado. Así que pensé que compartiría mis pensamientos con usted en este formato.

Si tuviera que resumir su discurso, sería que están teniendo lugar actualmente actos de crueldad a escala masiva en todo el mundo y que es obligación de los cristianos tratar de detener estas atrocidades. Para hacerlo, la gente religiosa debería abandonar su egoísmo y aumentar su porción de donaciones de caridad (tanto en términos de dinero como de tiempo) para estos fines.

Según Adam Smith:

No es de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero de la que esperamos nuestra cena, sino de su consideración de su propio interés. Nos dirigimos no a su humanidad, sino a su amor propio y nunca les hablamos de nuestras propias necesidades sino de sus ventajas. [La Riqueza de las Naciones, 1776, pg. 14].

Lo que deducimos de esto no es que no exista la benevolencia en el pecho humano. Más bien que tiene una oferta bastante escasa. Lo que significa que los hombres racionales querrán economizar en esta rara y preciosa flor, en lugar de defender que sea utilizada promiscuamente, al darse cuenta de que siempre habrá escasez de oferta, en lugar de pensar que puede expandirse radicalmente.

Y hay razones sociobiológicas buenas y suficientes por las que esto debería ser así. Por qué como especie estamos “encaminados” en esta dirección. Si hubiera una tribu de cavernícolas que no estuviera interesada en ser la número uno, excluyendo prácticamente a todos los demás, hace tiempo que habría desaparecido. Es más, si esta tribu teórica centrara su limitada benevolencia ampliamente, en lugar de estrechamente a los miembros de su familia, amigos y vecinos, se habría extinguido. Descendemos de gente como esa, por eso somos como somos, principalmente. Sí, hay unas pocas excepciones, pero solo valen para confirmar la regla general. Nos centramos en nuestras estrechas y pequeñas vidas, porque lo requerían nuestros ancestros como forma de supervivencia.

Estoy completamente de acuerdo con vuestros objetivos: reducir o mejor eliminar la perversidad masiva que nos acosa, como matanzas masivas, esclavitud, etc. que mencionó usted tan elocuentemente. Pero sus medios hacia este fin, aumentar el nivel de benevolencia en la sociedad y ampliar su foco, creo que están condenados al fracaso basándome en estas consideraciones.

Puede no haberse dado cuenta, pero todos los países que mencionó como ejemplo de brutalidad eran países subdesarrollados o en retroceso (usted los llamó “países en desarrollo” pero eso es un poco de corrección política equívoca que podría considerar eliminar). Esto lleva a un medio alternativo para erradicar la crueldad: el desarrollo económico. Felizmente, Adam Smith acude de nuevo al rescate. El título completo de su libro más famoso es Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones. Su receta para el desarrollo económico era, en pocas palabras, con algunas pequeñas reservas: el capitalismo del laissez faire. Murray N. Rothbard, mi propio mentor, va mucho más allá y critica al propio Adam Smith por desviarse demasiado de este objetivo apropiado de completa libertad económica.

La idea era esta: que el gobierno que gobierna menos es el que gobierna mejor. Parte de mis investigaciones apoyan empíricamente la idea de que la libertad económica lleva a la prosperidad: *Economic Freedom of the World, 1975-1995*. Dado que más riqueza reduce la inhumanidad del hombre para el hombre, es una forma de acción que no deberían olvidar ni usted ni su organización.

Sostengo que si es cierta su afirmación de que para ser un buen cristiano uno debe hacer un esfuerzo por detener los males masivos que usted mencionó, entonces no es menos cierto que también le incumba aprender por qué unas naciones son ricas y otras son desesperadamente pobres. Podría venir bien un dicho: “No luches con los caimanes, seca el pantano”. Están luchando contra caimanes, intentando rescatar a la pequeña María o a David o a José. Todo esto está bien. Les felicito. Alguien tiene que hacer esto y estas injusticias claman reparación al cielo. Y existe la especialización y la división del trabajo. Pero creo que debería reconocer que otro medio, y sí, mejor (aunque solo sea porque abarca más cosas) para llegar a este fin: el desarrollo económico basado en la libre empresa.

Destaco esto no tanto por lo que dijo en su explicación formal, que ignoraba los puntos de los que me estoy ocupando, sino basándome en su respuesta a la última

pregunta que le hicieron. La planteó un joven que supongo que era un alumno de un seminario en el Regent College, ya que sus comentarios se basaban en la habitual palabrería marxista que se enseña en esos establecimiento de enseñanza superior. Le preguntó si no estaba preocupado por problemas sistémicos como la “violencia económica” basada en la desigual distribución de ingresos. (No lo recuerdo exactamente, pero era lo esencial de su postura). Su conclusión era que los países occidentales tendrían que aumentar su nivel de ayuda externa a naciones subdesarrolladas. Pero esto es ignorancia económica de primer nivel, como ha destacado una y otra vez la obra de Peter Bauer. En lugar de abofetear verbalmente a este joven como se merecía, aceptó sus premisas básicas pero excusó actuar sobre sus principios, apropiadamente, pensé, basándose en la necesidad de la especialización y la división del trabajo. Pero sus premisas socialistas eran erróneas y si se implantaran aumentarían en lugar de disminuir el nivel de brutalidad en estos países pobres.

Admito que hay asimismo razones sociobiológicas buenas y suficientes por las que los mercado libres no sean ahora lo habitual. Si no lo fueran, todos viviríamos en un paraíso de *laissez faire*. (Creo que en los tiempos cavernícolas, todos nos vimos muy encaminados a seguir las órdenes del jefe de la tribu. Asimismo, como vivíamos en comunidades muy pequeñas en comparación con las actuales, solo se filtró en el código genético la cooperación directa. Cooperar indirectamente, a través de mercados gigantescos, se ha producido demasiado tarde en la historia de nuestra especie como para haberse incorporado en nuestros genes). Pero no es ninguna razón para que intelectuales como usted acepten los cantos de sirena del socialismo.

Los ricos países occidentales realmente no necesitan tanto el socialismo; este sistema ha establecido en el pasado el capital y el sistema legal que aseguran una relativa riqueza y por tanto pocas matanzas masivas internas. Son las naciones pobres de África y otros lugares las que más necesitan libre empresa. Gracias a nuestro disfrute de una

relativa libertad económica durante muchos años, el occidente capitalista puede ahora permitirse un cierto socialismo pernicioso. Por el contrario, la libre empresa es virtualmente desconocida en el Tercer Mundo y el igualitarismo socialista es la sentencia de muerte para sus economías.

Para terminar, una última crítica a su presentación: elimine esa película que muestra a un comprador de niños detenido por la policía. Puede que no se haya dado cuenta, pero también muestra un televisor al fondo. Pero esto implica electricidad y un cierto nivel de prosperidad, todo completamente incompatible con su relato de gente vendiendo a sus hijos por una terrible pobreza.

Espero que acepte estos apuntes con el espíritu con el que los interpreto: como un intento de ayudarle a usted y a sus muy buenas obras.

Atentamente,
Walter Block

Harold E. Wirth Eminent Scholar Endowed Chair and
Professor of Economics

College of Business Administration
Loyola University New Orleans

25

Todo lo que Amas se lo Debes al Capitalismo

Llewellyn Rockwell

Estoy seguro de que habéis tenido antes esta experiencia o alguna similar. Estáis sentados comiendo en un buen restaurante o tal vez en un hotel. Los camareros vienen y van. La comida es fantástica. La conversación sobre diversos temas va bien. Habláis del tiempo, música, películas, salud, trivialidades en las noticias, niños y todo eso. Pero luego el asunto pasa a la economía y las cosas cambian.

No eres del tipo agresivo, así que no proclamas inmediatamente los méritos del libre mercado. Espera y dejas que hablen los demás. Su inclinación contra los negocios aparece de inmediato en la repetición de la última calumnia de los medios contra el mercado, como

que los dueños de las gasolineras están causando inflación a aumentar los precios para llenarse los bolsillos a nuestra costa o que Walmart es, por supuesto, lo peor que le puede pasar a una comunidad.

Empiezas a ofrecer una puntualización, apuntando en la otra dirección. Entonces aparece la verdad en forma de un anuncio ingenuo aunque definitivo de una persona: “Bueno, supongo que en realidad soy en el fondo un socialista”. Otros sacuden la cabeza con aprobación.

Por un lado, en realidad no hay nada que decir. Estas rodeado por las bendiciones del capitalismo. La mesa del bufet, para la que tú y tus compañeros de comida solo tuvisteis que entrar en un edificio para encontrarla, tiene una mayor variedad de comida a un precio más barato de la que hubo disponible para ninguna persona que haya vivido (rey, señor, duque plutócrata o papa) en casi toda la historia del mundo. Ni siquiera hace cincuenta años esto habría sido imaginable.

Toda la historia se ha definido por la lucha por el alimento. Y esa lucha ha terminado, no solo para los ricos, sino para todos los que viven en economías desarrolladas. Nuestros antepasados, si hubieran visto esto, podrían haber supuesto que estábamos en el Elíseo. El hombre medieval imaginaba esas escenas solo en visiones utópicas. Incluso a finales del siglo XIX, el palacio más deslumbrante del industrial más rico necesitaba mucho personal y habría tenido inmensos problemas para siquiera acercarse a esto.

Debemos esta escena al capitalismo. Por decirlo de otra manera, debemos esta escena a los siglos de acumulación de capital en manos de gente libre que ha puesto a trabajar su capital para conseguir innovaciones económicas, compitiendo al tiempo con otros por el beneficio y cooperando con millones de personas en una red global de división del trabajo en constante expansión. Los ahorros, inversiones, riesgos y trabajo de cientos de años e innumerables personas libres se han utilizado para hacer posible esta escena, gracias a la siempre notable capacidad de una sociedad de desarrollarse bajo condiciones de liber-

tad para alcanzar las más altas aspiraciones de los miembros de la sociedad.

Y aun así, sentadas al otro lado de la mesa hay gente culta que imagina que la forma de acabar con los males del mundo es mediante el socialismo. Ahora, las definiciones del socialismo de la gente difieren y estas personas probablemente se den prisa en decir que no quieren referirse a la Unión Soviética o algo parecido. Era socialismo solo en el nombre, me dirían. Y aun así, si el socialismo significa hoy algo en absoluto es imaginar que puede haber alguna mejora social resultante del movimiento político para tomar el capital de manos privadas y ponerlo en manos del estado. Otras tendencias del socialismo incluyen en deseo de ver el trabajo organizado siguiendo líneas de clase y de dar algún tipo de poder coactivo sobre cómo se emplea la propiedad de sus empresarios. Podría ser tan simple como el deseo de poner un tope a los salarios de los directivos o tan extremo como el deseo de abolir toda la propiedad privada, el dinero e incluso el matrimonio.

Sean cuales sean los detalles del caso en cuestión, el socialismo siempre significa hacer caso omiso de las libres decisiones de los individuos y remplazar esa capacidad por la toma de decisiones de un plan superior por parte del estado. Llevado lo suficientemente lejos, este modo de pensamiento no solo supondría en fin de las comidas opulentas. Significaría el fin de lo que todos conocemos como la propia civilización. No devolvería a un estado primitivo de existencia, viviendo de la caza y la recolección en un mundo con poco arte, música, ocio o beneficencia. Tampoco ninguna forma de socialismo es capaz de atender las necesidades de los seis mil millones de personas del mundo, así que la población disminuiría radical y rápidamente y de una manera que haría que todo horror humano parecería ligero en comparación. Tampoco es posible separar socialismo de totalitarismo, porque si piensas en serio acabar con la propiedad privada de los medios de producción, tendrás que pensar en serio en acabar también con la libertad y la creatividad. Tendrás

que convertir a toda la sociedad, o lo que quede de ella, en una prisión.

En resumen, el deseo de socialismo es un deseo de maldad humana sin parangón. Si realmente entendiéramos esto, nadie expresaría un apoyo informal a este entre gente educada. Sabéis, sería como decir que realmente hay algo que decir sobre malaria y tifus y lanzar bombas atómicas sobre millones de inocentes.

¿Desea esto realmente la gente que se sienta al otro lado de la mesa? Indudablemente no. Entonces, ¿qué va mal aquí? ¿Por qué esta gente no ve lo que es evidente? ¿Por qué no puede la gente que se sienta en medio de la abundancia creada por el mercado, disfrutando de todos los frutos del capitalismo a cada minuto de su vida, ver los méritos del mercado y en su lugar desear algo que se ha demostrado que es un desastre?

Lo que tenemos aquí es una falta de comprensión. Es decir, una falta de relacionar causas con efectos. Es una idea completamente abstracta. El conocimiento de causa y efecto no nos viene simplemente por mirar en torno a una habitación, vivir en cierto tipo de sociedad u observar estadísticas. Podemos estudiar montañas de datos, leer mil tratados de historia o tabular cifras internacionales de PIB en un gráfico para ganarnos la vida y aun así la verdad de la causa y el efecto puede seguir siendo evasiva. Podríamos seguir esquivando la idea de que es el capitalismo el que da lugar a la prosperidad y la libertad. Podríamos seguir estando tentados por la idea del socialismo como salvador.

Dejadme que os lleva a los años 1989 y 1990. Fueron los años que la mayoría de nosotros recordamos como el momento en que el socialismo se derrumbó en Europa Oriental y Rusia. Los acontecimientos de aquel entonces iban en contra de todas las predicciones de la derecha de que eran regímenes permanentes que nunca cambiarían salvo que se los hiciera volver con bombardeos a la edad de piedra. En la izquierda, se creía de forma generalizada, incluso en aquel entonces, que estas sociedades realmente lo estaban haciendo bastante bien y acabarían

sobrepasando a Estados Unidos y Europa Occidental en prosperidad y, según algunos cálculos, que ya estaban mejor que nosotros.

Y aun así se derrumbó. Incluso el Muro de Berlín, ese símbolo de opresión y esclavitud, fue derribado por el propio pueblo. No solo era glorioso ver derrumbarse al socialismo. Era emocionante, desde un punto de vista libertario, ver cómo los propios estados pueden disolverse. Pueden tener todas las armas y todo el poder y el pueblo no tener nada de esto y aun así, cuando el mismo pueblo decide que ya no quiere ser gobernado, al estado le quedan pocas opciones. Acaba derrumbándose en medio de un rechazo de toda la sociedad a seguir creyendo sus mentiras.

Cuando estas sociedades cerradas se convierten repentinamente en abiertas, ¿qué vimos? Vimos territorios que olvidó el tiempo. La tecnología estaba atrasada y rota. La comida era escasa y desagradable. La atención médica era horrible. La gente estaba enferma. Las tierras estaban contaminadas.

También era sorprendente lo que había ocurrido con la cultura bajo el socialismo. Muchas generaciones habían crecido bajo un sistema construido mediante el poder y la mentira y por tanto la infraestructura cultural que damos por sentada no estaba asegurada. Ideas como confianza, promesa, verdad, honradez y planificación para el futuro (todos los pilares de la cultura comercial) se habían distorsionado y confundido por la ubicuidad y persistencia de la maldición estatista.

¿Por qué me ocupo de estos detalles acerca de este periodo, que la mayoría sin duda recordáis? Sencillamente para decir esto: la mayoría de la gente no vio lo que visteis. Visteis el fracaso del socialismo. Es lo que yo vi. Es lo que vio Rothbard. Es lo que vio cualquiera que haya adquirido conocimiento de economía, las reglas elementales respecto de causa y efecto en la sociedad.

Pero esto no es lo que vio la izquierda ideológica. Los titulares en las propias publicaciones socialistas proclamaban la muerte del antidemocrático estalinismo y reclamaban la creación de un nuevo socialismo democrático en estos países.

Respecto de la gente normal no partidaria de la idea socialista ni educada en economía, podría haberle parecido nada más que una gloriosa derrota de los enemigos de la política exterior estadounidense. Construimos más bombas que hecho, así que por fin se rindieron, de la forma en que un niño dice “me rindo” en un parque. Tal vez algunos lo vieran como una victoria de la Constitución de EEUU sobre sistemas extraños y extranjeros de despotismo. O tal vez fuera una victoria de la causa de algo como la libertad de expresión sobre la censura o el triunfo de lo votos sobre las balas.

Ahora, si se hubieran transmitido las lecciones adecuadas del derrumbamiento, habríamos visto el erro de todas las formas de planificación pública. Habríamos visto que una sociedad voluntaria superaría siempre a una coaccionada. Podríamos ver lo artificiales y frágiles que son en definitiva todos los sistemas de estatismo comparados con la robusta permanencia de una sociedad construida sobre el libre intercambio y la propiedad capitalista. Y hay otra cosa más: el militarismo de la Guerra Fría solo había acabado prolongando el periodo de socialismo al proporcionar a esos gobiernos malvados la posibilidad de estimular desafortunados impulsos nacionalistas que distraían a sus poblaciones nacionales del problema real. No fue la Guerra Fría la que mató al socialismo, sino más bien que una vez que la Guerra Fría se hubo agotado a sí misma, estos gobiernos se derrumbaron por su propio peso debido a presiones internas en lugar de externas.

En resumen, si el mundo hubiera aprendido las lecciones correctas de estos acontecimientos, no habría más necesidad de formación económica ni más necesidad de la mayoría de lo que hace el Instituto Mises. En un gran momento de la historia, el combate entre el capitalismo y la

planificación centralizada se habría decidido de una vez y para siempre.

Debo decir que fue una sacudida más grande para mis colegas y yo de la que debería haber sido, que la mayoría de la gente se perdió el mensaje económico esencial. De hecho, supuso muy poca diferencia en el espectro político en absoluto. El combate entre el capitalismo y la planificación centralizada continuó como siempre e incluso se intensificó en el país. Nuestros socialistas, si experimentaron algún contratiempo, retornaron, tan fuertes como siempre, si no más.

Si lo dudáis, considerad que solo llevó unos meses a uno de estos grupos quejarse acerca de la terrible arremetida que se había producido por el desatamiento del capitalismo en Europa Oriental, Rusia y China. Empezamos a oír quejas acerca del auge de un espantoso consumismo en estos países, acerca de la explotación de trabajadores a manos de capitalistas, acerca de aumento de los estridentes superricos. Aparecieron montones de historias acerca de la triste situación de los funcionarios desempleados, que, aunque leales a los principios del socialismo durante toda su vida, ahora se veían en las calles arreglándoselas por sí mismos.

NI siquiera un acontecimiento tan espectacular como la fusión espontánea de una superpotencia y todos sus estados satélites fue bastante para impartir el mensaje de la libertad económica. Y la verdad es que no era necesario. Todo el mundo está lleno de lecciones acerca del mérito de la libertad económica por encima de la planificación centralizada. Nuestras vidas diarias están dominadas por los gloriosos productos del mercado, que todos damos alegremente por sentados. Podemos abrir nuestros navegadores web y recorrer una civilización electrónica que creó el mercado y advertir que en comparación el gobierno nunca hizo nada útil en absoluto.

También estamos inundados diariamente por los fracasos del estado. Nos quejamos constantemente de que el sistema educativo está quebrado, de que el sector médico

está extrañamente distorsionado, de que correos es irresponsable, de que la policía abusa de su poder, de que los políticos nos han mentido, de que se roba el dinero de los impuestos, de que cualquier burocracia con la que tengamos que tratar es inhumanamente indiferente. Advertimos todo esto. Pero muchos menos son capaces de conectar de alguna forma los puntos y ver las múltiples formas en que la vida diaria confirma que los radicales del mercado, como Mises, Hayek, Hazlitt y Rothbard tenían razón en sus juicios.

Es más, no es un fenómeno nuevo que solo podamos observar en nuestros tiempos. Podemos mirar a cualquier país en cualquier periodo y advertir que toda pizca de riqueza creada en la historia de la humanidad se ha generado a través de algún tipo de actividad del mercado y nunca por los gobiernos. La gente libre crea, los estado destruyen. Fue cierto en el mundo antiguo. Fue cierto en el primer milenio después de Cristo. Fue cierto en la Edad Media y el Renacimiento. Y con el nacimiento de estructuras complejas de producción y el aumento de la división del trabajo en esos años, vemos cómo la acumulación de capital llevó a lo que podría llamarse un milagro productivo. Aumento la población del mundo. Vimos la creación de la clase media. Vimos a los pobres mejorar sus condiciones y cambiar su propia identificación de clase.

La verdad empírica nunca ha sido difícil de ver. Lo que importa son los ojos teóricos que miran. Es lo que dicta la lección que sacamos de los acontecimientos. Marx y Bastiat escribían al mismo tiempo. El primero dijo que el capitalismo estaba creando una calamidad y que la abolición de la propiedad era la solución. Bastiat veía que el estatismo estaba creando una calamidad y que la abolición de la opresión del estado era la solución. ¿Cuál era la diferencia entre ambos? Veían los mismos hechos, pero los veían de formas muy distintas. Tenían una percepción diferente de causa y efecto.

Os sugiero que hay aquí una importante lección respecto de la metodología de las ciencias sociales, así como un

programa y estrategia para el futuro. Respecto del método, tenemos que reconocer que Mises era minuciosamente correcto respecto de la relación entre hechos y verdad económica. Si tenemos en mente una teoría sólida, los hechos sobre el terreno proporcionan excelente material de ejemplo. Nos informan de la aplicación de la teoría en el mundo en que vivimos. Nos proporcionan anécdotas excelentes e historias reveladoras de cómo la teoría económica se confirma en la práctica. Pero con la ausencia de esa teoría económica, los hechos desnudos no son sino hechos. No conllevan ninguna información acerca de causa y efecto y no apuntan cómo seguir adelante.

Pensadlo así. Digamos que tenéis una bolsa de canicas que se dejan caer al suelo. Pedid su impresión a dos personas. La primera entiende lo que significan los números, los que significan las formas y lo que significan los colores. Esta persona puede dar una explicación detallada de lo que ve: cuántas canicas, de qué tipo, lo grandes que son y esta persona puede explicar lo que ve de distintas formas potencialmente durante horas. Pero considerad ahora la segunda persona que, podemos suponer, no entiende nada de número, ni siquiera de que existan como ideas abstractas. Esta persona no comprende nada de formas ni colores. Ve la misma escena que la otra persona pero no puede proporcionar nada similar a una explicación de ningún patrón. Tiene muy poco que decir. Todo lo que ve es una serie de objetos al azar.

Ambas personas ven los mismos hechos. Pero los entienden de formas muy diferentes, debido a las nociones abstractas de significado que llevan en sus mentes. Por eso el positivismo como ciencia pura, un método de ensamblar series potencialmente infinitas de datos, es una tarea inútil. Los datos por sí mismos no conllevan ninguna teoría, ni sugieren conclusiones no ofrecen verdades. Para llegar a la verdad hace falta dar el paso más importante que podemos dar nunca como seres humanos: pensar. A través de este pensamiento, y con buenas enseñanzas y lectura, podemos armar un aparato teórico coherente que nos ayude a *entender*.

Ahora, tenemos un problema evocando el tipo de persona que no entiende números, colores o formas. Y aun así os sugiero que esto es precisamente lo que afrontamos cuando encontramos una persona que nunca ha pensado acerca de teoría económica y nunca ha estudiado en absoluto las implicaciones de la ciencia. Los hechos del mundo la parecen a esta persona como algo al azar. Ve dos sociedades, una junto a la otra, una libre y próspera y otra no libre y pobre. Ve esto y no concluye nada importante acerca de los sistemas económicos, porque nunca ha pensado en serio acerca de la relación entre sistemas económicos y prosperidad y libertad.

Simplemente acepta la existencia de riqueza en un lugar y de pobreza en el otro como algo dado, de la misma forma que los socialistas a la mesa asumían que el entorno y la comida de lujo resultaban estar allí, Tal vez lleguen a una explicación de algún tipo, pero sin formación económica, no es probable que sea la correcta.

Igualmente, tan peligroso como no tener ninguna teoría es tener una mala teoría que no siga ningún tipo de lógica sino una visión incorrecta de causa y efecto. Este es el caso de ideas como la curva de Phillips, que plantea una relación inversa entre inflación y desempleo. La idea es que puedes hacer que el desempleo sea muy bajo si estás dispuesto a tolerar una inflación alta o puede hacerse lo contrario: pueden estabilizar precios siempre que estés dispuesto a aceptar un alto desempleo.

Por supuesto, esto no tiene sentido a nivel microeconómico. Cuando aumenta la inflación, la gente no dice repentinamente, ¡vamos a contratar a más personal! Tampoco dicen: los precios que pagamos para nuestras existencias no han subido o han bajado. ¡Despidamos a algunos trabajadores!

Mucho de esto es cierto acerca de la macroeconomía: Se trata comúnmente como un asunto completamente independiente de cualquier conexión con la microeconomía o incluso la toma humana de decisiones. Es como si entráramos en un videojuego que mostrara

terribles criaturas llamadas Agregados que luchan hasta la muerte. Así que tienes un criatura llamada Desempleo, una llamada Inflación, una llamada Capital, una llamada Trabajo y así sucesivamente hasta que puedas construir un juego divertido que es una completa fantasía.

Hace unos días tuve otro ejemplo de esto. Un estudio reciente afirmaba que los sindicatos aumentan la productividad de las empresas. ¿Cómo concluyeron esto los investigadores? Encontraron que las empresas sindicalizadas tendían a ser mayores y con mayor producción general que las empresas no sindicalizadas. Bueno, pensemos en esto. ¿Es probable que si cierras un trabajo a toda competencia, das a ese entorno laboral el derecho a utilizar violencia para hacer efectivo su cártel, permites a ese cártel obtener de la empresa salarios por encima del mercado y establecer sus propios términos en relación con las normas de trabajo y las vacaciones y prestaciones, es probable que esto sea bueno para la empresa a largo plazo? Tienes que haber abandonado toda tu sensatez para creerlo.

De hecho, lo que tenemos aquí es una simple mezcla de causa y efecto. Las grandes empresas es más probable que atraigan más un tipo de sindicalización inevitable que las más pequeñas. Los sindicatos apuntan a aquellas, con ayuda federal. No es ni más ni menos complicado que eso. Por la misma razón, la economías desarrolladas tienen mayores estados de bienestar. Los parásitos prefieren animales más grandes, eso es todo. Cometeríamos un gran error si supusiéramos que el estado de bienestar causa la economía desarrollada. Sería tan mentira como crear que llevar trajes de 2.000\$ hace que la gente se haga rica.

Estoy convencido de que Mises tenía razón: el paso más importante que pueden dar los economistas y las instituciones económicas va en la dirección de la formación pública en lógica económica.

Aquí hay otro factor importante. El estado prospera en un público ignorante económicamente. Es la única forma en que puede salir impune acusando de la inflación o la

recesión a los consumidores, o afirmando que los problemas fiscales del gobierno se deben a que pagamos pocos impuestos. Es la ignorancia económica la que permite que las agencias regulatorias afirmen que nos están protegiendo al negarnos elegir. Solo manteniéndonos a todos en la oscuridad puede continuar empezando una guerra tras otra (violando derechos en el exterior y aplastando libertades en el interior) en nombre de la expansión de la libertad.

Solo hay una fuerza que pueda acabar con los éxitos del estado y esa es un público informado económica y moralmente. De otra manera, el estado puede continuar extendiendo sus políticas maliciosas y destructivas.

¿Recordáis la primera vez que empezasteis a entender los fundamentos de la economía? Es un momento muy emocionante. Es como si la gente con mala vista se hubiera puesto gafas por primera vez. Puede ocuparnos semanas, meses y años. Leemos un libro como *La economía en una lección* y ojeamos las páginas de *La acción humana* y por primera vez nos damos cuenta de que mucho de lo que otra gente da por sentado no es verdad y de que hay verdades emocionantes acerca del mundo que necesitan divulgarse desesperadamente.

Por poner un solo ejemplo, fijaos en el concepto de inflación. Para la mayoría de la gente, se ve de la misma forma en que las sociedades primitivas podrían ver la aparición de una enfermedad. Es algo que aparece para causar todo tipo de daños. El daño es bastante evidente, pero no el origen. Todos echan la culpa a otros y ninguna solución parece funcionar. Pero una vez que entiendes la economía, empiezas a ver que el valor del dinero está más directamente relacionado con su cantidad y que solo una institución posee el poder de crear dinero de la nada sin limitaciones: el banco central, conectado al gobierno.

La economía nos hace ampliar nuestra mente para ver al comercio de una sociedad desde muchos puntos de vista distintos. En lugar de ver solo acontecimientos y fenómenos desde la perspectiva de un solo consumidor o

productor, empezamos a ver los intereses de todos los consumidores y todos los productores. En lugar de pensar solo en los efectos a corto plazo de ciertas políticas, pensamos en el largo plazo y los efectos colaterales de ciertas políticas públicas. Esta es la esencia de la primera lección de Hazlitt en su famoso libro.

Por cierto, dejadme para aquí para hacer un magnífico anuncio. Este libro se escribió hace más de 60 años y sigue siendo el más poderoso libro de iniciación a la economía que pueda leerse. Aunque sea el último libro de economía que leas, te seguirá toda tu vida.

Es una herramienta enormemente importante y aunque estoy encantado de que siga imprimiéndose, no me ha gustado la edición que se ha estado distribuyendo desde hace tiempo. Hemos esperado mucho tiempo una versión en tapa dura de este maravilloso clásico que estuviera disponible a un precio bajo. Ahora la tenemos.

Para una persona que haya leído economía y asimilado sus lecciones esenciales, el mundo que nos rodea se convierte en vívido y claro y ciertos imperativos morales nos sorprenden. Sabemos ahora que el comercio merece ser defendido. Vemos a los empresarios como grandes héroes. Simpatizamos con el trabajo de los productores. Vemos a los sindicatos, no como defensores de derechos, sino como cárteles privilegiados que excluyen a la gente que necesita trabajo. Vemos las regulaciones, no como protección al consumidor, sino más bien como conspiraciones para subir precios cabildeadas por algunos productores para dañar a otros. Vemos el antitrust, no como una salvaguarda contra los excesos empresariales, sino como una porra utilizada por los grandes contra competidores más inteligentes.

En resumen, la economía nos ayuda a ver el mundo tal y como es. Y su contribución no va en la dirección de incluir cada vez más hechos, sino en ayudar a que estos hechos se ajusten en una teoría coherente del mundo. Y aquí vemos lo esencial de nuestro trabajo en el Instituto Mises. Es formar e inculcar un método sistemático para entender el

mundo tal y como es. Nuestro campo de batalla nos son los tribunales, ni las elecciones, ni la presidencia, ni el parlamento ni ciertamente la infame arena del cabildeo y los sobornos políticos. Nuestro campo de batalla se refiere a un aspecto de la existencia que es más poderoso a largo plazo. Se refiere a las ideas que tienen los individuos acerca de cómo funciona el mundo.

A medida que nos vamos haciendo mayores y vemos las generaciones cada vez más jóvenes que nos siguen, a menudo nos sorprende la gran verdad de que el conocimiento en este mundo no es acumulativo en el tiempo. Lo que ha aprendido y asimilado una generación no es algo que pase a otra por genética u ósmosis. Cada generación debe ser enseñada de nuevo. La teoría económica, lamento decirlo, no está escrita en nuestros corazones. Hizo falta mucho tiempo para el proceso de descubrirla. Pero ahora que la sabemos, debemos transmitirla y, por tanto, es como la capacidad de leer o de comprender la buena literatura. Es obligación de nuestra generación enseñar a la siguiente.

Y ahora no estamos hablando del conocimiento por el conocimiento. Lo que está en juego es nuestra prosperidad. Nuestro nivel de vida. Es el bienestar de nuestros hijos y de toda la sociedad. Es la libertad y el florecimiento de la civilización lo que está en juego. O crecemos y prosperamos y creamos y florecemos o nos marchitamos y morimos y perdemos todo lo que hemos heredado, esto en último término depende de estas ideas abstractas que tenemos respecto de la causa y el efecto en la sociedad, Normalmente estas ideas no nos llegan por pura observación. Deben enseñarse y explicarse.

¿Pero quien o qué las enseña y explica? Este es el papel esencial del Instituto Mises. Y no solo enseñar, sino expandir la base de conocimiento, hacer nuevos descubrimientos, ampliar el alcance de la literatura y aportar siempre más abundantemente al corpus de la libertad. Necesitamos expandir sus defensores en todos los aspectos de la vida, no solo en la universidad, sino en

todos los sectores de la sociedad. Es un programa ambicioso, que el propio Mises encargó a sus sucesores.

Nos estáis ayudando a asumir esta tarea y os lo agradecemos encarecidamente.

26

¿Hay un Derecho a Sindicalizar?

Walter Block

Me resisto a la idea de que tengamos un “derecho a sindicalizar” o a que la sindicalización sea equivalente o, peor, sea una consecuencia del derecho de libre asociación. Sí, teóricamente, una organización laboral *podría* limitarse para organizar un paro masivo si no consigue lo que desea. Esto realmente sería una consecuencia de la libre asociación.

Pero todos los sindicatos que conozco se reservan el derecho a emplear violencia (es decir, a iniciar violencia) contra trabajadores en competencia (“esquiroles”) ya sea

en la “forma obrera” de agredirlos o en una “forma elegante” haciendo que se aprueben leyes que obliguen a los empresarios a tratar con ellos y no con los esquirols. (¿Conoce alguien algún ejemplo en contrario? Si conocéis alguno, me encantaría saberlo. Una vez pensé haber encontrado uno: la Christian Labor Association de Canadá. Pero basándome en una entrevista con ellos, decir que aunque eviten la agresión “obrero”, apoyan la versión “elegante”).

¿Qué pasa con el hecho de que hay muchos ejemplos en contrario: sindicatos que realmente no han iniciado violencia? Además, hay incluso gente afiliada durante muchos años a sindicatos que nunca han sido testigos de un estallido de violencia real.

Dejadme aclarar mi postura. Mi oposición no es meramente a la violencia, sino más bien a la “violencia o amenaza de violencia”. Mi postura es que, a menudo, no hace falta violencia real, si la amenaza es lo suficientemente seria, lo que, sostengo, siempre se obtiene mediante el sindicalismo, al menos como se practica en Estados Unidos y Canadá.

Probablemente, Hacienda nunca haya utilizado violencia física real en toda su historia. (Está en buena parte compuesta de empollones, gente no agresiva físicamente). Porque confía en tribunales y policía del gobierno de EEUU, que tienen un poder abrumador. Pero sería superficial afirmar que Hacienda no utilice “violencia o amenaza de violencia”. Esto también es cierto para el agente de policía que te detiene y pone una multa. Son extremadamente educados y están entrenados para esto. Aun así, la “violencia o amenaza de violencia” permea todo su relación contigo.

Tampoco niego que a veces la dirección no utilice “violencia o amenaza de violencia”. Mi única opinión es que es posible apuntar numerosos casos en los que *no* lo hace, mientras que esto mismo es imposible para los sindicatos, al menos en los países de los que estoy hablando.

En mi opinión, la amenaza que emana de los sindicatos es objetiva, no subjetiva. Es la amenaza, en los viejos días obreros, de que cualquier trabajador competidor, un “esquirol”, sería agredido si cruzaba un piquete y, en los días modernos de la elegancia, de que cualquier empresario que despida a un empleado sindicalista en huelga y lo sustituya por otro trabajador permanentemente, violará varias leyes laborales. (Por cierto, ¿por qué no es “discriminatorio” y “odios” describir a trabajadores dispuesto a trabajar por menos paga y competir con la mano de obra sindicalizada como “esquiroles”? ¿No debería considerarse esto como equivalente a usar la palabra que empieza por “N” para la gente de color o la palabra que empieza por “K” para los judíos?)

Supongamos que un hombre canijo y pequeño se enfrenta a un tipo grande y fornido con aspecto de jugador de rugby y le reclama su dinero, amenazándole con que si el tipo no se rinde, le pateará en el trasero. Llamo a esto una amenaza objetiva y no me importa si el grande se ríe de él tontamente como reacción. Segundo escenario. El mismo que el primero, solo que esta vez el tipo pequeño saca una pistola y amenaza con disparar al grande si no le entrega su dinero.

Hay dos tipos de grandes. Uno se sentirá amenazado y entregará su dinero. El segundo atacará al pequeño (en defensa propia, en mi opinión). Tal vez se sienta omnipotente. Tal vez vista un chaleco antibalas. No importa. Una amenaza es una amenaza, independientemente de la reacción de grande, independientemente de su respuesta psicológica interior.

Volvamos ahora a las relaciones de gestión laboral. El sindicato amenaza objetivamente a los esquiroles y a los empresarios que los contratan. Hoy en día, esto es puramente un asunto legal, no sentimiento psicológicos por parte de nadie. Por el contrario, aunque no puede negarse que a veces los empresarios inician violencia contra los trabajadores, no lo hace *necesariamente*, como

empresario. (Sin embargo, a menudo dicha violencia es en defensa propia).

Esto es similar a lo que dije acerca del proxeneta en mi libro *Defending the Undefendable*: Para este fin, no me preocupa si todos y cada uno de los proxenetas han iniciado de hecho la violencia. Tampoco importa si lo hacen a todas horas. No es una característica *necesaria* para ser un proxeneta. Aunque no existiera ningún proxeneta no violento, podemos imaginar uno. Aunque todos los empresarios iniciaran siempre violencia contra los empleados, seguimos pudiendo *imaginar* empresarios que no lo hacen. En un agudo contraste, debido a la legislación laboral que todos apoyan, no podemos siquiera imaginar un trabajo sindicalizado que no amenace con la iniciación de violencia.

Murray N. Rothbard estaba completamente en contra de los sindicatos. Esto derivaba de dos factores. Primero, como teórico libertario, porque el trabajo sindicalizado amenaza con la violencia (ver *El hombre, la economía y el estado*, pp. 620-632). Segundo, basándose en el daño personal sufrido a manos de su familia (ver *An Enemy of the State: The Life of Murray N. Rothbard* de Justin Raimondo, pp. 59-61).

Nunca debemos sucumbir a los cantos de sirena del matonismo de los sindicatos.

27

¿Qué Pasaría si se Abolieran las Escuelas Públicas?

Llewellyn Rockwell

En la cultura estadounidense, se alaba en público a las escuelas públicas y se las critica en privado, lo que es aproximadamente lo contrario a cómo tendemos a tratar a empresas a gran escala, como Wal-Mart. En público, todos dicen que Wal-Mart es horrible, lleno de productos extranjero de baja calidad y que explota a los trabajadores. Pero en privado compramos los bienes de calidad a buen precio y hay largas colas de gente esperando ser contratada.

¿Por qué pasa esto? Tiene algo que ver con el hecho de que las escuelas públicas son parte de nuestra religión civil, la evidencia primaria que cita la gente para demostrar que el gobierno local nos sirve. Y está el elemento psicológico. La mayoría llevamos a ellas a nuestros hijos, así que en el fondo debe ser lo que más nos interesa.

¿Pero es así? *Education: Free and Compulsory*, de Murray N. Rothbard, explica que el verdadero origen y propósito de la educación pública no es tanto la educación como solemos entenderla, sino el adoctrinamiento en la religión cívica. Esto explica por qué la élite cívica es tan suspicaz con la educación en casa y las escuelas privadas: no temen las bajas notas en los exámenes que puedan generar, sino la preocupación de que estos niños no estén aprendiendo los valores que el estado considera importantes.

Pero el propósito de este artículo no es atacar a las escuelas públicas. Hay escuelas públicas decentes y terribles, así que no tiene sentido generalizar. Tampoco hay necesidad de recitar datos sobre notas en exámenes. Dejarme limitarme a la economía. Todos los estudios han demostrado que el coste total por alumno para las escuelas públicas es del doble que el de las escuelas privadas.[1]

Esto es contraintuitivo, ya que la gente piensa en las escuelas públicas como gratuitas y en las escuelas privadas como caras. Pero una vez consideras la fuente de financiación (dólares del contribuyente frente a matrícula o donación en el mercado), la alternativa privada es mucho más barata. De hecho, las escuelas públicas cuestan tanto como las escuelas privadas más caras y elitistas del país. La diferencia es que el coste de la enseñanza pública se reparte entre toda la población, mientras que el de la enseñanza privada lo soportan solo las familias con estudiantes que acuden a ellas.

En resumen, si pudiéramos abolir las escuelas públicas y las leyes de educación obligatoria reemplazarlas con educación proporcionada por el mercado, tendríamos mejores escuelas a la mitad de precio y seríamos además más libres. También sería una sociedad más justa,

soportando solo los clientes de la educación los costes de esta.

¿Qué no nos gusta? Bueno, está el problema de la transición. Hay dificultades políticas evidentes y graves. Podríamos decir que la educación pública disfruta aquí de una ventaja política debido al efecto de red. Un número significativo de “suscripciones”, etc. se han ido acumulando en el statu quo y es muy difícil cambiar eso.

Pero imaginémoslo. Digamos que un solo pueblo decide que los costes de la enseñanza pública son demasiado altos respecto de la escuela privada y el ayuntamiento decide abolir directamente las escuelas públicas. Lo primero a advertir es que esto sería ilegal, ya que todos los estados obligan a las localidades a proporcionar educación de forma pública. No sé qué le pasaría al ayuntamiento. ¿Serían encarcelados? ¿Quién sabe? Indudablemente serían inculpados.

Pero supongamos que conseguimos superar ese problema, gracias a, por ejemplo, una enmienda especial en la constitución del estado que excepciona a ciertas localidades si lo aprueba el ayuntamiento. Después está el problema de la legislación y regulación federal. Solo estoy especulando, ya que no conozco las leyes relevantes, pero podemos adivinar que el Departamento de Educación tomaría nota y a esto le seguiría una histeria nacional de algún tipo. Pero digamos que milagrosamente también superamos ese problema y el gobierno federal deja que esta localidad siga su camino.

Habría dos etapas en la transición. En la primera etapa, ocurrirían muchas cosas aparentemente malas. ¿Cómo se gestionarían en nuestros ejemplos los edificios físicos? Se venderían al mejor postor, ya fueran nuevos propietarios de escuelas, empresas o promotores de viviendas. ¿Y los profesores y administradores? Todos fuera. Podéis imaginar el griterío.

Una vez abolidos los impuestos a la propiedad, la gente con niños en las escuelas públicas podrían mudarse. No

habría primas para casas en distritos escolares que se consideraran buenos. Habría enfado por esto. Para los padres que se quedaran, habría un gran problema de qué hacer con los niños durante el día.

Una vez desaparecidos los impuestos a la propiedad, habría dinero extra para pagar la escuela, pero sus activos habrían perdido valor en el mercado (incluso sin la Fed), lo que es un serio problema en lo que se refiere a pagar la educación. Por supuesto, también habría una histeria extendida acerca de los pobres, que se encontrarían sin ninguna alternativa escolar que la educación en el hogar.

Todo esto suena bastante catastrófico, ¿no? Sí. Pero es solo la fase uno. Si podemos llegar a la fase dos, aparecerá algo completamente diferente. Las escuelas privadas existentes estarán a plena capacidad y habrá una alta demanda de nuevas escuelas. Los empresarios acudirán rápidamente a la zona para proporcionar escuelas sobre una base competitiva. Las iglesias y otras instituciones cívicas aportarán el dinero para proporcionar educación.

Al principio, las nuevas escuelas seguirán el modelo de la idea de la escuela pública. Los niños estarán allí de 8 a 4 o 5 y se cubrirán todas las clases. Pero pronto aparecerán nuevas alternativas. Habrá escuelas con clases de media jornada. Habrá escuelas grandes, medianas y pequeñas. Algunas tendrán 40 niños por clase y otras 4 o 1. La tutoría privada florecerá. Aparecerán escuelas confesionales de todo tipo. Abrirán micro-escuelas para servir nichos de interés: ciencia, clásicos, música, teatro, informática, agricultura, etc. Habrá escuelas solo para niños o niñas. El si el deporte ha de ser parte de la escuela o algo completamente independiente será algo que decidirá el mercado.

Y ya no será único el modelo de “escuela básica, intermedia, superior”. Las clases no se agruparán necesariamente solo por edad. Algunas se basarán también en la capacidad y nivel de aprendizaje. La matrícula irá de gratuita a supercara. La clave es que el cliente estará al mando.

Los servicios de transporte aumentarían para remplazar el viejo sistema del autobús de escuela. La gente podrá ganar dinero comprando furgonetas y proporcionando transporte. En todas las áreas relativas a la educación, abundarían oportunidades de negocio.

En resumen, el mercado de la educación operaría de la misma forma que cualquier otro mercado. La alimentación, por ejemplo. Cuando hay demanda, y evidentemente la gente demanda educación para sus hijos, hay oferta. Hay tiendas de alimentación grandes, pequeñas, de descuento, de calidad y para urgencias. Con los demás bienes pasa lo mismo y sería lo mismo en la educación. Repito que mandaría el cliente. Al final, lo que aparecería no es completamente predecible (el mercado nunca lo es) pero sea lo que sea que ocurriera, sería de acuerdo con la voluntad de la gente.

Después de esta fase dos, este pueblo aparecería como uno de los más deseados del país. Las alternativas educativas serían ilimitadas. Sería una fuente de enorme progreso y un modelo para la nación. Podría hacer que todo el país revisara el modelo educativo. Y además quienes se mudaran volverían para disfrutar de las mejores escuelas en el país a la mitad de precio de las escuelas públicas y quienes no tuvieran niños en casa no pagarían un centavo en educación. ¡Eso sí es atractivo!

Así que ¿qué pueblo será el primero en intentarlo y enseñarnos el camino?

28

¿Por qué ser Austriaco?

Robert Higgs

Entrevista a Robert Higgs por Ángel Martín

AM: ¿Cómo llegó a descubrir las ideas de la economía Austriaca?

HIGGS: Descubrí la economía Austriaca por accidente, y fui aprendiendo progresivamente sobre ella a lo largo de muchos años. A finales de la década de 1960, cuando acababa de empezar mi carrera como profesor de economía en la Universidad de Washington (situada en Seattle), di con el artículo de Hayek de 1945 “El Uso del Conocimiento en la Sociedad”. Me gustó mucho, lo usaba en mis clases y citaba en mis escritos, aunque al principio

no llegué a entender cómo su argumento difería de forma significativa de la microeconomía neoclásica básica, y de la “economía de la información” que previamente había absorbido a través de los escritos de George Stigler y otros autores de Chicago.

No mucho después, valorando positivamente el trabajo de Hayek, leí *Los Fundamentos de la Libertad*, que me impresionó mucho por el alcance y profundidad de su erudición. En esa época, debido a mi formación como graduado en Johns Hopkins, había llegado ya a entender el beneficioso funcionamiento del sistema de precios, pero todavía no había roto con la economía del bienestar neoclásica, con sus varios modelos de pizarra sobre los “fallos del mercado”.

Hayek me condujo a Mises, cuyo tratado *La Acción Humana* leí a finales de los años 70. Este libro tuvo un efecto profundo en mi pensamiento como economista. Hayek, al menos tal y como le entendí entonces, no había desafiado mi concepción positivista de los fundamentos científicos de la economía. Mises, sin embargo, sacudió estos fundamentos de mi pensamiento. Estuve reflexionando sobre las formulaciones epistemológicas de Mises durante años antes de que las entendiera de verdad. La idea de que cualquier cosa puede ser de forma simultánea, a) apodícticamente cierta a priori y b) empíricamente significativa y verdadera, me fue difícil de asimilar intelectualmente, aunque al final lo conseguí.

De *La Acción Humana* de Mises, continué leyendo no solo mucho más escrito por él y Hayek, sino también numerosos trabajos de otros austriacos, incluyendo a Rothbard (quien influenció mi pensamiento sobre política e historia más de lo que lo hizo sobre economía), Kirzner y Garrison.

AM: ¿Por qué se sintió atraído hacia ellas? ¿Cuáles son las características distintivas que valora más positivamente del enfoque de la Escuela Austriaca en relación con otros enfoques más convencionales?

HIGGS: Inmediatamente aprecié el realismo de la economía austriaca, que contrasta marcadamente con los frecuentemente nada realistas supuestos de la teoría económica neoclásica y con la pura tontería de muchos de sus modelos e implicaciones. Con una base en el Axioma de la Acción y las implicaciones que se derivan lógicamente de ese axioma, además de proposiciones auxiliares bien fundamentadas, la economía austriaca proporciona una “lógica de la elección” sólida, que no depende de resultados econométricos u otro tipo de “pruebas empíricas”. Esta lógica de la elección puede luego ser aplicada en la interpretación de acciones complejas e interrelaciones en el mundo empírico.

Por encima de todo, entender la economía Austriaca revela que la economía convencional es exactamente lo opuesto de lo que dice ser: no es ciencia, sino cientismo. Basándose en una cruda imitación de la física del siglo XIX, implícita o explícitamente asume que las acciones humanas pueden entenderse de la misma forma como los científicos naturales entienden los movimientos e interacciones de partículas materiales, sustancias químicas, y corrientes eléctricas. Desafortunadamente para la economía convencional, los seres humanos –a diferencia de las partículas, las sustancias químicas, y las corrientes- tienen propósitos, que ellos mismos eligen y que pueden cambiar, además de una capacidad para la creatividad en su elección o invención de los medios para la obtención de sus fines elegidos. Solo una ciencia que reconoce la naturaleza esencial de los seres humanos, y cómo difieren de las partículas materiales y las corrientes eléctricas, puede conseguir una comprensión de la acción humana. La economía neoclásica esconde su desnudez epistemológica detrás de una cubierta de masivas representaciones simbólicas y manipulaciones matemáticas en modelos formales. Una vez que uno llega a entender que lo que se está haciendo y presuponiendo es un juego de niños, se llega a ver que casi nada de lo que se hace resistiría un examen crítico.

AM: ¿Ha evolucionado su pensamiento económico significativamente a lo largo de su carrera académica?

HIGGS: Cuando obtuve mi doctorado, en 1968, era un economista neoclásico totalmente convencional; nada en mi formación hasta ese momento había buscado hacer algo distinto. Sin embargo, ya era escéptico del alto grado de formalismo matemático y artificialidad conceptual en la teoría económica –una de las razones por las que decidí especializarme en historia económica, un área que está necesariamente mucho más cerca de la realidad– por lo que estaba predispuesto a examinar los modelos y métodos convencionales desde el escepticismo. Fui haciendo esto cada vez de forma más intensa a medida que avanzaba en mi propio trabajo como economista.

Conforme pasó el tiempo, mis puntos de vista cambiaron sustancialmente, pero nunca de forma muy rápida, excepto en el periodo inmediatamente posterior a mi lectura de *La Acción Humana* de Mises, lo que supuso un importante desafío a muchas de las ideas que sostenía por esa época. No obstante, no abandoné de manera instantánea la economía neoclásica para convertirme en un economista austriaco completo; esa transición tomó muchos años, y quizá todavía no la haya completado.

Además, a medida que aprendía más sobre econometría –no solo en la teoría, sino también en la práctica real– llegué a ser muy escéptico de cómo los economistas mainstream utilizan este conjunto de técnicas estadísticas. Por un lado, pocos prestan alguna atención a la calidad de los datos que emplean; la mayoría simplemente insertan datos tomados de fuentes estándar, normalmente bases de datos generadas por el gobierno. Por tanto, el resultado de sus ejercicios econométricos, independientemente de su método tan sofisticado en apariencia, es con frecuencia basura. Asimismo, aprendí que la econometría descansa en gran parte sobre supuestos falsos acerca del conjunto de datos utilizados en la estimación econométrica. Normalmente, en economía ninguna muestra se ha seleccionado genuinamente al azar en absoluto. El analista simplemente toma datos históricos –los únicos datos que existen o pueden existir sobre el tema en cuestión– y los trata como si fueran resultados de un procedimiento de muestreo al azar. Por esta razón, prácticamente toda la

ceremonia asociada a los llamados contrastes de significación estadística está fuera de lugar y no significa lo que pretende significar. Mi vieja amiga Dierdre McCloskey ha estado instruyendo a la profesión mainstream desde hace décadas sobre este asunto, pero la práctica profesional en esta cuestión continúa igual que hace décadas.

Por supuesto, los anteriores recelos que desarrollé sobre la economía convencional solo fueron intensificados gracias a mi continuada auto-educación en la economía austriaca. El resultado ha sido que a lo largo de los años, cada vez he hecho menos econometría, y más interpretación conceptual y analítica, y críticas de creencias y prácticas ya establecidas. Decir que ya no encajo bien dentro de la profesión mainstream sería un gran eufemismo, aunque estoy contento de que algunos de mis viejos amigos y colegas dentro de la línea convencional no se hayan olvidado de mí y hayan prestado atención a mi trabajo. Los estudiantes del doctorado a quienes enseñé en Washington han sido amigos de toda la vida completamente fieles, lo que me satisface enormemente. Ninguno de ellos, sin embargo, ha llegado a convertirse en austriaco.

AM: ¿Cuál fue su relación con el Premio Nobel de Economía de 1993 Douglass North, y qué pudo aprender de él?

HIGGS: Él y yo fuimos colegas en la Universidad de Washington desde 1968 hasta 1983, cuando ambos dejamos esa universidad para tomar otros puestos. Una razón por la que acepté el trabajo en Seattle en 1968 fue porque North ya estaba allí, y me entusiasmaba la idea de aprender de él y quizás recibir también alguna guía. A lo largo de los años, me ayudó de muchas importantes maneras, por lo cual siempre le estaré agradecido, y seguimos siendo amigos hoy. (Doug escribió el prefacio a *Government and the American Economy*, el compendio publicado en mi honor por la University of Chicago Press en 2007).

La influencia de North sobre mí tuvo más que ver con estimular mi interés en determinados temas que con enseñarme métodos específicos de análisis o conclusiones

históricas. En la década de los años 70, Doug estaba considerado quizás como el más grande experto sobre “el gobierno y la economía” entre los historiadores económicos, y después de trabajar con él durante alrededor de una década, llegué a estar interesado en esa área también. Por supuesto, su interés en las instituciones y en la creación de lo que llegó a conocerse más tarde como la “Nueva Economía Institucional” también tuvo una gran influencia sobre mí, aunque el núcleo teórico de este programa de investigación provino más de otros colegas en Washington, como Yoram Barzel y Steven N. S. Cheung, además de otros economistas en otras universidades, como Ronald Coase en Chicago y Armen Alchian en UCLA.

AM: ¿Deberían los economistas austriacos prestar más atención a las ideas de North y los otros neo-institucionalistas?

HIGGS: Sí, deberían. Tanto para un economista neoclásico como para un economista Austriaco, hay mucho de valor en este nuevo campo. En realidad, todo el comportamiento social es formado por el ambiente institucional en el que los actores se sitúan. Durante mucho tiempo, la economía neoclásica esencialmente ignoró el papel de las instituciones, y como resultado, los economistas mainstream cometieron errores importantes en la interpretación de una variedad de instituciones (por ejemplo, las empresas, las agencias gubernamentales) y desarrollos (como el desempeño y resultados de la planificación central en la URSS, China y otros países comunistas). Por supuesto, ciertos aspectos de la nueva economía institucional no pueden aceptarse por los austriacos porque colisionan con métodos o ideas austriacas básicas. No obstante, cualquiera que busque entender la realidad empírica de complejas instituciones y acontecimientos, puede obtener algo de valor a través de los mejores trabajos en este campo.

Los estudiantes de doctorado a los que formé –Robert McGuire, Lee Alston, John Wallis, Yuzo Murayama, Price Fishback y Charlotte Twight– han llevado a cabo una investigación extraordinaria que combina la elección pública (public choice), la historia económica, y la nueva

economía institucional en formas creativas y reveladoras. Han superado en mucho a su profesor, y estoy tremendamente orgulloso de sus logros.

Mi propio trabajo en esta área ha incluido una serie de estudios sobre los arriendos agrícolas y otros contratos relacionados para el uso de tierra y trabajo agrícola; las relaciones de raza en el Sur de los Estados Unidos; las leyes inmobiliarias contra los Japoneses en los estados de la costa del Pacífico; la regulación pesquera en Washington y Alaska; controles de precios suaves durante la administración Carter; el complejo militar-industrial-congreso; las sanciones de Estados Unidos en el comercio y las finanzas internacionales; la regulación de medicamentos y dispositivos médicos de la FDA (Food and Drug Administration); y la gestión de “externalidades” en la industria minera del metal en el Noroeste; entre otras cosas. Mi trabajo en estas áreas ha tenido alguna influencia entre economistas mainstream e historiadores económicos, pero permanece ampliamente desconocido (o ignorado) por los austriacos.

AM: Una de sus tesis más importantes es la idea del “efecto trinquete” (ratchet effect), contenida en su libro *Crisis and Leviathan*, donde trata de explicar el crecimiento del gobierno, primero exponiendo el marco teórico y luego aplicándolo a diversos episodios históricos. ¿En qué consiste el “efecto trinquete” y cómo explica el excepcional avance del gobierno?

HIGGS: En mi trabajo, el efecto trinquete (ratchet effect) describe la forma característica en la que el gobierno, bajo las condiciones ideológicas modernas, crece durante una situación que se percibe como una emergencia nacional. El tamaño, alcance y poder del gobierno crece abruptamente cuando el gobierno actúa para “hacer algo” con el fin de disipar la amenaza. Luego, a medida que la amenaza se elimina o reduce, el gobierno se contrae, pero no hasta el nivel que se habría llegado sin la crisis. Por tanto, cada crisis desplaza la trayectoria del crecimiento del gobierno hacia un mayor tamaño, alcance y poder.

En mi formulación, las razones para el efecto trinquete son varias: una es la inercia política y legal; otra es la persistencia institucional generada por quienes operan o se benefician de las agencias gubernamentales o la nueva autoridad desencadenada por la crisis; y todavía hay una más –quizá la más importante– y es el cambio ideológico asociado a que el público llega a acostumbrarse al ejercicio de los nuevos poderes gubernamentales y a los esfuerzos concurrentes del gobierno para justificar estos poderes. Otros economistas e historiadores habían descrito el efecto trinquete, pero la mayoría de ellos lo habían restringido al crecimiento fiscal. Ninguno de ellos había desarrollado el componente ideológico con el mismo detalle de lo que he hecho yo. El cambio ideológico, desencadenado por la superación aparentemente exitosa de una crisis importante, predispone al gobierno a crear, y al público a aceptar, un crecimiento todavía mayor del gobierno cuando tenga lugar la crisis siguiente.

AM: Un área donde ha realizado importantes contribuciones es el tópico de la Gran Depresión, que trata extensamente en su libro *Depression, War and Cold War*. Existen varios debates todavía vivos entre los expertos, uno de ellos trata sobre los orígenes del crash de 1929 y la Gran Contracción que va hasta 1933. La tesis más aceptada hasta la fecha es la que sostienen Friedman y Schwartz según la cual la Gran Depresión se debió principalmente a la mala gestión en la política monetaria de la Fed después de 1929. ¿Está de acuerdo con esta tesis?

HIGGS: Estoy en desacuerdo con Friedman y Schwartz en que creo que las acciones de la Fed durante los años 20 causaron malas inversiones generalizadas en proyectos de capital de más largo plazo, como desarrollos inmobiliarios, viviendas residenciales, y grandes edificios de oficinas, por lo que al final debía producirse inevitablemente algún tipo de severa reestructuración, quizás a través de una recesión generalizada, con sus quiebras asociadas. Friedman y Schwartz piensan que la Fed actuó bien durante la década de 1920 y que sus grandes errores los cometió solamente después de que la economía empezara a caer en 1929.

Sin embargo, sí estoy de acuerdo en que una vez la economía empezó a contraerse rápidamente, la Fed debería haber hecho más para evitar las cerca de 10.000 quiebras de bancos comerciales que ocurrieron entre 1929 y 1934. Estas quiebras generaron efectos secundarios que exacerbaron la contracción económica general, no solo vía mayor iliquidez y caída del valor de los activos, sino también a través de una confianza empresarial por los suelos y un elevado pesimismo de los consumidores que incentivó una mayor demanda para mantener saldos en efectivo. Este último efecto implicó que, aunque la Fed incrementara la base monetaria, los multiplicadores monetarios cayeron tanto que la oferta monetaria (M2) se contrajo en alrededor de un tercio en menos de cuatro años. La deflación resultante fue demasiado rápida para adaptarse fácil o rápidamente a ella, y por tanto muchas quiebras innecesarias y otras dificultades que ocurrieron podrían haberse evitado.

No obstante, no culpo exclusivamente a la Fed por la Gran Contracción, como casi llegan a hacer Friedman y Schwartz. La respuesta del gobierno a la crisis –sostener artificialmente altos niveles de salarios, incrementar los aranceles, rescatar a bancos privilegiados y compañías de seguros, además de otras muchas acciones– junto a la timidez de la Fed para tratar con la contracción, crearon una auténtica “tormenta perfecta” que destrozó la economía privada y su sistema de precios. Las autoridades erraron en casi todo lo que hicieron desde 1929 a 1933; no es casualidad por tanto que ellos convirtieran una contracción en un desastre.

AM: Otro debate es el de por qué la Gran Depresión se prolongó durante tiempo. Usted elaboró una explicación complementaria en *Regime Uncertainty: Why the Great Depression Lasted So and Why Prosperity Resumed After the War*. ¿En qué consiste su explicación?

HIGGS: “Incertidumbre de régimen” es el nombre que le doy a los temores extendidos de que se vea modificada la naturaleza del orden económico. Esto tiene que ver principalmente con el temor de que los derechos de propiedad privada sean alterados para peor debido a

impuestos más altos, regulaciones más gravosas, un tratamiento más hostil de los funcionarios gubernamentales, y quizás, en el peor de los casos, una abierta confiscación de la propiedad privada. Cuando los inversores sienten esta incertidumbre de régimen, son reacios a realizar inversiones de largo plazo porque temen que no serán capaces de recibir las rentas que esas inversiones generarán o incluso podrían llegar a perder el mismo capital invertido. Entre 1935 y 1940, muchos inversores norteamericanos temían que la economía de mercado iba a ser transformada en un tipo de fascismo, socialismo, o algún otro sistema dominado por el gobierno.

La inversión a largo plazo permaneció deprimida a lo largo de toda la década de 1930, y ésta no recuperó los niveles de finales de los años 20 hasta después de que terminó la guerra. En ese momento, Roosevelt estaba muerto, el New Deal estaba en retirada, y los más entusiastas defensores del New Deal ya no tenían influencia sobre el presidente, Harry Truman, quien fue un New Dealer mucho menos agresivo de lo que fue Franklin Roosevelt.

AM: Todavía hay al menos una cuestión controvertida más entre los especialistas en la Gran Depresión en la que usted ha tenido aportaciones interesantes. ¿Cuándo salió definitivamente la economía norteamericana de la Gran Depresión? Quizás la opinión más extendida es que fueron los efectos estimulantes del gasto público militar de la Segunda Guerra Mundial los que terminaron con esta crisis. Sin embargo, usted ofrece una perspectiva diferente en *Wartime Prosperity? A Reassessment of the U.S. Economy in the 1940s*.

HIGGS: Utilizando cualquier indicador normal, con la excepción de la tasa de desempleo (que fue muy baja durante la guerra porque aproximadamente el 20% de la fuerza laboral de pre-guerra entró en las fuerzas armadas y aproximadamente el 20% estaba empleada en la producción de municiones y bienes relacionados), la economía no prosperó durante la guerra. Muchos bienes no eran ni siquiera producidos; otros numerosos bienes eran sometidos a racionamiento; casi todos los bienes

civiles estaban sujetos a controles de precios, y por tanto muchos sufrían de escasez de oferta crónica. Sí, es cierto que la población estaba ganando lo que parecían ser altos salarios monetarios, pero no podían intercambiar estos ingresos por los bienes de consumo que querían, y por tanto ahorran a tasas extraordinariamente altas (al 20-25% de su ingreso personal). La prosperidad auténtica no volvió hasta que la guerra finalizó. En el año 1946 la tasa de crecimiento de la producción privada fue la más alta de toda la historia de los Estados Unidos –probablemente de algo más del 30%, si pudiera medirse con precisión.

AM: ¿Qué podría destacar de las reacciones que su trabajo ha despertado sobre sus colegas del mainstream académico?

HIGGS: Buena parte de mi trabajo ha sido bien recibido por los austriacos e incluso por numerosos historiadores económicos convencionales. Mi trabajo sobre el crecimiento del gobierno es citado con frecuencia entre analistas de la elección pública, politólogos, historiadores y otros académicos.

Sin embargo, mi trabajo sobre la Gran Depresión ha sido ignorado casi totalmente por los macroeconomistas mainstream, sin duda a causa de su opinión de que “si no tienes un modelo formal, no tienes nada”. En su mayoría también parecen incapaces de entender que las series de datos macroeconómicos estándar sobre la producción real y el nivel de precios durante la Segunda Guerra Mundial carecen de significado (incluso del poco significado que estas series puedan tener en condiciones normales).

Alguien me llamó la atención recientemente sobre un working paper del National Bureau of Economic Research (NBER) de Robert J. Gordon y Robert Krenn sobre el final de la Gran Depresión. Estos autores dedican varios párrafos a trabajar sobre mi argumento de que la Segunda Guerra Mundial no acabó con la Depresión (aunque en sus referencias bibliográficas no aparece ninguna de mis publicaciones), concluyendo que mi argumento es completamente erróneo. Sin embargo, debido a la naturaleza de sus comentarios sobre mi trabajo –en parte atacando un hombre de paja de su cosecha propia y en

parte desestimando mi argumento sobre la base de datos que he mostrado que carecen de significado— sospecho que no han leído realmente mi libro *Depression, War, and Cold War* (cuya edición en rústica de 2009 parece ser la referencia que tienen en mente en sus comentarios).

Sin embargo, en un artículo publicado en Febrero de 2010 por la Dirección General para Asuntos Económicos y Financieros de la Comisión Europea, el macroeconomista Paul van den Noord cita respetuosamente mi argumento sobre la incertidumbre de régimen en la segunda mitad de la década de 1930 como una aportación digna de mención a la interpretación de los sucesos macroeconómicos de ese periodo.

29

Economía y Coraje Moral

Llewellyn Rockwell

Debe ser realmente dolorosa ser hoy un economista de la corriente principal, al menos debería escocer algo. En una calamidad financiera y económica de la escala actual, la gente naturalmente quiere saber quién lanzó advertencias acerca de la burbuja inmobiliaria y sus probables secuelas.

Cuando los empleos en el sector privado no han crecido en absoluto en diez años y cuando diez años de inversión interna se deshacen sistemáticamente en el curso de 18

meses, cuando los precios de la vivienda en algunos lugares del país caen un 80% y cuando bancos antes prestigiosos caen a la lona o reciben muchos miles de millones en ayudas de rescate, la gente que saber qué economistas vieron venir esto.

Tal vez sean estos economistas (los que hace tiempo habían lanzado la alarma y no aquellos a los que los medios consultan incasablemente) los que deberían estar dando consejos acerca de cómo seguir adelante. Tal vez tendrían que interpretar si el nuevo auge de la bolsa es un reflejo de la realidad u otra burbuja que evoluciones como un declive que pueda llevar a otra depresión secundaria.

Sin embargo, dentro de la corriente principal nadie lo vio venir. Esto pasó porque nunca aprendieron la lección que trataba de enseñar Bastiat, que es que tenemos que mirar por debajo de la superficie, a las dimensiones invisibles de la acción humana, para ver toda la realidad económica. No basta con sentarse y mirar los puntos en un gráfico subiendo y bajando, sonriendo cuando las cosas van bien y frunciendo el entrecejo cuando van mal. Ese es el nihilismo del estadístico económico que no emplea ninguna teoría, ninguna idea de causa y efecto, ninguna comprensión de la dinámica de la historia humana.

Mientras las cosas iban hacia arriba, todos pensaban que el sistema económico estaba sano. Pasó lo mismo a finales de la década de 1920. De hecho, lo mismo ha pasado a lo largo de toda la historia humana. Hoy no es distinto. La bolsa está subiendo, así que sin duda es una señal de salud económica. Pero la gente tendría que reflexionar sobre el hecho de que la bolsa que más está rindiendo en el mundo en 2007 es la de Zimbabue, que es hoy el hogar de un espectacular colapso económico.

Debido a esta tendencia a mirar a la superficie en el lugar de a la realidad subyacente, la teoría del ciclo económico ha sido fuente de mucha confusión a lo largo de la historia económica. Para entender la teoría hace falta mirar más allá de los datos dentro de la estructura de producción y su salud general. Requiere un pensamiento abstracto acerca

de la relación entre capital y tipos de interés, dinero e inversión, ahorro real y ficticio y el impacto económico del banco central y las ilusiones que desata. No puedes obtener esa información mirando como las cifras aparecen en la parte inferior de tu televisor.

Cuando después golpea la crisis, siempre resulta una completa sorpresa y los economistas se encuentran en la papeleta de crear un plan para acerca algo con respecto al problema. Es entonces cuando entra en juego una forma rudimentaria de keynesianismo. El gobierno gasta el dinero que tiene e imprime el que no tiene. Se paga a los parados. Abundan los trucos para impulsar sectores quebrados. En general, esta aproximación busca animar a la gente a realizar algún tipo de intercambio para mantener a raya la realidad.

Los austriacos aconsejan una aproximación diferente, una que tiene en cuenta la realidad subyacente durante la fase de auge. Dirigen la atención a la existencia de la burbuja antes de que estalle y una vez que se produzca, los austriacos sugieren que no es bueno hinchar otra burbuja o mantener en marcha producción o planes antieconómicos.

Los austriacos a finales de la década de 1920 y principios de la de 1930 se encontraron teniendo que explicar esto una y otra vez, pero fue durante la aparición de la era del positivismo (el método que plantea que solo importa realmente lo que ves en la superficie), por lo que les fue muy difícil hacer planteamientos que eran más complejos. Eran como científicos tratando de dirigir una convención de curanderos.

Lo mismo pasa hoy. La explicación austriaca de la depresión económica requiere pensar a más de un nivel para llegar a la verdad, mientras que los economistas de hoy en día es más probable que busquen explicaciones evidentes y soluciones aún más evidentes, aunque estas no expliquen ni solucionen nada.

Esto pone a los austriacos en una posición interesante dentro de la cultura intelectual de cualquier tiempo y lugar. Deben ir a contrapelo. Deben decir cosas que otros no quieren oír. Deben estar dispuestos a ser impopulares, social y políticamente. Estoy pensando ahora en gente como Benjamin Anderson, Garet Garrett, Henry Hazlitt, y en Europa, L. Albert Hahn, F.A. Hayek, y, sobre todo, Ludwig von Mises. Renunciaron a carrera y fama para mantenerse en la verdad y decir lo que había que decir.

Más tarde, cuando hablaba ante un grupo de estudiantes de economía, Hayek abrió su corazón acerca de este problema de las decisiones morales que deben tomar los economistas. Dijo que es muy peligroso para un economista buscar fama y fortuna y trabajar muy cerca del establishment político, sencillamente porque, según su experiencia, la característica más importante de un buen economista es el coraje de decir lo que es impopular. Si valoras tu posición y privilegios más que la verdad, dirás lo que la gente quiere oír en lugar de lo que necesita decirse.

Este coraje para decir lo impopular marcó la vida de Ludwig von Mises. Hoy su nombre resuena en todo el mundo. Sus homenajes se producen mensual o semanalmente. Sus libros siguen vendiéndose masivamente. Es el abanderado de la ciencia al servicio de la libertad humana. Especialmente después de que apareciera la biografía de Mises, de Guido Hülsmann, ha crecido el aprecio por su coraje y nobleza.

Pero debemos recordar que no siempre fue así y no tenía que ser así. Este tipo de inmortalidad se concede en buena medida debido a las propias decisiones morales que tomó en vida. Pues si hubierais preguntado a cualquiera acerca de este hombre entre 1925 y finales de la década de 1960 (la mayoría de su carrera), la respuesta habría sido que estaba acabado, era de la vieja escuela, demasiado doctrinario, intransigente, no dispuesto a dedicarse a la profesión, uncido a ideas anticuadas y su propio peor enemigo. Le llamaron el “último caballero del liberalismo” como forma de evocar imágenes de Don Quijote. Cuando la Universidad de Yale solicitó opiniones acerca de si debía publicar *La Acción Humana*, la mayoría de la gente

respondió que este libro no debería ver nunca la luz del día porque hacía tiempo que había pasado su momento. Yale solo se preocupó por el libre debido a la intervención de Fritz Machlup y Henry Hazlitt.

Mises se mantuvo impertérrito como a lo largo de toda su vida y se mantuvo así hasta su muerte. Había tomado una decisión moral de no rendirse a las corrientes reinantes.

Antes de volver sobre esa decisión, me gustaría hablar de otro economista que fue contemporáneo de Mises. Su nombre era Hans Mayer. Había nacido en 1879, dos años antes que Mises. Murió en 1955.

Mientras Mises trabajaba en la Cámara de Comercio porque se la había denegado un puesto remunerado en la Universidad de Viena, Mayer era uno de los profesores titulares, junto con el socialista Othmar Spann y el conde Degenfeld-Schonburg.

De Spann, Mises escribió que “no enseña economía. Más bien predica nacional socialismo”. Del conde, Mises escribió que estaba “mal versado en los problemas de la economía”.

Era Mayer el que era realmente formidable. No era un pensador original. Mises escribió que sus “lecciones eran malas y su seminario no era mucho mejor”. Mayer escribió solo un puñado de ensayos. Pero entonces su principal preocupación no tenía nada que ver con la teoría ni con las ideas. Su objetivo era el poder académico dentro del departamento y la profesión.

La gente fuera de la universidad puede no entender lo que significa esto. Pero dentro de la universidad, todos lo conocen. Hay gente en todos los departamentos que dedica la mayoría de su trabajo a la más mínima posibilidad de mejora profesional. ¿Qué hay en juego? No mucho. Pero, como sabemos, cuanto menos esté en juego, más dura es la pelea.

Entre los premios hay mejores títulos, mayores salarios, la capacidad de conseguir las mejores horas para la

enseñanza, reducir la carga docente (idealmente a cero) y las horas de oficina, promocionar a tu gente, tener un despacho más grande con una silla más cómoda, conocer a todas las personas importantes de la profesión y, lo mejor de todo, reinar sobre los demás: ser capaz de reducir la influencia de tus enemigos y aumentar la de tus amigos de una forma que haga que la gente se convierta en tus subalternos y suplicantes durante toda su vida.

Con el estado, hay aun más premios: estar cerca de los políticos, conseguir trabajos externos en los que actúas como experto en redacción de legislación o en procedimientos legales, testificar ante el Congreso, ser llamado por los medios de comunicación de masas para comentar asuntos nacionales y similares. Se trata de no aportar ideas, sino de aportarse a sí mismo en un sentido profesional.

La gente externa imagina que la vida universitaria se dedica a las ideas. Pero la gente que está dentro sabe que las batallas reales que tienen lugar dentro de los departamentos tienen muy poco que ver con ideas o principios. Puede establecerse extrañas coaliciones, basándose en las razones más nimias. Las ambiciones profesionales son lo más importante, no los principios. Hay gente en todos los departamentos que son muy hábiles, pero esas habilidades no tienen nada que ver con la ciencia, la enseñanza de la verdad o seguir una vocación como verdadero intelectual.

Ha sido así en la universidad durante siglos, pero hoy puede ser peor que nunca. Estas intrigas están a menudo bien recompensadas en esta vida, mientras que quienes las evitan en favor de la verdad quedan apartados y relegados a un permanente estado bajo. Son solo algunos hechos de la vida. Es a lo que se refería Hayek. Y la vida de Mises ejemplifica perfectamente esto.

Pero volvamos al Profesor Mayer. Las principales energías de Mayer se gastaban en una guerra abierta contra el rival por el poder, Othmar Spann. Esto le consumía casi completamente. Creía que tenía que mantener a raya a

Spann para progresar él. Mayer difamaba a Spann en toda posible forma y lugar, en una guerra de navajazos. Advirtamos que Mayer y Spann no estaban en desacuerdo en ningún asunto de políticas en modo alguno. Solo se trataba de posición y poder.

Cuando no le consumían el apasionado odio y las tramas contra Spann, Mayer dedicaba el resto de sus energías a crear su base de poder dentro de la Universidad de Viena. Las cosas empezaron bien para él como reconocido sucesor de Friedrich von Wieser, que fue el anterior administrador del poder. Mayer se había establecido como el más sumiso alumno de Wieser. Su recompensa fue que Wieser le nombrara como sucesor, superando no solo a Mises sino asimismo al notable Joseph Schumpeter.

Luego empezó la carrera de Mayer. Él llevaba la batuta. El propio Mises ataba en la lista de enemigos, por supuesto. Mayer fue en parte responsable de denegar a Mises una plaza y un salario de titular a tiempo completo. Pero eso no le bastaba. Trataba muy mal a los alumnos de Mises durante los exámenes. Por esta razón, Mises llegó a sugerir que los participantes en su seminario rechazaran estar inscritos oficialmente, para evitar que les dañara Mayer. Mayer también hizo que fuera casi imposible que ningún estudiante del departamento hiciera su tesis con Mises. La política era feroz e implacable.

¿Cuál fue la actitud de Mises? Escribió en sus memorias: “No podía ocuparme de todas estas cosas”. Simplemente siguió haciendo su trabajo. Uno puede fácilmente imaginar escenas de este periodo. Mises está en su despacho escribiendo y leyendo, tratando de ultimar y perfeccionar la teoría del ciclo económico o reflexionando sobre el problema de la metodología económica. Un alumno entraría para hacer saber la última fechoría de Mayer. Mises levantaría la vista de su trabajo, suspiraría exasperado y diría al alumno que no se preocupara por ello y luego continuaría con su trabajo. Rechazaba involucrarse.

El círculo de Mises estaba aterrorizado por lo que sucedía, pero sus miembros hacían todo lo que podían para restarle

importancia. Incluso crearon una canción, sobre una melodía vienesa tradicional, llamada el “Debate Mises-Mayer” que mostraba a los dos economistas hablando sin entenderse y sin compartir ningún valor en absoluto.

En cierto momento, el círculo de Mises se convirtió en una verdadera sociedad económica asociada con la universidad. Mises solo pudo ser vicepresidente, ya que, por supuesto, Mayer sería el presidente, ya que era el amo de universo en lo que se refería a la economía en Viena. Y nunca perdía la oportunidad de subrayar quién era y qué podía hacer.

El puesto de Mises como vicepresidente no duraría. Llegó el momento en que el nazismo creció en influencia en Austria. Como liberal de los viejos tiempos y judío, Mises sabía que su tiempo se estaba acabando. Temiendo incluso la posibilidad de daño físico, Mises aceptó un nuevo cargo en Ginebra y se mudó a su nuevo hogar en 1934. La sociedad mermó sus miembros y por lo demás se mantuvo a flote.

En 1938, Austria fue anexionada al Tercer Reich alemán. Mayer pudo elegir qué hacer. Podría haber mantenido sus principios. ¿Pero por qué debería hacerlo? Habría significado sacrificar su propio interés por un bien superior y eso es algo que Mayer nunca había hecho. Muy al contrario: toda su carrera académica se ocupaba de Mayer y solo de Mayer.

Así que, para su eterna vergüenza, escribió a todos los miembros de la Sociedad Económica que todos los no arios eran expulsados desde ese momento. Por supuesto, esto significaba que no se permitía a ningún judío continuar siendo miembro de la misma. Citaba “las nuevas circunstancias de la Austria alemana y a la vista de las leyes respectivas ahora aplicables a este estado”.

Así que podéis ver que todo el poder de Mayer sobre sus subordinados fue superado por el mayor poder del estado, al cual fue inquebrantablemente leal. Prosperó antes de los nazis. Prosperó durante la ocupación nazi. Ayudó a los nazis a purgar judíos y liberales de su departamento.

Advirtamos que Mayer no era un radical antisemita. Su decisión fue el resultado de una serie de decisiones propias por la posición y el poder en la profesión contra la verdad y los principios. Durante un tiempo, esto parecía inocuo de alguna manera. Y luego llegó el momento de la verdad y desempeñó un papel en la matanza masiva de ideas y de quienes las defendían.

Tal vez Mayer pensara que había tomado la decisión correcta. Después de todo, mantuvo sus privilegios y prebendas. Y después de la guerra, cuando llegaron los comunistas y se apropiaron del departamento, también prosperó. Hizo todo lo que se suponía que haría un académico para seguir adelante y alcanzó toda la gloria que puede alcanzar un académico, independientemente de las circunstancias.

Pero consideremos la ironía de todo este poder y gloria. En el gran marco de la economía continental en general, los austriacos no estuvieron muy considerados por la profesión en general. Desde el cambio de siglo, la Escuela Histórica Alemana se había apropiado del manto de la ciencia. Su orientación y postura empíricas frente a la teoría clásica se habían unido, con las décadas, muy bien con el aumento del positivismo en las ciencias sociales.

Nunca olvidéis que la expresión Escuela Austriaca no fue acuñada por los austriacos, sino por la Escuela Histórica Alemana y la expresión se usaba con menosprecio, con connotaciones de una escuela enfrascada en el escolasticismo y la deducción medieval en lugar de en la ciencia real. Así que nuestro amigo Mayer se creía el amo de universo, cuando era un pez muy pequeño en un charco aun más pequeño.

Jugó y eso fue todo lo que hizo. Pensó que ganaba, pero la historia lo ha juzgado de un modo diferente.

Murió en 1995. ¿Y qué pasó después? Llegó finalmente la justicia. Fue olvidado inmediatamente. De todos los alumnos que tuvo en su vida, no tuvo ninguno tras su muerte. No había mayerianos. Hayek reflexionaba sobre

esta asombrosa evolución en un ensayo. Espera mucho de la escuela de Wieser-Mayer, pero no mucho de la rama de Mises. Escribe que ocurrió exactamente lo contrario. La maquinaria de Mayer parecía prometedora, pero se averió completamente, mientras que Mises no tenía maquinaria en absoluto y se convirtió en el líder de un coloso global de ideas.

Si miramos en el libro Quién es quién en la economía, de Mark Blaug, un volumen de 1.300 páginas, hay entradas para Menger, Hayek, Böhm-Bawerk y, por supuesto, Ludwig von Mises. La entrada califica a Mises como “la principal figura de la Escuela Austriaca del siglo XX” y le atribuye contribuciones en metodología, teoría de precios, teoría del ciclo económico, teoría monetaria, teoría socialista e intervencionismo. No se menciona el precio que pagó en vida, ni sus valientes decisiones morales, ni la triste realidad de una vida trasladándose de un país a otro para evitar al estado. Acabó siendo conocido solo por sus triunfos, de los que Mises nunca fue consciente durante su propia vida.

¿Y sabéis qué? No hay ninguna entrada en este mismo libro para Hans Mayer. No es que su estatus se haya reducido, no es que se apunte y desdeñe, no es que se le señale como un pensador menor con enorme poder. No se le califica de colaborador nazi o comunista. En absoluto. Ni siquiera se le menciona. Es como si nunca hubiera existido. El legado de Mayer se desvaneció tan rápido después de su muerte que estaba olvidado solo unos pocos años más tarde.

Es algo tan malo para Mayer que hoy ni siquiera hay una entrada en Wikipedia sobre él. De hecho, este discurso la ha prestado más atención a él y a su legado que probablemente ninguno en 50 años. Podéis esperar eternamente otra mención.

La línea de Mayer terminó. Pero la línea de Mises solo estaba empezando. Fue a Ginebra en 1934, aceptando un recorte radical en sus ingresos. Le siguió su novia y se

casaron, no sin que antes le advirtiera que aunque escribiría mucho sobre dinero, nunca tendría demasiado.

Y se quedó en Ginebra seis años, habiendo abandonado su querida Viena y viendo al mundo despedazar la civilización. Los nazis saquearon su antiguo piso en Viena y robaron sus libros y papeles. Llevó una existencia nómada, inseguro de cuál sería su próximo trabajo. Y así es como vivió la mayor parte de su vida: estaba a mediados de sus 50 y era casi una persona sin hogar.

Pero igual que pasó con el problema de Mayer durante sus años en Viena, Mises no se distraería de su obra importante. Durante seis años, investigó y escribió. El resultado fue su obra maestra, un enorme tratado de economía llamado *Nationalökonomie*. En 1940 completó el libro y se publicó en una edición de pequeño formato. ¿Pero qué intensa era la demanda en 1940 de un libro sobre economía escrito en alemán? No estaba destinado a ser un superventas. Sin duda lo sabía al escribirlo. Pero lo escribió de todas maneras.

En lugar de formas de libros y homenajes, Mises afrontó ese año otro acontecimiento que le cambiaría la vida. Recibió una noticia de sus patrocinadores en Ginebra de que había un problema. Había demasiados judíos refugiándose en Suiza. Se le dijo que tenía que encontrar un nuevo hogar. Estados Unidos era el nuevo refugio.

Empezó a escribir pidiendo trabajo en Estados Unidos, pero pensad en lo que esto significaría. Era germanoparlante. Podía leer en inglés, pero tendría que aprenderlo hasta el punto de poder de verdad dar clases en él. Había perdido sus notas y archivos y libros. No tenía ningún dinero. Y no conocía a ninguna persona poderosa en Estados Unidos.

También había un serio problema ideológico en Estados Unidos. El país estaba completamente embelesado con la economía keynesiana. La profesión había cambiado. Casi no había economistas de libre mercado en Estados Unidos y ningún académico para defender su causa. Había unas

pocas posibilidades de trabajo, pero solo eran promesas y no cabía discutir la paga o cualquier tipo de seguridad. Acabó teniendo que mudarse sin ninguna garantía. Tenía casi 60 años.

Pero en Estados Unidos Mises sí tenía un gran defensor fuera de la universidad. Su nombre era Henry Hazlitt. Dejádme revisar también ahora la historia de Hazlitt. Empezó a trabajar como periodista financiero y editor de reseñas de libros para revistas de Nueva York. Se hizo tan conocido como figura literaria que fue contratado como editor literario por *The Nation* antes del New Deal. Sus opiniones de libre mercado no eran un problema especial para él en aquellos tiempos. Pero después de la Gran Depresión, los intelectuales liberales tuvieron que tomar una decisión: tenían de adoptar la teoría del mercado libre o abrazar el estado planificador industrial de FDR.

The Nation siguió al New Deal. Fue un revés importante para este órgano de opinión liberal que había defendido durante mucho tiempo la libertad y condenado el estatismo industrial. El New Deal no era sino la imposición de un sistema fascista de economía, pero *The Nation* estableció un precedente para la izquierda estadounidense que esta tendencia ideológica ha seguido desde entonces: todos los principios deben acabar cediendo el paso al imperativo primordial de oponerse al capitalismo, sin que importe la razón.

Hazlitt rechazó aceptar el cambio. Discutió con sus colegas. Apuntó las mentiras de la National Industrial Recovery Act. Trató de explicar pacientemente lo absurdo del New Deal. No renunciaría. Le despidieron.

H.L. Mencken vio la grandeza de Hazlitt y le contrató como su propio sucesor en el *American Mercury* antes de darle todo el control. Por desgracia, tampoco esto funcionó, porque a los dueños de esa publicación no les gustaba un judío como Hazlitt o su inclinación por el libre mercado, y le hicieron de nuevo empacar sus cosas.

De formas distintas, en sectores distintos y en países distintos, parecía como si Mises y Hazlitt estuvieran viviendo vidas paralelas. En cada encrucijada de su vida, ambos habían elegido el camino de los principios. Eligieron la libertad aunque fuera a costa de sus propias cuentas bancarias e incluso aunque su decisión produjera una rebaja profesional y un riesgo de fracaso a los ojos de sus colegas.

Hazlitt se trasladó al New York Times, que entonces no tenía ni de cerca el prestigio que hoy tiene, aunque no lo merezca. Utilizó su cargo para escribir acerca de libros de Mises, como *Socialismo*. Esto atrajo la atención de un puñado de hombre estadounidenses de negocios, como Lawrence Fertig, que posteriormente (igual que Hazlitt) se convirtió en un muy generoso donante del Instituto Mises. Fueron Fertig y sus amigos los que conocieron la llegada de Mises a Estados Unidos, y estaban entusiasmados. Habían visto el golpe devastador que eran FDR y los keynesianos para las ideas del libre mercado. Crearon un fondo que proporcionaría a Mises un puesto en la Universidad de Nueva York, donde podría enseñar y escribir. No le pagaría la universidad, donde fue siempre un profesor visitante, sino que lo haría un fondo privado.

¿Veis dónde se junta todo esto? Hazlitt siguió el camino moral, el camino del coraje, el camino del sacrificio y los principios. Gracias a esto Mises, que había tomado el mismo camino, pudo encontrar un refugio en Estados Unidos. No era el cargo que merecía. Sería tratado mucho peor que keynesianos y marxistas. Pero era algo. Era una renta para pagar las facturas. Era una posibilidad de enseñar y escribir. Tenía la libertad de decir lo que quisiera decir. Era todo lo que necesitaba.

Así vemos cómo estos dos hombres de principios, mundos aparte, acabaron encontrándose porque reconocían a un tipo de persona: el hombre que está dispuesto a hacer lo correcto independientemente de las circunstancias. Cada uno podía haber seguido otro camino. Mises podía haber sido tan famoso y poderoso como había sido Mayer, pero hubiera perdido la inmortalidad de sus ideas en el proceso.

Hazlitt podía haber sido un escritor de alto rango con más seguidores, pero habría tenido que entregar toda su integridad para serlo.

Juntos, fueron capaces de vencer.

Una de las personas que llegó a Mises a través de los escritos de Hazlitt fue el presidente de la Yale University Press, Eugene Davidson, que se había aproximado a Mises para hacer una edición en inglés de su obra maestra de 1940. Mises ya había dedicado seis años a ese libro y este había desaparecido sin dejar rastro. Ahora se le pedía traducirlo al inglés. Era una tarea descomunal, pero estuvo en principio de acuerdo. Luego Yale buscó referencias para aprobar tal enorme riesgo de publicación. Yale buscó primero entre los antiguos colegas de Mises y fueron tan decepcionantes como referencias como eran en otros aspectos de sus carreras. Escribieron que no había necesidad de publicar el libro. Las ideas de Mises eran viejas y estaban superadas por la teoría keynesiana. Pero Yale persistió. Hazlitt finalmente se las arregló para encontrar un grupo de gente que apoyaría la traducción del libro y Mises volvió al trabajo.

Todos sabemos la frustración que produce perder un fichero en tu computadora y tener que rehacerlo. Imaginemos a lo que equivalía para Mises perder un libro de 1.000 páginas, perdido para la historia en tiempos oscuros y que se le pidiera recrearlo en otro idioma.

Pero no se desalentó. Se puso a trabajar y el resultado apareció nueve años más tarde. El libro se llamaba *La acción humana*. Para los patrones académicos, fue un superventas y sigue siéndolo sesenta años después.

Aun así, Mises se mantuvo en su puesto no pagado ni oficial. Reunía a su alrededor alumnos para su seminario, aunque otros profesores les advertían que no se apuntaran a la clase o acudieran a sus sesiones. Desanimaban a sus alumnos diciéndoles que no tenían mucho que ver con él. El decano secundaba su hostilidad. Para Mises, que había

soportado las guerras en la Universidad de Viena, era una tontería, nada a lo que prestar atención en absoluto.

Su fama se extendió lentamente, pero tenemos que recordar que incluso en su máximo entonces en Estados Unidos, era diminuta en comparación con la actual. De hecho, Mises murió un año antes de lo que normalmente se considera la resurrección austriaca, que se fecha a menudo en 1974, cuando Hayek recibió el Premio Nobel, un premio completamente inesperado y que tuvo que compartir con un socialista, y eso sacudió a una profesión que no tenía ningún interés en las ideas de Mises o Hayek, a quienes les consideraban como dinosaurios.

Es interesante leer el discurso de aceptación de Hayek, que publico este mismo año el Instituto Mises. Es un homenaje a una profesión con la que quería lazos más estrechos. Pero no era una presentación amable de los glorias académicas. De hecho, era todo lo contrario. Decía que la persona más peligrosa en la tierra es un intelectual al que le falte la humildad necesaria para ver que la sociedad no necesita amos y no puede planificarse desde lo alto. Un intelectual al que le falte humildad puede convertirse en un tirano y en un cómplice de la destrucción de la propia civilización.

Es un discurso asombroso para que lo diera un ganador del Premio Nobel, una condena implícita de un siglo de tendencias intelectuales y sociales y un verdadero homenaje a Mises, que había mantenido sus principios y nunca se había rendido a las tendencias académicas de su tiempo.

Podría contarse una historia similar acerca de la vida de Murray N. Rothbard, que podría haberse convertido en una gran estrella en un departamento de la Ivy League pero en su lugar decidió seguir la guía de Mises en ciencia económica. Por el contrario, enseñó muchos años en una pequeña universidad de Brooklyn, con una paga muy baja. Pero igual que Mises, este elemento de la vida de Rothbard se olvida con frecuencia. Después de sus muertes, la gente ha olvidado todas las pruebas y dificultades que afrontaron

en vida estos hombres. ¿Y qué consiguieron estos hombres por todos sus compromisos? Consiguieron para sus ideas cierto tipo de inmortalidad.

¿Cuáles son esas ideas? Dicen que la libertad funciona y la libertad es correcta, que el gobierno no funciona y que es la fuente de mucho mal en el mundo. Demostraron estas proposiciones con miles de aplicaciones. Escribieron estas verdades en tratados de investigación y artículos populares. Y la historia les ha dado la razón una y otra vez.

Vivimos ahora otro periodo de planificación económica y vemos que los economistas se dividen en dos bandos. La abrumadora mayoría está diciendo lo que el régimen quiere que digan. Alejarse demasiado de la ideología que prevalece en el poder es más arriesgado de lo que la mayoría quiere asumir. Una pequeña minoría, el mismo grupo que advirtió acerca de la burbuja está ahora advirtiendo acerca de que el estímulo es una mentira. Y van contra la corriente al decirlo.

Estoy de acuerdo con Hayek. Ser un economista íntegro significa tener que decir cosas que el régimen no quiere oír. Hace falta más que conocimiento técnico para ser un buen economista. Hace falta coraje moral y de esto hay incluso menos oferta que de lógica económica.

Igual que Mises necesitó a Fertig y Hazlitt, los economistas con coraje moral necesitan apoyos e instituciones que les respalden y les den voz. Todos debemos soportar esta carga. Como dijo Mises, la única forma de combatir ideas malas es con ideas buenas. Y al final, nadie está a salvo si la civilización marcha hacia su destrucción.

30

¿Odiáis el Estado?

Murray Rothbard

Recientemente he estado cavilando acerca de cuáles son las cuestiones cruciales que dividen a los libertarios. Algunas de las que ha recibido un

montón de atención en los últimos años son: anarcocapitalismo frente a gobierno limitado, abolicionismo frente a gradualismo, derechos naturales frente a utilitarismo y guerra frente a paz. Pero he concluido que por muy importantes que sean estas cuestiones, realmente no llegan al meollo del asunto, de la línea divisoria esencial entre nosotros.

Por ejemplo, tomemos dos de las principales obras anarcocapitalistas de los últimos años: mi propia *For a New Liberty* y *Machinery of Freedom*, de David Friedman. Superficialmente, las diferencias principales entre ellas son mi propia defensa de los derechos naturales y de un código legal libertario racional, frente al utilitarismo amoral de Friedman y su llamada a la reciprocidad y compromisos entre agencias de policía privada no libertarias. Pero la diferencia en realidad es más profunda.

A lo largo de *For a New Liberty* (y también de la mayoría del resto de mi obra) hay un profundo y omnipresente odio al Estado y todas sus obras, basado en la convicción de que el Estado es el enemigo de la humanidad. Por el contrario, es evidente que David no odia en absoluto al Estado, que simplemente ha llegado a la convicción de que el anarquismo y las fuerzas policiales privadas en competencia son un sistema social y económico mejor que cualquier otra alternativa. O, más concretamente, que el anarquismo sería mejor que el *laissez faire*, que a su vez es mejor que el sistema actual. De entre todo el espectro de alternativas políticas, David Friedman ha decidido que el anarcocapitalismo es superior. Pero superior a una estructura política existente que también es bastante buena.

En suma, no hay ningún indicio de que David Friedman odie en ningún sentido el Estado estadounidense existente o el Estado por sí mismo, lo odie profundamente en sus entrañas como una banda de depredadores ladrones, esclavizadores o asesinos. No, simplemente hay una fría convicción de que el anarquismo sería el mejor de todos los mundos posibles, pero nuestra situación actual está bastante alta en su deseabilidad. Pues no hay ninguna

sensación en Friedman de que el estado (cualquier Estado) sea una banda de criminales depredadores.

La misma impresión brilla en los escritos, por ejemplo del filósofo político Eric Mack. Mack es un anarcocapitalista que cree en los derechos individuales, pero no hay ninguna sensación en sus escritos de odio apasionado al Estado o, a fortiori, ninguna sensación de que el Estado sea un enemigo ladrón y bestial.

Tal vez la palabra que mejor defina nuestra distinción es “radical”. Radical en el sentido de estar en total y completa oposición al sistema político existente y al propio Estado. Radical en el sentido de haber integrado la oposición intelectual al Estado con un odio visceral a sus sistema omnipresente y organizado de crimen e injusticia. Radical en el sentido de un profundo compromiso con el espíritu de libertad y antiestatismo que integra razón y emoción, cuerpo y alma.

Además, en contraste con lo que hoy parece cierto, no tienes que ser un anarquista para ser radical en nuestro sentido, igual que puedes ser un anarquista sin tener la chispa radical. Puedo pensar en apenas unos pocos gubernamentalistas limitados actuales que sean radicales, un fenómeno verdaderamente asombroso cuando pensamos en nuestros ancestros liberales clásicos que fueron genuinamente radicales, que odiaban el estatismo y los Estados de su tiempo con una pasión bellamente integrada: los niveladores, Patrick Henry, Tom Paine, Joseph Priestley, los jacksonianos, Richard Cobden y así sucesivamente, una verdadera lista de grandes del pasado. El odio radical al Estado y el estatismo de Tom Paine fue y es mucho más importante para la causa de la libertad que el hecho de que nunca cruzara el límite entre el *laissez faire* y el anarquismo.

Y más cercanos a nuestros días, influencia tempranas para mí, como Albert Jay Nock, H.L. Mencken y Frank Chodorov fueron magnífica y soberbiamente radicales. El odio a *Nuestro Enemigo, el Estado* y todas sus obras brilla a lo largo de todos sus escritos como una estrella que nos

guía. ¿Qué importa que nunca llegaran del todo al anarquismo explícito? Mucho mejor un solo Albert Nock que cien anarcocapitalistas que se encuentren demasiado cómodos con el status quo existente.

¿Dónde están los Paine y Cobden y Nock de hoy? ¿Por qué casi todos nuestros gubernamentalistas limitados de *laissez faire* son bastos conservadores y patriotas? Si lo opuesto a “radical” es “conservador”, ¿dónde está nuestros radicales del *laissez faire*? Si nuestros estatistas limitados fueran verdaderamente radicales, no habría prácticamente divisiones entre nosotros. Lo que divide hoy al movimiento, la verdadera división, no es el anarquista frente al minarquista, sino al radical frente al conservador. Dios, danos radicales, sean anarquistas o no.

Continuando con nuestro análisis, los antiestatistas radicales son extremadamente valiosos incluso si difícilmente pueden considerárseles libertarios en ningún sentido coherente. Así, mucha gente admira el trabajo de columnistas como Mike Royko y Nick von Hoffman, porque les consideran simpatizantes y compañeros de viaje de los libertarios. Lo son, pero eso no explica su verdadera importancia. Es que en los escritos de Royko y von Hoffman, por muy incoherentes que sin duda sean, aparece un odio omnipresente contra el Estado, contra todos los políticos, burócratas y sus clientelas que, en su genuino radicalismo, es mucho más verdadero para el espíritu subyacente de libertad que en alguien que continúe fríamente con el desarrollo de todo silogismo y lema bajo el “modelo” de los tribunales en competencia.

Tomando el concepto de radical frente a conservador en nuestro nuevo sentido, analicemos el ahora famoso debate de “abolicionismo” frente a “gradualismo”. El último golpe viene en el número de agosto de Reason (una revista en la que todas sus fibras exudan “conservadurismo”), en el que el editor Bob Poole pregunta a Milton Friedman cuál es su postura en este debate. Friedman aprovecha la oportunidad para denunciar la “cobardía intelectual” de no establecer métodos “viables” para ir “de aquí allí”.

Poole y Friedman se las han arreglado entre ambos para ocultar los temas reales. No hay un solo abolicionista que no aceptara un método viable o una ganancia gradual si se produce.

La diferencia es que el abolicionista siempre mantiene en alto la bandera de su objetivo final, nunca esconde sus principios básicos y desea llegar a su objetivo tan rápido como sea humanamente posible. Por tanto, mientras que el abolicionista aceptará un paso gradual en la dirección correcta si es todo lo que puede lograr, siempre lo aceptará a regañadientes, simplemente como un primer paso hacia un objetivo que siempre deja meridianamente claro. El abolicionista es un “pulsador del botón” que se haría ampollas en su pulgar pulsando un botón que aboliera el Estado inmediatamente, si existiera dicho botón. Pero el abolicionista sabe que de todas formas no existe un botón así y que se conformará con migajas si es necesario, aunque siempre prefiriendo toda la hogaza si puede lograrla.

Debería advertirse aquí que muchos de los más famosos programas “graduales” de Milton como el plan de vales, el impuesto negativo sobre la renta, la retención fiscal, el papel moneda fiduciario, son pasos graduales (o incluso no tan graduales) en la dirección errónea, alejándose de la libertad y de ahí la militancia de mucha de la oposición libertaria a estos planes.

La postura de pulsar el botón de los abolicionistas deriva de su profundo y pertinaz odio al Estado y su enorme maquinaria de crimen y opresión. Con una visión integrada del mundo como ésta, el libertario radical nunca podría soñar con encontrar ni un botón mágico ni ningún problema de la vida real sin algún árido cálculo de coste-beneficio. Sabe que el Estado de disminuir tan pronto y completamente como sea posible. Punto.

Y por eso el libertario radical no es solo un abolicionista, sino que asimismo rechaza pensar en términos como una Plan Cuatrienal o algún tipo de procedimiento grandioso y medido para reducir el estado. El radical (ya sea

anarquista o de laissez faire) no puede pensar en términos como, por ejemplo: “Bueno, el primer año, recortaremos el impuesto de la renta en un 2%, aboliremos la ICC y rebajaremos el salario mínimo; el segundo año aboliremos el salario mínimo, recortaremos el impuesto de la renta en otro 2% y reduciremos las prestaciones sociales en un 3%”, etcétera.

El radical no puede pensar en esos términos, porque el radical considera al Estado como nuestro enemigo mortal, que debe eliminarse donde y cuando se pueda.

Para el libertario radical, debemos aprovechar todas y cada una de las oportunidades para acabar con el Estado, ya sea para reducir o abolir un impuesto, una partida presupuestaria o un poder regulador. Y el libertario radical es insaciable en su apetito hasta que el Estado se haya abolido o, para los minarquistas, haya disminuido hasta un papel diminuto de laissez faire.

Mucha gente se ha preguntado: ¿Por qué debería haber ninguna disputa política importante entre anarcocapitalistas y minarquistas ahora? En este mundo de estatismo, en el que hay tanto en común, ¿por qué no pueden ambos grupos trabajar en completa armonía hasta que hayamos alcanzado un mundo digno de Cobden, después de lo cual podamos airear nuestras desavenencias? ¿Por qué discutir ahora sobre tribunales, etc.?

La respuesta a esta excelente pregunta es podríamos marchar y marcharíamos así de la mano si los minarquistas fueran radicales, como fueron desde el nacimiento del liberalismo clásico hasta la década de 1940. Devuélvannos a los radicales antiestatistas y sin duda la armonía reinará triunfante dentro del movimiento.

NOTAS

La Tarea que Espera a los Libertarios, Henry Hazlitt. Traducción de Carmen Leal. This essay is excerpted from chapter 24 of Hazlitt's *Man vs. the Welfare State* (1969).

Notas

[1] Recomiendo vivamente *The Constitution of Liberty*, de F.A. Hayek (University of Chicago Press, 1960).

La Amenaza Fascista, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. This talk was delivered at the Doug Casey conference, "When Money Dies," in Phoenix on October 1, 2011.
Economía Libre y Orden Social, Wilhelm Röpke. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este artículo fue publicado originalmente en *The Freeman*, el 11 de enero de 1954.

La Posición Peculiar y Única de la Economía, Ludwig von Mises. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article is excerpted from *Human Action* (1949), chapter 37, "The Nondescript Character of Economics."

Lo que nos Enseña la Medicina Soviética, Yuri N. Maltsev. Traducción de Mariano Bas Uribe. This Mises Daily was originally published August 21, 2009.

Notas:

[1] "Russian Life Expectancy on Downward Trend" (*St. Petersburg Times*, January 17, 2003).

[2] CRS Report for Congress: "Life Expectancy in the United States." Updated August 16, 2006, Laura B. Shrestha, Order Code RL32792.

[3] Foster Friess, "Can You Believe Denying Health Care to People with Dementia Is Being Considered?" (July 14, 2009). See also Ezekiel J. Emanuel, "Where Civic Republicanism and Deliberative Democracy Meet" (*The Hastings Center Report*, vol. 26, no. 6).

[4] Govind Persad, Alan Wertheimer, and Ezekiel J. Emanuel, "Principles for Allocation of Scarce Medical Interventions" (*The Lancet*, vol. 373, issue 9661).

Depresiones Económicas: Su Causa y Remedio, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este ensayo se publicó originalmente como un minilibro por parte de la Constitutional Alliance of Lansing, Michigan, en 1969.

¿Es un Peligro una Mayor Productividad? David Gordon. Traducción de Mariano Bas Uribe. This Mises Daily was originally published June 6, 2012.

Notas

[1] Murray Rothbard, *Man, Economy, and State*, Scholar's Edition, pp. 587–88, emphasis omitted.

El Impuesto al Consumo: Una crítica, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este artículo es una respuesta completa a la reclamación de Alan Greenspan de un impuesto al

consumo. Apareció originalmente en la *Review of Austrian Economics*, 1994, Volumen 7, N° 2, pp. 75-90.

Notas

[1] In 1619, Father Pedro Fernandez Navarrete, "Canonist Chaplain and Secretary of his High Majesty," published a book of advice to the Spanish monarch. Sternly advising a drastic cut in taxation and government spending, Father Navarrete recommended that, in the case of sudden emergencies, the king rely solely on soliciting voluntary donations. Alejandro Antonio Chafuen, *Christians for Freedom: Late Scholastic Economics* (San Francisco: Ignatius Press, 1986), p. 68.

[2] It is particularly poignant, on or near any April 15, to contemplate the dictum of Father Navarrete, that "the only agreeable country is the one where no one is afraid of tax collectors," Chafuen, *Christians for Freedom*, p. 73. Also see Murray N. Rothbard, "Review of A. Chafuen, *Christians for Freedom: Late Scholastic Economics*," *International Philosophical Quarterly* 28 (March 1988): 112–14.

[3] See, for example, Irving and Herbert N. Fisher, *Constructive Income Taxation* (New York: Harper, 1942).

[4] For a fuller treatment, and a discussion of who is being robbed by whom, see Murray N. Rothbard, *Power and Market: Government and the Economy*, 2nd ed. (Kansas City: Sheed Andrews & McMeel, 1977), pp. 120–21.

[5] See Murray N. Rothbard, *Man, Economy, and State: A Treatise on Economic Principles*.

[6] See the illuminating article by Roger W. Garrison, "West's 'Cantillon and Adam Smith': A Comment," *Journal of Libertarian Studies* 7 (Fall 1985): 291–92.

[7] See Rothbard, *Power and Market*, pp. 98–100.

[8] We omit here the fascinating question of how government's activities should be treated in national income statistics. See Rothbard, *Man, Economy, and State*, 2, pp. 815–20; idem, *Power and Market*, pp. 199–201; idem, *America's Great Depression*, 4th ed. (New York: Richardson & Snyder, 1983), pp. 296–304; Robert Batemarco, "GNP, PPR, and the Standard of Living," *Review of Austrian Economics* 1 (1987): 181–86.

[9] We set aside the fact that, at the lower amount of money assets left to him, Jones's time-preference rate, given his time-preference schedule, will be higher, so that his consumption will be higher, and his savings lower, than we have assumed.

[10] In fact, per note 9, *supra*, there will be a shift in favor of consumption because a diminished amount of money will shift the taxpayer's time preference rate in the direction of consumption. Hence, paradoxically, a pure tax on consumption will and

up taxing savings more than consumption! See Rothbard, *Power and Market*, pp. 108–11.

[11] If net income is defined as gross income minus amount paid in taxes, and for Jones, consumption is 90 percent of net income, a 20 percent consumption tax on \$100,000 income will be tantamount to a 15 percent tax on this income. Rothbard, *Power and Market*, pp. 108–11. The basic formula is that net income,

$$N = \frac{G}{1 + tc}$$

where G =gross income, t =the tax rate on consumption, and c , consumption as percent of net income, are givens of the problem, and $N = G - T$ by definition, where T is the amount paid in consumption tax.

[12] Rothbard, *Power and Market*, pp. 88-93. Also see the notable article by Harry Gunnison Brown, "The Incidence of a General Sales Tax," in *Readings in the Economics of Taxation*, R. Musgrave and C. Shoup, eds. (Homewood, Ill: Irwin, 1959), pp. 330–39.

[13] Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy*, 6th ed. (Philadelphia: Claxton, Remsen & Heffelfinger, 1880), pp. 412–15. Also see Murray N. Rothbard, "The Myth of Neutral Taxation," *Cato Journal* 1 (Fall 1981): 551–54.

[14] Say, *Treatise*, p. 446.

La Economía de Hitler, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. This Mises Daily was originally published August 02, 2003.

¿Por qué la gente no entiende? Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. this Mises Daily originally ran January 1, 2008.

La Cumbre de las Sandías, Thomas J. DiLorenzo . Traducción de Mariano Bas Uribe. This article was originally published on LewRockwell.com, June 9, 2012.

Sobre Igualdad y Desigualdad, Ludwing von Mises. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article is excerpted from chapter 14 of *Money, Method, and the Market Process*, edited by Richard M. Ebeling. It was originally published in *Modern Age* (Spring 1961).

Notas

[1] Horace Kallen, "Behaviorism," in *Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 2 (New York: Macmillan, 1930), p. 498.

[2] Karl Marx, Critique of the Social Democratic Program of Gotha [Letter to Bracke, May 5, 1875] (New York: International Publishers, 1938).

[3] [For example, John K. Galbraith, *The Affluent Society* (Boston: Houghten Mifflin, 1958) — Ed.]

[4] Vance Packard, "Babes in Consumerland," *The Hidden Persuaders* (New York: Cardinal Editions, 1957) pp. 90-97.

[5] *Ibid.*, p. 95.

[6] *Ibid.*, p. 93.

[7] Leon Trotsky, *Literature and Revolution*, R. Strunsky, trans. (London: George Allen and Unwin, 1925), p. 256.

[8] Marx, Critique of the Social Democratic Program of Gotha.

Praxeología: La Metodología de la Economía Austriaca, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este artículo está extraído de *Economic Controversies* (2011). Apareció originalmente en *The Foundations of Modern Austrian Economics* (1976).

Notas

[1] See in particular Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics* (New Haven: Yale University Press, 1949); also see Mises, *Epistemological Problems of Economics*, George Reisman, trans. (Princeton, NJ: Van Nostrand, 1960).

[2] See Murray N. Rothbard, "Praxeology as the Method of the Social Sciences," in *Phenomenology and the Social Sciences*, Maurice Natanson, ed., 2 vols. (Evanston: Northwestern University Press, 1973), 2 pp. 323–35 [reprinted in *Logic of Action One*, pp. 29–58]; also see Marian Bowley, *Nassau Senior and Classical Economics* (New York: Augustus M. Kelley, 1949), pp. 27–65; and Terence W. Hutchinson, "Some Themes from Investigations into Method," in *Carl Menger and the Austrian School of Economics*, J.R. Hicks and Wilhelm Weber, eds. (Oxford: Clarendon Press, 1973), pp. 15–31.

[3] In answer to the criticism that not all action is directed to some future point of time, see Walter Block, "A Comment on 'The Extraordinary Claim of Praxeology' by Professor Gutierrez," *Theory and Decision* 3 (1973): 381–82.

[4] See Mises, *Human Action*, pp. 101–2; and esp., Block, "Comment," p. 383.

[5] For a typical criticism of praxeology for not using mathematical logic, see George J. Schuller, "Rejoinder," *American Economic Review* 41 (March 1951): 188.

[6] John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (New York: Harcourt, Brace, 1936), pp. 297–98.

[7] See Murray N. Rothbard, "Toward a Reconstruction of Utility and Welfare Economics," in *On Freedom and Free Enterprise*, Mary Sennholz, ed. (Princeton, NJ: D. Van Nostrand, 1956), p. 227 [and reprinted in *Logic of Action One*]; Rothbard, *Man, Economy, and State*, 2 vols. (Princeton: D Van Nostrand, 1962), 1:65–66. On mathematical logic as being subordinate to verbal logic, see Rene Poirier, "Logique," in *Vocabulaire technique et critique de la philosophie*, Andre Lalande, ed., 6th ed. Rev. (Paris: Presses Universitaires de France, 1951), pp. 574–75.

[8] Bruno Leoni and Eugenio Frola, "On Mathematical Thinking in Economics" (unpublished manuscript privately distributed), pp. 23–24; the Italian version of this articles is "Possibilita di applicazione della matematiche alle discipline economiche," *Il Politico* 20 (1995).

[9] Jean-Baptiste Say, *A Treatise on Political Economy* (New York: Augustus M. Kelley, 1964), p. xxvi n.

[10] Boris Ischboldin, "a Critique of Econometrics," *Review of Social Economy* 18, no. 2 (September 1960): 11 N; Ischboldin's discussion is based on the construction of I.M. Bochenski, "Scholastic and Aristotelian Logic," *Proceedings of the American Catholic Philosophical Association* 30 (1956): 112–17.

[11] Karl Menger, "Austrian Marginalism and Mathematical Economics," in Carl Menger, p. 41.

[12] Mises, *Human Action*, p. 34.

[13] John Wild, "Phenomenology and Metaphysics," in *The Return to Reason: Essays in Realistic Philosophy*, John Wild, ed. (Chicago: Henrey Regnery, 1953), pp. 48, 37–57.

[14] Harmon M. Chapman, "Realism and Phenomenology," in *Return to Reason*, p. 29. On the interrelated functions of sense and reason and their respective roles in human cognition of reality, see Francis H. Parker, "Realistic Epistemology," *ibid.*, pp. 167–69.

[15] See Murray N. Rothbard, "In Defense of 'Extreme Apriorism,'" *Southern Economic Journal* 23 (January 1957): 315–18 [reprinted as Volume 1, Chapter 6]. It should be clear from the current paper that the term extreme apriorism is a misnomer for praxeology.

[16] Say, *A Treatise on Political Economy*, pp. xxv–xxvi, xlv.

[17] Friedrich A. Hayek, "The Nature and History of the Problem," in *Collectivist Economic Planning*, F.A. Hayek, ed. (London: George Routledge and Sons, 1935), p 11.

- [18] John Elliott Cairnes, *The Character and Logical Method of Political Economy*, 2nd ed. (London: Macmillan, 1875), pp. 87–88; italics in the original.
- [19] Bowley, Nassau Senior, pp. 43, 56.
- [20] Mises, *Epistemological Problems*, p. 19.
- [21] Bowley, Nassau Senior, pp. 64–65.
- [22] Hao Wang, "Notes on the Analytic-Synthetic Distinction," *Theoria* 21 (1995); 158; see also John Wild and J.L. Cobitz, "On the Distinction between the Analytic and Synthetic," *Philosophy and Phenomenological Research* 8 (June 1948): 651–67.
- [23] John J. Toohey, *Notes on Epistemology*, rev. ed. (Washington D.C.: Georgetown University, 1937), p. 36.; italics in the original.
- [24] R.P. Phillips, *Modern Thomistic Philosophy* (Westminster, Maryland: Newman Bookshop, 1934–35), 2, pp. 36–37; see also Murray N. Rothbard, "The Mantle of Science," in *Scientism and Values*, Helmut Schoeck and James W. Wiggins, ed., (Princeton, NJ: D Van Nostrand, 1960), pp. 162–65.
- [25] Toohey, *Notes on Epistemology*, p. 10. Italics in the original.
- [26] Alfred Schütz, *Collected Papers of Alfred Schütz*, vol. 2, *Studies in Social Theory*, A. Brodersen, ed. (The Hague: Nijhoff, 1964), p. 4; see also Mises, *Human Action*, p. 24.
- [27] Alfred Schütz, *Collected Papers of Alfred Schütz*, vol. 1, *The Problem of Social Reality*, A. Brodersen, ed. (the Hague, Nijhoff), 1964, p. 65. On the philosophical presuppositions of science, see Andrew G. Van Melsen, *The Philosophy of Nature* (Pittsburgh: Duquesne University Press, 1953), pp. 6–29. On common sense as the groundwork of philosophy, see Toohey, *Notes on Epistemology*, pp. 74, 106–13. On the application of a similar point of view to the methodology of economics, see Frank H Knight, "'What is Truth' in Economics," in *On the History and Method of Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1956), pp. 151–78.
- [28] Joseph Dorfman, *The Economic Mind in American Civilization*, 5 vols. (New York: Viking Press, 1949), 3, p. 376.
- [29] Friedrich A. Hayek, "The Non Sequitur of the 'Dependence Effect,'" in Friedrich A. Hayek, *Studies in Philosophy, Politics, and Economics* (Chicago: University of Chicago Press, 1967), pp. 314–15.
- [30] Mises, *Human Action*, p. 124.
- [31] See Rothbard, "Toward a Reconstruction," pp. 230–31.
- [32] Ludwig von Mises, *Theory and History* (New Haven: Yale University Press, 1957).

[33] Mises, *Human Action*, pp. 55–56, 348.

[34] Cowles Commission for Research in Economics, *Report for the Period, January 1, 1948–June 30, 1949* (Chicago: University of Chicago Press, 1949), p. 7, quoted in Mises, *Theory and History*, pp. 10–11.

[35] *Ibid.*, pp. 10–11.

[36] Ludwig von Mises, "Comments about the Mathematical Treatment of Economic Problems" (Cited as "unpublished manuscript"; published as "The Equations of Mathematical Economics" in the *Quarterly Journal of Austrian Economics*, vol. 3, no. 1 (Spring 2000), 27–32.

[37] Mises, *Theory and History*, pp. 11–12; see also Leoni and Frola, "On Mathematical Thinking," pp. 1–8; and Leland B. Yeager, "Measurement as Scientific Method in Economics," *American Journal of Economics and Sociology* 16 (July 1957): 337–46.

[38] Alfred Schütz, *The Phenomenology of the Social World* (Evanston, Ill.: Northwestern University Press, 1967), pp. 137, 245; also see Ludwig M. Lachmann, *The Legacy of Max Weber* (Berkeley, California: Clendessary Press, 1971), pp. 17–48.

Los Principios Diabólicos del Hillarycare, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este artículo se publicó por primera vez en diciembre de 1993. Aparece como "The Health Plan's Devilish Principles," capítulo 35 en *Making Economic Sense* (1995, 2006).

Los Vicios No son Delitos: Una Reivindicación de la Libertad Moral, Lysander Spooner. Traducción de Mariano Bas Uribe.

Notas de Rothbard

[1] Paul Kleppner, *The Cross of Culture: A Social Analysis of Midwestern Politics, 1850-1900* (New York: Free Press, 1970). Also see Richard Jensen, *The Winning of the Midwest: Social and Political Conflicts, 1888-1896* (Chicago: University of Chicago Press, 1971).

Notas de Spooner

[1] Paul Kleppner, *The Cross of Culture: A Social Analysis of Midwestern Politics, 1850–1900* (Nueva York: Free Press, 1970). Ver también Richard Jensen, *The Winning of the Midwest: Social and Political Conflicts, 1888–1896* (Chicago: University of Chicago Press, 1971).

[2] Dar a un loco un puñal u otra arma o cosa con la que pueda autolesionarse, es un crimen.

[3] La ley de Massachussets indica los diez años como la edad a la que una niña se supone que tiene discernimiento suficiente para disponer de su virtud. ¡Pero la misma ley establece que ninguna persona, hombre o mujer, de ninguna edad ni grado de sabiduría o experiencia tiene discernimiento suficiente para beber un vaso de alcohol bajo su propio criterio! ¡Qué ejemplo de la sabiduría legislativa de Massachussets!

[4] Catón se suicidó para evitar hacer en las manos de César. ¿Quién hubiera sospechado que estuviera loco? Bruto hizo lo mismo. Colt se suicidó sólo aproximadamente una hora antes de ser ahorcado. Lo hizo para evitar traer a su nombre y a su familia la desgracia de que se dijera que le habían ahorcado. Esto, sea o no sensato, fue claramente un acto dentro de lo razonable. ¿Supone alguien que la persona que le dio el instrumento necesario era un criminal?

[5] Un ejemplo de este hecho se encuentra en Inglaterra, cuyo gobierno durante más de mil años no ha sido más que una banda de ladrones que ha conspirado para monopolizar la tierra y, en la medida de lo posible, el resto de la riqueza. Esos conspiradores, haciéndose llamar reyes, nobles y terratenientes han detentado, por la fuerza o el fraude, el poder civil y militar; se han mantenido en el poder únicamente por la fuerza y el fraude y el uso corrupto de su riqueza y sólo han empleado su poder para robar y esclavizar a la mayor parte de su gente y someter y esclavizar a otros. Y el mundo ha estado y está lleno de ejemplos sustancialmente similares. Y, como podemos imaginar, el gobierno de nuestro propio país no difiere mucho de otros en este aspecto.

[6] Por este solo incentivo estamos en deuda por toda la riqueza creada a través del trabajo humano y acumulada en beneficio de la humanidad.

[7] Excepto aquellos grandes crímenes que unos pocos, autodenominándose gobiernos, practican contra la mayoría, mediante una extorsión y tiranía sistemáticas y organizadas. Y sólo la pobreza, ignorancia y consecuente debilidad de la mayoría, les permite adquirir y mantener sobre ellos un poder tan arbitrario.

[8] Esto es, del 1 de septiembre de 1873 al 1 de marzo de 1875.

Repudiando la Deuda Nacional, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article ran in the June 1992 issue of *Chronicles* (pp. 49–52)

La Falacia del “Sector Público,” Murray Rothbard. El Centro de Estudios EconómicoSociales Tomado de Orientación Económica, Caracas.

Notas:

[1] En las frases inmediatamente anteriores, Schumpeter escribió: «La fricción o antagonismo entre la esfera privada y la pública fue intensificada desde el principio por el hecho de que... el Estado ha vivido de un ingreso que era producido en la esfera privada para fines privados y que era desviado de esos fines mediante el uso de la fuerza política». Exactamente. Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York, Harper and Bros., 1942, pág. 198.

[2] Schumpeter, op. cit., pág. 144.

[3] John Kenneth Galbraith. *The Affluent Society*, Boston, Houghton Mifflin, 1958. Págs. 320-21.

[4] Para una mejor consideración de los problemas inherentes a las operaciones gubernamentales, véase Murray N. Rothbard, «Government in Business», en *Essays on Liberty*, Volumen IV, Irvington – Hudson, Foundation for Economic Education, 1958, págs. 183-187.

La Vía al Totalitarismo, Henry Hazlitt. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article appears as chapter 6, "The Road to Totalitarianism," in *On Freedom and Free Enterprise: Essays in Honor of Ludwig von Mises* (1956).

Notes

[1] Cobden-Sanderson, London, 1934.

[2] The Tenth Amendment reads: "The powers not delegated to the United States by the Constitution, nor prohibited by it to the States, are reserved to the States respectively, or to the people."

[3] It is instructive to recall in this connection that the 80th Congress, which President Truman condemned as a "do-nothing" Congress, actually passed 457 private bills and 906 new public laws — a total of 1363. This record was typical of our modern legislative mills. The 79th Congress passed 892 private bills and 734 new public laws. And so on.

Los Muchos Colapsos del Keynesianismo, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. This Mises Daily originally ran August 30, 2011.

La Naturaleza Catastrófica de las Leyes de Salario Mínimo, Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article is excerpted from *Making Economic Sense*, chapter 36, "Outlawing Jobs: The Minimum Wage, Once More.

¿Quién es el Dueño del Agua? , Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article originally appeared in the letters section of *The Freeman*, March 1956.

Defendiendo al Arrendador Inescrupuloso, Walter Block. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article is excerpted from Block's *Defending the Undefendable*

Libertad de Asociación, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article originally ran June 03, 2010.

Carta Abierta a la International Justice Mission, Walter Block. Traducción de Mariano Bas Uribe. This article was published on LewRockwell.com on July 21, 2004.

Todo lo que Amas se lo Debes al Capitalismo, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. This talk was delivered at the Mises Circle in Seattle on May 17, 2008.

¿Hay un Derecho a Sindicalizar? Walter Block. Traducción de Mariano Bas Uribe. this article originally appeared on LewRockwell.com, January 1, 2004.

¿Qué Pasaría si se Abolieran las Escuelas Públicas? Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. this Mises Daily was originally published April 7, 2008.

Notas:

[1] Ver por ejemplo: *The Universal Tuition Tax Credit: A Proposal to Advance Parental Choice in Education*. By Patrick L. Anderson, Richard D. McLellan, Joseph P. Overton, and Dr. Gary L. Wolfram, published on Nov. 13, 1997

¿Por qué ser Austriaco? Robert Higgs. Traducción de Mariano Bas Uribe. Entrevista a Robert Higgs por Ángel Martín para su inclusión (en su versión española) en *La Escuela Austriaca Desde Adentro II: Historias e Ideas de sus Pensadores*, ed. Adrián Ravier (Madrid: Unión Editorial, 2011)

*El presente artículo se publica por cortesía de Ángel Martín Oro, autor de la entrevista y la traducción. Visite el blog de Ángel Martín Oro: *Procesos de aprendizaje*.

Economía y Coraje Moral, Llewellyn Rockwell. Traducción de Mariano Bas Uribe. Este discurso, patrocinado por la Future of Freedom Foundation y el Club de Economía de la Universidad George Mason, se realizó en la George Mason University, el 9 de septiembre de 2009.

¿Odiáis el Estado? Murray Rothbard. Traducción de Mariano Bas Uribe. Originalmente publicado en *Libertarian Forum*, Vol 10, No.7, Julio 1977.

LOS AUTORES

Henry Hazlitt (1894–1993) was a well-known journalist who wrote on economic affairs for the *New York Times*, the *Wall Street Journal*, and *Newsweek*, among many other publications. He is perhaps best known as the author of the classic *Economics in One Lesson* (1946).

Llewellyn H. Rockwell Jr. is chairman and CEO of the Ludwig von Mises Institute in Auburn, Alabama, editor of LewRockwell.com, and author of *The Left, the Right, and the State*.

Wilhelm Röpke (1899–1966) was schooled in the tradition of the Austrians and made enormous contributions to the study of political institutions. His powerful anti-Keynesian writings in particular underscore what an outstanding economist he was and the extent to which he was influenced by Mises. Röpke defended sound money and free trade, and attacked welfare. While some consider him a doubter on free markets, he was in fact a passionate advocate of laissez-faire.

Ludwig von Mises was the acknowledged leader of the Austrian School of economic thought, a prodigious originator in economic theory, and a prolific author. Mises's writings and lectures encompassed economic theory, history, epistemology, government, and political philosophy. His contributions to economic theory include important clarifications on the quantity theory of money, the theory of the trade cycle, the integration of monetary theory with economic theory in general, and a demonstration that socialism must fail because it cannot solve the problem of economic calculation. Mises was the first scholar to recognize that economics is part of a larger science in human action, a science that Mises called "praxeology."

Yuri N. Maltsev, Senior fellow of the Mises Institute, worked as an economist on Mikhail Gorbachev's economic reform team before defecting to the United States. He is the editor of *Requiem for Marx*. He teaches economics at Carthage College.

Murray N. Rothbard (1926–1995) was dean of the Austrian School. He was an economist, economic historian, and libertarian political philosopher. See Murray N. Rothbard's article archives.

David Gordon covers new books in economics, politics, philosophy, and law for *The Mises Review*, the quarterly review of literature in the social sciences, published since 1995 by the Mises Institute. He is author of *The Essential Rothbard*,

Thomas DiLorenzo is professor of economics at Loyola University Maryland and a member of the senior faculty of the Mises Institute. He is the author of *The Real Lincoln; Lincoln Unmasked; How Capitalism Saved America;* and *Hamilton's Curse: How Jefferson's Archenemy Betrayed the American Revolution – And What It Means for Americans Today.*

Lysander Spooner (1808-1887) es el anarquista individualista estadounidense y teórico legal conocido principalmente por crear una oficina de correos en competencia con el gobierno y por tanto ser cerrada. Pero fue asimismo el autor de algunos de los escritos políticos y económicos más radicales del siglo XIX y continúa hoy día teniendo una enorme influencia en los pensadores liberales. Fue un entregado opositor a la esclavitud en todas sus formas (incluso defendiendo que se acabara con ella mediante guerra de guerrillas) pero también a la invasión federal del Sur y su reconstrucción en la posguerra. Ver *Let's Abolish Government*, una colección seleccionada personalmente por Murray Rothbard como las mejores obras de Spooner.